



BLAKE PIERCE

UNA VEZ  
ANHELADO

UN MISTERIO DE RILEY PAIGE—LIBRO 3

# UNA VEZ ANHELADO

(UN MISTERIO DE RILEY PAIGE—LIBRO 3)

BLAKE PIERCE

## **Blake Pierce**

Blake Pierce es el autor de la serie exitosa de misterio de RILEY PAIGE, que incluye los thriller de suspenso y misterio UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1), UNA VEZ TOMADO (Libro #2) y UNA VEZ ANHELADO (Libro #3). Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio de MACKENZIE WHITE.

Una Vez Desaparecido (Libro #1), que cuenta con más de 100 opiniones de cinco estrellas, ¡está disponible como una [descarga gratuita en Amazon!](#)

Blake Pierce es un ávido lector y fan de toda la vida de los géneros de misterio y los thriller. A Blake le encanta comunicarse con sus lectores, así que por favor no dudes en visitar su sitio web [www.blakepierceauthor.com](http://www.blakepierceauthor.com) para saber más y mantenerte en contacto.

Derechos de autor © 2016 por Blake Pierce. Todos los derechos reservados. Excepto según lo permitido bajo la Ley de Derechos de Autor de Estados Unidos de 1976, ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, distribuida, transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, o almacenada en una base de datos o sistema de recuperación, sin el permiso previo del autor. Este libro electrónico está disponible solo para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido o dado a otras personas. Si te gustaría compartir este libro con otra persona, por favor compra una copia adicional para cada destinatario. Si estás leyendo este libro y no lo compraste, o no fue comprado solo para tu uso, por favor regresa y compra tu propia copia. Gracias por respetar el trabajo arduo de este autor. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se emplean como ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es totalmente coincidente. Derechos de autor de la imagen de la cubierta son de GongTo, utilizada bajo licencia de Shutterstock.com.

**LIBROS ESCRITOS POR BLAKE PIERCE**

**SERIE DE MISTERIO DE RILEY PAIGE**

UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1)

UNA VEZ TOMADO (Libro #2)

UNA VEZ ANHELADO (Libro #3)

UNA VEZ ATRAÍDO (Libro #4)

**SERIE DE MISTERIO DE MACKENZIE WHITE**

ANTES QUE ASESINE (Libro #1)

**SERIE DE MISTERIO DE AVERY BLACK**

UNA RAZÓN PARA MATAR (Libro #1)

## **CONTENIDO**

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE](#)

[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)

[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)

[CAPÍTULO VEINTE](#)

[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)

[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)

[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)

[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)

[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)

[CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)

[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)

[CAPÍTULO VEINTIOCHO](#)

[CAPÍTULO VEINTINUEVE](#)

[CAPÍTULO TREINTA](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y UNO](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y DOS](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y TRES](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y CINCO](#)

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS  
CAPÍTULO TREINTA Y SIETE  
CAPÍTULO TREINTA Y OCHO  
CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE  
CAPÍTULO CUARENTA  
CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

## Prólogo

Janine creyó ver algo oscuro en el agua cerca de la costa. Era grande y negro y parecía moverse un poco en el agua.

Le dio otra fumada a la pipa de marihuana y se la devolvió a su novio. ¿Podría ser un gran pez? ¿O algún otro tipo de criatura?

Janine negó con la cabeza, diciéndose a ella misma que no se dejara abrumar por su imaginación. Asustarse arruinaría el efecto de la droga. El lago Nimbo era un gran embalse artificial equipado para la pesca igual a muchos otros lagos de Arizona. Nadie había reportado la existencia de monstruos por estos lados.

Oyó a Colby decir: “Guau, ¡el lago está en llamas!”.

Janine se volvió para mirar a su novio. Su cara pecosa y pelo rojo brillaban en la luz del sol por la tarde. Acababa de darle otra fumada a la pipa de marihuana y estaba mirando el agua con asombro.

Janine se rio. “Solo estás drogado, hombre”, dijo. “En todos los sentidos”.

“Sí, y el lago está en llamas”, dijo Colby.

Janine se volvió y observó el lago Nimbo. Aunque aún no estaba tan droga, la vista era impresionante. El sol de la tarde encendió la pared del cañón, volviéndola un conglomerado de rojos y amarillos. El agua reflejaba los colores como si fuera un gran espejo.

Tomó la pipa de nuevo e inhaló profundamente, sintiendo la agradable quemadura en su garganta. Estaría bastante drogada en cualquier momento. Sería muy divertido.

Aún así, ¿qué era esa forma negra bajo el agua?

“Es solo un efecto de la luz”, pensó Janine.

Era mejor ignorarlo y no asustarse por eso. Todo lo demás era tan perfecto. Este era el lugar favorito de Colby y de ella. Era demasiado hermoso, estaba metido en una de las caletas del lago. Quedaba lejos de los campamentos, lejos de todo.

Colby y Janine generalmente venían todos los fines de semana, pero hoy simplemente habían faltado a clases. El tiempo de finales de verano era demasiado sabroso como para dejarlo pasar. Aquí había más fresco que en Phoenix. El carro viejo de Colby estaba estacionado justo al lado del camino de tierra detrás de ellos.

Por fin se empezó a sentir drogada mientras miraba el lago. El lago parecía ser casi demasiado hermoso como para mirarlo. Así que miró a Colby. Él le



pareció demasiado hermoso también. Se aferró a él y comenzó a besarlo. Él le devolvió sus besos. Sabía demasiado bien. Todo de él se veía y se sentía fabuloso.

Ella terminó el beso y lo miró a los ojos y dijo: “Nimbo significa halo, ¿sabías eso?”.

“Guau”, dijo. “Guau”.

Pareciera como si eso fuera la cosa más asombrosa que jamás había escuchado en su vida. Se veía demasiado chistoso diciendo eso como si fuera algo religioso. Janine se comenzó a reír, y Colby se rio también. En unos segundos estaban en los brazos del otro de nuevo, toqueteándose.

Janine logró zafarse.

“¿Qué pasa?”, preguntó Colby.

“Nada”, respondió Janine.

Se quitó su blusa de cuello halter en un abrir y cerrar de ojos. Los ojos de Colby se abrieron.

“¿Qué estás haciendo?”, preguntó.

“¿Qué crees que estoy haciendo?”.

Ella comenzó a tirar de su camiseta, tratando de quitársela.

“Espera un minuto”, dijo Colby. “¿Aquí?”.

“¿Por qué no? Es mejor que el asiento trasero de tu carro. Nadie está viéndonos”.

“Pero tal vez un barco...”.

Janine se echó a reír. “¿Y qué? ¿A quién le importa si hay un barco?”.

Colby estaba cooperando ahora, ayudándola a quitarle su camiseta. Estaban torpes de la emoción, haciendo todo aún más excitante. Janine no podía imaginar por qué no habían hecho esto aquí antes. No es como si esta fuera la primera vez que habían fumado marihuana aquí.

Pero Janine no podía sacarse la forma negra del agua de su mente. Era algo, y seguiría inquietándola y arruinando todo si no se enteraba de lo que era.

Se puso de pie, respirando fuertemente.

“Vamos”, dijo. “Echémosle un vistazo a algo”.

“¿A qué?”, preguntó Colby.

“No sé. Vamos”.

Ella tomó la mano de Colby y dieron tumbos ladera abajo hacia la orilla. El mareo de Janine se estaba tornando amargo. Odiaba cuando pasaba eso. Entre más pronto descubriera que todo esto era inofensivo, más pronto podría volver a sentirse bien.

Aún así, estaba empezando a desear que la marihuana no la hubiese afectado tan rápidamente.

Entre más se acercaban, más podía ver el objeto. Era de plástico negro y podía ver algunas de las burbujas que creaba en el agua. Y había algo pequeño y blanco justo a su lado.

Janine pudo ver que se trataba de una gran bolsa de basura negra a lo que estaba a un metro del agua. Estaba abierta de un lado, de allí se asomaba la forma de una mano demasiado pálida.

*“Un maniquí, tal vez”,* pensó Janine.

Se inclinó hacia el agua para verla más de cerca. Las uñas estaban pintadas de un rojo brillante que contrarrestaba la palidez. Janine sintió una corriente eléctrica sacudir todo su cuerpo cuando por fin comprendió lo que estaba viendo.

La mano era real. Era la mano de una mujer. La bolsa contenía un cadáver.

Janine comenzó a gritar. Oyó a Colby gritar también.

Y sabía que no podrían dejar de gritar por un largo rato.

## Capítulo Uno

Riley sabía que las diapositivas que estaba a punto de mostrarles a sus alumnos de la Academia de la FBI los conmocionaría. Algunos de ellos probablemente desviarían la mirada. Analizó los rostros jóvenes y ansiosos que la miraban desde sus pupitres.

*“Vamos a ver cómo reaccionan”, pensó. “Esto podría ser importante para ellos”.*

Riley sabía que los asesinatos en serie eran los menos comunes de toda la gama de delitos. Aún así, estos jóvenes tenían que aprender todo lo que había que aprender. Aspiraban ser agentes de campo del FBI y pronto descubrirían que la mayoría de los funcionarios locales no tenían experiencia en casos de asesinatos en serie. Y la agente especial Riley Paige era una experta en asesinatos en serie.

Hizo clic en el control remoto. Las primeras imágenes que aparecieron en la pantalla grande no eran nada violentas. Eran cinco carboncillos de mujeres jóvenes y mujeres de mediana edad. Todas las mujeres eran atractivas y sonreían. Se veía que el artista que los había dibujado era muy talentoso.

“Estos cinco dibujos fueron creados hace ocho años por un artista llamado Derrick Caldwell”, dijo Riley mientras pasaba las diapositivas. “Todos los veranos se ganaba un montón de dinero haciendo retratos de turistas en la pasarela Dunes Beach aquí en Virginia. Estas mujeres fueron unas de sus últimas clientas”.

Después del último de los cinco retratos, Riley hizo clic de nuevo. La siguiente fotografía era una imagen horrible de un congelador horizontal lleno de partes femeninas descuartizadas. Oyó sus estudiantes jadear.

“Esto es lo que les pasó a esas mujeres”, dijo Riley. “Mientras que Derrick las dibujaba, se convenció, en sus propias palabras, que 'eran demasiado hermosas como para vivir'. Así que las acechó una por una, las mató, las descuartizó y las guardó en su congelador”.

Riley hizo clic en nuevo, y las siguientes imágenes fueron aún más impactantes. Eran fotografías tomadas por el equipo del médico forense después de haber armado los cuerpos de nuevo.

“Caldwell revolvió tanto las partes de sus cuerpos que las mujeres fueron deshumanizadas más allá del reconocimiento”.

Riley se volteó para mirar a sus estudiantes. Un estudiante varón estaba corriendo hacia la salida, agarrándose el estómago. Otros parecían estar a punto de vomitar. Algunos estaban llorando. Solo algunos parecían no estar

perturbados.

Paradójicamente, Riley se sentía bastante segura que los estudiantes calmados serían los que no sobrevivirían el entrenamiento de la academia. Para ellos, solo eran fotos, nada era real. No serían capaces de manejar el verdadero horror cuando tuvieran que experimentarlo en persona. No serían capaces de manejar los efectos que tendría en sus vidas personales ni el estrés postraumático que podrían sufrir. Riley veía imágenes de antorchas en su mente a veces, pero su TEPT estaba disminuyendo. Estaba sanando. Pero estaba segura que todas las personas tenían que sentir las cosas primero antes de poder recuperarse de ellas.

“Y ahora”, dijo Riley, “haré unas declaraciones y ustedes me dirán si son mitos o realidades. Aquí les va la primera. 'La mayoría de los asesinos en serie matan por razones sexuales'. ¿Mito o realidad?”

Muchos estudiantes levantaron las manos. Riley señaló a un estudiante en la primera fila que se veía ansioso.

“¿Realidad?”, preguntó el estudiante.

“Sí, realidad”, dijo Riley. “Aunque pueden haber otras razones, el componente sexual es la más frecuente. Esto puede adoptar varias formas, a veces unas bastante extrañas. Derrick Caldwell es un ejemplo clásico. El médico forense determinó que cometió actos de necrofilia antes de descuartizar a las víctimas”.

Riley vio que la mayoría de sus estudiantes estaban tecleando notas en sus portátiles. “Aquí les va otra declaración. “Los asesinos en serie infligen más violencia a sus víctimas a medida que siguen matando”.

Los estudiantes volvieron a subir las manos. Esta vez Riley señaló al estudiante que estaba sentado unas filas atrás.

“¿Realidad?”, dijo el estudiante.

“Mito”, dijo Riley. “Aunque ciertamente he visto algunas excepciones, la mayoría de los casos no muestran ningún cambio con el tiempo. El nivel de violencia de Derrick Caldwell fue consistente en sus asesinatos. Pero era imprudente, no era ningún genio malvado. Se volvió codicioso. Tomaba a una víctima cada mes y medio. Hizo que su captura fuera casi inevitable por llamar tanta atención”.

Miró el reloj y vio que su clase estaba a punto de terminar.

“Eso es todo por hoy”, dijo. “Pero hay muchas hipótesis erróneas sobre los asesinos en serie y un montón de mitos aún circulan por allí. La Unidad de Análisis de Conducta ha recopilado y analizado los datos, y he trabajado en casos de asesinatos en serie en todo el país. Todavía nos falta mucha información por cubrir”.

La clase terminó y Riley comenzó a empacar sus cosas para irse a casa. Tres o

cuatro estudiantes se agruparon alrededor de su escritorio para hacerle preguntas.

“Agente Paige, ¿no estuvo involucrada en el caso de Derrick Caldwell?”, le preguntó un alumno.

“Sí”, dijo Riley. “Esa es una historia para otra ocasión”.

No le animaba mucho el hecho de pensar en tener que contar esa historia, pero se guardó ese detalle.

Una joven le preguntó: “¿Caldwell fue ejecutado por sus crímenes?”.

“Todavía no ha sido ejecutado”, dijo Riley.

Riley intentó escabullirse a la salida, esperando que eso no la hiciera parecer grosera. No se sentía cómoda discutiendo la ejecución inminente de Caldwell. La verdad es que probablemente sería programada para un día de estos. Como su captor principal, estaba más que invitada para presenciar su muerte. No había decidido aún si iría o no.

Riley se sintió bien a lo que salió del edificio a una tarde agradable de septiembre. Después de todo, todavía estaba de licencia.

Sufría de TEPT desde que un asesino maniático la había mantenido en cautiverio. Logró escapar y acabar con su atormentador. Pero ni siquiera había tomado una licencia en ese entonces. Siguió trabajando y hasta terminó otro caso. El caso que tuvo lugar al norte del estado de Nueva York tuvo un final macabro, el asesino se degolló enfrente de ella.

Ese momento aún la atormentaba. Cuando su supervisor Brent Meredith le informó de otro caso, decidió no tomarlo. Accedió a enseñar una clase en la academia del FBI en Quántico en su lugar por sugerencia de Meredith.

Riley pensó en lo acertada de su decisión mientras conducía a casa. Finalmente sentía que la paz reinaba en su vida.

Aún así, comenzó a sentir una sensación familiar e insidiosa en ese momento, una sensación que hacía que su corazón latiera con fuerza. Se dio cuenta que era una sensación intensa de anticipación, de algo siniestro que estaba por venir.

Y aunque intentó imaginarse a sí misma en esta paz por siempre, sabía que no duraría.

## Capítulo Dos

Riley sintió una punzada de temor a lo que su celular comenzó a vibrar en su cartera. Se detuvo en frente de la puerta principal de su nueva casa adosada y sacó su celular. Su corazón dio un vuelco.

Era un mensaje de Brent Meredith.

*Llámame.*

Riley se preocupó. Quizás su jefe le estaba escribiendo solo para ver cómo estaba. Ya se había vuelto algo habitual en él últimamente. Por otro lado, quizás quería que volviera al trabajo. ¿Qué haría ella si eso fuera así?

*“Le diré que no, obviamente”*, pensó Riley.

Sin embargo, eso era más fácil decirlo que hacerlo. Su jefe le agradaba, y sabía que podía ser muy persuasivo. Era una decisión que no quería tener que tomar, así que guardó su celular.

Cuando abrió su puerta principal y entró al espacio luminoso de su nuevo hogar, su ansiedad momentánea se esfumó. Todo parecía estar tan bien desde que se había mudado.

Una voz agradable llamó.

“¿Quién es?”.

“Soy yo”, respondió Riley. “Llegué a casa, Gabriela”.

La mujer guatemalteca corpulenta de mediana edad salió de la cocina, secándose las manos con una toalla. Le agradaba ver el rostro sonriente de Gabriela. Tenía años siendo la criada de la familia, mucho tiempo antes de que Riley se divorciara de Ryan. Riley estaba agradecida por el hecho que Gabriela había aceptado mudarse con ella y su hija.

“¿Cómo estuvo tu día?”, preguntó Gabriela.

“Excelente”, dijo Riley.

“¡Qué bueno!”.

Gabriela volvió a la cocina. El olor de una maravillosa cena ondulaba por toda la casa. Oyó a Gabriela comenzar a cantar.

Riley se quedó parada en su sala de estar, disfrutando de su entorno. Ella y su hija tenían poco tiempo de mudadas. La pequeña casa en la que habían vivido cuando se disolvió su matrimonio era demasiado aislada como para ser segura. Además, Riley había sentido la necesidad urgente de cambio, tanto para ella como para April. Era el momento de reconstruir su vida ya que por fin tenía el divorcio y Ryan estaba siendo generoso con la manutención.

Todavía le faltaban algunos detalles. Algunos de los muebles eran bastantes viejos y se veían fuera de lugar en un ambiente tan prístino. Tenía que

reemplazarlos. Una de las paredes se veía algo vacía, y a Riley ya no le quedaban fotos que colgar allí. Hizo una nota mental para ir de compras con April este fin de semana. Esa idea hizo a Riley sentirse cómodamente normal, una mujer con una vida familiar agradable en lugar de una agente rastreando algún asesino desviado.

Ahora se empezó a preguntar dónde estaba April.

Se detuvo para escuchar. No escuchaba música salir del cuarto de April. Entonces oyó a su hija gritar, el grito venía del patio trasero.

Riley jadeó y corrió por su comedor hasta llegar a la gran cubierta del patio trasero. Cuando vio el rostro y el torso de April por encima de la valla, le tomó a Riley un momento darse cuenta lo que estaba sucediendo. Entonces se relajó y se rio de sí misma. Su pánico automático había sido una reacción exagerada. Pero también había sido instintivo. Riley había rescatado a April de las garras de un loco que la había atacado para vengarse de su madre recientemente.

April desapareció de su vista y luego apareció de nuevo, chillando alegremente. Estaba saltando en el trampolín de su vecino. Se había hecho amiga de la chica que vivía allí, una adolescente que tenía la misma edad de April y que incluso asistía a la misma escuela secundaria.

“¡Ten cuidado!”, le dijo Riley a April.

“¡Estoy bien, Mamá!”, respondió April entrecortadamente.

Riley se echó a reír de nuevo. Era un sonido desconocido que surgía de sentimientos que casi había olvidado. Quería acostumbrarme a reír de nuevo.

También quería acostumbrarse a la expresión alegre de su hija. Pareciera como si fuera ayer cuando April había sido terriblemente rebelde y taciturna, incluso para una adolescente. Riley no podía culpar a April. Riley sabía que, como madre, había dejado mucho que desear y ahora estaba haciendo todo lo posible para cambiar eso.

Esa era una de las cosas que más le gustaban de estar de licencia de su trabajo de campo y sus horas largas e impredecibles, a menudo en lugares lejanos. Ahora su horario encajaba con el de April, y la posibilidad de que esto tuviera que cambiar algún día aterraba a Riley.

“*Mejor lo disfruto mientras pueda*”, pensó.

Riley entró de nuevo a la casa justo a tiempo para escuchar el timbre de la puerta principal.

“Yo atiendo, Gabriela”, gritó Riley.

Abrió la puerta y se sorprendió al ver el rostro sonriente de un hombre que no había visto antes.

“Hola”, dijo tímidamente. “Yo soy Blaine Hildreth, de al lado. Tu hija está en mi casa ahora mismo con mi hija Crystal”. Sostuvo una caja frente a Riley y

añadió: “Bienvenidas al vecindario. Les traje un pequeño regalo de bienvenida”.

“Ah”, dijo Riley. Esta cordialidad la sorprendió, no estaba acostumbrada a ella. Le tomó un momento decir: “Pasa adelante, por favor”.

Tomó el regalo y le ofreció un asiento en una silla de la sala de estar. Riley se sentó en el sofá con la caja de regalo en su regazo. Blaine Hildreth estaba mirándola con expectación.

“Esto es tan amable de tu parte”, dijo, abriendo el paquete. Contenía unas tazas de café coloridas, dos de ellas decoradas con mariposas y las otras dos con flores.

“Son bonitas”, dijo Riley. “¿Quieres café?”.

“Sí, gracias”, dijo Blaine.

Riley llamó a Gabriela, quien vino de la cocina.

“Gabriela, ¿podrías traernos café en estas tazas?”, dijo, entregándole dos de las tazas. “Blaine, ¿cómo te gusta el tuyo?”.

“Negro”.

Gabriela volvió a la cocina con las tazas.

“Mi nombre es Riley Paige”, le dijo a Blaine. “Gracias por visitarnos. Y gracias por el regalo”.

“De nada”, dijo Blaine.

Gabriela regresó con dos tazas de café caliente, luego volvió a la cocina para seguir con sus labores. Riley se encontró evaluando a su vecino, y esto la avergonzó un poco. No podía resistirse ahora que era soltera. Esperaba que él no lo notara.

“*Qué importa*”, pensó. “*Tal vez él está haciendo lo mismo conmigo*”.

Lo primero que observó es que no estaba usando un anillo de bodas. “*Viudo o divorciado*”, pensó.

Luego estimó que tenían casi la misma edad, tal vez él era un poco más joven, casi cerca de los cuarenta.

Por último, era apuesto. Tenía entradas, pero no se le veían mal. Y era esbelto y parecía estar en forma.

“¿En qué trabajas?”, preguntó Riley.

Blaine se encogió de hombros. “Soy dueño de un restaurante. ¿Conoces El Grill de Blaine, el que queda en el centro?”.

Riley quedó gratamente impresionada. El Grill de Blaine era uno de los restaurantes informales más bonitos de Fredericksburg. Le habían dicho que era un excelente lugar para cenar, pero no había tenido la oportunidad de visitarlo.

“Sí, he ido”, dijo.

“Bueno, es mío”, dijo Blaine. “¿Y tú?”.

Riley respiró profundamente. Nunca era fácil para ella decirle a un



desconocido lo que hacía para ganarse la vida. Los hombres eran los que más se intimidaban.

“Trabajo con el FBI”, dijo. “Soy — agente de campo”.

Los ojos de Blaine se abrieron.

“¿En serio?”, preguntó.

“Sí, estoy de licencia en estos momentos. Estoy enseñando una clase en la academia”.

Blaine se inclinó hacia ella con creciente interés.

“Guau. Seguro tienes bastantes historias que contar. Me encantaría escuchar una”.

Riley se echó a reír de los nervios. Se preguntaba si alguna vez sería capaz de contarle a alguien que no perteneciera a la Oficina algunas de las cosas que había visto. Sería aún más difícil hablar sobre algunas de las cosas que había hecho.

“No lo creo”, dijo Riley bruscamente. Riley notó que Blaine se puso tenso, y se dio cuenta que su tono había sido un poco grosero.

Él agachó su cabeza y dijo: “Te pido disculpas. Ciertamente no era mi intención incomodarte”.

Siguieron charlando por minutos, pero Riley sabía que su vecino estaba siendo más reservado. Riley cerró la puerta detrás de él y suspiró luego de su despedida amable. Entró en cuenta que no se estaba haciendo accesible. La mujer que estaba reconstruyendo su vida seguía siendo la misma Riley.

Pero se dijo a sí misma que esto no era importante por los momentos. Una relación por despecho era lo último que necesitaba ahora mismo. Necesitaba enfocarse en reorganizar su vida, y apenas estaba empezando a avanzar en esa dirección.

Aún así, había sido agradable pasar unos minutos hablando con un hombre atractivo. También era un alivio tener vecinos, y estos vecinos eran bastante agradables.

\*

Cuando Riley y April se sentaron en la mesa para cenar, April no podía dejar de andar su smartphone.

“Por favor dejar de enviar mensajes de texto”, dijo Riley. “Es la hora de cenar”.

“Dame un minuto, Mamá”, dijo April. Siguió enviando mensajes de texto.

Este comportamiento adolescente de April solo irritó a Riley un poco. La verdad era que eso tenía su lado positivo. A April le estaba yendo muy bien en la escuela este año y estaba haciendo nuevos amigos. Para Riley, era un buen grupo

de chicos, mucho mejores que con los que April solía pasar el rato. Riley supuso que April estaba escribiéndole a un chico que le interesaba. Sin embargo, April no lo había mencionado aún.

April dejó de enviar mensajes de texto cuando Gabriela entró de la cocina con una bandeja de chiles rellenos. April dejó escapar una risa pícaro a lo que colocó el plato caliente de chiles en la mesa.

“Bastante picante Gabriela, ¿o no?”, preguntó.

“Sí”, dijo Gabriela, riéndose también.

Era una chiste constante entre las tres. Ryan odiaba la comida picante, realmente ni podía comerla. Para Riley y April, entre más picante, mejor. Gabriela ya no tenía que retenerse, o al menos no tanto como solía hacerlo. Riley dudaba si ella y April podían soportar las recetas guatemaltecas originales de Gabriela.

Cuando Gabriela terminó de servir la comida para las tres, le dijo a Riley: “El caballero es guapo, ¿no?”.

Riley se puso colorada. “¿Guapo? No lo noté, Gabriela”.

Gabriela se echó a reír. Se sentó a comer con ellas y comenzó a canturrear una melodía. Riley supuso que era una canción de amor guatemalteca. April miró fijamente a su madre.

“¿Qué caballero, Mamá?”, preguntó.

“Ah, nuestro vecino vino hace un rato —”.

April interrumpió con entusiasmo. “¡Dios mío! ¿Fue el papá de Crystal? ¡Sí, verdad! ¿No es hermoso?”.

“Y creo que es soltero”, dijo Gabriela.

“Ya, ya”, dijo Riley con una sonrisa. “Denme espacio. No necesito que unan fuerzas para tratar de emparejarme con el vecino”.

Empezaron a devorarse los chiles rellenos y el celular de Riley comenzó a vibrar en su bolsillo cuando estaban a punto de terminar de cenar.

“*Maldita sea*”, pensó. “*No lo hubiese traído a la mesa*”.

El celular siguió vibrando. Tenía que contestar, no le quedaba de otra. Brent Meredith le había dejado otros dos mensajes desde su llegada a casa, y ella seguía diciéndose a sí misma que lo llamaría más tarde. Ya no podía postergarlo más, así que se retiró de la mesa y contestó el teléfono.

“Riley, siento molestarte de esta manera”, dijo su jefe. “Pero realmente necesito tu ayuda”.

A Riley le sorprendió que Meredith la llamara por su nombre ya que no era algo habitual. Aunque se sentía muy cercana a él, generalmente la llamaba agente Paige. Él normalmente era muy formal, al punto de ser brusco.

“¿Qué sucede, señor?”, preguntó Riley.

Meredith se quedó callado por unos instantes. Riley se preguntaba por qué se estaba mostrando reticente y comenzó a preocuparse. Se sentía segura que estas eran precisamente las noticias que había estado temiendo.

“Riley, necesito pedirte un favor personal”, dijo, sonando menos autoritario de lo habitual. “Me pidieron investigar un asesinato en Phoenix”.

Esto sorprendió a Riley. “¿Un solo asesinato?”, preguntó. “¿Por qué el FBI tendría que involucrarse en eso?”.

“Tengo a un viejo amigo en la oficina en Phoenix”, dijo Meredith. “Garrett Holbrook. Fuimos juntos a la academia. Su hermana Nancy fue la víctima”.

“Lo siento mucho”, dijo Riley. “Pero la policía local...”.

Sintió súplica en la voz de Meredith.

“Garrett quiere que lo ayudemos. Ella era una prostituta. Simplemente desapareció y luego su cuerpo apareció en un lago. Quiere que lo investiguemos como si fuera un asesinato en serie”.

A Riley le parecía extraña esa petición. Las prostitutas a menudo desaparecían sin ser asesinadas. A veces decidían hacer su trabajo en algún otro lugar. O simplemente dejaban de hacerlo.

“¿Tiene alguna razón para creer que lo es?”, preguntó.

“No lo sé”, respondió Meredith. “Tal vez quiere creer eso para involucrarnos. Pero sabes que es cierto que las prostitutas son blancos frecuentes de los asesinos en serie”.

Riley sabía que eso era así. Los estilos de vida de las prostitutas las ponían en riesgo. Eran visibles y accesibles, estaban solas con extraños, a menudo dependientes de drogas.

Meredith continuó: “Él me llamó personalmente. Le prometí que enviaría al mejor personal a Phoenix. Y obviamente eso te incluye a ti”.

Esto conmovió a Riley. Meredith estaba haciendo esto cada vez más difícil.

“Por favor entiéndame, señor”, dijo. “No puedo tomar un nuevo caso ahora”.

Riley sentía que estaba siendo deshonesto. “¿No puedo o no quiero?”, se preguntó a sí misma. Después de haber sido capturada y torturada por un asesino en serie, todos habían insistido en que se fuera de licencia. Había intentado hacerlo, pero se encontró necesitando volver al trabajo desesperadamente. Ahora se preguntaba la razón de ese desespero. Había sido imprudente y autodestructiva, y todo esto le había costado ganar el control de su vida. Cuando finalmente mató a Peterson, su atormentador, pensó que todo estaría bien. Pero aún la atormentaba, y le estaba costando mucho aceptar cómo había terminado su último caso.

Después de una pausa, añadió: “Necesito más tiempo fuera del campo. Técnicamente estoy de licencia y realmente estoy tratando de reconstruir mi

vida”.

Cayó un largo silencio. No parecía que Meredith se pondría a discutir con ella, y mucho menos abusar de su autoridad. Pero tampoco le diría que no importaba, no dejaría de presionarla.

Oyó a Meredith suspirar tristemente. “Garrett y Nancy tenían años distanciados y lo que le pasó lo está carcomiendo. Creo que eso sirve de lección, ¿o no? No debemos dar por sentado a ninguna persona de nuestras vidas. Siempre debemos hacer el intento”.

Riley casi deja caer el celular. Las palabras de Meredith pusieron el dedo en la llaga, en una llaga en la que Riley no había pensado por mucho tiempo. Riley había perdido el contacto con su hermana mayor hace años. Estaban distanciadas, y Riley no había pensado en Wendy durante mucho tiempo. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo su hermana en estos momentos.

“Prométeme que lo pensarás”, dijo Meredith luego de otra pausa.

“Lo haré”, dijo Riley.

Finalizaron la llamada.

Se sentía terrible. Meredith había estado a su lado durante momentos terribles y nunca había mostrado vulnerabilidad hacia ella antes. Ella odiaba decepcionarlo, y le acababa de prometer que lo consideraría.

Y no importaba qué tan desesperadamente quería negarse, Riley no estaba segura de poder hacerlo.

## Capítulo Tres

El hombre se encontraba sentado dentro de su carro en el estacionamiento, viendo a la puta acercarse por la calle. Se llamaba a sí misma Chiffon; obviamente este no era su nombre real. Y estaba seguro que había muchas más cosas de ella que no sabía.

*“Puedo obligarla a decirme”, pensó. “Pero aquí no. Hoy no”.*

Tampoco la mataría aquí hoy. No, no aquí tan cerca de su lugar de trabajo habitual, el supuesto “Gimnasio Cinético”. Desde donde estaba sentado, podía ver los equipos de ejercicio decrepitos por las ventanas: tres cintas caminadoras, una máquina de remo y un par de máquinas de pesas. Por lo que sabía, nadie venía al gimnasio a ejercitarse.

*“No de una manera socialmente aceptable”, pensó con una sonrisa.*

No venía mucho a este lugar, no desde que había raptado a esa morena que había trabajado allí hace años. Obviamente no la había matado allí. La había llevado a un cuarto de motel para recibir “servicios adicionales”, prometiéndole pagarle mucho más dinero.

No había sido asesinato premeditado, ni siquiera en ese momento. La bolsa de plástico sobre su cabeza solo pretendía añadir un elemento de fantasía y peligro. Le sorprendió lo tan satisfecho que se había sentido una vez de haberlo hecho. Había sido un placer epicúreo y distintivo, incluso en todos los placeres que había experimentado en su vida.

Aún así, había ejercido más cuidado y moderación en sus encuentros amorosos desde entonces. O por lo menos lo había hecho hasta la semana pasada, cuando el mismo juego se volvió mortal de nuevo con esa acompañante. ¿Cómo es que se llamaba?

*“Ah, sí”, recordó. “Nanette”.*

Había sospechado en ese momento que Nanette quizás no era su verdadero nombre. Ahora jamás lo descubriría. En su corazón sabía que su muerte no había sido un accidente. Él había querido hacerlo. Y tenía la conciencia limpia. Estaba listo para hacerlo de nuevo.

La puta que se hacía llamar Chiffon estaba ya a media cuadra, vestida con una camiseta amarilla con escote bañera y una minifalda, tambaleando hacia el gimnasio en tacones altos y hablando por su teléfono celular.

Realmente quería saber si su verdadero nombre era Chiffon. Su encuentro profesional anterior había sido un fracaso, seguramente por culpa de ella. Algo de ella lo había inquietado.

Sabía que era mayor de lo decía ser. Era más que su cuerpo, incluso las putas

adolescentes tenían estrías de parto. Y tampoco eran las arrugas de su rostro. Las putas envejecían más rápido que cualquier otro tipo de mujer.

Simplemente no sabía qué era; lo que sí sabía es que ella lo confundía. Tenía un entusiasmo infantil que no era la marca de una verdadera profesional, ni siquiera de una principiante.

Se reía demasiado, como una niña jugando con muñecas. Era demasiado entusiasta. Curiosamente, sospechaba que a ella realmente le gustaba su trabajo.

*“Una puta que realmente disfruta del sexo”*, pensó, viéndola acercarse. *“¿Quién ha oído de tal cosa?”*.

Francamente, eso le quitaba las ganas.

Bueno, al menos estaba seguro que no era policía. Se hubiera percatado de eso al instante.

Cuando ella se acercó lo suficiente como para poder verlo, él tocó su bocina. Dejó de hablar por teléfono por un momento y miró hacia donde se hallaba, protegiendo sus ojos del sol. Cuando vio que era él, lo saludó y le sonrió, una sonrisa que parecía totalmente sincera.

Luego caminó hacia la parte trasera del gimnasio, la entrada de los “empleados”. Se dio cuenta que probablemente tenía una cita dentro del burdel. No importaba, la contrataría otro día cuando estuviera de humor para un placer específico. Por ahora podía disfrutar de las otras prostitutas.

Recordó cómo habían dejado las cosas la última vez. Había sido alegre, buena y comprensiva.

*“Vuelve cuando quieras”*, le había dicho. *“Será mejor la próxima vez. Nos llevaremos de lo mejor. Las cosas se pondrán muy emocionantes”*.

*“Ay, Chiffon”*, murmuró en voz alta. *“No tienes ni idea”*.

## Capítulo Cuatro

Riley oía disparos por todas partes. A su izquierda, oía los chasquidos ruidosos de pistolas. A su derecha, oía armamento más pesado, ráfagas de los rifles de asalto y subfusiles.

En medio de todo el alboroto, sacó su pistola Glock de su pistolera de cadera, se colocó en decúbito prono y disparó seis rondas. Se puso de rodilla y disparó tres rondas. Recargó su pistola hábilmente, luego se puso de pie y disparó seis rondas, y finalmente se arrodilló y disparó tres rondas más con su mano izquierda.

Se puso de pie y guardó su arma, luego se alejó de la línea de fuego y se quitó sus orejeras y gafas protectoras. El blanco con el contorno en forma de botella estaba a veintitrés metros de distancia. Incluso desde esta distancia, pudo ver que había agrupado sus disparos bastante bien. En las otras filas, los alumnos de la academia del FBI seguían practicando bajo la supervisión de su instructor.

Riley tenía tiempo sin disparar un arma, a pesar de siempre estar armada en el trabajo. Había reservado esta fila en el polígono de tiro de la Academia del FBI para ejercicios de tiro al blanco y, como siempre, sentir la fuerza de su arma la satisfacía.

Escuchó una voz detrás de ella.

“Pareces de la vida escuela”.

Se volvió y vio al agente especial Bill Jeffreys cerca, sonriendo. Ella le sonrió de vuelta. Riley sabía exactamente lo que él quería decir con “de la vida escuela”. El FBI había cambiado las reglas para poder calificar para obtener una pistola hace unos años. Disparar desde decúbito prono ya no era un requerimiento. Ahora se ponía más énfasis en disparar a los blancos de cerca, entre tres y siete metros de distancia. Eso era complementado con la instalación de realidad virtual donde los agentes eran inmersos en escenarios que implicaban enfrentamientos armados de cerca. Y los alumnos también pasaban por el notorio Hogan's Alley, una ciudad simulada donde se enfrentaban a terroristas falsos con pistolas de bolas de pintura.

“A veces me gustan las cosas de la vieja escuela”, dijo. “Supongo que algún día tendré que usar fuerza mortal a distancia”.

Por experiencia propia, Riley sabía que en la vida real los enfrentamientos casi siempre eran de cerca, y que muchas veces eran inesperados. De hecho, realmente había tenido que pelear mano a mano en dos casos recientes. Había matado a uno de los atacantes con su propio cuchillo y al otro con una piedra.

“¿Crees que esto prepara a los chicos para la realidad?”, preguntó Bill,

asintiendo con la cabeza hacia los alumnos que ya habían terminado y que estaban saliendo del polígono de tiro.

“No realmente”, dijo Riley. “En RV, tu cerebro acepta la situación como real, pero no hay ningún peligro inminente, ningún dolor, no hay ninguna rabia que controlar. Dentro de ti sabes que realmente no existe ninguna posibilidad de morir”.

“Eso es correcto”, dijo Bill. “Tendrán que descubrir la realidad como lo hicimos nosotros muchos años atrás”.

Riley lo observó de lado mientras se alejaban del polígono de tiro.

Como ella, él tenía cuarenta años de edad y su pelo marrón tenía algunas canas. Se preguntó lo que significaba que se encontraba a sí misma comparándolo con su vecino esbelto.

“¿Cuál era su nombre?”, se preguntó. “Ah, sí — *Blaine*”.

Blaine era apuesto, pero no estaba segura si podía hacerle la competencia a Bill. Bill era grande, sólido y muy atractivo.

“¿Qué te trae por estos lados?”, le preguntó.

“Me dijeron que estarías aquí”, dijo.

Riley entrecerró los ojos con inquietud. Probablemente no era solo una visita amistosa. Detectó por su expresión que no estaba listo para decirle lo que quería aún.

“Si quieres hacer todo el ejercicio, puedo marcarte el tiempo”, dijo Riley.

“Te lo agradecería”, dijo Riley.

Pasaron a una sección separada del campo de tiro, donde no estaría en riesgo de ser alcanzada por las balas perdidas de los alumnos.

Mientras Bill operaba un cronómetro, Riley pasó por todas las etapas del curso de calificación de pistola del FBI, disparando a la diana a tres, luego a cinco, luego a siete, luego a quince metros de distancia. La quinta y última etapa fue la única parte que le pareció poco desafiante, disparar desde detrás de una barricada a 25 metros de distancia.

Riley se quitó su protector de cabeza cuando terminó. Ella y Bill caminaron a la diana y revisaron su trabajo. Todas las marcas de impacto estaban bien agrupadas.

“Cien por ciento — una puntuación perfecta”, dijo Bill.

“Más le vale”, dijo Riley. Odiaría el hecho de que se estuviese oxidando.

Bill señaló hacia la valla trasera más allá del blanco.

“Es surrealista, ¿no?”, dijo.

Algunos ciervos de cola blanca pastaban en la cima de la colina. Realmente se habían reunido allí mientras ella había estado disparando. Estaban a su alcance, incluso con su pistola. Pero no se veían ni un poco molestos por las



miles de balas que golpeaban los blancos justo debajo de la cresta por la que andaban.

“Sí”, dijo ella, “y hermoso”.

Los ciervos eran comunes en esta época del año. Era temporada de caza, y de alguna manera sabían que estarían seguros aquí. De hecho, los terrenos de la academia del FBI se habían convertido en una especie de refugio para muchos animales, incluyendo zorros, pavos salvajes y marmotas.

“Un par de días atrás, uno de mis estudiantes vio un oso en el estacionamiento”, dijo Riley.

Riley dio unos pasos hacia la valla trasera. Los ciervos levantaron sus cabezas, la miraron fijamente y se fueron trotando. No le tenían miedo a los disparos, pero no querían que la gente se acercara mucho.

“¿Cómo supones que lo saben?”, preguntó Bill. “Quiero decir, que es seguro aquí. ¿No es que todos los disparos suenan iguales?”.

Riley simplemente negó con la cabeza. Era un misterio para ella. Su padre la había llevado a cazar de pequeña. Para él, los ciervos eran simplemente recursos, alimentos y piel. No le había molestado el matarlos hace tantos años. Pero eso había cambiado.

Le parecía extraño ahora que lo pensaba. No le costaba usar fuerza letal contra un ser humano cuando era necesario. Podía matar a un hombre en un santiamén. Pero matar a una de estas criaturas ahora parecía inimaginable.

Riley y Bill caminaron hacia un área de descanso cercana y se sentaron juntos en un banco. Aún parecía no querer explicarle por qué quería hablar con ella.

“¿Cómo te está yendo solo?”, preguntó con una voz dulce.

Sabía era una pregunta delicada y vio a Bill hacer un gesto de dolor. Su esposa lo había dejado recientemente después de años de tensión entre su trabajo y su vida familiar. Bill había estado preocupado por la posibilidad de perder el contacto con sus hijos jóvenes. Ahora estaba viviendo en un apartamento en la ciudad de Quántico y pasaba tiempo con sus hijos los fines de semana.

“No lo sé, Riley”, dijo. “Creo que nunca me acostumbraré a estar solo”.

Estaba claramente deprimido y solo. Ella había sufrido como él durante su reciente separación y divorcio. También sabía que los momentos después de una separación eran especialmente frágiles. Aunque la relación no hubiera sido tan buena, te encuentras a ti mismo en un mundo de extraños, extrañando los años de familiaridad, no sabiendo muy bien qué hacer contigo mismo.

Bill tocó su brazo. “A veces pienso que lo único que me queda en la vida eres tú”, dijo emotivamente.

Riley sintió ganas de abrazarlo en ese momento. Cuando trabajaron como compañeros, Bill había salido a su rescate un montón de veces, tanto física como

emocionalmente. Pero sabía que tenía que tener cuidado. Y sabía que las personas podían ser un poco locas en circunstancias como estas. Ella había llamado a Bill una noche en medio de una borrachera proponiéndole que tuvieran una aventura. Ahora las situaciones eran contrarias. Podía sentir su dependencia de ella, ahora que estaba comenzando a sentirse lo suficientemente fuerte y libre como para estar sola.

“Hemos sido buenos compañeros”, dijo. Era soso, pero no se le ocurrió otra cosa.

Bill respiró profundamente.

“Quiero hablarte justamente de eso”, dijo. “Meredith me dijo que te había llamado sobre el caso de Phoenix. Estoy trabajando en él. Necesito un compañero”.

Riley se sintió un poco irritada. La visita de Bill estaba empezando a parecer una emboscada.

“Le dije a Meredith que lo pensaría”, dijo.

“Y ahora yo te estoy pidiendo que trabajes en el caso”, dijo Bill.

Un silencio cayó entre ellos.

“¿Y Lucy Vargas?”, preguntó Riley.

La agente Vargas era una novata que había trabajado estrechamente con Bill y Riley en su caso más reciente. Ambos quedaron impresionados con su trabajo.

“Su tobillo no ha sanado”, dijo Bill. “No estará en el campo por otro mes”.

Riley se sentía tonta por haberlo preguntado. Cuando ella, Bill y Lucy habían acorralado a Eugene Fisk, el llamado “asesino de las cadenas”, Lucy se había caído, fracturándose el tobillo en el proceso. Obviamente no volvería al trabajo tan rápido.

“No lo sé, Bill”, dijo Riley. “Este descanso del trabajo me está cayendo bien. He estado pensando en solo enseñar de ahora en adelante. Solo puedo decirte lo que le dije a Meredith”.

“Que lo pensarás”.

“Sí”.

Bill dejó escapar un gruñido de descontento.

“¿Podríamos al menos reunirnos y hablar del tema?”, preguntó. “¿Tal vez mañana?”.

Riley se enmudeció por un momento.

“Mañana no”, dijo. “Mañana tengo que ver a un hombre morir”.

## Capítulo Cinco

Riley miró por la ventana de la habitación donde Derrick Caldwell moriría pronto. Estaba sentada al lado de Gail Bassett, la madre de Kelly Sue Bassett, la víctima final de Caldwell. El hombre había matado a cinco mujeres antes de su captura.

Le había costado aceptar la invitación de Gail a la ejecución. Solo había visto una ejecución, en ese entonces como testigo voluntario, sentada entre periodistas, abogados, agentes, asesores espirituales y el presidente del jurado. Ahora ella y Gail estaban entre los nueve parientes de las mujeres que Caldwell había asesinado, todos hacinados en un espacio reducido, sentados en sillas plásticas.

Gail, una pequeña mujer de sesenta años de edad con un rostro delicado, se había mantenido en contacto con Riley a lo largo de los años. Su esposo había muerto antes de la ejecución, y le había escrito a Riley que no tenía a nadie que la acompañara en ese momento. Así que Riley había accedido a asistir.

La cámara de muerte estaba justo al otro lado de la ventana. Los únicos muebles de la habitación eran la camilla de ejecución, una mesa en forma de cruz. Una cortina plástica azul colgaba en la cabecera de la camilla. Riley sabía que las vías intravenosas y los químicos letales estaban detrás de esa cortina.

Un teléfono rojo en la pared conectaba con la oficina del gobernador. Solo sonaría en caso de una decisión de clemencia. Nadie esperaba que eso sucediera esta vez. Un reloj que colgaba encima de la puerta de la habitación era la única otra decoración visible.

En Virginia, los delincuentes condenados podían elegir entre la silla eléctrica y la inyección letal. Casi siempre escogían la segunda opción. Si el prisionero no escogía nada, asignaban la inyección.

A Riley le sorprendió el hecho que Caldwell no había optado por la silla eléctrica. Era un monstruo impenitente que parecía estar esperando su muerte con los brazos abiertos.

Eran las 8:55 cuando se abrió la puerta. Riley oyó unos murmullos en la sala cuando varios miembros del equipo de ejecución metieron a Caldwell en la cámara. Dos guardias lo flanqueaban, cada uno agarrando un brazo, y otro lo seguía. Un hombre bien vestido entró de último, era el director de la prisión.

Caldwell vestía un pantalón azul, una camisa azul y unas sandalias sin calcetines. Estaba esposado y encadenado. Riley no lo había visto en años. En su corto tiempo como asesino en serie había tenido el cabello largo y rebelde y una barba desgreñada, un look bohemio apropiado para un artista callejero. Ahora

estaba bien afeitado y se veía bastante ordinario.

Aunque no luchó, se veía asustado.

“*Qué bueno*”, pensó Riley.

Miró la camilla y alejó la mirada de nuevo. Parecía estar tratando de no mirar la cortina plástica azul. Por un momento, miró fijamente por la ventana de la sala de observación. De pronto parecía estar más tranquilo y más sereno.

“Ojalá pudiera vernos”, murmuró Gail.

No podía verlos debido a un vidrio de visión unilateral; Riley no compartía el deseo de Gail. Caldwell ya la había mirado mucho para su gusto. Para capturarlo, había ido de encubierto. Había pretendido ser un turista en el paseo marítimo de la playa Dunes y lo había contratado para dibujar su retrato. La había adulado mucho mientras trabajaba, diciéndole que era la mujer más hermosa que había dibujado en mucho tiempo.

Supo en ese entonces que era su próxima víctima potencial. Esa noche había sido la carnada, dejándolo acecharla por la playa. Cuando había intentado atacarla, los agentes de respaldo no tuvieron problemas para atraparlo.

Su captura había sido bastante sosa. El descubrimiento de que había descuartizado y guardado a sus víctimas en un congelador había sido otra cosa. Estar junto en frente y haber visto el momento exacto en el que habían abierto el congelador fue uno de los momentos más desgarradores de la carrera de Riley. Aún sentía compasión por los familiares de las víctimas, Gail entre ellas, por tener que identificar a sus esposas, hijas y hermanas descuartizadas...

“*Demasiado bellas como para vivir*”, había dicho el asesino.

A Riley le asustó mucho el hecho de que él la había visto a ella de esa manera. Ella nunca se había considerado hermosa y los hombres, incluso su ex marido, Ryan, rara vez le decían que lo era. Caldwell era una excepción cruel y horrible.

Se preguntaba qué significaba que un monstruo patológico la había considerado una mujer perfectamente hermosa. ¿Había reconocido algo dentro de ella que era tan monstruoso como él? Había tenido pesadillas sobre sus ojos admiradores, sus palabras melosas y su congelador lleno de partes durante unos años después de su juicio y condena.

El equipo de ejecución colocó a Caldwell en la camilla de ejecución, le quitó las esposas, grilletes y sandalias y lo sujetaron con unas correas de cuero, dos por el pecho, dos para sostener sus piernas, dos alrededor de sus tobillos y dos alrededor de sus muñecas. Sus pies descalzos daban a la ventana. Era difícil ver su rostro.

De repente, las cortinas se cerraron sobre las ventanas del observatorio. Riley entendió que esto era ocultar la fase de la ejecución donde algo pudiera salir mal,

que al equipo le cuestora encontrar una vena adecuada, por ejemplo. Aún así, le pareció peculiar. Las personas en ambos observatorios estaban a punto de ver a Caldwell morir, pero no tenían permitido presenciar la inserción mundana de las agujas. Las cortinas se mecían un poco, aparentemente por los movimientos de los miembros del equipo que estaban del otro lado.

Cuando abrieron las cortinas de nuevo, las vías intravenosas estaban en su lugar, pasando de los brazos del prisionero por huecos en las cortinas plásticas. Algunos miembros del equipo de ejecución se habían colocado detrás de las cortinas, donde administrarían las drogas letales.

Un hombre sostenía el auricular del teléfono rojo, listo para contestar una llamada que seguramente nunca llegaría. Otro le hablaba a Caldwell, sus palabras un sonido apenas audible debido al mal sistema de sonido. Le estaba preguntando a Caldwell si tenía unas palabras finales.

En cambio, la respuesta de Caldwell se escuchó bastante bien.

“¿Está aquí la agente Paige?”, preguntó.

Sus palabras impactaron a Riley.

El funcionario no respondió. No tenía derecho a saber la respuesta a esa pregunta.

Después de un silencio tenso, Caldwell habló de nuevo.

“Díganle a la agente Paige que hubiese deseado poder plasmar su belleza con mi arte”.

Aunque Riley no podía ver su rostro claramente, pensó haberlo oído soltar una risita.

“Eso es todo”, dijo. “Estoy listo”.

Riley estaba llena de rabia, horror y confusión. Esto era lo último que había esperado. Derrick Caldwell había elegido hablar de *ella* en sus momentos finales. Y era incapaz de hacer algo al respecto por estar sentada detrás de este vidrio irrompible.

Lo hizo comparecer ante la justicia pero, a la final, logró vengarse de una forma enfermiza.

Sintió la pequeña mano de Gail sosteniendo la suya.

“*Dios mío*”, pensó Riley. “*Me está consolando*”.

Riley trató de controlar sus náuseas.

Caldwell dijo una cosa más.

“¿Lo sentiré cuando comience?”.

Tampoco recibió respuesta a esa pregunta. Riley podía ver el líquido moverse por los tubos transparentes de las vías. Caldwell respiró profundamente y aparentemente se quedó dormido. Su pie izquierdo tembló un par de veces, y luego se quedó inmóvil.

Después de un momento, uno de los guardias pellizcó ambos pies, sin obtener una reacción. Parecía un gesto bastante peculiar, pero Riley entendió que el guardia estaba asegurándose que el sedante estuviera funcionando y que Caldwell estaba totalmente inconsciente.

El guardia les dijo algo inaudible a las personas que se encontraban detrás de la cortina. Riley vio líquido moverse por las vías de nuevo. Sabía que esta segunda droga detendría sus pulmones. En poco tiempo, una tercera droga detendría su corazón.

Riley se encontró pensando en lo que estaba viendo mientras la respiración de Caldwell se hacía más lenta. ¿Cómo era diferente esto de las veces que ella misma había usado fuerza letal? Ella había matado a varios asesinos en el cumplimiento de su deber.

Pero esto no era nada como esas otras muertes. En comparación, era extrañamente controlada, limpia, clínica, inmaculada. No parecía correcta. Irrracionalmente, Riley se encontró pensando...

*“No debí haberlo dejado llegar a este punto”.*

Sabía que no tenía razón, que había llevado a cabo la captura de Caldwell con profesionalismo. Pero aún así pensó...

*“Debí haberlo matado yo misma”.*

Gail sostuvo la mano de Riley por diez largos minutos. Finalmente, el funcionario que estaba al lado de Riley dijo algo que Riley no pudo escuchar.

El director salió de detrás de la cortina y habló en una voz bastante clara como para ser entendida por todos los testigos.

*“La pena de muerte fue ejecutada con éxito a las 9:07 a.m.”.*

Luego las cortinas se cerraron de nuevo. Los testigos ya habían visto lo que habían venido a ver. Los guardias entraron en el observatorio e instaron a todos a irse lo más pronto posible.

Gail tomó la mano de Riley de nuevo a lo que todos salieron al pasillo.

*“Siento que dijo lo que dijo”, le dijo Gail.*

Riley se sobresaltó. ¿Cómo podría Gail preocuparse por los sentimientos de Riley en un momento como este, cuando por fin había comparecido ante la justicia el asesino de su propia hija?

*“¿Cómo te sientes, Gail?”, preguntó mientras caminaban rápidamente hacia la salida.*

Gail caminó en silencio por un momento. Tenía una expresión vacía en su rostro.

*“Está hecho”, dijo finalmente, su voz fría y entumecida. “Está hecho”.*

Salieron del edificio a la luz del día. Riley pudo ver dos muchedumbres al otro lado de la calle, cada una fuertemente controlada por la policía. En un lado

había un grupo que estaba de acuerdo con la ejecución, tenían carteles odiosos, algunos soeces y obscenos. Estaban llenos de júbilo, y era comprensible. Del otro lado estaban los que abogaban en contra de la pena de muerte, también con sus propios carteles. Habían pasado toda la noche aquí celebrando una vigilia. Estaban mucho más tranquilos.

Riley no sintió compasión por ninguno de los dos grupos. Estas personas estaban aquí por ellos mismos, para hacer un espectáculo público de su indignación y rectitud, actuando en aras de su propia autocomplacencia. En su opinión, no tenían por qué estar aquí—no estaban entre aquellos cuyo dolor y aflicción era demasiado real.

Había una multitud de reporteros entre la entrada y las muchedumbres con camiones de prensa cerca. Mientras Riley caminaba entre ellos, una mujer corrió hasta ella con un micrófono y un camarógrafo detrás de ella.

“¿Agente Paige? “¿Eres la agente Paige?”, preguntó.

Riley no respondió. Ella intentó pasar a la reportera.

La reportera la siguió tenazmente. “Nos enteramos que Caldwell la mencionó en sus últimas palabras. ¿Algún comentario?”.

Otros reporteros se acercaron a ella, haciendo la misma pregunta. Riley apretó los dientes y siguió por la multitud. Por fin logró liberarse de ellos.

Se encontró pensando en Meredith y Bill mientras se apresuraba para llegar a su carro. Ambos la habían implorado a tomar un nuevo caso. Y estaba evitando darles una respuesta.

“¿*Por qué?*”, se preguntó.

Se acababa de escapar de los reporteros. ¿Estaba tratando de escapar de Bill y Meredith también? ¿Estaba tratando de escapar de quién era realmente y de todo lo que tenía que hacer?

\*

Riley estaba feliz de estar en casa. La muerte que había presenciado esa mañana la había dejado con una sensación de vacío y el viaje de regreso a Fredericksburg había sido cansón. Pero cuando abrió la puerta de su casa adosada, algo no parecía estar bien.

Había demasiado silencio. April ya debería haber regresado de la escuela. ¿Dónde estaba Gabriela? Riley entró en la cocina y la encontró vacía. Encontró una nota sobre la mesa de la cocina.

“*Me voy a la tienda*”, decía. Gabriela había ido a la tienda.

Riley agarró el espaldar de una silla cuando se vio inmersa en una ola de pánico. April había sido secuestrada de la casa de su padre en otra ocasión en la

que Gabriela había ido a la tienda.

*Oscuridad, un atisbo de una llama.*

Riley se dio la vuelta y corrió al pie de las escaleras.

“April”, gritó.

No hubo respuesta.

Riley corrió por las escaleras. Los dormitorios estaban vacíos. No había nadie en su pequeña oficina.

El corazón de Riley latía con fuerza, sin importar que su mente le estaba diciendo que era una tonta. Su cuerpo no estaba escuchando a su mente.

Corrió al piso inferior y luego a la cubierta trasera.

“April”, gritó.

Pero nadie jugaba en el patio de al lado y no había niños a la vista.

Logró controlarse para no dejar escapar otro grito. No quería que los vecinos se convencieran de que estaba realmente loca. No tan pronto.

Buscó en su bolsillo, sacó su teléfono celular y le envió un mensaje de texto a su hija.

No recibió ninguna respuesta.

Riley entró en su casa y se sentó en el sofá. Sujetaba su cabeza con sus manos.

*Estaba de nuevo en el sótano de poca altura, acostada sobre la suciedad en la oscuridad.*

*Pero la luz se estaba moviendo hacia ella. Podía ver su rostro cruel en el resplandor de las llamas. Pero no sabía si el asesino venía por ella o por April.*

Riley se obligó a separar la visión de su realidad.

“Peterson está muerto”, se dijo enfáticamente. “Nunca nos volverá a torturar”.

Se sentó en el sofá y trató de concentrarse en el aquí y en el ahora. Estaba aquí en su nueva casa, en su nueva vida. Gabriela había ido a la tienda. April seguramente estaba en algún sitio cercano.

Su respiración se volvió más lenta, pero no pudo obligarse a ponerse de pie. Tenía miedo que iría al patio y gritaría de nuevo.

Después de lo pareció ser mucho tiempo, Riley oyó la puerta principal abrirse.

April entró por la puerta, cantando.

Ahora Riley pudo ponerse de pie. “¿Dónde coño andabas?”.

April se veía sobresaltada.

“¿Cuál es tu problema, Mamá?”.

“¿Dónde andabas? ¿Por qué no respondiste mi mensaje de texto?”.

“Disculpa, tenía el celular en silencio. Estaba en casa de Cece, Mamá. Al otro



lado de la calle. Cuando nos bajamos del autobús escolar, su mamá nos ofreció helado”.

“¿Y cómo iba a saber dónde andabas?”.

“No creía que llegarías a casa antes que yo”.

Riley se oyó a sí misma gritar, pero no pudo contenerse. “No me importa lo que creas. No estabas pensando. Siempre tienes que dejarme saber...”.

Las lágrimas que corrían por las mejillas de April finalmente la detuvieron.

Riley recuperó el aliento, corrió hacia April y la abrazó. Al principio, el cuerpo de April estaba rígido por su rabia, pero Riley la sintió relajarse poco a poco. Entró en cuenta que ella también estaba llorando.

“Lo siento”, dijo Riley. “Lo siento. Es solo que hemos pasado por tantas... tantas cosas terribles”.

“Pero ya todo acabó”, dijo April. “Mamá, ya todo acabó”.

Ambas se sentaron en el sofá. Era un sofá nuevo, lo había comprado luego de mudarse a esta casa. Lo había comprado para su nueva vida.

“Sé que todo acabó”, dijo Riley. “Sé que Peterson está muerto. Estoy tratando de acostumbrarme a eso”.

“Mamá, todo está mucho mejor ahora. No tienes que preocuparte por mí todo el tiempo. Y no soy una chiquilla. Tengo quince años”.

“Y eres muy inteligente”, dijo Riley. “Lo sé. Tengo que seguir recordándomelo. Te amo, April”, dijo. “Por eso es que me porto tan loca a veces”.

“Yo también te amo, Mamá”, dijo April. “No te preocupes tanto”.

Riley estaba encantada de ver a su hija sonreír de nuevo. April había sido secuestrada, había sido la prisionera de Peterson y había sido amenazada con esa llama. Parecía que ya era una adolescente absolutamente normal de nuevo, aún si su madre no había recuperado su estabilidad.

Aún así, Riley no podía dejar de preguntarse si todavía había memorias oscuras en algún lugar de la mente de April que estaban a punto de estallar.

En cuanto a sí misma, sabía que tenía que hablar con alguien sobre sus propios miedos y pesadillas recurrentes. Y tenía que hacerlo lo más pronto posible.

## Capítulo Seis

Riley se movía nerviosamente en su silla mientras pensaba en lo que quería decirle a Mike Nevins. Se sentía agitada y nerviosa.

“Tómate tu tiempo”, dijo el psiquiatra forense, estirando el cuello en su silla de oficina y mirándola fijamente con preocupación.

Riley se rio tristemente. “Ese es el problema”, dijo. “No tengo tiempo. He estado postergándolo. Tengo que tomar una decisión. Ya no puedo postergarlo más. ¿Alguna vez me habías visto tan indecisa?”.

Mike no respondió. Solo sonrió y presionó las puntas de sus dedos.

Riley estaba acostumbrada a este silencio de Mike. El hombre apuesto y algo irritable había sido muchas cosas para ella durante los años—un amigo, un terapeuta, hasta un mentor. Últimamente acudía a él para saber su perspectiva sobre la mente oscura de un criminal. Pero esta visita era diferente. Lo había llamado anoche después de llegar a casa de la ejecución y había conducido a su oficina en DC esta mañana.

“¿Cuáles son tus opciones, exactamente?”, preguntó finalmente.

“Bueno, creo que tengo que decidir lo que voy a hacer con el resto de mi vida, o enseñar o ser agente de campo. O hacer otra cosa completamente”.

Mike se rio un poco. “Un momento. No tratemos de planificar todo tu futuro ahora mismo. Concentrémonos en el presente. Meredith y Jeffreys quieren que tomes un caso. Solo un caso. Esto no significa que tienes que escoger una de las dos. Nadie está diciendo que tienes que dejar de enseñar. Y todo lo que tienes que hacer es decir sí o no esta vez. ¿Entonces cuál es el problema?”.

Ahora le tocó a Riley guardar silencio. No sabía cuál era el problema. Por eso estaba aquí.

“Supongo que estás asustada”, dijo Mike.

Riley tragó grueso. Sí, eso era. Estaba asustada. No había querido admitirlo, ni siquiera a sí misma. Pero ahora Mike iba a hacerla hablar del tema.

“¿A qué le tienes miedo?”, preguntó Mike. “Dijiste que estabas teniendo pesadillas”.

Riley siguió guardando silencio.

“Esto obligatoriamente tiene que ver con tu TEPT”, dijo Mike. “¿Todavía estás teniendo flashbacks?”.

Riley había estado esperando esa pregunta. Después de todo, Mike era el que más la había ayudado a tratar de superar el trauma de su terrible experiencia.

Inclinó su cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Por un momento sintió que estaba en la jaula oscura de Peterson de nuevo y él estaba amenazándola con una

llama de propano. Meses después de haber sido la prisionera de Peterson, esa memoria aún la atormentaba de vez en cuando.

Pero luego había rastreado y matado a Peterson. De hecho, lo había molido a golpes.

*“Si eso no es cierre emocional, no sé qué lo será entonces”*, pensó.

Ahora los recuerdos parecían impersonales, como si estuviera viendo la historia de otra persona desarrollarse.

“Estoy mejor”, dijo Riley. “Son más cortos y mucho menos comunes”.

“¿Y tu hija?”.

La pregunta fue como un golpe para Riley. Sentía el eco del horror que había experimentado cuando Peterson había capturado a April. Aún podía oír los gritos de April pidiendo ayuda.

“Creo que no he superado eso”, dijo. “Me despierto asustada pensando que la volvieron a raptar. Tengo que ir a su habitación y asegurarme de que está bien y que está durmiendo”.

“¿Esa es la razón por la cual no quieres tomar otro caso?”.

Riley se estremeció. “No quiero que pase por algo así de nuevo”.

“Eso no responde mi pregunta”.

“No, no supongo que lo hace”, dijo Riley.

Cayó otro silencio.

“Tengo la sensación de que hay algo más”, dijo Mike. “¿Qué más te da pesadillas? ¿Qué más te despierta por las noches?”.

Sintió una sacudida de terror en su mente en ese instante.

Sí, había algo más.

Incluso con sus ojos abiertos, podía ver el rostro grotescamente inocente de Eugene Fisk con sus ojos pequeños, redondos y brillantes. Riley lo había mirado profundamente a los ojos durante su enfrentamiento fatal.

El asesino había colocado una navaja recta en la garganta de Lucy Vargas. En ese momento, Riley había indagado en sus más grandes miedos. Había hablado de las cadenas, esas cadenas que él creía que le estaban hablando, obligándole a cometer asesinato tras asesinato, encadenando a las mujeres y rajando sus gargantas.

*“Las cadenas no quieren que te lleves a esta mujer”*, le había dicho Riley.

*“Ella no es lo que necesitan. Sabes lo que las cadenas quieren que hagas en vez”*.

Eugene había asentido con la cabeza con los ojos llenos de lágrimas. Luego se hizo a sí mismo lo que le había hecho a sus víctimas—se pasó la cuchilla por su cuello.

Se rajó la garganta ante de los ojos de Riley.

Y ahora, sentada aquí en la oficina de Mike Nevins, su propio horror casi la ahoga.

“Maté a Eugente”, dijo jadeando.

“Te refieres al asesino de la cadenas. Bueno, no fue el primer hombre que mataste”.

Es cierto, no era la primera vez en la que había usado fuerza letal. Pero con Eugene había sido muy diferente. Pensaba en su muerte muy a menudo, pero nunca había hablado de eso con nadie.

“No usé una pistola ni una roca ni mis puños”, dijo. “Lo maté con comprensión, con empatía. Mi mente es un arma mortal. No sabía eso. Me aterra, Mike”.

Mike asintió con compasión. “Tú sabes lo que dijo Nietzsche sobre mirar un largo tiempo al abismo”, dijo.

“El abismo también mira dentro de ti”, dijo Riley, terminando el famoso dicho. “Pero he hecho mucho más que mirar al abismo. Prácticamente he vivido allí. Casi me siento cómoda allí. Es como un segundo hogar. Me asusta demasiado, Mike. Uno de estos días quizás entre a ese abismo y no salga más. Y quién sabe a quién podría herir, o matar”.

“Bueno”, dijo Mike, reclinándose en su silla. “Tal vez estamos progresando”.

Riley no estaba tan segura. Y no se sentía ni cerca a tomar una decisión.

\*

Cuando Riley entró por su puerta principal más tarde, April bajó por las escaleras rápidamente para saludarla.

“Ay Mamá, ¿tienes que ayudarme! ¡Ven!”.

Riley siguió a April por las escaleras hasta su habitación. Tenía una maleta abierta sobre su cama con un montón de ropa a su alrededor.

“¡No sé qué empacar!”., dijo April. “¡Nunca he tenido que hacer esto antes!”.

Sonriendo por la mezcla de pánico y euforia de su hija, Riley comenzó a ayudarla a acomodar sus cosas. April se iría de excursión escolar mañana a las cercanías de Washington, DC. Iría con un grupo de estudiantes del curso de Historia Estadounidense Avanzada y sus maestras.

Riley sintió un poco de aprensión luego de haber firmado los permisos y pagado las tasas extras. April había sido prisionera de Peterson en Washington, y aunque habían estado lejos en el borde de la ciudad, a Riley le preocupaba que el viaje podría hacer que el trauma saliera a la superficie. Pero a April le parecía estar yendo muy bien, tanto académicamente como emocionalmente. Y el viaje era una oportunidad maravillosa.

Riley se dio cuenta que se estaba divirtiendo mientras ella y April bromeaban y terminaban de empacar su maleta. Ese abismo del que había hablado con Mike hace un tiempo parecía estar muy lejos. Todavía tenía una vida fuera de ese abismo. Era una buena vida, y estaba determinada a seguir teniéndola, sin importar la decisión que tomara.

Gabriela entró en la habitación mientras estaban arreglando las cosas.

“Señora Riley, mi taxi estará aquí pronto”, dijo con una sonrisa. “Ya empaqué mis cosas, están en la puerta”.

Casi había olvidado que Gabriela se iba. Gabriela había pedido tiempo libre para ir a visitar a sus familiares en Tennessee ya que April no iba a estar. Riley estaba más que contenta de darle el permiso.

Abrazó a Gabriela y le dijo: “Buen viaje”.

La sonrisa de Gabriela desapareció un poco y añadió: “Me preocupo”.

“¿Estás preocupada?”, le preguntó sorprendida. “¿Qué te preocupa, Gabriela?”.

“Tú”, respondió Gabriela. “Estarás sola en esta nueva casa”.

Riley se rio un poco. “No te preocupes, puedo cuidar de mí misma”.

“Pero no has estado sola desde que pasaron todas esas cosas terribles”, dijo Gabriela. “Me preocupa”.

Las palabras de Gabriela pusieron a Riley a pensar. Lo que ella decía era cierto. Desde el calvario que había vivido con Peterson, al menos April siempre había estado a su lado. ¿Podría abrirse un vacío oscuro y aterrador en su nuevo hogar? ¿El abismo podría estar acechándola en este mismo momento?

“Estaré bien”, dijo Riley. “Diviértete con tu familia”.

Gabriela sonrió y le entregó a Riley un sobre. “Esto estaba en el buzón”, dijo.

Gabriela abrazó a April, luego abrazó a Riley de nuevo y bajó las escaleras para esperar a su taxi.

“¿Qué pasa, Mamá?”, preguntó April.

“No lo sé”, dijo Riley. “No fue enviado por correo”.

Abrió el sobre y encontró una tarjeta plástica adentro. Las letras decorativas de la tarjeta leían “El Grill de Blaine”. Luego leyó lo que decía más abajo: “Cena para dos”.

“Creo que es una tarjeta de regalo de nuestro vecino”, dijo Riley. “Eso es muy amable de su parte. Podemos ir a cenar allí cuando vuelvas”.

“¡Mamá!”, exclamó April. “Esa tarjeta no es para las dos”.

“¿Cómo así?”.

“Te está invitando a cenar”.

“¡Ah! ¿En serio? No dice eso aquí”.

April negó con la cabeza. “No seas tonta. Quiere salir contigo. Crystal me

dijo que le gustas a su papá. Y es muy lindo”.

Riley pudo sentir su rostro sonrojarse. No podía recordar la última vez que alguien la había invitado a salir. Pasó muchos años casada con Ryan. Desde su divorcio se había concentrado en instalarse en su nuevo hogar y en las decisiones que tenía que tomar acerca de su trabajo.

“Estás sonrojada”, dijo April.

“Terminemos de empacar tus cosas”, interrumpió Riley. “Tendré que pensar en todo esto ahora”.

Ambas volvieron a la tarea de ordenar ropa. Después de unos minutos de silencio, April dijo, “Estoy preocupada por ti, Mamá. Como dijo Gabriela...”.

“Estaré bien”, dijo Riley.

“¿Segura?”.

Riley no sabía qué contestar. Seguramente había enfrentado peores pesadillas que una casa vacía — asesinos psicópatas obsesionados con cadenas, muñecas y sopletes. ¿Pero podrían liberarse un montón de demonios internos ahora que estaría sola? Una semana comenzó a parecer un largo tiempo en ese instante. Y la posibilidad de decidir si saldría o no con el vecino también parecía aterradora de cierta forma.

“*Lidiaré con ello*”, pensó Riley.

Además, aún tenía otra opción. Y era el momento de tomar una decisión de una vez por todas.

“Me han pedido que trabaje en un caso”, le dijo Riley a April. “Tendría que irme a Arizona inmediatamente”.

April dejó de doblar su ropa y miró a Riley.

“Así que irás, ¿cierto?”, preguntó.

“No lo sé, April”, dijo Riley.

“¿Y eso por qué? Es tu trabajo”.

Riley miró a su hija a los ojos. Los tiempos difíciles entre ellas realmente parecían haber quedado en el pasado. Se habían unido más puesto que ambas habían sobrevivido los horrores infligidos por Peterson.

“He estado pensando en no trabajar más en el campo”, dijo Riley.

Los ojos de April se abrieron de sorpresa.

“¿Qué? Mamá, acabar con los malos es lo que mejor sabes hacer”.

“También soy muy buena dando clases”, dijo Riley. “Soy *muy* buena en eso. Y me encanta, realmente me encanta”.

April se encogió de hombros, no entendiendo nada. “Bueno, sigue dando clases. Nadie te está deteniendo. Pero no dejes de luchar contra el mal. Es igual de importante”.

Riley negó con la cabeza. “No lo sé, April. Después de todo por lo que te hice

pasar— “.

Parecía que April no podía creer lo que estaba escuchando. “¿Después de todo por lo que *tú* me hiciste pasar? ¿De qué estás hablando? *Tú* no me hiciste pasar por nada. Fui raptada por un psicópata llamado Peterson. Si no me hubiera raptado a mí, hubiera raptado a otra persona. No pierdas el tiempo culpándote”.

Después de una pausa, April dijo: “Siéntate, Mamá. Tenemos que hablar”.

Riley sonrió y se sentó en la cama. April sonaba como una mamá.

“*Tal vez un sermón es justamente lo que necesito*”, pensó Riley.

April se sentó junto a Riley.

“¿Alguna vez te hablé sobre mi amiga Angie Fletcher?”, dijo April.

“No lo creo”.

“Bueno, solíamos ser buenas amigas pero se cambió de escuela. Ella era muy inteligente, me llevaba solo un año, tenía quince años. Me enteré que empezó a comprarle drogas a un tipo que todo el mundo llamaba Trip. Se volvió bastante adicta a la heroína. Y cuando se quedó sin dinero, Trip la puso a trabajar como prostituta. La entrenó personalmente y la obligó a mudarse con él. Su madre está tan loca que ni siquiera se dio cuenta de que Angie se había ido. Trip hasta la promocionó en su sitio web, la hizo tatuarse jurando que ella siempre sería de él”.

Riley estaba conmocionada. “¿Qué pasó con ella?”.

“Bueno, la policía finalmente agarró a Trip y Angie terminó en un centro de rehabilitación de drogas. Esto sucedió este verano mientras estábamos en el norte del estado de Nueva York. No sé qué pasó con ella después de eso. Todo lo que sé es que solo tiene dieciséis años y su vida está arruinada”.

“Lo siento mucho”, dijo Riley.

April gruñó con impaciencia.

“¿Realmente no lo entiendes, Mamá? No tienes nada que sentir. Has pasado toda tu vida deteniendo este tipo de cosas. Y has encerrado a muchos tipos como Trip—algunos de ellos para siempre. Pero si dejas de hacer lo que mejor sabes hacer, ¿quién tomará tu lugar? ¿Alguien tan competente como tú? Lo dudo, Mamá. Realmente lo dudo”.

Riley se quedó callada por unos instantes. Luego, con una sonrisa, apretó la mano de April con firmeza.

“Creo que tengo que hacer una llamada”, dijo.

## Capítulo Siete

Mientras el jet de FBI despegaba de Quántico, Riley se sentía segura de que estaba en camino a enfrentarse a otro monstruo. Le inquietaba mucho el pensar en eso. Había deseado mantenerse alejada de asesinos por un tiempo, pero tomar este caso finalmente le había parecido ser la decisión correcta. Meredith claramente se había sentido aliviado por su decisión.

Esa mañana, April se había ido de excursión, y ahora Riley y Bill estaban en camino a Phoenix. La tarde se había vuelto oscura y había lluvia en el cristal de la ventana del avión. Riley se quedó abrochada a su asiento hasta que el avión atravesó unas nubes grises a un cielo más despejado. Luego una superficie acolchada se extendió debajo de ellos, ocultando la tierra donde las personas probablemente estaban corriendo para no mojarse. “Y siguiendo sus tareas diarias”, pensó Riley.

Luego de que se asentara el viaje, Riley se volteó para mirar a Bill y le preguntó, “¿Qué tienes para mostrarme?”.

Bill abrió su portátil sobre la mesa delante de ellos. Colocó una foto de una gran bolsa de basura negra apenas sumergida en aguas poco profundas. Podía ver una mano blanca muerta que se asomaba por la abertura de la bolsa.

Bill explicó: “El cuerpo de Nancy Holbrook fue encontrado en un lago artificial en el sistema de embalses en las afueras de Phoenix. Era una acompañante de treinta años que cobraba caro. En otras palabras, una prostituta costosa”.

“¿Se ahogó?”, preguntó Riley.

“No. La causa de muerte fue asfixia. Luego fue metida en una gran bolsa de basura y arrojada al lago. La bolsa de basura fue rellena con grandes piedras para que se hundiera más”.

Riley estudió la foto de cerca. Ya se estaban formando muchas preguntas en su mente.

“¿El asesino dejó evidencia física?”, preguntó. “¿Huellas, fibras, ADN?”.

“Nada de nada”.

Riley negó con la cabeza. “Lo que no entiendo es la eliminación del cadáver. ¿Por qué el asesino no se esforzó más? Un lago de agua dulce es perfecto para deshacerse de un cuerpo. Los cadáveres se hunden y se descomponen rápidamente en agua dulce. Obviamente podrían volver a la superficie más tarde debido a la distensión abdominal y los gases. Pero colocar piedras suficientes en la bolsa solucionaría ese problema. ¿Por qué dejarla en aguas poco profundas?”.

“Creo que nos toca a nosotros descubrirlo”, dijo Bill.



Bill colocó otras fotos de la escena del crimen, pero no proporcionaron mucha información.

“¿Qué opinas?”, preguntó Riley. “¿Se trata de un asesino en serie o no?”

Bill frunció el ceño, reflexionando.

“No lo sé”, respondió. “Realmente estamos tratando con el asesinato de una sola prostituta. Obviamente han desaparecido otras prostitutas en Phoenix. Pero eso no es nada nuevo. Sucede habitualmente en las grandes ciudades del país”.

La palabra “habitualmente” hizo que los pelos de Riley se pusieran de punta. ¿Cómo podría considerarse la desaparición continua de una cierta clase de mujer algo “rutinario”? Aún así, sabía que lo que estaba diciendo Bill era cierto.

“Cuando Meredith llamó por teléfono, lo hizo parecer urgente”, dijo ella. “Y ahora nos está dando el tratamiento VIP, dándonos un jet de la UAC para llegar allá directamente”. Riley lo pensó por un momento. “Sus palabras exactas fueron que su amigo quería que lo investigáramos como si fuera un asesinato en serie”. Pero por lo visto nadie está seguro que esto es obra de un asesino en serie”.

Bill se encogió de hombros. “Quizás no lo sea. Pero, por lo visto, Meredith tiene una relación bastante estrecha con el hermano de la víctima, Garrett Holbrook”.

“Sí”, dijo Riley. “Me dijo que fueron a la academia juntos. Pero todo esto es inusual”.

Bill no argumentó este hecho. Riley se inclinó hacia atrás en su asiento para examinar la situación. Parecía bastante obvio que Meredith estaba rompiendo algunas reglas del FBI para hacerle un favor a su amigo. Esto no era algo que Meredith solía hacer.

Pero Riley no le tenía menos estima por esto. En realidad admiraba su devoción a su amigo. Ella se preguntaba...

*¿Rompería yo las reglas por alguien? ¿Por Bill, tal vez?*

Había sido más que un compañero a lo largo de los años y mucho más que un amigo. Sin embargo, Riley no estaba segura. Y eso la hacía preguntarse qué tan cercana se sentía a sus compañeros de trabajo, incluyendo a Bill, hoy en día.

Pero ponerse a analizarlo en este momento no parecía tener sentido. Riley cerró los ojos y se durmió.

\*

Aterrizaron en un día soleado de Phoenix.

Bill le dio un codazo mientras se estaban bajando del jet y dijo: “Guau, el clima está hermoso. Por lo menos este viaje también servirá como unas vacaciones”.

De alguna manera, Riley dudaba de que sería divertido. Tenía rato sin tomarse unas verdaderas vacaciones. Su último intento en Nueva York con April había sido truncado por los asesinatos y las locuras habituales que formaban una gran parte de su vida.

*“Necesito tomarme un verdadero descanso un día de estos”, pensó.*

Un agente local joven se encontró con ellos y los condujo a la oficina de campo del FBI de Phoenix, un edificio moderno llamativo. Mientras se estacionaba en la Oficina dijo: “¿No les parece genial el diseño? Incluso ganó un premio. ¿A qué se les parece?”.

Riley miró la fachada. Tenía rectángulos rectos y largos y ventanas verticales estrechas. Todo había sido cuidadosamente colocado y el patrón parecía familiar. Se detuvo y lo miró fijamente por un momento.

*“¿Secuenciación del ADN?”, preguntó.*

“Sí”, dijo el agente. “Pero puedo apostar a que no adivinan a qué se parece el laberinto de rocas desde arriba”.

Pero entraron al edificio antes de que Riley o Bill pudieran intentarlo. Riley vio el motivo del ADN repetido en las baldosas. El agente los llevó entre paredes y muros de separación horizontales hasta que llegaron a la oficina del agente especial encargado, Elgin Morley, y luego los dejó allí.

Riley y Bill se presentaron a Morley, un hombre pequeño y cincuentón que tenía un gran bigote negro y anteojos redondos. Otro hombre también los estaba esperando en la oficina. Era cuarentón, alto, flaco y un poco jorobado. Riley pensó que se veía cansado y deprimido.

*“Agentes Paige y Jeffreys, conozcan al agente Garrett Holbrook”, dijo Morley. Su hermana fue la víctima que fue encontrada en el lago Nimbo”.*

Todos los agentes se dieron la mano y luego se sentaron a hablar.

*“Gracias por venir”, dijo Holbrook. “Todo esto ha sido bastante abrumador”.*

*“Háblanos de tu hermana”, dijo Riley.*

*“No tengo mucho que decir”, dijo Holbrook. “No puedo decir que la conocía muy bien. Era mi media hermana. Mi padre fue un mujeriego, dejó a mi mamá y tuvo hijos con tres mujeres diferentes. Nancy era quince años más joven que yo. No nos mantuvimos mucho en contacto a lo largo de los años”.*

Miró fijamente al piso por un momento, sus dedos tocando el brazo de su silla distraídamente. “Lo último que supe de ella es que estaba trabajando en una oficina y tomando clases en un colegio comunitario”, dijo sin levantar la mirada. “Eso fue hace unos años. Me sorprendió descubrir en lo que se había convertido. No tenía ni idea”.

Luego se quedó en silencio. A Riley le pareció que se había guardado algo, pero se dijo a sí misma que tal vez realmente era todo lo que el hombre sabía.

Después de todo, ¿qué podría decir Riley sobre su hermana mayor si alguien le preguntara? Ella y Wendy habían pasado tanto tiempo sin hablar que prácticamente ya no eran ni hermanas.

Aun así, percibía algo más que dolor en la actitud de Holbrook y eso le parecía extraño.

Morley sugirió que Riley y Bill fueran con él a Medicina Forense para poder echarle un vistazo al cadáver. Holbrook asintió y dijo que estaría en su oficina.

“Agente Morley, ¿qué razón existe para creer que estamos tratando con un asesino en serie?”, preguntó Bill cuando iban caminando por el pasillo.

Morley negó con la cabeza. “No creo que tengamos una”, dijo. “Pero cuando Garrett se enteró de la muerte de Nancy, se negó a no hacer nada. Es uno de nuestros mejores agentes, y he tratado de complacerlo. Trató de poner en marcha su propia investigación, pero no llegó a ningún lado. La verdad es que se ha portado bastante extraño, no parece él”.

Riley ciertamente había notado que Garrett parecía estar agitado. Tal vez un poco más agitado de lo que estaría un agente experimentado normalmente, incluso con la muerte de un familiar. Había dejado claro que no estaban ni cerca de resolver el caso.

Morley guio a Riley y a Bill al área de Medicina Forense del edificio, donde les presentó a la líder, la Dra. Rachel Fowler. La patóloga abrió la unidad refrigerada donde se encontraba el cadáver de Nancy Holbrook.

Riley hizo un gesto de dolor a la oleada familiar de descomposición, aunque el mal olor aún no se había intensificado tanto. Vio que la mujer había sido bajita y muy delgada.

“No había estado mucho tiempo en el agua”, dijo Fowler. “Su piel estaba comenzando a arrugarse cuando la encontraron”.

La Dra. Fowler señaló sus muñecas.

“Pueden ver quemaduras por el roce de cuerdas. Parece que estuvo atada durante su asesinato”.

Riley notó marcas en el recodo del cadáver.

“Parecen ser marcas de agujas”, dijo Riley.

“Sí. Estaba consumiendo heroína. Creo que estaba volviéndose adicta”.

Le pareció a Riley que la mujer había sido anoréxica, y eso parecía coherente con la teoría de adicción de Fowler.

“Esa clase de adicción parece fuera de lugar para una acompañante de categoría”, dijo Bill. “¿Cómo sabemos que eso es lo que era?”.

Fowler sacó una tarjeta de presentación laminada que estaba dentro de una bolsa plástica de evidencia. Tenía una foto provocativa de la mujer muerta. El nombre en la tarjeta era simplemente “Nanette” y el negocio se llamaba

“Acompañantes Ishtar”.

“Encontramos esta tarjeta en su cuerpo”, explicó Fowler. “La policía se comunicó con Acompañantes Ishtar y descubrió su verdadero nombre, y eso conllevó a que fuera identificada como la media hermana del agente Holbrook”.

“¿Alguna idea de cómo fue asfixiada?”, preguntó Riley.

“Hay algunos moretones en su cuello”, dijo Fowler. “El asesino pudo haber colocado una bolsa de plástico sobre su cabeza”.

Riley observó las marcas de cerca. ¿Esto fue un juego sexual que salió mal, o un acto deliberado de asesinato? Aún no sabía la respuesta.

“¿Qué más encontraron con su cuerpo?”, preguntó Riley.

Fowler abrió una caja que contenía la ropa de la víctima. Había estado usando un vestido rosa escotado. Riley observó que no era muy respetable, pero era un atuendo un poco más recatado que la ropa típica de prostituta. Era el vestido de una mujer que quería verse tanto sexy como convenientemente vestida para ir a una discoteca.

Había una bolsa plástica llena de joyas encima del vestido.

“¿Puedo echarle un vistazo?”, le preguntó Riley a Fowler.

“Adelante”.

Riley sacó la bolsa y le echó un ojo al contenido. La mayor parte era bisutería bastante elegante — un collar y unos brazaletes de cuentas y unos aretes sencillos. Pero un artículo sobresalía sobre todos los demás. Era un anillo delgado de oro con un diamante. Lo levantó y se lo mostró a Bill.

“¿Es real?”, preguntó Bill.

“Sí”, respondió Fowler. “Oro auténtico y un diamante real”.

“El asesino ni siquiera lo robó”, comentó Bill. “Así que esto no fue por dinero”.

Riley se volvió para dirigirse a Morley. “Me gustaría ver el sitio donde fue encontrado el cuerpo”, dijo. “Ahora mismo que es de día”.

Morley se veía un poco desconcertado.

“Podemos llevarte en helicóptero”, dijo. “Pero no sé lo que esperas encontrar. Los policías y los agentes inspeccionaron todo el sitio”.

“Confía en ella”, dijo Bill a sabiendas. “Descubrirá algo”.

## Capítulo Ocho

La amplia superficie del lago Nimbo parecía inmóvil y tranquila mientras el helicóptero se acercaba a ella.

“*Pero las apariencias engañan*”, se recordó Riley a sí misma. Sabía que las superficies tranquilas podían guardar secretos oscuros.

El helicóptero descendió para buscar un lugar en donde aterrizar. Riley se sentía un poco mareada por el movimiento inestable. No le gustaban mucho los helicópteros. Ella miró a Bill, quien estaba sentado a su lado. Se veía igual de incómodo que ella.

Pero cuando miró al agente Holbrook, su rostro parecía inexpresivo. Casi ni había hablado durante el vuelo de media hora desde Phoenix. Riley aún no sabía qué pensar de él. Estaba acostumbrada a leer a las personas fácilmente, a veces demasiado fácilmente. Pero Holbrook todavía le parecía un enigma.

El helicóptero por fin aterrizó y los tres agentes del FBI pisaron tierra firme, agachándose debido a las hélices que aún estaban en movimiento. El camino donde había aterrizado el helicóptero no era más que huellas de neumáticos entre malezas.

Riley observó que el camino no era muy transitado. Aún así, parecía que suficientes vehículos habían pasado por él durante esta semana como para ocultar las huellas dejadas por el vehículo que había conducido el asesino.

El motor ruidoso del helicóptero por fin dejó de sonar, haciendo más fácil el hablar mientras Riley y Bill seguían a Holbrook a pie.

“Cuéntanos todo lo que sabes sobre este lago”, le dijo Riley a Holbrook.

“Es uno de los embalses creados por las represas en el río Acacia”, dijo Holbrook. “Este es el más pequeño de los lagos artificiales. Está repleto de peces, y es un espacio recreativo popular, pero los espacios públicos están al otro lado del lago. El cadáver fue descubierto por una pareja de adolescentes drogados con marihuana. Les mostraré el lugar”.

Holbrook los llevó a una cresta de piedras sobre el lago.

“Los chicos estaban justo donde estamos parados”, dijo. Señaló hacia la orilla del lago. “Miraron hacia allí y lo vieron. Dijeron que solo parecía ser una forma oscura en el agua”.

“¿A qué hora estuvieron aquí?”, preguntó Riley.

“Un poco más temprano que ahora”, dijo Holbrook. “Faltaron a clase y se drogaron”.

Riley analizó todo el lugar. El sol estaba bajo, y las cimas de los acantilados de roca roja al otro lado del lago estaban ardiendo por la luz. Había unos botes

en el agua. La distancia entre la cresta y el agua era de unos tres metros aproximadamente.

Holbrook señaló un lugar cercano donde la pendiente no era tan empinada.

“Los niños bajaron para acercarse más”, dijo. “Fue entonces cuando descubrieron lo que realmente era”.

“*Pobres chicos*”, pensó Riley. Hace unas dos décadas había probado la marihuana en la universidad. Aún así, podía imaginarse el miedo intenso de haber hecho este descubrimiento mientras estaban drogados.

“¿Quieres bajar para ver más de cerca?”, Bill le preguntó a Riley.

“No, de aquí se ve bien”, dijo Riley.

Su instinto le decía que estaba justo donde necesitaba estar. Después de todo, el asesino seguramente no había arrastrado el cuerpo por la misma pendiente por la que habían bajado los chicos.

“No”, pensó. “*Estuvo parado justo aquí*”.

Incluso parecía que la escasa vegetación en la que estaba parada parecía estar un poco deshecha.

Respiró un poco, tratando de deslizarse en la mente del asesino. Sin duda había venido de noche. ¿Pero en una noche clara o nublada? Bueno, en Arizona en esta época del año, las posibilidades eran que la noche fue clara. Y recordó que la luna estaría brillante hace aproximadamente una semana. En la luz de las estrellas y la luz de la luna, él pudo haber visto que lo estaba haciendo bastante bien, posiblemente incluso sin una linterna.

Lo imaginaba poniendo el cuerpo aquí mismo. ¿Pero qué había hecho luego? Evidentemente había rodado el cuerpo por la cornisa. Había caído justo en las aguas poco profundas.

Pero algo no parecía estar bien en todo este escenario. Se preguntó una vez más, como lo había hecho en el avión, cómo pudo haber sido tan descuidado.

Es cierto que, desde aquí en la cornisa, probablemente no pudo haber visto que el cuerpo no se había hundido lo suficiente. Los chicos habían descrito la bolsa como “*una forma oscura en el agua*”. Desde esta altura, la bolsa sumergida probablemente había sido invisible, incluso en una noche brillante. Él había asumido que el cuerpo se había hundido, como los cuerpos recién muertos lo hacen en agua dulce, especialmente cuando son pesados con piedras.

Pero ¿por qué supuso que el agua era profunda aquí?

Observó el agua cristalina. En la luz del atardecer, podía ver fácilmente la cornisa sumergida por donde había descendido el cadáver. Era un área horizontal pequeña, nada más que la parte superior de una roca. Alrededor de ella, el agua era negra y profunda.

Observó el lago. Acantilados sobresalían de todas partes del agua. Podía ver

que el lago Nimbo lago había sido un cañón profundo antes de que la presa lo llenara con agua. Vio solo unos pocos lugares donde uno podía caminar por la costa. Los lados del acantilado descendían a las profundidades.

Riley vio crestas similares con aproximadamente la misma altura a su derecha e izquierda. El agua debajo de esos acantilados era oscura, sin señales de una cornisa similar a la que estaba justo debajo de esta.

Sintió un cosquilleo de comprensión.

“Él ha hecho esto antes”, les dijo a Bill y a Holbrook. “Hay otro cuerpo en este lago”.

\*

Durante el viaje en helicóptero de regreso a la oficina central de la división de FBI de Phoenix, Holbrook dijo: “¿Entonces crees que sí se trata de un caso de asesinatos en serie?”.

“Sí, sí lo creo”, dijo Riley.

“Yo no estaba seguro”, dijo Holbrook. “Estaba ansioso porque alguien bueno viniera a tomar el caso. Pero ¿qué viste que te hizo cambiar de parecer?”.

“Hay otras cornisas iguales a la que utilizó para arrojar el cuerpo”, explicó. “Utilizó uno de los otros desniveles antes, y ese cuerpo se hundió como debía. Pero quizás no pudo encontrar el mismo lugar. O tal vez pensó que este *era* el mismo lugar. De todos modos, esperó obtener el mismo resultado esta vez, pero se equivocó”.

“Te dije que descubriría algo allí”, dijo Bill.

“Unos buzos tendrán que efectuar una búsqueda en el lago”, agregó Riley.

“Costará que aprueben hacer eso”, dijo Holbrook.

“Hay que hacerlo. Hay otro cuerpo allí abajo. Puedes contar con eso. No sé cuánto tiempo ha pasado allí, pero está allí”.

Hizo una pausa, evaluando mentalmente lo que esto le decía sobre la personalidad del asesino. Él era competente y capaz. No era un perdedor patético como Eugene Fisk. Era más como Peterson, el asesino que había capturado y atormentado tanto a April como a ella. Era astuto y equilibrado y le encantaba matar, era un sociópata, en lugar de un psicópata. Por encima de todo, era confiado.

*“Tal vez demasiado confiado para su propio bien”*, pensó Riley.

Podría hasta ser su perdición.

“El tipo que buscamos no es ninguna escoria criminal”, dijo. “Apuesto a que es un ciudadano común, razonablemente bien educado, tal vez con una esposa y familia. Nadie que lo conoce cree que es un asesino”.

Riley observó el rostro de Holbrook mientras hablaban. Aunque ahora sabía algo sobre el caso que no había sabido antes, Holbrook aún le parecía totalmente impenetrable.

El helicóptero sobrevoló el edificio del FBI. Había caído la noche y el área estaba bien iluminada.

“Mira”, Bill dijo, señalando por la ventana.

Riley miró hacia donde señalaba. Se sorprendió al ver que el jardín de rocas parecía una huella gigantesca desde aquí. Parecía un letrero de bienvenida. Algún paisajista excéntrico había decidido que esta imagen hecha de piedras era más adecuada para el nuevo edificio del FBI que un jardín plantado. Centenares de piedras habían sido cuidadosamente colocadas en filas curvas para crear la ilusión acaballonada.

“Guau”, le dijo Riley a Bill. “¿Qué huella dactilar habrán utilizado? La de una persona legendaria, supongo. ¿Tal vez la de Dillinger?”.

“O tal vez la de John Wayne Gacy. O Jeffrey Dahmer”.

Esto le pareció un poco extraño. En el suelo, nadie se imaginaría que la disposición de piedras era algo más que un laberinto sin sentido.

Le pareció una señal y una advertencia. Este caso iba a obligarla a ver las cosas desde una nueva y perturbadora perspectiva. Estaba a punto de entrar en un mundo de oscuridad que jamás había imaginado.



## Capítulo Nueve

El hombre disfrutaba ver a las prostitutas callejeras. Le gustaba como se agrupaban en la esquina y caminaban por las aceras, más que todo de a dos. Le parecía que eran más enérgicas que las call girls y las acompañantes, propensas a perder los estribos fácilmente.

Por ejemplo, en este momento, vio a una de ellas maldiciendo a un montón de chicos jóvenes toscos que estaban dentro de un vehículo por tomar su foto. El hombre no podía culparla por ello. Después de todo, ella estaba aquí para hacer negocios, no para servir como paisaje.

“¿Dónde está el respeto?”, pensó con una sonrisa. “*Los chicos de hoy en día*”.

Ahora los chicos estaban riéndose de ella y gritando obscenidades. Pero no podían igualar sus réplicas originales, algunas de ellas en otro idioma. Le gustaba su estilo.

Estaba en un barrio pobre, estacionado cerca de una fila de moteles baratos donde las prostitutas callejeras se juntaban. Las otras chicas eran menos vivaces que la que había gritado las palabrotas. Sus intentos de sensualidad no podían compararse con los de ella, y sus avances eran vulgares. Mientras observaba, una de las chicas se subió la falda para mostrarle sus pequeñas bragas al conductor de un carro que pasaba lentamente por allí. El conductor no se detuvo.

Siguió mirando a la chica que le había llamado la atención de primera. Estaba pateando con indignación, quejándose con las otras chicas.

El hombre sabía que podría tenerla si así lo quisiera. Ella podría ser su próxima víctima. Todo lo que tenía que hacer para llamar su atención era conducir hacia ella.

Pero no, no haría eso. Nunca hacía eso. Nunca se le acercaría a una prostituta en la calle. Ella tenía que acercarse a él. Era igual incluso con las putas que conocía a través de un servicio o en un burdel. Lograría que se reunieran con él a solas en alguna parte sin pedírselo directamente. Todo parecería idea de ellas.

Con suerte, la chica enérgica notaría su carro caro y se le acercaría. Su carro era una excelente carnada. También el hecho que él se vestía bien.

Pero sin importar como terminara la noche, tenía que tener más cuidado que la vez pasada. Había sido descuidado, dejando caer su cuerpo sobre esa cornisa y esperando que se hundiera.

¡Y había creado tremendo revuelo! ¡La hermana de un agente del FBI! Y habían llamado a unos agentes importantes de Quántico. No le gustaba eso. No quería ni publicidad ni fama. Todo lo que quería hacer era satisfacer sus antojos.

¿Y no tenía todo el derecho a hacerlo? ¿Qué hombre adulto sano no tiene sus antojos?

Ahora iban a enviar buzos al lago para buscar cuerpos. Sabía lo que podrían encontrar allí, incluso después de tres años. No le gustaba eso en lo absoluto.

No solo se preocupaba por sí mismo. Curiosamente, se sentía mal por el lago. Hacer que los buzos buscaran entre todos sus rincones le parecía algo obsceno e invasor, una violación imperdonable. Después de todo, el lago no había hecho nada malo. ¿Por qué debía de ser invadido?

De todos modos, no estaba preocupado. No había manera que pudieran rastrearlo a través de las víctimas. Simplemente no iba a suceder. Sin embargo, ya había acabado con ese lago. No había decidido aún dónde depositar su próxima víctima, pero estaba seguro que tomaría una decisión antes de terminada la noche.

Ahora la chica vivaz estaba mirando su carro. Comenzó a caminar hacia él.

Bajó la ventanilla del asiento del pasajero y ella asomó la cabeza. Era una latina de piel oscura, con un maquillaje intenso compuesto de un delineado de labios, sombra de ojos colorida y cejas arqueadas que parecían ser tatuadas. Sus aretes eran unos crucifijos de oro grandes.

“Bonito carro”, dijo.

Él sonrió.

“¿Qué hace una chica tan linda en la calle tan tarde?”, preguntó. “¿Ya no es tu hora de dormir?”.

“Tal vez deberías arroparme”, dijo ella, sonriendo.

Sus dientes le parecieron extraordinariamente limpios y rectos. De hecho, se veía muy saludable. Era muy raro ver eso aquí en las calles, donde la mayoría de las chicas estaban en diversas etapas de adicción a la metanfetamina.

“Me gusta tu estilo”, dijo. “Muy chola”.

Su sonrisa se ensanchó. Podía ver que le gustaba ser conocida como la latina que se tiraba a los pandilleros.

“¿Cuál es tu nombre?”, preguntó.

“Socorro”.

“Ah, Socorro”, pensó. “Sinónimo de ayuda”.

“Apuesto a que socorres a bastantes hombres”, dijo en un tono lascivo.

Sus ojos color marrón oscuro lo miraban lascivamente. “Tal vez puedo socorrerte ahora mismo”.

“Tal vez”, dijo.

Pero antes de que pudieran comenzar a fijar los términos, un carro se estacionó justo detrás de él. Escuchó a un hombre gritar desde la ventanilla del conductor.

“¡Socorro!”, gritó. “¡Vente!”.

La chica subió la mirada con una demostración pobre de indignación.

“¿Por qué?”, gritó.

“Vente aquí, ¡puta!”.

El hombre detectó un poco de miedo en los ojos de la chica. No podía ser porque el hombre en el carro la había llamado puta. Suponía que el hombre era su proxeneta, viniendo a ver cuánto dinero había ganado esta noche.

“¡Pinche Pablo!”. Murmuró el insulto en voz baja. Luego caminó hacia el carro.

El hombre se quedó allí, preguntándose si iba a volver, si aún querría hacer negocios con él. De cualquier manera, esto no le gustaba. Esperar no era su estilo.

Su interés en la chica de repente se esfumó. No, no perdería su tiempo con ella. No tenía ni idea de lo afortunada que era.

Además, ¿qué estaba haciendo rebajándose de esta manera? Su próxima víctima debería tener más clase.

“Chiffon”, pensó. Casi había olvidado a Chiffon. “*Pero tal vez la he estado guardando para una ocasión especial*”.

Podía esperar. No tenía que ser esta noche. Se fue conduciendo, regocijándose por su autocontrol, a pesar de sus enormes antojos. Consideraba que era una de sus mejores cualidades personales.

Después de todo, era un hombre muy civilizado.

## Capítulo Diez

Las tres mujeres jóvenes en la sala de entrevistas no se veían como Riley había esperado. Las observó por unos momentos por el espejo unidireccional. Estaban elegantemente vestidas, casi como secretarias bien pagadas. Le habían informado que sus nombres eran Mitzi, Koreen y Tantra. Riley estaba segura que esos no eran sus verdaderos nombres.

También dudaba que se vestían de esta forma para ir a trabajar. Trabajando por aproximadamente unos 250 dólares por hora, seguramente habían invertido en un gran vestuario para satisfacer todo tipo de fantasías. Habían sido compañeras de Nancy “Nanette” Holbrook en Acompañantes Ishtar. La ropa que Nancy Holbrook había estado usando cuando fue asesinada había sido notablemente menos elegante. Sin embargo, Riley supuso que las mujeres querían verse respetables cuando no estaban trabajando.

Aunque las prostitutas habían desempeñado un papel en algunos de los casos que Riley había investigado en el pasado, esta era la primera vez que había tenido que trabajar directamente con ellas. Estas mujeres también eran posibles víctimas. Incluso podían ser presuntas sospechosas, aunque prácticamente todos los asesinatos de este tipo eran perpetrados por hombres. Riley se sentía segura que estas mujeres no eran la clase de monstruos que cazaba en su trabajo.

Era el domingo por la tarde. Riley y Bill se habían establecido en sus habitaciones de hotel separadas y cómodas cerca del FBI la noche anterior. Riley había llamado a April, quien estaba en un hotel de Washington, DC debido a su excursión. April se había reído bastante y sonaba feliz, le había advertido a su madre que realmente no tenía tiempo para atender llamadas. “Te enviaré un mensaje de texto mañana”, le había dicho April, gritando sobre el clamor adolescente en el fondo.

Riley sentía que habían perdido casi todo el día. Les había tomado casi todo el día encontrar a las prostitutas y traerlas a la Oficina. Riley le había dicho al agente especial encargado Elgin Morley que quería hablar con ellas sin hombres. Tal vez serían más abiertas con otra mujer. Ahora pensó en observar y escucharlas durante unos minutos antes de interrogarlas. Podía oír su conversación por el altavoz.

Sus estilos y personalidades eran distintivas. Mitzi, quien era bajita, rubia y pechugona, parecía ser la típica chica de pueblo pequeño.

“¿Ya te pidió matrimonio Kip?”, le preguntó Mitzi a Koreen.

“Todavía no”, dijo Koreen con una sonrisa conspiratoria. Ella era una morena delgada con un poco de la gracia que tenía una bailarina. “Sin embargo, tengo la

sensación que me ha comprado un anillo”.

“¿Todavía quiere tener cuatro hijos?”, preguntó Mitzi.

Koreen dejó escapar una risa melodiosa. “Logré bajarlo de cuatro a tres. Pero, aquí entre nos, solo tendrá dos”.

Mitzi se echó a reír junto a Koreen.

Tantra le dio a Koreen un empujoncito. Ella era una afroamericana alta con una tez rubia oscura. Parecía haber adoptado la elegancia de una supermodelo.

“Mejor asegúrate de que no descubra lo que haces para ganarte la vida, chica”, dijo Tantra.

Las tres mujeres se echaron a reír enérgicamente. Esto cogió a Riley por sorpresa. Estas tres prostitutas estaban hablando sobre la posibilidad de formar familias, como cualquier mujer normal lo haría en un salón de belleza. ¿Esa clase de normalidad era posible para ellas? No podía imaginárselo.

Riley decidió que había hecho esperar a las mujeres lo suficiente. Cuando entró en la sala de entrevistas, pudo sentir como el ambiente relajado se esfumó. Las mujeres estaban tensas.

“Soy la agente Riley Paige”, dijo. “Me gustaría hacerles unas preguntas”.

Las tres mujeres dejaron escapar gemidos de consternación.

“Ay, Dios, ¡no más preguntas!”, dijo Mitzi. “Ya hablamos con la policía”.

“Quisiera hacerles unas preguntas propias, si no tienen problema con eso”, dijo Riley.

Mitzi negó con la cabeza. “Esto está empezando a parecer acoso”, dijo.

“Lo que hacemos es perfectamente legal”, dijo Koreen.

“No me importa lo que hacen”, dijo Riley. “Yo soy una investigadora del FBI, no una jueza”.

“Sí, seguro”, dijo Koreen en voz baja.

Mitzi miró su reloj de pulsera. “¿Puedes darte una apuradita?”, dijo. “Tengo tres clases hoy”.

“¿Cuántos créditos estás tomando este semestre?”, preguntó Koreen.

“Veinte”, dijo Mitzi.

Koreen jadeó. “Es bastante presión”.

“Sí, bueno, yo quiero obtener mi título lo más pronto posible”.

Riley se sorprendió de nuevo.

“*Mitzi asiste a la universidad*”, pensó.

Había oído que a veces las mujeres que decidían estudiar elegían la prostitución como una forma de pagar la matrícula. Con todo el dinero que se estaba ganando, quizás no se endeudaría tanto. Aún así, parecía extrañamente inquietante.

“Intentaré ser breve”, dijo Riley. “Solo quiero saber más sobre Nanette”.

La expresión de Koreen se volvió pensativa. “Pobre Nanette”, dijo.

Pero Mitzi se veía impasible. “Lo que le pasó a Nanette no tiene nada que ver con nosotras”, dijo.

“Lamentablemente estás equivocada”, dijo Riley. “Tenemos buenas razones para creer que su asesino es un asesino en serie. Y te lo puedo decir por mis años de experiencia que los asesinos en serie son implacables. Matará otra vez. Y una de ustedes podría ser su próxima víctima”.

Mitzi frunció el ceño despectivamente.

“Imposible”, dijo ella. “No somos como Nanette”.

Esto conmocionó a Riley. ¿Estas mujeres podían ser tan ingenuas como para creer que lo que hacían para ganarse la vida era seguro?

“Pero trabajan en lo mismo”, dijo Riley.

Mitzi estaba empezando a ponerse a la defensiva.

“Pensé que no estabas aquí para juzgar”, dijo. “Puedes mirarnos por encima del hombro por lo que hacemos. Pero lo que hacemos es tan respetable como lo que tú haces. E igual de seguro. Podemos rechazar a los clientes que no nos gustan. Tenemos sexo seguro, y nos hacemos chequeos regulares, así que no tenemos enfermedades. Si un chico es demasiado fetichista o se vuelve violento, podemos irnos y ya. Pero generalmente nunca llegamos a eso”.

Riley se preguntaba qué significa ese “generalmente”. Seguramente lo que hacían a veces las llevaba a cosas bastante oscuras. ¿Y qué tan “seguro” podía ser el sexo pago? ¿Cuánto tiempo podrían continuar sin contraer SIDA?

“En cuanto a Nanette”, continuó Mitzi, “estaba a punto de caer en el abismo. Había perdido toda su clase. Estaba viéndose con sus clientes por fuera, consumiendo heroína, perdiendo su vitalidad y su buen aspecto. No hubiera durado mucho tiempo más en Ishtar. Seguramente hubiera sido despedida”.

Mientras tomaba notas, Riley observaba a las mujeres, tratando de entenderlas mejor. Poco a poco comenzó a detectar que había algo detrás de sus expresiones plácidas. Estaba bastante segura de que era negación. Se negaban a aceptar que lo que hacían iba a deteriorarlas, y que todas terminarían en la misma decadencia que Nanette tarde o temprano. Sus sueños de tener una familia, educación y éxito estaban condenados. Y ellas lo sabían en el fondo de su corazón.

Riley notó que Tantra se había quedado en silencio y estaba distraída. Tenía algo que decir, pero todavía no lo había dicho.

“Creemos que Nanette fue asesinada hace como una semana, probablemente el sábado”, dijo Riley. “¿Sabes quién fue su cliente esa noche?”.

Koreen se encogió de hombros. “No tengo ni idea”.

“Yo tampoco”, dijo Mitzi. “En realidad no es asunto nuestro, tendrías que

preguntárselo a Ishtar”.

Riley sabía que los agentes locales ya estaban buscando a la dueña del servicio de acompañantes para interrogarla.

“¿Y otros lugares de trabajo?”, preguntó Riley.

“Ishtar nos contrató”, dijo Mitzi firmemente. “No estamos autorizadas a trabajar con otra agencia o por cuenta propia”.

Las otras dos mujeres estaban mirando hacia abajo, evitando el contacto visual con Riley. Reformuló la pregunta para que fuera más directa.

“¿Nanette trabajaba por otro lado? ¿Salía por su cuenta si no tenía una cita programada a través de Ishtar?”.

Todas se quedaron calladas. Finalmente, en una voz apenas audible, Tantra dijo: “Ella me dijo que iba comenzando a trabajar en El Derby de Hank”.

“¿Qué?”, dijo Mitzi sorprendida.

“No quería que se lo dijera a nadie”, le dijo Tantra a las otras mujeres.

“Dios”, dijo Mitzi. “Así que se estaba convirtiendo en una prostituta de carretera. Estaba en peores condiciones de las que pensé”.

La mente de Riley estaba repleta de preguntas.

“¿Qué es una 'prostituta de carretera'?", preguntó.

“Es la clase más baja de prostituta”, dijo Koreen. “Trabajan en paradas de camiones, como El Derby de Hank. Es realmente tocar fondo”.

“No le estaba yendo igual que antes”, dijo Tantra. “No estaba recibiendo el mismo número de clientes con Ishtar. Me dijo que no estaba ganando lo suficiente como para satisfacer sus hábitos. Dijo que simplemente era algo extra. Le dije lo peligroso que era. Digo, las prostitutas desaparecen de paradas de camiones sin dejar rastro, pasa todo el tiempo. Pero no me quería escuchar”.

Una nube de melancolía se había cernido sobre las mujeres. Riley no creía que tenían más información para ella. Ya le habían dado una pista importante.

“Eso es todo”, dijo Riley.

Las mujeres comenzaron a charlar otra vez como si nada inusual estuviera pasando.

“*Realmente no lo entienden*”, pensó Riley. “*O no lo quieren entender*”.

“Escuchen”, dijo, “este asesino es peligroso. Y hay muchos otros hombres como él. Están haciéndose blancos. Si piensan que están a salvo haciendo lo que hacen, están en negación”.

“¿Y cuán más seguro es su trabajo, agente Paige?”, preguntó Mitzi.

Esta réplica dejó a Riley muda.

“¿*Realmente está comparando lo que ella hace con lo que yo hago?*”, se preguntó.

El corazón de Riley se hundió mientras acompañaba a las mujeres a salir de la

sala de entrevistas. Se sintió igual de desesperanza por ellas como se hubiese sentido si fueran prostitutas callejeras. En cierto modo, parecía peor. Su fachada superficial de respetabilidad ocultaba una vida de degradación, incluso de sí mismas. Pero no había nada que podía decir o hacer para hacerlas enfrentar la realidad.

Riley estaba segura que este asesino aún no había terminado de matar prostitutas. ¿Su siguiente víctima sería una de estas chicas, o sería alguien que Riley aún no había conocido y advertido?

\*

Riley estaba en el pasillo de la oficina de campo en busca de Bill cuando su celular comenzó a vibrar. Vio que la llamada era de Quentin Rosner, jefe del equipo de buceo del lago de Nimbo.

El corazón de Riley comenzó a latir con fuerza. Seguramente él y sus buzos habían encontrado el segundo cuerpo.

“Hola, Sr. Rosner”, contestó ansiosamente.

“Llamé al agente especial encargado Morley”, dijo. “Me dijo que me comunicara contigo directamente”.

“Excelente”, dijo Riley. “¿Encontraron el otro cuerpo en el lago?”.

“Agente Paige, no le gustará esto”.

“¿Qué pasó?”.

“No hay ningún cuerpo en ese lago. Es un área grande, pero buscamos por todas partes”.

Riley no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Había estado equivocada?

No, todavía se sentía segura que el asesino de Nancy Holbrook había vertido un cuerpo diferente en ese lago. Ayudaba a explicar por qué no había bajado al agua para asegurarse de que su última víctima había desaparecido en las profundidades del lago.

Vio a Bill caminando por el pasillo en ese momento.

“Voy en camino a entrevistar a Ishtar Haynes”, dijo. “En su negocio. ¿Quieres venir?”.

Riley asintió con la cabeza, pero primero tenía que preguntarle algunas cosas a Rosner.

“¿Qué tal estuvo la visibilidad?”, preguntó Riley.

“Nada bien, para serte sincero”, dijo Rosner. “Inundar un cañón mueve un montón de terrón y vegetación putrefacta y puede tomar varios años para que el agua se aclare. Todo lo que fue vertido aquí cuando el lago era nuevo realmente pudiera estar enterrado bajo los escombros”.



“El cuerpo que estoy buscando podría haber sido vertido allí hace varios años”.

“Entonces eso es un problema. Pero sabemos lo que estamos haciendo, agente Paige. Somos una unidad bien entrenada. Y nos sentimos bastante seguros que no hay ningún cuerpo en ese lago”.

Riley lo pensó por un momento. Deseaba profundamente que Morley hubiera llamado a buzos del FBI. El equipo de búsqueda bajo el agua era increíble y los buzos habrían considerado todas las posibilidades sin siquiera hacer una pregunta. En cambio, Morley había contactado a una escuela local de entrenamiento de buceo. Había dicho que no había ninguna razón legítima para que el FBI estuviera involucrado en este caso de todos modos. No iba a permitir que un equipo del FBI de Los Ángeles se dirigiera a Phoenix.

Se dio cuenta que, a pesar de lo que Riley le había dicho, Morley aún consideraba que este era un único asesinato que estaban investigando como favor para un agente. Tendría que trabajar con el equipo que tenían. Pero ¿qué pudieron haber pasado por alto?

“¿Examinaron los mapas del cañón antes de que fuera inundado?”, preguntó.

Rosner se quedó callado por unos instantes.

“No, pero ¿de qué serviría eso?”, respondió.

Riley sofocó un gemido de impaciencia.

“¿Qué tan entrenado está este tipo realmente?”, se preguntaba. “¿Realmente tengo que decirle como hacer su trabajo?”.

“¿Cómo puedes estar seguro que revisaron cada rincón sin saber más sobre el terreno?”, preguntó.

Hubo un momento de silencio.

“Puedes ubicarlo con tu portátil”, agregó Riley.

“Ya nos pondremos en eso”, dijo Rosner finalmente con un tono pesimista.

“Me parece bien”, dijo Riley.

Finalizó la llamada y se quedó allí en el pasillo, preguntándose qué creer. ¿Y si no había un segundo cadáver? Eso significaría que este caso probablemente no era de asesinato en serie. Sintió una oleada de sentimientos encontrados. Odiaba estar equivocada. Aún así, la posibilidad que el asesinato de Nancy Holbrook no había sido la obra de un asesino en serie podría ser una buena noticia.

Pero el instinto de Riley le decía que sí había otro cuerpo en el lago y que este monstruo atacaría de nuevo.

## Capítulo Once

A Riley le pareció que la oficina de Acompañantes Ishtar se veía como una agencia de viajes de alta gama. Había una cartelera con cosas que hacer en Phoenix, sugiriendo visitas a museos, galerías de arte, parques y jardines botánicos. En una mesa había folletos con información sobre una variedad de lugares. Lo que faltaría en una verdadera agencia de viajes sería la otra cartelera que tenía imágenes de las acompañantes. Reconoció a las chicas con las que había hablado antes. En estas fotos, estaban vestidas como si fueran a un evento elegante, con escotes poco pronunciados.

La mujer en la recepción no se veía ni un poco nerviosa por la visita de los agentes del FBI. La recepcionista explicó que muchos de sus clientes eran visitantes que no estaban bien informados sobre las actividades culturales y recreativas.

“Nosotros los ayudamos. Incluso les reservamos entradas para el teatro y eventos deportivos. Queremos que nuestros visitantes pasen un buen rato aquí”.

Tocó un botón y dijo por teléfono: “Los agentes están aquí para reunirse contigo”. La recepcionista los dirigió a la oficina de la señora.

Ishtar Haynes se puso de pie para saludarlos y les hizo un gesto para que se sentaran. A Riley le sorprendió mucho la apariencia de la mujer, incluso más de lo que le había sorprendido la apariencia de las acompañantes. Ishtar Haynes llevaba un traje de pantalón caro y tenía el pelo perfectamente peinado. Tenía un par de anteojos para leer en su nariz larga y afilada. Parecía una directora general cualquiera.

“Déjenme ver si entiendo el propósito de esta cita”, dijo luego de tomar asiento detrás de un gran escritorio. “Quieres que te diga quién fue el cliente de Nanette la noche que fue asesinada”.

Dirigió su pregunta a Bill, quien asintió con la cabeza. Riley le permitió realizar la entrevista, aprovechando la oportunidad para echarle un vistazo a la lujosa oficina.

“Así es”, dijo Bill. Ishtar Haynes sonrió. Riley vio un mundo de frialdad en esa sonrisa profesional. Ese no era el rostro de una empresaria competente, era el rostro congelado de una persona que no había experimentado ningún sentimiento real en muchos años.

“Agente Jeffreys, ¿qué tipo de negocio crees que manejo?”, dijo. “No tengo ninguna razón para pensar que Nanette y un cliente estuvieron haciendo algo ilícito en la noche en cuestión. El ponerse cariñosos o no dependió totalmente de ellos. Pero mis clientes confían que mantendré las cosas estrictamente

confidenciales”.

“Pero mantienes un registro de tus clientes”, dijo Bill.

Ishtar Haynes se encogió de hombros. “Bueno, sí”, dijo. “Les pedimos una identificación con foto que escaneamos y mantenemos en una base de datos. Pero no te daré acceso a esa información sin una orden judicial”.

Eso es lo que Riley había esperado oír. Estaba segura de que Bill también lo había estado esperando. Obtener una orden judicial un domingo por la tarde podría ser un proceso que llevaría mucho tiempo. Se preguntaba cómo su compañero lo manejaría.

Bill pasó sus dedos sobre la mesa. “Sabes, podríamos comenzar a informar que estuviste encantada de hablar con nosotros. Y tres de tus chicas hablaron con nosotros hace un rato. ¿Qué tanto confiarían tus clientes en ti si supieran eso?”.

Haynes respondió de forma fría. “Sí, ya sé lo que viene. Comenzarás a decirme que los cuerpos policiales dificultarán mis negocios. Lo siento, pero esa amenaza no significa nada para mí. Llevo un negocio honesto y perfectamente legal que ofrece un servicio respetable”.

Riley pudo detectar la frialdad y la crueldad de la mujer mientras más observaba su rostro, que ahora formó una sonrisa.

Haynes se inclinó sobre la mesa hacia Bill. “Sin embargo, podrías hacerme un favor”, dijo. “Y tal vez yo también podría hacerte un favor. Estoy segura que te sorprendería el saber que hay unas cuantas manzanas podridas en la policía local. Me tratan como un delincuente común. Son una verdadera molestia”.

Sacó un bloc de notas y escribió algo.

“Aquí tienes unos nombres. Y si me arreglas este problemita, bueno...”.

Le acercó el papel a Bill.

Esta táctica sorprendió a Riley por completo. Podía ver que Bill también estaba sorprendido. Los policías en cuestión sin duda estaban sobornando a Haynes. Sacarlos de las calles sería bueno para ella, así como también para la policía local. Fue un movimiento descarado, pero inteligente.

“Definitivamente investigaré esto”, dijo Bill, metiéndose la hoja de papel en el bolsillo.

La sonrisa de Haynes se ensanchó. Se veía bastante malvada.

“Entonces podemos hacer negocios”, dijo.

Se volvió a su portátil y comenzó a buscar en su base de datos. “Te tengo un nombre”, dijo cuando encontró lo que estaba buscando. “Y no me importa dártelo. Tal vez has oído hablar de él — Calvin Rabbe. Su abuelo se hizo rico con una cadena de restaurantes. Calvin heredó la fortuna familiar, nunca tuvo que trabajar honestamente. Yo ya estaba pensando en expulsarlo como cliente. Las chicas se quejaban de sus... inclinaciones”.

“¿Entonces él fue el cliente de Nanette la noche que fue asesinada?”, preguntó Bill.

Haynes se subió los anteojos para leer para estudiar su registro más de cerca.

“Bueno, sí y no”, dijo. “Había pagado por su compañía para el sábado por la noche, pero luego se quejó de que nunca llegó. Tuve que devolverle su dinero. Así que lo que le sucedió a la chica no tuvo nada que ver con su trabajo en mi empresa”.

Haynes cerró su portátil y la metió de nuevo en su cartera.

“Supongo que eso es todo lo que necesitas de mí”, dijo. “Ahora, si no te molesta, necesito volver al trabajo. Por cierto, agente Jeffreys, supongo que estarás aquí unos días”.

Bill asintió. Haynes le entregó una tarjeta de presentación con una sonrisa en el rostro.

“Bueno, llámame cuando hayas resuelto el caso”, dijo. “Te mostraré de qué trata la hospitalidad del suroeste”.

Mientras Riley y Bill salieron de la oficina, Riley no pudo dejar de pensar en lo tanto que le inquietaba la actitud de la mujer.

“*Tenemos que acabar con ella*”, pensó.

Haynes le parecía igual de violenta y peligrosa que muchos de los asesinos que había matado o capturado. De cierta forma era aún peor, una cruel explotadora de mujeres que extendía el mal por todas partes.

¿Cómo sería el futuro de Mitzi, Koreen y Tantra? Si sobrevivían, eventualmente podrían volverse tan frías como su jefa. Pero esa era una gran suposición. Era mucho más probable que cayeran en el mismo abismo de desesperación que Nancy Holbrook, incluso hasta correr la misma suerte.

“Parece que Calvin Rabbe es un sospechoso viable”, dijo Riley mientras caminaban hacia el carro. “Es probable que dijo que la chica nunca llegó para cubrir sus rastros”.

“Tal vez”, dijo Bill. “Un perverso adinerado encaja con nuestro perfil. ¿Qué descubriste cuando hablaste con las chicas?”.

“Parece que Nancy Holbrook estaba trabajando en una parada de camiones llamada El Derby de Hank. Podría haber estado trabajando allí en las horas cercanas a su asesinato”.

“Tenemos que considerar todas las posibilidades”, dijo Bill. “Vayamos a esa parada de camiones”.

Riley estaba de acuerdo. “Tú vete a hablar con Rabbe”, dijo. “Yo iré a El Derby de Hank”.

A lo que comenzó a alejarse, Bill le dijo: “Ten cuidado”.

Le pareció un buen consejo. Por lo que las chicas le dijeron, Riley sospechaba

que estaba a punto de encontrarse con un tipo de maldad al que jamás se había enfrentado antes.

## Capítulo Doce

Riley vio a dos mujeres con sus pulgares arriba, tipo autoestopista, mientras un gran camión de carga se acercaba a ellas. Estaban vestidas casi iguales, no cargaban sostén y tenían camisetras rasgadas que mostraban sus abdómenes con minifaldas de jean. Obviamente eran prostitutas, y era fácil ver que se vendían en un paquete dos por uno.

El camión se detuvo con un fuerte chillido de sus frenos. El conductor se inclinó por su ventana y les hizo señas a las chicas. Se acercaron a la puerta del pasajero y entraron al camión. Luego el camión continuó su camino. A Riley le resultó inquietante pensar en lo que este trío improvisado estaba a punto de hacer. Pero este no era el momento de distraerse. Su trabajo consistía en averiguar si Nancy Holbrook había conocido a su asesino aquí.

Ya había caído la noche para cuando Riley había llegado a El Derby de Hank. Incluso desde la autopista había sido capaz de notar que este era un lugar mucho más sórdido que la mayoría de las paradas de camiones modernas. Las letras de neón en el enorme cartel titilaban. El restaurante y el bar adyacente estaban deteriorados.

Riley se estacionó, se bajó del carro y caminó hacia el edificio principal. Algunas mujeres provocativamente vestidas estaban merodeando por allí. Parecía que la prostitución era un buen negocio aquí, así como lo era la gasolina y los alimentos. Riley sabía que algunos de los peores casos de trata de blancas tenían su origen en paradas de camiones. Las presas más que todo solían ser niños fugados.

Había investigado un poco en línea antes de conducir al sitio. La situación había sido bastante grave en Arizona, y el FBI había trabajado con las autoridades locales para acabar con redes de prostitución en todo el estado. Se habían enfocado en lugares como este, especialmente para sacar a chicas menores de edad del negocio.

De alguna manera, algunas guaridas de trata de blancas como El Derby de Hank lograban mantenerse a flote. Este hecho no sorprendía a Riley. Había aprendido hace mucho tiempo que los males del mundo tenían una forma de volver a la vida, incluso después de haber acabado con ellos.

Al pasar por una fila de contenedores, Riley recordó un caso en el que el cuerpo de una adolescente fue encontrado en un contenedor de una parada de camiones. Un asesino en serie había estado acechando paradas en todo el país, recogiendo a chicas autoestopistas. Algunas de ellas desaparecieron por completo.

Riley no había trabajado en ese caso, y el asesino había sido capturado hace muchos años. Aún así, mirar los contenedores la inquietaba. ¿Podían contener desechos humanos? Este pensamiento era una distracción, y Riley sabía que no debía detenerse y hurgar dentro de las grandes cajas metálicas. Tenía que concentrarse.

Justo al lado del edificio principal bien iluminado estaba un pequeño bar llamado el Bar Yucca. Sabía que tenía que entrar y hacer algunas preguntas, pero le preocupaba. Había tenido problemas con el alcohol durante su episodio reciente de TEPT y había dejado de beber por completo. Estaba bien, pero entrar en un bar significaba estar a un paso de la tentación.

Se aseguró a sí misma que era lo suficientemente fuerte y profesional para resistirse y luego entró al edificio. El Bar Yucca era pequeño con música country sonando por la máquina de discos. No estaba muy lleno en este momento, solo había algunos camioneros y unas mujeres apenas vestidas.

Riley no había decidido aún cómo proceder. Ella tenía una foto impresa de Nancy Holbrook que quería mostrar. Pero sacar su placa y empezar a mostrar la foto causaría demasiado revuelo y posiblemente sería contraproducente.

Notó a un hombre enorme y barbudo sentado junto a la puerta. Obviamente era el portero. Se le acercó silenciosamente y le mostró su placa.

“Soy la agente Riley Paige del FBI”, dijo. Cuando sus ojos se ensancharon, añadió: “No te preocupes, no estoy aquí para causar problemas”.

Sacó la foto de su cartera y se la mostró.

“¿Reconoces a esta mujer?”, preguntó. “Creo que pudo haber estado aquí el sábado pasado”.

“No tengo tanto tiempo trabajando aquí”, dijo el hombre a regañadientes.

Riley sacó un billete de veinte dólares de su monedero.

“Quisiera que investigaras esto por mí. Así es menos probable que se asusten los clientes. Solo tienes que preguntarles a todos si han visto a esta mujer. Si alguien te dice que sí, le dices que venga a hablar conmigo”.

El hombre tomó el dinero y se dirigió al bar. Riley se sentó a observar al hombre mostrarles la foto a todas las personas dentro del bar. Vio un montón de personas negando con la cabeza.

Finalmente le mostró la foto a una mujer sentada en el bar que asintió con la cabeza. El portero señaló a Riley, y la mujer le hizo señas para que se sentara a su lado. La mujer estaba vestida como cualquiera de las otras chicas, pero se veía cansada, y parecía tener la misma edad que Riley — demasiado vieja para este trabajo.

Riley se sentó a su lado. Una fila de vasos de chupitos vacíos y un medio vaso de cerveza estaban en el bar frente a la mujer. El olor del whisky hizo que la

garganta de Riley ardiera con la expectativa del placer alcohólico, pero el barman nunca tuvo la oportunidad de preguntarle lo que quería.

La mujer le dijo al barman con una voz áspera: “Cabot, yo le pagaré los tragos a esta agente del FBI. Tráele lo que estoy tomando. Y tráeme otra ronda a mí también”.

La orden ya había salido antes de que Riley pudiera rechazar la oferta. Cabot trajo dos vasos de chupitos y una cerveza para Riley.

“Yo soy Justine”, dijo la mujer. Se tomó el contenido de su vaso de chupito de golpe, luego tomó un trago de cerveza. “Estamos bebiendo whisky de canela. ¿Lo has probado? Si no lo has hecho, no has vivido. Quema un poco, pero sabe a gloria. Espero que te guste”.

El estómago de Riley dio un vuelco al pensar en whisky con sabor a caramelo. No iba a ser tan difícil resistirse a la tentación después de todo.

“Estoy de servicio”, dijo Riley.

“Como quieras”, dijo Justine. “Yo lo disfrutaré por ti”, añadió, dándole una palmadita a su estómago.

Le devolvió la foto a Riley.

“La he visto por estos lares. Su nombre es Nanette, ¿cierto?”.

“Eso es correcto”, dijo Riley.

“¿Cómo está?”.

Riley vaciló por un segundo. Justine la interrumpió antes de que pudiera hablar.

“Nanette está muerta, ¿verdad?”.

Riley se sobresaltó. La expresión de Justine era serena e invariable.

“¿Cómo lo sabes?”, preguntó Riley.

Justine dejó escapar una risa. “Ah, es algo fácil de adivinar. Todos vamos a morirnos tarde o temprano. Para nosotras, las chicas que trabajamos por estos lares, suele ser más temprano que tarde. Y nunca es bonito”.

Justine bebió más cerveza.

“Supongo que a mí me tocará dentro de poco”, dijo.

La mujer se veía resignada, más no amargada. Riley sintió una punzada de compasión. No sabía que era peor, vivir una mentira como las acompañantes con las que había hablado esa tarde o enfrentarse a los hechos oscuros como Justine. No podía imaginarse cómo esta mujer había llegado a este punto tan horrible. ¿Cómo había llegado a sentirse tan miserable que ni siquiera intentaba salir de esta terrible vida?

“¿Qué puedes decirme sobre Nanette?”, preguntó Riley.

“Solamente la vi un par de veces”, dijo Justine. “Era nueva. Supe desde que un principio que no duraría mucho”.



“Creemos que fue asesinada el sábado pasado”, dijo Riley. “¿La viste esa noche?”.

Justine lo pensó por un momento.

“Creo que la última que la vi fue el viernes”, dijo. “No creo haberla visto el sábado. Quizás estuvo aquí y no la vi. O quizás estaba ocupada en otros asuntos, si sabes a lo que me refiero. Mantengo un horario bastante ocupado para una anciana”.

Justine se desplomó un poco. Riley podía ver que estaba dejando que un poco de su tristeza y cansancio saliera a flote.

Con una voz ligeramente conmovida, Justine dijo: “Este no es lugar para personas como tú. Creo que lo mejor es que te vayas y encuentres al bastardo que la asesinó”.

“Eso haré, Justine”, dijo Riley. “Gracias”.

Riley se bajó de la banqueta alta de bar. No creía que encontraría al bastardo en este lugar, pero quería echarle un buen vistazo antes de irse. El edificio principal tendría una tienda y unos cuartos de duchas para los camioneros. Y afuera estaba el gran estacionamiento ocupado por decenas de camiones en reposo. ¿Qué podría encontrar allí? Estaba segura que, lo que fuera, sería más feo que el demonio.

## Capítulo Trece

Con un nudo de temor en el estómago, Riley se dirigió a la última parte de El Derby de Hank que le quedaba por investigar. Después de salir del bar, había mostrado la foto de Nanette en la tienda de la parada de camiones, pero nadie allí había sido útil. Ahora tenía que ver lo que podría estar pasando entre los camiones estacionados, y de verdad no estaba muy ansiosa por hacerlo.

Cuando salió del edificio principal al aire cálido de la noche, no vio ninguna prostituta. Tal vez les habían dicho que había una agente del FBI merodeando por allí.

Hileras de camiones ocupaban el espacio de un gran estacionamiento de pavimento. La mayoría de las luces del estacionamiento no funcionaban y las pocas que sí creaban grandes sombras. Caminó lentamente hacia los vehículos gigantescos.

Todo estaba muy tranquilo, y al principio pensó que tal vez no había nadie por allí. Pero a lo que Riley comenzó a acercarse al espacio entre dos camiones, una de las puertas se abrió. Un hombre corpulento con enormes bíceps tatuados se bajó del camión y se colocó en su camino.

“Bueno, ¿qué tenemos por aquí?”, dijo, mirándola lascivamente. “No te pareces a nuestras chicas regulares. Eres demasiado formal. Pobrecita, definitivamente estás perdida. Tal vez quieres que te lleve a casa”.

“No lo creo”, dijo Riley, tratando de pasarlo.

El hombre la agarró por el brazo, la volteó y la colocó contra el camión. Se inclinó hacia adelante, atrapándola con sus brazos. Ella no podía escapar. Sentía que su ira estaba aumentando, alimentándose de esa furia profunda que sentía cuando los hombres como este veían a las mujeres como presas.

“¿Por qué no, bebé?”, dijo. “Supongo que eres nueva y no sabes cómo hacemos las cosas. Solo te metes en el camión conmigo. Te aseguro que llegarás a casa sana y salva. Esa es mi promesa”.

Sin una palabra, Riley levantó rápidamente su rodilla, apuntando hacia su ingle. Pero hábilmente detuvo el golpe con su propia pierna. Era fuerte, y pesaba al menos el doble.

“Ah, vas a resistirte, por lo visto”, gruñó. “Me gusta eso”.

Agarró sus brazos y la sostuvo. Sintió su aliento hediondo a cerveza mientras su rostro se acercó a ella.

El enfado de Riley se transformó en rabia. El rostro que vio frente a ella ya no era el de un camionero borracho. Sentía que estaba mirando a un hombre profundamente malvado que había capturado a ella y a su hija. Un hombre que

había matado a otras mujeres y que había acechado a una buena amiga hasta llevarla al suicidio. Un hombre que reconocía muy bien...

*Peterson.*

Riley gruñó, dándole un cabezazo y luego sacando su Glock para apuntarla directamente en su rostro.

El hombre en frente de ella se tambaleó hacia atrás, conmocionado y aterrorizado.

“¡Oye! ¡Oye!”, gritó. “¡Eso no es necesario!”.

La imagen del rostro de Peterson se desvaneció hasta volverse en aquél de un bravucón asustado.

“*No es un asesino*”, se dijo Riley a sí misma. “*Ya mataste a Peterson*”.

Su mano estaba temblando. Casi había disparado su arma, casi había matado a un hombre a sangre fría. Lentamente bajó el arma. Ahora sabía que solo era el camionero, pero su ira no se había disipado. Le metió una gran patada en su entrepierna utilizando la punta afilada de su zapato en vez de su rodilla. Se desplomó del dolor, gimiendo y jadeando.

Su arma aún estaba en su mano, y le metió un golpe en la parte trasera de su cabeza con la culata. Se cayó de cara al piso. Colocó su pistolera en la pistolera y se arrodilló a su lado. Lo agarró por el pelo, jalando su cabeza hacia atrás. Su rostro estaba ensangrentado.

Se las arregló para hablar en un tono burlón aunque estaba sin aliento.

“Soy la agente Riley Paige del FBI. Y tienes razón, soy nueva, así que tal vez pudieras ayudarme con algo”.

Aún sosteniéndolo por el pelo, sacó la foto y la sostuvo delante de su cara.

“¿Has visto a esta mujer? Se hacía llamar Nanette”.

“No”, gruñó.

Jaló su pelo, arrancando algunos de raíz. “¿Estás seguro?”.

“Sí, estoy seguro”.

“Está bien. Gracias”.

Lo soltó. Se puso de pie inestablemente y se tambaleó hacia la parada de camiones, maldiciendo en voz baja.

Riley oyó una voz desde la ventanilla del pasajero del siguiente camión estacionado.

“Oye, chica dura del FBI”.

Riley levantó la mirada y vio el rostro de una joven que la estaba observando. La chica levantó el pulgar.

“Muy bien”, dijo.

“Gracias”, dijo.

“De nada. Tal vez podrías darme una clase de defensa personal”.

Riley frotó su frente ya que le dolía un poco.

“Para empezar, utiliza los cabezazos como último recurso”, dijo. Luego le echó un mejor vistazo a la chica.

“¿Cuál es tu nombre?”, preguntó.

“Me llaman Trinda”.

La chica se veía sorprendentemente joven.

“¿Qué edad tienes?”, preguntó Riley.

“No es asunto tuyo, anciana”.

La chica que elegía llamarse Trinda llevaba bastante maquillaje, como si estuviera tratando de parecer una adulta. Pero se veía de la edad de April.

“Tienes unos quince años, ¿cierto?”, dijo Riley.

Trinda no respondió, pero Riley pudo ver por su expresión que era cierto. Riley se subió al punto de apoyo y observó el interior de la cabina del camión. Había un colchón en la parte posterior de la cabina con un par de esposas.

“Dios mío”, dijo Riley. ¿Qué estás haciendo aquí?”.

“¿Qué crees que estoy haciendo? Estoy haciendo lo que hacen todas las otras chicas. Y es mejor que te vayas ahora mismo. Mi cliente fue a buscar una cerveza y volverá pronto. Es grande y malo, incluso para ti”.

“¿Tienes alguna idea de lo que podría hacerte?”,

Trinda se encogió de hombros. “Dice que va a pagarme cien dólares. Puede hacerme lo que quiera”.

Riley comenzó a sentir náuseas.

“Ven conmigo”, dijo. “Te sacaré de aquí. Te limpiaré y te encontraré un lugar decente para vivir”.

Trinda hizo una mueca. “No existen lugares decentes para vivir. Los he probado todos. Mira, ¿qué crees que debo estar haciendo en vez de esto? ¿Haciendo hamburguesas por ocho dólares la hora? En una buena noche puedo ganarme hasta trescientos dólares. Y es dinero fácil, al menos la mayoría de las veces”.

“Y cuando no es tan fácil, bueno, soy fuerte”, añadió, encogiéndose de hombros. “Puedo soportarlo”.

Riley estaba casi temblando de rabia y frustración.

“No deberías estar cocinando hamburguesas, y no deberías estar trabajando por ocho dólares la hora o por trescientos dólares la noche, y tampoco deberías estar aquí. Deberías estar en la escuela”.

“¿Y llegar a una hermosa casa con una familia amorosa después de la escuela, cierto? Créeme, no es una opción. Mira, si vas a empezar con tus tonterías morales, mejor déjame en paz. Vete a hacer tu trabajo, sea cual sea. Estoy segura

que tienes cosas más importantes que hacer que molestar a chicas trabajadoras como yo”.

Riley abrió la puerta del camión.

“Quiero que vengas conmigo”, dijo.

La chica cerró la puerta de nuevo.

“Ni muerta. Si vuelves a hacer eso, pegaré un grito. Los camioneros vendrán por ti. Te matarán, después de hacerte todo lo que quieran”.

Riley no tenía ni idea qué hacer ahora. Con su Glock y sus buenas habilidades de combate, calculaba que podía enfrentarse a un montón de camioneros borrachos. Pero ¿qué sentido tendría causar una escena como esa? Trinda se escabulliría en medio del caos.

Aún así, se dio cuenta que había algo que podía hacer. Se fue caminando.

“¡Que le vaya bien, señora!”, le gritó Trinda.

Mientras Riley escribía el número de la matrícula, Trinda le gritó de nuevo.

“Bueno, si realmente quieres ayudar a una chica en problemas, revisa por allí”.

Riley miró y vio que Trinda estaba señalando a la hilera de camiones.

“Revisa el camión al final de la fila”, dijo. “Encontrarás a una chica llamada Jilly. *Realmente* necesita ayuda. Nunca había hecho algo así antes. No debería estar aquí”.

Trinda subió la ventanilla y desapareció de su vista. Riley caminó hacia el último camión.

“¿Jilly?”, llamó.

Una voz pequeña y asustada gritó: “¿Qué quieres?”.

Riley subió al punto de apoyo y miró por la ventanilla abierta al interior de la cabina. Agachada en el colchón estaba una muchacha flaca y de piel oscura que no parecía mayor de trece años. No estaba vestida como una prostituta. Llevaba tenis, shorts y una camiseta, como cualquier otra chica de su edad. Riley quedó pasmada.

“¿Eres Jilly?”, preguntó Riley.

La chica asintió con la cabeza.

¿Qué estás haciendo aquí?”, dijo Riley.

“Esperando a Rex”, dijo la chica en voz baja.

“¿Quién es Rex?”.

La chica no respondió. Se veía aterrorizada.

“¿Quién es Rex?”, preguntó Riley de nuevo.

“No lo sé”, dijo Jilly. “Pero el hombre en la caja registradora dijo que quería pasarla bien. Me dijo que saliera y lo esperara aquí”.

Riley abrió la puerta y entró en la cabina. “Te sacaré de aquí”, dijo,

ofreciéndole su mano a Jilly.

“¿Quién eres?”, dijo Jilly.

Riley le mostró su placa. “Mi nombre es Riley. Soy agente del FBI. Estarás a salvo conmigo. Te lo prometo”.

La muchacha miró a Riley a los ojos. Se acercó y Riley puso un brazo alrededor de sus hombros. La niña estaba temblando.

Antes de que pudieran bajarse del camión, Riley oyó una voz.

“¡Oye! ¿Quién coño está en mi camión?”.

Riley miró hacia abajo y vio a un hombre musculoso de mediana edad.

“¿Eres Rex?”, dijo.

“Sí, ¿y qué?”.

Riley sabía que debía agarrar su placa, pero no podía soltar a la niña. El hombre vio a Jilly.

“Oye, ¿qué le estás haciendo a la pobre chiquilla?”, le dijo a Riley.

“¿Qué estás haciendo *tú* con ella?”.

Rex se quedó boquiabierto.

“Dios mío, ¡no estoy haciendo nada con ella! Es solo una niña. ¿Quién demonios eres *tú*? ¿Eres una pervertida o qué?”.

En ese instante, Riley soltó a la niña y sacó su placa.

“Agente Riley Paige, FBI”, dijo.

Rex sonrió, viéndose realmente aliviado. “Me alegra saberlo. Tenemos que llevar a esta chica a casa”.

“No me iré a casa”, dijo Jilly. “Mi papá me golpeará si regreso”.

Rex miró a Riley. “Tal vez podrías llevarla a Servicios de Protección al Menor”.

Riley tomó la mano de Jilly y ambas bajaron de la cabina. Aún no sabía qué pensar de Rex.

“Eso haré”, dijo Riley. “Pero Jilly dijo que un tipo le dijo que viniera aquí. Él dijo que querías ‘pasarla bien’”.

Rex se encogió de hombros. “Sin duda me gusta andar con prostitutas como cualquier otro hombre. Pero solo con mujeres, no con niñas. Deberías sacar a esta chica de aquí”.

Riley llevó a Jilly a su carro, sintiéndose más perpleja que nunca. Rex parecía tener buen corazón. Aún así, le gustaba andar con prostitutas. ¿No entendía que todas las chicas trabajadoras de por aquí habían sido niñas como lo era Jilly? Nada de esto tenía sentido.

Riley metió a Jilly en su carro y luego se sentó en el asiento del conductor y llamó a la policía local. Les dio el número de matrícula que había anotado y describió el camión.

“Estoy en la parada de camiones El Derby de Hank”, dijo. “El conductor tiene a una niña adolescente que se hace llamar Trinda. Vengan rápido antes de que se la lleve a cualquier lado. Y arréstenlo por tráfico de menores”.

Cuando la mujer policía en el teléfono le dijo que enviarían a alguien, Riley dijo: “Hay algo más que necesito hacer. Tengo a una menor de edad, una joven de catorce años que dice que no puede ir a casa. Necesito la dirección de Servicios de Protección al Menor. O de alguna oficina que esté abierta a esta hora”.

La policía le dio a Riley la dirección de un refugio de emergencia en el centro de Phoenix. “Los llamaré para informarles que vas en camino”, dijo ella.

Riley volvió a Jilly, quien la estaba mirando con una expresión preocupada.

“Abróchate el cinturón”, dijo Riley. “Te llevaré con unas personas que podrán ayudarte”.

Jilly no podía colocarse el cinturón de seguridad ya que sus manos no dejaban de temblar, y Riley tuvo que ayudarla. Entonces comenzó a conducir.

“¿Adónde vamos?”, preguntó Jilly en voz baja.

“Hay personas que pueden darte un lugar para quedarte. Incluso podrán encontrarte un nuevo hogar si lo necesitas”, dijo Riley.

Jilly parecía estar pensándolo. “Ya no puedo ir a casa”, comentó finalmente.

“Dijiste que tu papá te golpearía”, dijo Riley. “¿Y tu mamá?”.

“Ella no está allí”, dijo Jilly. “Se fue hace años. Mi hermano mayor también se fue”.

“¿Así que vivías solo con tu papá?”.

“Sí”, respondió Jilly. “Y bebe mucho ahora”.

Riley se concentró en conducir el carro, siguiendo las instrucciones automatizadas para llegar al refugio. Jilly se hundió en el asiento y parecía haberse quedado dormida. Riley se preguntaba qué le pasaría a esta niña ahora. ¿Huiría de nuevo? ¿Terminaría como Justine algún día? ¿Viviría tanto tiempo?

Tuvo que tocar el timbre de la puerta del refugio de emergencia, pero después de unos minutos una voz en el altavoz le preguntó qué quería. Riley se identificó, y una mujer cansada pero con aspecto compasivo vino a la puerta y las dejó pasar.

Jilly aún sostenía la mano de Riley, así que la mujer las siguió por un pasillo hasta una oficina. Le pareció que el lugar se veía bastante limpio, y la mujer se veía genuinamente interesada en la niña. Jilly soltó la mano de Riley y se sentó en la silla al lado del escritorio. Riley le dio a la mujer su tarjeta y le dijo que llamaría mañana para ver cómo iba todo. Jilly se quedó respondiendo preguntas cooperativamente mientras la mujer tecleaba en su computadora.

Cuando Riley regresó a su carro, entró en cuenta que no había descubierto

nada sobre la muerte de Nancy Holbrook. Quizás tendría que volver a El Derby de Hank para seguir investigando. Todo dependía de cómo le había ido a Bill con su sospechoso, Calvin Rabbe. Lo llamaría tan pronto como pudiera.

Mientras tanto, las náuseas sobre todas las cosas que había visto amenazaban con abrumarla.

*“Espero que Bill tenga algo”, pensó. “Ya quiero terminar con este caso”.*



## Capítulo Catorce

Bill sintió una ráfaga de anticipación mientras se acercaba a la puerta de entrada de la casa colonial española de Calvin Rabbe. Era muy probable que el hombre que vivía detrás de esta valla era el asesino que le había quitado la vida a una mujer y arrojado su cuerpo a un lago. Bill estaba decidido a descubrirlo con certeza.

Había investigado un poco a Calvin Rabbe antes de conducir aquí. Ishtar Haynes había tenido razón—el bastardo mimado no había trabajado nunca en su vida. Había pasado su infancia y adolescencia siendo expulsado de internados, luego había sido expulsado de las mejores universidades de la Ivy League sin obtener un título.

Ahora vivía con su madre divorciada en esa mansión.

*“Lo supuse”, pensó Bill.*

La dependencia de Rabbe de la matriarca de su familia aumentó las sospechas de Bill. El hombre estaba pareciendo más y más un niño de mamá rico y mimado que podría tener un montón de resentimiento no resuelto. Bill estaba comenzando a sentirse ansioso por arrestar a este tipo.

Pero a lo que condujo por la entrada, pudo ver que conocer a Rabbe podría ser complicado. Incluso lograr ingresar implicaría un gran protocolo. Cámaras de seguridad flanqueaban las puertas a la propiedad. Tenías que tocar un timbre y anunciarte. Bill no estaba seguro de cómo proceder.

¿Qué pasaría si tocaba el timbre y se anunciaba como un agente del FBI? ¿Y con quién lograría hablar una vez que estuviera adentro? Había caído la noche y la casa estaba bien iluminada. Era posible que un montón de personas se encontraran adentro. Bill no tenía la forma de saber si Calvin Rabbe era una de ellas.

Bill se devolvió en la siguiente esquina para pasar de nuevo por las puertas de entrada.

En la entrada bien iluminada, vio un convertible deportivo de lujo haciendo su camino desde la propiedad hacia la puerta de entrada. Bill podía ver al conductor. El hombre era joven con pelo rubio color arena y llevaba una camiseta tipo polo. Era idéntico a las fotos que Bill había visto de Calvin Rabbe. Tenía el aspecto de una estrella de cine que se acercaba a la mediana edad, pero que aún trataba de proyectar una imagen juvenil y despreocupada.

Bill de repente se sintió afortunado. Ahora no tenía que ingeniárselas para poder entrar a la mansión. Rabbe estaba justo por salir, posiblemente a una noche de parranda. Si Bill podía seguirlo, el hombre quizás se delataría por sí

solo. La puerta de entrada se abrió, y el pequeño carro se fue por la calle. Bill lo siguió, manteniendo una distancia para no levantar sospechas.

Bill siguió el carro deportivo por el vecindario lujoso. Se encontró preguntándose qué estaba haciendo Riley ahora mismo. ¿Realmente había sido buena idea dejarla ir a la parada de camiones sola? El Derby de Hank sonaba como un lugar vil y peligroso para una mujer.

Bill no sabía realmente por qué estaba preocupado. Riley era la mujer más fuerte y más capaz que jamás había conocido. La había visto acabar con unos sujetos verdaderamente peligrosos. Era difícil imaginar qué clase de hombre podría ser una amenaza para ella.

Decidió que sentía esta ansiedad porque este caso estaba comenzando a afectarlo. Pensó que también estaba afectando a Riley. Bill dudaba que sentirían mucha satisfacción una vez que acabaran con este asesino. La persona que había asesinado a Nancy Holbrook solamente era la punta del iceberg, un síntoma de una maldad mucho peor. Solo Dios sabía cuántas mujeres estaban siendo explotadas, victimizadas y asesinadas. Estaban aquí para acabar con un solo hombre, pero todo este horrible escenario seguiría.

Bill notó que Calvin Rabbe estaba dirigiéndose a un vecindario bastante desagradable. Las calles estaban llenas de bares, moteles y antros de mala muerte. Rabbe estacionó su carro frente a un lugar llamado Club Nocturno Lazo.

El letrero mostraba un lazo de neón que estaba alrededor de una silueta desnuda de una mujer. Por debajo de ese letrero había uno más pequeño que anunciaba "MUJERES DESNUDAS". El letrero le parecía ser escalofriantemente irónico habiendo visto el cadáver desnudo de Nancy Holbrook hace tan poco tiempo. ¿El asesino había venido aquí para cazar a otra víctima?

Se estacionó cerca de Rabbe y lo vio bajarse del carro. En medio de la gentuza local de drogadictos y prostitutas, Rabbe realmente llamaba la atención con su camisa fresa, shorts color caqui y tenis caras. Pero Bill notó rápidamente que Rabbe no estaba dirigiéndose hacia la entrada principal del club. En vez, cruzó en la esquina del edificio y desapareció de su vista.

Bill se bajó de su carro rápidamente y comenzó a trotar. Cuando llegó al borde del edificio, vio a Rabbe acercándose al callejón detrás del club nocturno. Bill esperó hasta que su presa desapareció por el callejón para seguirlo. Una vez en el callejón, Bill fue capaz de esconderse detrás de un contenedor y ver lo que Rabbe estaba haciendo.

Rabbe tocó la puerta trasera del club nocturno. Rabbe entró por la puerta justo cuando se abrió, luego la misma se cerró de golpe detrás de él.

Bill se sentía más alerta cada segundo que pasaba. Si Rabbe estaba traficando

con drogas, esto podría darle a Bill una excusa perfecta para arrestarlo. Pero tenía que ser paciente. Tenía que estar seguro.

Después de unos cinco minutos, Rabbe salió al callejón de nuevo. Sacó un pequeño paquete de su bolsillo delantero y lo abrió. Pasó su dedo por los contenidos, luego lo frotó por sus encías. Estaba probando el producto.

“¡Zas!”, pensó Bill.

Bill salió de su escondite y sacó su placa.

“FBI”, dijo. “Quedas arrestado”.

Rabbe cerró el paquete apresuradamente y lo metió en el bolsillo de su pantalón. Por un momento, miró a Bill con una expresión un poco aturdida. Luego sonrió, echó su cabeza hacia atrás y se echó a reír.

“¿FBI? Esto es un chiste. Esto tiene que ser una broma”.

“No es ninguna broma”, dijo Bill. “Pon las manos detrás de tu espalda”.

Bill había venido preparado con un par de esposas. Se preguntó si tendría que sacar su arma cuando se las quitó del cinturón.

Negando con la cabeza de incredulidad, Rabbe puso sus manos detrás de su espalda.

“No, en serio”, dijo Rabbe. “Esto es una broma. Sé que es una broma. ¿Quién ingenió esto?”.

Bill le colocó las esposas. Cuando Bill comenzó a leerle sus derechos, Rabbe lo interrumpió.

“Conozco mis derechos, créeme. Estoy acostumbrado a este tipo de cosas de la policía local, ¿pero del FBI? No me lo creo. ¿Por qué me estás arrestando?”.

La esquina del paquete de papel estaba asomándose por el bolsillo de los shorts de Rabbe. Bill lo sacó y comenzó a agitarlo.

“Por esto”, dijo.

“Ay, por favor. Tienes que estar bromeando”.

Bill siguió leyéndole sus derechos.

“Dije que conozco mis derechos”, dijo Rabbe, interrumpiéndolo otra vez.

“No me importa”, dijo Bill. Terminó de leer sus derechos y escoltó a Rabbe a su carro.

Tenía un buen presentimiento que este realmente era el asesino. Esperaba que Riley llegara a la oficina del FBI a tiempo para ayudarlo a asegurar el hecho por completo.

## Capítulo Quince

Riley recibió un mensaje de texto de Bill justo a lo que estaba alejándose del refugio de emergencia donde había dejado a Jilly. Solo decía que había arrestado a Calvin Rabbe. Trató de llegar al edificio del FBI de Phoenix para ver al sospechoso.

Se encontró con Bill afuera de la sala de entrevistas.

“¿Qué pasó?”, preguntó sin aliento. “¿Por qué lo arrestaste? No teníamos ni una orden judicial”.

“Posesión de cocaína”, dijo Bill. “Tuve suerte. Mucha suerte. Me alegra que estés aquí. Estaba preparándome para hablar con él. Entra y me ayudas”.

Riley y Bill entraron a la sala de entrevistas. Calvin Rabbe estaba sentado allí con las manos esposadas con una mueca en el rostro como la que tenía un colegial mimado cuando era enviado a la oficina del director.

“¿Me podrían decir de qué trata todo esto?”, dijo Rabbe. “No soy ningún idiota. Sé que no es por la coca. Tiene que haber algo más”.

Riley y Bill se sentaron en la mesa frente a él. Riley lo miró fijamente, tratando de decidir cómo manejarlo. Acusarlo de una vez del asesinato de Nancy Holbrook no serviría de nada. Contraría a un abogado y perderían su oportunidad. Un enfoque menos directo parecía ser más prometedor.

“Entendemos que eres un cliente ocasional de Acompañantes Ishtar”, dijo Riley.

“¿Quién te dijo eso?”, dijo Rabbe. “Eso no es cierto”.

“La propia Ishtar nos dio tu nombre”, agregó Bill.

Rabbe se veía sorprendido, pero ni un poco molesto.

“Esa vieja puta”, dijo. “¿A qué va a llegar este mundo? Si no puedes confiar en putas, ¿en quién puedes confiar?”.

Riley se inclinó sobre la mesa hacia él.

“¿Entonces te gustan las putas, Calvin?”, dijo.

Rabbe se encogió de hombros. “Las putas son mejores que la mayoría de las mujeres hoy en día”.

“¿Así que tienes un problema con las mujeres?”, dijo Riley.

“No me hagas hablar”, gruñó Rabbe, alejando la mirada.

“Puse el dedo en la llaga”, pensó Riley. Estaba empezando a sentir que la entrevista iba por el buen camino.

“Háblanos un poco de Nanette”, dijo Riley.

“¿Quién es Nanette?”.

“Por Dios”, dijo Riley. “Sabes perfectamente de quién estoy hablando. Una

de las chicas de Ishtar. Te viste con Nanette la noche del sábado pasado”.

Rabbe dejó escapar un resoplido. “Pues no”, dijo. “Sí tenía una cita con ella. Pero nunca llegó. Realmente arruinó mi noche. Iba a acompañarme a un evento benéfico de mi mamá. Estuvo en las noticias. Tal vez has escuchado de esa caridad, la Fundación Judith Rabbe”.

Dijo las palabras con disgusto. Riley empezó a sentir curiosidad.

“No, no sé nada de ella”, dijo Riley.

Rabbe puso los ojos en blanco.

“A mi mamá le gusta educar a niñas provenientes de países con nombres impronunciables. Tratando de arreglar un problema que ni siquiera es un problema. Tienen la idea correcta de las mujeres en esos lugares, no como la cultura de mierda que tenemos aquí”.

El carácter de Rabbe cada vez estaba saliendo más a flote.

*“Un cerdo misógino”, pensó. “Exactamente el tipo de persona que estamos buscando”.*

Bill hizo la siguiente pregunta. “¿Cómo se siente tu madre por el hecho de que llevas acompañantes a sus fiestas lujosas?”.

Le pareció a Riley que era una excelente pregunta. Recordó la ropa nada respetable que llevaba puesta Nancy Holbrook al momento de su asesinato. También se imaginó cómo la hubiesen mirado con esa ropa en el evento benéfico lujoso de la mamá de Rabbe.

Se formó una gran sonrisa de satisfacción en el rostro de Rabbe.

“A ella no le gusta ni un poquito”, dijo. “Y se lo merece. Pero Nanette me dejó plantado esa noche. No tuve tiempo para buscarme a otra chica. Me quedé atrapado en una casa llena de arpías que no paraban de hablar de la opresión y la hegemonía patriarcal y ese tipo de cosas. Dios”.

Su expresión cambió. Pareció haber entendido algo.

“Espera”, dijo. “¿Esto tiene que ver con su consumo de heroína? ¿Es por eso que me arrestaron? Porque no tengo nada que ver con eso”.

Era una mentira, y Riley lo supo al instante.

“Pero no te importaba el hecho que estuviera drogada con heroína, ¿cierto?”, dijo.

Rabbe se rio un poco.

“Me gustan dóciles, si sabes a lo que me refiero”, dijo. “Más como la naturaleza quería que fueran. Debes leer un poco sobre la psicología evolutiva, querida”. Las mujeres no fueron hechas para el tipo de trabajo que haces, el tipo de vida que vives. La naturaleza te diseñó para que esperaras en la cueva mientras los hombres cazaban. Debes tener bebés y cuidarlos bien”.

Miró a Riley directamente a los ojos.

“Solo te estás amargando la vida”, le dijo Rabbe. “Luchando contra tu propio ADN. Y le tengo lástima a tu novio o marido, a menos que seas lesbiana, que tendría sentido”.

Sabía que estaba tratando de enfurecerla, pero no iba a funcionar. Requeriría más que su antifeminismo pseudocientífico, especialmente después de todo lo feo que acababa de ver en El Derby de Hank.

“No creas que me estás engañando”, le dijo Rabbe. “Conozco a mujeres como tú. Y apuesto todo lo que tengo que eres malísima en la cama”.

Ahora le tocó a Riley sonreír con superioridad.

“Esto me lo dice un hombre que tiene que pagar para poder acostarse con alguien”, dijo.

El comentario no parecía haberlo impactado en lo absoluto.

“Créeme que puedo tirarme a todas las mujeres que quiera”, dijo. “Es un arte y una ciencia, y yo soy un experto. Puedo tenerte a ti si así lo quisiera. Podría hacerte rogar si me lo propusiera”.

Riley casi se echó a reír al solo pensarlo. Aún así, detectó que estaba diciendo la verdad. Era astuto y engañoso, y sabía exactamente lo que estaba haciendo. Tenía la sensación que podría abandonar esta personalidad vulgar y misógina y adoptar un carácter mucho más encantador y atractivo. Podría presentarse como una persona considerada, respetuosa y sensible a los sentimientos de una mujer. Podría hacer lo que quisiera con muchas mujeres antes de que tuvieran la oportunidad de ver su equivocación.

*“Pero siempre viven para lamentarlo”*, pensó.

O quizás algunas *no vivían* como para poder lamentarlo.

Y este asqueroso no tenía remordimientos. No se arrepentía por nada que hacía o decía. Podía sentir su disgusto por este tipo de hombre en su interior.

“¿Entonces por qué recurres a las putas?”, preguntó Bill.

Rabbe miró a Bill. “Créeme, amigo, las putas son lo mejor. O tal vez ya sabes eso. Ellas son honestas. No tienes que negociar ni hablar de 'consentimiento'. Últimamente tienes que preguntar antes de hacer cualquier cosa. Un hombre puede ir a la cárcel solo por tener sexo con su propia esposa”.

“Relaciones sexuales no consensuales”, dijo Bill.

“Eso no existe en el matrimonio”.

Eso se lo dijo directamente a Riley, pero a ella no le costó mantener la compostura. Sentía que este era un buen momento para ir al grano.

“¿Tuviste algo que ver con la muerte de Nanette?”, preguntó.

Riley intentó detectar cualquier destello de una reacción. La expresión en el rostro de Rabbe no cambió en absoluto.

“¿Está muerta?”, respondió sosamente.

“Fue asesinada el sábado por la noche”, dijo Riley.

“La noche que tuviste una cita con ella”, agregó Bill.

Rabbe realmente se veía aburrido ahora.

“Bueno, de verdad me partieron el corazón”, dijo, pretendiendo sofocar un bostezo. “Entonces por eso es que me tienen aquí. Creen que yo lo hice. Bueno, tengo una coartada. Estuve en casa en el evento benéfico de mi madre. Incluso encontrarán fotos de mí en Internet”.

Se reclinó en su silla.

“Bueno, hasta aquí llegó la diversión”, dijo. “Quiero mi llamada telefónica. Quiero a mi abogado”.

No sabía si había sido por el bostezo falso o por el comentario sobre la diversión, pero Riley ya no estaba escuchando. Se lanzó sobre la mesa y agarró a Rabbe por su camiseta cara.

“¡Tienes razón!”, gritó. “Hasta aquí llegó la diversión”.

Su grito cuando lo arrojó al piso fue profundamente gratificante. Se tiró para acercarse a él mientras que él se movía rápidamente por el piso a pesar de sus manos esposadas.

Dos agentes jóvenes entraron a la sala y agarraron los brazos de Riley por ambos lados, pero aún se estaba moviendo hacia Rabbe. Comenzó a tratar de zafarse, pero no pudo con Bill cuando puso sus brazos alrededor de ella por detrás, fijando los suyos.

“Suficiente”, dijo Bill. “Te suspenderán de nuevo”, dijo firmemente.

“¿De nuevo?”, dijo uno de los agentes jóvenes.

“Está bien”, dijo Riley. “Está bien”. Su furia estaba menguando. Relajó su cuerpo y Bill la soltó.

Para entonces Rabbe estaba gritando que quería su abogado y amenazando con demandarlos. Riley lo miró y se quedó callado.

Le parecía un sospechoso extraño, no sabía que pensar de él. Se volvió para mirar a Bill.

“Hablemos afuera”, dijo fríamente.

Ella y Bill salieron de la sala de entrevistas.

“Creo que debemos dejarlo ir”, dijo.

Bill se veía consternado y sorprendido.

“¿No crees que es nuestro hombre?”, preguntó Bill.

“No lo sé”.

“¿Entonces no deberíamos interrogarlo más?”.

Riley dejó escapar un suspiro desanimado. “Podemos comprobar su coartada. Pero ahora todo lo que tenemos en su contra es un cargo por posesión de drogas. Y posesión solo de una pequeña cantidad. Y con el tipo de abogado que puede

darse el lujo de pagar, incluso no podremos perseguir ese cargo. Saldrá de aquí en un santiamén. Si lo dejamos ir ahora, al menos podemos asignar a algunos agentes para que le hagan seguimiento. Tal vez podamos agarrarlo en algo”.

Bill negó con la cabeza.

“No me gusta esto”, dijo. “Pero lo haré. Tal vez evitará que presente cargos en tu contra”.

Riley vio por el espejo unidireccional como Bill le quitó las esposas y le dijo que podía irse. Rabbe miró directamente al espejo. Obviamente sabía que Riley lo estaba observando. Le dio una sonrisita, pero luego bajó la mirada y salió rápidamente de la sala.

Riley no estaba acostumbrada a tener tanta inseguridad. Y ahora recordó que el equipo de buceo le había dicho que no había ningún otro cuerpo en el lago. No había tenido la oportunidad de decírselo a Bill aún, pero la había hecho sentirse muy insegura.

Mientras esperaba que Bill terminara de escoltar a Rabbe fuera del edificio, su cabeza se llenó de preguntas. ¿Podría realmente estar segura de que los buzos estaban equivocados? ¿Era posible que este no era un caso de asesinatos en serie después de todo?

Estaba acostumbrada a seguir sus instintos, pero sus instintos estaban por todas partes. Tal vez el trauma de los últimos meses, haber sido capturada y haber tenido que rescatar a April de su propio cautivo, había arruinado sus instintos. Tal vez ya no estaba apta para desempeñar este tipo de trabajo.

Aún así, había una cosa que quería hacer, incluso si sería lo último que haría como agente de campo. Quería atrapar al asesino de Nancy Holbrook. ¿Pero sospechar a Rabbe era lo correcto?

¿O simplemente quería que fuera culpable?



## Capítulo Dieciséis

Mientras la mujer caminaba por el pasillo del hotel elegante con el hombre que se hacía llamar T.R., se preguntaba qué tipo de diversión esperaba por ella. La situación la hizo sentirse un poco atolondrada y se recordó a sí misma firmemente...

*“Tu nombre es 'Chiffon'. Nunca olvides eso”.*

No era porque le costaba recordar su álter ego de puta. Le gustaba el nombre Chiffon y lo había utilizado con decenas de clientes. Pero T.R. era diferente. La aplacaba de alguna manera.

Tal vez era porque se había mostrado un poco vulnerable la otra vez que estuvieron juntos. No le había ido bien al pobre. Obviamente había asumido la culpa y se había ofrecido a compensárselo.

Hace un rato lo había visto en su carro estacionado a una cuadra del Gimnasio Cinético. La había recogido cerca del gimnasio anteriormente, aunque había insistido en dirigirse a otro lugar para divertirse. Creyó que era porque él era demasiado elegante para un lugar como ese. Esta vez se había acercado a él para sugerirle que lo intentaran de nuevo.

Ahora se estaba sintiendo un poco abrumada. Estaba acostumbrada a celebrar sus encuentros amorosos en su cubículo inmundo detrás del gimnasio o a veces en un motel barato. Pero hoy le había preguntado a dónde quisiera ir si pudiera elegir el lugar que ella quisiera. Había creído que era un juego. Ella había sugerido este hotel caro y lejano como broma. Nunca lo había visitado, pero sabía que era un lugar para turistas adinerados que estaban de vacaciones.

Lo siguiente que recordó fue a T.R. llamando al hotel para reservar. Luego se encontró en su carro en camino al hotel. T.R. estaba lleno de sorpresas. Se preguntaba qué le esperaba esta noche. Estaba ansiosa por contarle a Mitzi todo al respecto. Estaba segura que su amiga, que también trabajaba en el gimnasio, nunca había visitado un lugar como este.

La había dejado en el carro para hacer el check in, llevándose una maleta y usando una peluca y unos anteojos costosos que cambiaron su aspecto. La había sorprendido lo muy diferente que se veía solo con esos pequeños cambios.

Volvió al carro pronto para guiarla por una puerta lateral hasta llegar a su habitación. Cuando abrió la puerta de la habitación, vio que era hermosa y espaciosa. Vio que el baño era muy elegante. Una puerta corredera daba a un patio lleno de flores.

*“Qué hermoso”, exclamó, acercándose hacia el patio.*

Pero él no la dejó pasar. *“Lo siento”, dijo con una sonrisa. Entonces cerró las*

cortinas para tapar la puerta corredera.

“*Por supuesto*”, pensó. “*Qué tonta*”. Obviamente no quería ser visto con ella, y lo mejor era que permaneciera totalmente fuera de la vista.

Eso no la molestaba. ¿Cómo podría estar molesta? Era parte del trabajo.

Se sentó en el borde de la cama y observó la habitación, ansiosa por descubrir lo que su cliente querría que hiciera ahora. Este lugar era costoso, y le había prometido un montón de dinero—dinero que tendría que dividir con Jaybird, el gerente del gimnasio. Era un placer para ella tener esta oportunidad, pero algo le molestaba. Se dio cuenta que quizás T.R. tenía pensado pasar bastante tiempo aquí con ella. Eso podría ser un problema para ella.

El cliente no parecía estar apurado, y parecía estar preparado para una tarde relajada. Sacó una botella de vino blanco de la mini-nevera y sirvió dos vasos. Se sentó en un sillón de felpa luego de darle el vaso. Asintió con la cabeza, gesticuló como si estuviera haciendo un brindis y luego se bebió su vino y pareció relajarse en la silla.

Ella bebió su vino por unos momentos. Luego logró tener el atrevimiento de decirle: “Lo siento, pero no puedo quedarme por mucho tiempo”.

“¿Por qué no?”.

Se quedó en silencio. No sabía qué decir. Nunca le había contado la verdad de sí misma a ninguno de sus clientes. Ni siquiera Mitzi lo sabía todo. JayBird era la única persona que lo sabía.

El hombre sonrió comprensivamente.

“Tienes un secreto, ¿cierto, Chiffon?”, dijo.

Chiffon no le respondió.

Él dejó escapar una risita. “Lo entiendo. Realmente lo entiendo. Yo también tengo mis secretos”. “Y tengo que hacer una confesión”, añadió después de una pausa. “Siento una afinidad contigo. Siento que nos entendemos de una forma especial”.

Se estaba empezando a conmovir ya que ningún otro cliente había sido tan sincero con ella. Muchos de ellos ni siquiera se molestaban en hablar.

“Cuéntamelo todo”. Le dio unas palmaditas a la maleta. “Tengo una sorpresa para ti. Te la daré si me lo cuentas”.

La mujer respiró profunda y lentamente.

“Mi nombre no es Chiffon”, dijo.

“Bueno, el mío no es T.R.”, dijo, riéndose de nuevo. “Cuéntame algo de ti que no me hayas dicho. Dime tu verdadero nombre”.

Se sentía como si estuviera en el borde de un precipicio. Pero sí, realmente quería decirle. Sería emocionante el decirle, como una especie de aventura.

“Mi nombre es Gretchen”, dijo.

“¿Y?”, preguntó el hombre.

“Y estoy casada. Tengo hijos”.

El hombre se veía bastante encantado ahora.

“¿Dos hijos?”, adivinó.

“No, tres”.

Sostuvo su mirada por un momento. Sí, se sentía bien haciendo esto. No estaba segura del por qué, pero sentía que era lo correcto.

“Debo estar en casa ahora mismo”, dijo. “Debo estar haciendo lo que hacen las amas de casa. Eso es lo que mi esposo piensa que estoy haciendo. Pero eso no es vida. Hay demasiadas horas en un día. No puedo mantenerme ocupada”.

“Y te aburres”, dijo.

Soltó una risita, sintiéndose aliviada por poder reconocerlo en voz alta.

“¡Ay, sí! ¡Más aburrida de lo que te imaginas! Pero necesito estar en casa antes de que mis hijos lleguen de la escuela”.

El hombre estaba toqueteando la parte superior de la maleta. “¿Y no necesitas el dinero?”.

“No. Bueno, el dinero me cae bien. Mi esposo es un poco recatado con el dinero. Me gusta tener mi propio dinero”.

El hombre se levantó de la silla y caminó a la cama con la maleta en mano. Se sentó al lado de Chiffon. Abrió la maleta solo un poco para que ella no pudiera ver el contenido.

“Cierra los ojos”, dijo.

Ella lo hizo.

Sintió sus manos en su nuca. Estaba colocándole algo en la garganta.

“Ahora puedes ver”, dijo.

Ella abrió los ojos y saltó para verse a sí misma en un espejo cercano, y luego chilló de felicidad. Llevaba un collar fino de plata con un dije de un símbolo de un infinito. Una pequeña piedra brillaba en el centro del mismo. Estaba segura que era un verdadero diamante.

Debió haberle costado mucho dinero. Por un momento no supo qué decir. ¿Debería aceptarlo? No sabía cuándo o dónde sería capaz de usarlo. Obviamente no podía enseñárselo a su marido.

Aún así, fue un gesto muy amable. Sería grosero rechazarlo.

“Gracias”, dijo. Luego añadió: “Quiero mostrarte cuánto significa para mí”.

El hombre se quedó callado. Ella lo miró a los ojos. Parecían estar llenos de afecto.

“¿No vas a decirme tu nombre ahora?”, preguntó.

El hombre asintió con la cabeza. “En pocos minutos. Ve a prepararte”.

Le resultaba fascinante la manera en la que le daba órdenes. De alguna

manera, sus órdenes no parecían bruscas o controladoras. Su voz y su rostro eran muy agradables.

Chilló de satisfacción y se dirigió al baño.

*“Cuando Mitzi lo vea”, pensó. “¡Le dará un infarto!”.*

Y se sentía segura que T.R. aún tenía otras sorpresas para ella. Era emocionante el pensar lo que pasaría ahora.

## Capítulo Diecisiete

El hombre casi se rio en voz alta cuando la puta salió del baño usando nada más que el collar que recién le había dado. Ver su cuerpo desnudo no lo excitaba. Sabía que haría falta algo más para poder sentir satisfacción.

Todavía estaba completamente vestido, sentado en la silla tapizada enfrente de la cama. Le sonrió como si se sintiera agradecido.

“A la cama”, le dijo.

Elle metió entre las sábanas satinadas sin sentir ni una palabra.

Se arropó toda tratando de verse como una niña tímida.

“No”, pensó. *“Solo se ve como una prostituta fingiendo ser una niña tímida”*.

Sonrió ampliamente y detectó el alivio en su rostro. Estaba tratando de complacerlo. Cuando se levantó y comenzó a caminar hacia la cama, ella bajó un poco las sábanas para revelar sus frondosos senos.

Ella le sonrió, y le extrañó lo indiferente que se sentía a pesar de sus esfuerzos. Sus pequeñas travesuras no estaban sirviendo de nada. Su sonrisa confiada realmente le estaban quitando las ganas.

“Pon tus manos detrás de ti”, dijo.

Se dobló sobre su lado e hizo lo que le había ordenado.

“Así está bien”, dijo. “Quédate así”.

Había colocado su maleta en una mesa cerca de la cama y ahora sacó lo que necesitaba de ella. Sentado en la cama detrás de la prostituta, hábilmente ató una cuerda alrededor de sus muñecas.

“Ay, Dios”, exclamó, pero no se quejó. Estaba seguro que no era el primer cliente que la había atado por placer. Y después de su demostración de generosidad, merecía hacerle lo que le placiera. Y eso es justamente lo que haría.

“Ahora siéntate”, dijo. “Yo te ayudo”.

“Bien”, dijo ella. “¿Qué quieres hacer ahora?”. Chiffon estaba riéndose de nuevo nerviosamente.

“No te des la vuelta”, dijo.

Acarició su cabello de rodillas en la cama detrás de ella.

“Qué rico”, murmuró.

Luego él deslizó la bolsa plástica sobre su cabeza. Ya no se estaba riendo. Aturdida, se quedó quieta por un momento. Luego comenzó a forcejear, mientras que él sostuvo la bolsa allí. Movié sus piernas con fuerza y pateó las sábanas satinadas. Trató de acercársele con los brazos atados. Con sus manos sujetó la bolsa en su lugar e impidió que se moviera mucho.

Después de unos momentos, susurró, “Te diré mi nombre ahora”.

Pero sabía que ella no podía oírle, así que la soltó.

Luego se sentó en el borde de la cama, observando a la pequeña mujer desnuda y patética que estaba acostada allí. Todo había sucedido mucho más rápido de lo que se había propuesto. Había querido pasar horas aquí con ella, dándole largas al asunto. Pero tuvo que actuar más rápidamente cuando le dijo que no tenía mucho tiempo.

No se sentía decepcionado por esto. Por el contrario, tener que improvisar y cambiar sus tácticas lo hacía disfrutarlo más. Y había sentido una maravillosa sensación de conexión con ella antes de haberlo hecho. Este asesinato le había dado más placer que los anteriores.

Ahora el placer continuaba, un resplandor silencioso de satisfacción. Decidió quedarse sentado allí para saborear esa hermosa sensación. Las otras veces había estado un poco apresurado a deshacerse de los cadáveres. Pero no había ninguna razón para darse prisa esta vez. Podía quedarse aquí hasta el anochecer.

¿Y qué haría hasta ese entonces? Bueno, podría ver televisión. Pero no, eso no parecía correcto. Chiffon, Gretchen, merecía más respeto que eso, unos mimos y un poco de atención incluso en la muerte. La última vez que había estado con ella, le había parecido un poco desagradable, y no estaba seguro de si le agradaba o no. Pero ahora las cosas eran diferentes.

Acarició su pelo suavemente y recordó lo que había dicho...

*“Hay demasiadas horas en un día. No puedo mantenerme ocupada”.*

Admiraba realmente el sentimiento. La mayoría de las personas que conocía vivían en las vidas de silenciosas desesperaciones de las que hablaba Thoreau. Como no sabían qué hacer consigo mismas, no hacían nada en absoluto.

Gretchen no fue así. Había sido una víctima digna. Había valido la pena.

El tiempo pasó relajadamente. Observó como las sombras cubrieron el cuerpo de Gretchen cuando cayó la noche. Le sorprendió lo rápido que se volvió de noche; esto significaba que ya era hora de terminar las cosas. El resto era trabajo fastidioso en comparación con el acto en sí. Aún así, tenía que hacerlo.

Sacó una bolsa plástica negra de su maleta. Había utilizado bolsas de basura simples en el pasado, pero esta vez lo pensó mejor. Una bolsa para transportar cadáveres parecía ser un recipiente mucho más seguro. La colocó en la cama, luego metió el cadáver, todavía desnudo a excepción del collar de plata.

Luego subió el cierre de la bolsa. Salió al patio para asegurarse de que nadie estuviera por allí. Su carro estaba estacionado a pocos metros de distancia.

Entró de nuevo, colocó el peso sobre su hombro y la llevó a su carro. Luego abrió su carro y colocó la bolsa adentro.

Regresó a la habitación y observó todo para ver si Gretchen había dejado algo

allí. Su bolso y la ropa que había estado usando estaban acomodadas en una pila en el piso del baño. Dentro de su cartera encontró su teléfono celular, un poco de dinero, unas llaves y unos pañuelos descartables. Cogió el teléfono y lo miró fijamente por un momento. Estaba seguro que no tuvo tiempo para hacer una llamada, pero cuando alguien comenzara a buscarla tratarían de localizar ese teléfono. Lo colocó en el piso y lo rompió con su talón. Su licencia para conducir, algunas fotos de sus hijos y un poco de dinero estaban dentro de su monedero. Lo colocó de nuevo en la cartera y luego puso todas sus cosas en una bolsa de basura que desecharía en un contenedor al azar para que no pudieran rastrearlo.

Luego anduvo por la habitación, asegurándose de que nada se quedara atrás, al igual que cualquier otro huésped de hotel preparándose para irse. Colocó un letrero de “NO MOLESTAR” en la puerta del pasillo. No iba a hacer el check out en este momento. Volvería mañana por la mañana para que pareciera que pasó la noche aquí solo. Obviamente hizo el check in con una tarjeta de crédito con un nombre falso.

Finalmente salió por el patio, se metió en su carro y empezó a conducir. Mientras condujo, hizo un balance de su situación actual. Las cosas estaban peligrosas en este momento. Debido a su descuido con el cadáver de Nanette, todos los cuerpos policiales estaban buscándolo. Estaba en riesgo.

Meritoriamente, Chiffon, Gretchen, abrazó ese riesgo, quizás hasta vivió por él. Pero él vivía un estilo de vida diferente. Como un experto y sibarita, no vivía al límite. Él no quería ser famoso. No le causaría ninguna gracia si alguien se enterara de estos asesinatos. Lo único que quería era disfrutar el momento de la muerte de una mujer. Era un asunto privado entre él y sus víctimas.

“*¿Eso es pedirle mucho a la vida?*”, se preguntaba.

Estaba seguro que sí merecía esos placeres.

Tales pensamientos pasaron por su cabeza durante el viaje de dos horas al lago. Había elegido un lago diferente esta vez, obviamente—uno que estaba más lejos de Phoenix, donde nadie buscaría. Este también era un lago artificial de agua dulce que fue creado al inundar un profundo cañón. Le gustaba visitar lagos como este de forma recreativa, y conocía este bastante bien.

Con sus faros apagados, condujo a lo largo de un camino de grava hasta que encontró el lugar que estaba buscando. Esta vez no cometió el mismo error. Era una cornisa que estaba cerca de la carretera que daba a aguas profundas.

Se estacionó, se bajó del carro y examinó todo. La luna brillaba un poco a través de un espeso banco de nubes. El clima indudablemente estaba a su favor.

Sacó la bolsa para transportar cadáveres de su maletero. Abrió la cremallera y colocó unas rocas pesadas alrededor del cuerpo. Luego volvió a cerrarla y la tiró

por la cornisa. Salpicó más de lo que había esperado.

De repente apareció una luz. Parecía venir de un bote que estaba a unos cientos de metros de la orilla. Supuso que alguien estaba pescando allí. Pero ¿por qué había encendido la luz? ¿Había oído el chapuzón?

Realmente lo dudaba. Probablemente estaba cambiando de cebo o algo. En cualquier caso, incluso con la luz, estaba seguro de que no podía distinguirlo por la distancia. Regresó a su carro y comenzó a conducir sin prender sus faros hasta llegar a una distancia razonable.

*“Ha sido una noche maravillosa”*, pensó.

Se sentía un poco triste ya que todo había terminado. Pero se prometió a sí mismo que lo haría de nuevo pronto.



## Capítulo Dieciocho

Después de haber pasado otro día aburrido en la oficina central con Bill, Riley estaba comenzando a sentirse exhausta. Sabía que ese agotamiento era consecuencia de su pesimismo. Se estaba haciendo tarde, y ya era hora de terminar las cosas. Habían estado en Phoenix desde el sábado por el dudoso pretexto que el asesinato de Nancy “Nanette” Holbrook *podría* ser la obra de un asesino en serie. Pero con cada hora que pasaba, eso parecía menos probable. Y si el caso de Nancy no era uno de asesinato en serie, ya era hora de que la policía local volviera a tomar las riendas y que Bill y Riley volvieran a Quántico.

Por supuesto, si no podían comprobar la coartada de Calvin Rabbe, ella y Bill tendrían una razón para seguir trabajando en el caso. Riley esperaba que pudieran resolverlo pronto, de una manera o de otra.

Riley se sintió cansada y ansiosa cuando entró a la sala de computación con su gran variedad de pantallas y equipos. En el centro de la amplia gama de equipos estaba sentada la jefa del departamento de tecnología digital, una mujer joven que simplemente se hacía llamar Igraine. Definitivamente era extraña, nada parecida a los técnicos con los que Riley estaba acostumbrada a trabajar en Quántico. El agente especial encargado Elgin Morley le había dicho a Riley que Igraine se describía a sí misma como una tecno pagana.

Igraine tenía el pelo al rape pintado de muchos colores y su rostro y orejas estaban perforados con una gama coloreada de cabeza de ganchos plásticos para pañales. Su ropa, por el contrario, era totalmente negra. Su estación de trabajo estaba llena de amuletos y pequeños círculos de piedras y cristales de colores.

“¿Qué tienes para mí, Igraine?”, le preguntó Riley, sentándose a su lado.

“No tengo nada,” dijo Igraine. “Obviamente muchos asesinatos de prostitutas. Tuvimos una serie de estrangulaciones en la década de los noventa. Pero ninguno de esos *modus operandi* parecen encajar”.

Riley no sabía cómo se sentía por estas noticias. El hecho era que el número aparentemente interminable de asesinatos sin resolver y desapariciones de prostitutas la molestaba.

“¿Revisaste las muertes relacionadas con el agua de los últimos años?”, le preguntó Riley.

“Sí, los de las dos últimas décadas. El cadáver de una prostituta fue encontrado en un arroyo, pero su asesino fue capturado y condenado. Un asesino en serie había asesinado a una de sus víctimas en una bañera, pero ninguna de sus víctimas eran prostitutas, y ahora está en el corredor de la muerte. Otros cadáveres son encontrados en lagos alrededor de Phoenix de vez en cuando.

Ahogamientos accidentales, accidentes de canotaje y natación, ese tipo de cosas. La mayoría de las víctimas son hombres. En cuanto a usar lagos para deshacerse de los cadáveres, no me ha aparecido nada”.

“¿Hay algo más que puedas hacer?”, preguntó Riley.

Igraine se inclinó en su silla y dejó escapar un gemido de impaciencia.

“¿Para convertir un caso de un solo asesinato en uno de asesinato en serie por arte de magia? No sin invocar a las fuerzas de la oscuridad. Francamente no creo que el FBI debería meterse en ese tipo de cosas. Dejémosle las artes negras a la CIA. Créeme, he probado todo. Si sigo así enfureceré al espíritu mayor”.

Riley sabía que Igraine estaba diciendo la verdad.

“Está bien, Igraine. Ya puedes irte a casa”.

Riley salió del laboratorio justo a tiempo para encontrarse con Bill en el pasillo.

“¿Qué descubriste?”, le preguntó Bill.

“Nada de nada. ¿Y tú?”.

“Bueno, comprobamos la coartada de Rabbe. Definitivamente estaba en su casa, en el evento benéfico de su madre”.

Riley suspiró. Aunque había esperado esto en cierta forma, no le dio ninguna satisfacción. En su opinión, Rabbe debía ser encerrado para siempre.

“Bueno, eso es todo lo que podemos hacer esta noche”, dijo Bill. “Vámonos de aquí”.

\*

Aproximadamente una hora y media después, Riley y Bill estaban sentados juntos en una mesa cerrada en el bar de su hotel. Acababa de pedir su segundo whisky americano con hielo. Había tenido mucho tiempo sin tomarse un solo trago, pero le parecía que esta noche estaría bien. Aún así, sabía que sería mejor que se lo tomara con calma. Este sería su último trago de la noche.

De todos modos, Riley notó que Bill necesitaba a alguien con quien beber y hablar. En este momento, estaba bebiendo mucho más rápidamente que Riley. Llevaba unos minutos hablando del fin de su matrimonio.

“Es difícil dejarlo ir”, continuó fatigosamente. “Doce años de matrimonio, dos hijos. Es como si una gran parte de mi vida estuviera siendo extirpada. Y está dejando un gran espacio vacío”.

Pausó un momento y tomó otro sorbo.

“Yo entiendo su punto de vista. Es difícil estar casado con un agente del FBI. Pero pensé que sabía en lo que se estaba metiendo. Yo ya era un agente cuando nos casamos. Pero poco a poco empezó a sentir todo tipo de resentimientos. Y

después que los chicos nacieron, ella quería que dejara la agencia. Pero ¿qué más iba a hacer?”.

Riley simplemente asintió con la cabeza. Entendía esto muy bien. Después de todo, recientemente había intentado dejar atrás este tipo de trabajo. Pero parecía que estaría aquí por mucho tiempo, le gustase o no. Enseñar no había sido suficiente para ella, y sentarse en una oficina tratando de ignorar todos los males del mundo simplemente era imposible.

Aún así, se quedó callada, dejando que Bill siguiera hablando.

“Sabes, creo que tal vez ella pensó que estar casado con un agente sería romántico y emocionante al principio. Pero cuando fui herido hace cinco años, se asustó bastante. Las cosas nunca volvieron a la normalidad”.

Riley se encontró tratando de ver las cosas desde el punto de vista de Maggie.

“Bueno, al menos se preocupaba por ti”, dijo. “Ryan apenas parecía apreciar que tenía un trabajo. No podía acostumbrarse al hecho de que no era la perfecta anfitriona social”. Luego pensó por un momento y agregó: “Tal vez Maggie está terminando las cosas porque te ama”.

Bill le dio una mirada larga y curiosa.

“Eso es la cosa más estúpida que he escuchado”, dijo.

Riley se comenzó a reír.

“¿Sí verdad?”, dijo.

De repente ambos estaban riéndose juntos. Se sentía bien hablar y reírse con Bill de esta manera. Durante años había sido su mejor amigo en el mundo. Pero los dos últimos casos habían afectado su amistad. Casi había olvidado lo cómoda que podía sentirse a su alrededor.

Obviamente sabía que el whisky americano estaba ayudándola a relajarse.

“*Cálmate*”, se dijo a sí misma. “*No te pongas demasiado cómoda*”.

Una vez más recordó esa noche terrible de borrachera cuando había llamado a Bill y le había dicho que debían tener una aventura. Las heridas de ese incidente apenas estaban comenzando a sanar. No quería abrir esa herida de nuevo.

“Pero basta de mis lamentaciones”, dijo Bill. “¿Qué pasó con esa chica que rescataste?”.

“¿Te refieres a Jilly? Bueno, tal vez 'rescataste' es una palabra demasiado fuerte. Tiene un largo camino por recorrer y necesita mucha ayuda. He llamado a Servicios de Protección al Menor varias veces para ver cómo está. Está bien y ellos esperan poder alejarla de su padre. Realmente es un hombre abusivo”.

“¿Qué pasará con ella entonces?”, dijo Bill.

“Supongo que terminará en una familia de acogida. A menos que... “.

Riley se quedó callada. Se le empezó a ocurrir algo descabellado. Bill fue capaz de leer su expresión de inmediato.

“Dios mío”, dijo. “No estarás pensando en adoptarla, ¿cierto?”.

Riley no respondió. Acertó perfectamente, por supuesto. Pero estaba bastante segura de que las bebidas estaban empezando a tener su efecto. Definitivamente se estaba sintiendo un poco borracha—y más de un poco nostálgica por Jilly.

Bill estaba sonriéndole con compasión.

“Riley, esa no puede ser una buena idea”, dijo. “Solo Dios sabe qué traumas ha sufrido esa pobre chica. No sabe qué se siente ser alimentada y cuidada. Necesitará años de ayuda profesional. No tienes los recursos”.

“Lo sé”, dijo ella.

Bill tenía razón después de todo. Entonces ¿por qué sintió ese impulso? Tal vez tenía que ver con el hecho de que había estado pensando en su hermana últimamente. Recordó cómo Wendy le había enviado una carta hace unos años solo para saludarla. Pero Riley no le había respondido. Mirando hacia atrás, no sabía por qué no lo había hecho. Pero lo lamentaba. Y ahora no tenía ni idea dónde o cómo estaba Wendy.

Riley no pudo sacudir la sensación de que había abandonado a Wendy. Ahora no quería abandonar a nadie más.

Pero este no era el momento de hablar de eso. Se quedó sentada allí disfrutando de la tranquilidad y simpatía de Bill. Entonces una extraña fantasía comenzó a formarse en su mente.

*“Bill y yo seríamos los padres perfectos para una chica como esa”, pensó.*

Por un momento parecía tan real, ella y Bill viviendo como pareja, haciendo todo lo posible para darle a Jilly una vida mejor.

“¿En qué estás pensando?”, preguntó Bill.

Riley se echó a reír nerviosamente. Su teléfono vibró cuando comenzó a preguntarse si debía decírselo. Era un mensaje de texto de April.

*“¡La estoy pasando muy bien! Visitamos el Capitolio hoy. ¡Mañana iremos a la Casa Blanca! ¿Cómo estás?”.*

Riley sonrió. Era un recordatorio perfecto. Ya tenía una hija, y era muy valiente e inteligente. Este no era el momento de cambiar todos los aspectos de su vida.

Le respondió:

*“Muy bien. Sigue divirtiéndote”.*

April respondió: *“¡Eso haré!”.*

“Un mensaje de April, ¿cierto?”, dijo Bill.

Riley dejó escapar una risita. “¿Cómo adivinaste?”.

“Tal vez por la expresión amorosa y orgullosa de una madre”.

Las palabras amables de Bill sonaban algo melancólicas. Su sonrisa se veía un poco más triste ahora. Riley supuso que estaba pensando en sus propios hijos

y la batalla por su custodia que estaba librando con Maggie. De repente se sintió afortunada por no estar pasando por todo esto con April.

Al mismo tiempo, sintió que era un buen momento para cambiar de tema.

“Sabes que tenemos que presentarle un informe a Morley”, dijo.

“Sí, ya sé”, dijo Bill con voz cansina. “Creo que hemos estado postergándolo”.

“¿Qué vamos a decirle?”.

Bill pasó sus dedos sobre la mesa.

“No hay nada que decir, excepto que no tenemos nada”, dijo. “No tenemos ninguna razón para creer que se trata de un asesino en serie. Eso significa que no tenemos ninguna razón para estar aquí. Garrett Holbrook se sentirá decepcionado. Realmente quería que atrapáramos al asesino de su hermana”.

“¿Crees eso?”, dijo Riley.

Bill se veía sorprendido por la pregunta.

“Claro. ¿Qué más sentiría?”.

Riley simplemente se encogió de hombros. Había dicho esas palabras sin pensarlas bien. No podía explicar lo que quería decir. Era solo que Garrett Holbrook todavía le parecía un misterio. Se sentía segura de que había algo que no le estaba diciendo. Pero ahora probablemente nunca descubrirían lo que era.

“Bueno, creo que podemos presentar nuestro informe mañana por la mañana. Y luego podremos irnos. ¿Crees que el FBI nos llevará de regreso en un avión de la compañía como la vez pasada?”.

Bill se echó a reír.

“No lo creo”, dijo. “Adivino que estaremos viajando en clase turista”.

“Creo que tienes razón”.

Notó que Bill había terminado su bebida. Solo se había tomado la mitad de la suya, pero supuso que ya era suficiente. Estaba comenzando a sentirse un poco mareada, así que alejó la bebida con la mano. Se sentía bien decidir que ya era suficiente.

Ella y Bill pagaron la cuenta del bar. Luego Bill acompañó a Riley a su habitación. Se quedaron afuera de la puerta por unos instantes. Mantuvieron una distancia de unos metros entre ellos. Riley estaba segura que Bill estaba pensando lo mismo que ella. Si siquiera se abrazaban, las cosas podrían salirse de control. Y ninguno de los dos realmente quería eso. Por lo menos no esta noche.

“Eres una buena mujer, Riley Paige”, dijo Bill.

A Riley se le llenaron los ojos de lágrimas.

“Y eres un buen hombre”, dijo. “Y un buen amigo”.

Bill se volvió y se alejó por el pasillo. Ella entró en su habitación y se sentó

en la cama. No podía evitar sentirse decepcionada por su viaje. Por lo menos deseaba haber podido atrapar al asesino de Nancy Holbrook.

Además, su instinto le había dicho que se trataba de un asesino en serie. No estaba acostumbrada a equivocarse.

“*¿O realmente estoy equivocada esta vez?*”, se preguntó.

## Capítulo Diecinueve

La policía novata Robin Mastin bajó por el acantilado bajo el agua, su linterna apenas penetrando la oscuridad circundante. Estaba acercándose a la base del acantilado, unos quince metros para abajo, y solo podía ver un metro por delante de ella.

Había pasado dos días en las profundidades del lago Nimbo buscando el cuerpo de una mujer junto con su clase. Este iba a ser su tercer día de búsqueda, pero su jefe de buceo, Quentin Rosner, estaba seguro que no había ningún cuerpo en el lago. Cuando se habían reunido aquí esta mañana, había anunciado que ya dejarían de buscar.

Robin había rogado por la oportunidad de intentarlo solo una vez más. Le había recordado a Rosner que estaban haciendo esta búsqueda bajo órdenes de la agente especial Riley Paige de Quántico. Rosner finalmente le había dado una hora más, pero ella sabía que esa hora ya había acabado.

*¡Riley Paige!* El nombre llenaba a Robin de asombro y admiración. La mujer era una leyenda, y Robin quería ser como ella. Y si Riley Paige pensaba que había un cuerpo aquí, Robin se sentía segura que realmente era así. Si Robin podía encontrarlo, obtendría prestigio incluso antes de obtener su certificación de tecnólogo. Tal vez podría formar parte de un equipo subacuático del CSI.

Por eso es que se había matriculado en la escuela de buceo en primer lugar, a pesar de que sus amigos se habían burlado de ella. Le seguían recordando que sería difícil encontrar trabajos de buceo en Arizona. Pero Robin tenía grandes planes. Ya se había vuelto una buza experta, y se mudaría a donde pudiera para seguir con su carrera luego de obtener su certificación para el CSI.

Ahora nadó unos metros más por el acantilado, examinando cada centímetro de su superficie. Cuando tocó fondo, sintió un tirón desagradable de la cuerda amarilla que daba a la superficie. Era Rosner diciéndole que era hora de irse.

Se sintió abrumada de la decepción. Estaba segura de que la búsqueda no había sido manejada de forma correcta y que se habían perdido algo.

Paige había insistido que examinaran los mapas, así que Rosner y su clase habían pasado un largo rato escudriñando los mapas del lago antes de que fuera un lago. Rosner estaba absolutamente seguro que el cuerpo yacía en el fondo del lago, si es que había un cuerpo en absoluto.

Buscaron por todas partes sin encontrar nada, solo basura y unos huesos de animales. Uno de sus compañeros había encontrado un cadáver putrefacto de un perro. Nadie tenía ni idea de cómo había llegado allí. Los perros pueden nadar, después de todo.

Rosner se había reído de Robin cuando había dicho que quería inspeccionar el lado de este acantilado particular.

Robin recordó lo que Rosner le había dicho.

*“¿Crees que aterrizó sobre una superficie vertical? La gravedad no funciona así”.*

No supo que responderle. Aún así, aquí estaba, tratando de demostrar lo contrario. Sería humillante salir a la superficie una vez más y admitir su fracaso. Pero estaba vez haría las cosas con calma. Escaló el acantilado tan cuidadosamente como descendió por él, sintiendo y observando todo.

A lo que estuvo a seis metros de la superficie, una sensación peculiar la hizo detenerse. Se quedó muy quieta. ¿Había sentido algo real o solo era su imaginación?

Pero allí estaba. Sintió una corriente leve en el agua. ¿De dónde podría estar viniendo?

Alcanzó y sintió el borde de una cornisa. Parecía que el acantilado estaba dividido por unas rocas. La corriente venía de algún lugar alrededor de esas rocas.

Subió un poco más para poder ver por encima de la cornisa. La visibilidad era terrible, ni siquiera de un metro. Pero ahora entendió la fuente de la corriente. Había encontrado una pequeña entrada a una cueva que podría ser bastante profunda. Incluso podría desembocar en el río que había sido represado para formar este lago.

Una teoría se estaba formando rápidamente en su mente. Quizás un cuerpo que había caído había golpeado esta cornisa y había sido aspirado a la cueva.

La entrada era tan pequeña que le costó entrar. Solo había entrado hasta la cintura cuando sus dedos tocaron algo que se movía bajo una capa de cieno. Vio que era plástico.

Su corazón estaba latiendo con fuerza. Recordó que el cadáver anterior había sido encontrado en una bolsa plástica de basura. Esas bolsas se degradaban muy lentamente, especialmente en temperaturas frías. Le costó mantener el control respiratorio. Sería peligroso llenarse de optimismo a estas profundidades y en este espacio reducido.

Rebuscó hasta encontrar la abertura de la bolsa. Pudo ver claramente una superficie redondeada de hueso blanco donde las suturas se unían entre sí.

Era la parte superior de un cráneo.



## Capítulo Veinte

El teléfono de Riley sonó cuando aún estaba en la cama. No se había despertado temprano porque ella y Bill se iban a casa hoy. Ella miró el reloj. Todavía tenían unas horas para llegar al aeropuerto.

Pero la llamada no era de Bill, sino de Morley.

“Tenemos un nuevo cuerpo”, dijo.

Esa frase hizo que Riley se sintiera bien despierta.

“¿Otra prostituta?”, preguntó.

“Eso parece”.

“¿En el lago?”.

“En otro lago, el lago Gaffney. Fue tirado allí en una bolsa negra. Es un modus operandi similar. Quiero que tú y Jeffreys se vengán para acá. Estoy coordinando un helicóptero para ustedes, pero les tomará más de una hora llegar a este”.

“¿Cuánto tiempo tenía el cuerpo en el agua?”.

“Solo una noche”.

Riley le dijo a Morley que estarían allí pronto y luego llamó a Bill. Le comenzó a decir que estaba empacando, pero Riley lo interrumpió para darle las noticias.

“Tuviste razón todo este tiempo”, respondió. “Podría ser un caso de asesinato en serie”.

Riley no respondió. Tener razón sobre algo así no la satisfacía en absoluto. Pero sí significaba que tenían trabajo por hacer. Significaba que había un monstruo que tenían que encontrar y detener.

“Te llevaré un café”, dijo Bill.

“Y un bagel”, agregó Riley. Bill dijo que sí y luego colgó.

Mientras Riley se vestía, comenzó a sentirse agradecida por el hecho que la persona que encontró ese cuerpo hiciera la conexión.

“Lago Gaffney”, dijo en voz alta. Recordaba haberlo visto en el mapa. Era otro lago artificial en las colinas cerca de Phoenix. Se preguntaba si los buzos en el lago Nimbo estaban teniendo suerte con su búsqueda allí.

\*

Riley se arrodilló al lado de la mujer muerta en la bolsa para transportar cadáveres. La víctima estaba desnuda y sus muñecas estaban atadas con cuerdas de tendadero. Solo llevaba un collar fino de plata con un diamante.

“¿Otro diamante verdadero?”, preguntó Bill.

“Estoy segura que sí”, respondió Riley.

“Debe ser el mismo hombre”.

Miró a Garrett Holbrook, el agente que le había pedido ayuda a Quántico cuando su media hermana había sido asesinada. Hoy había acompañado a Bill y a Riley en su viaje al lago Gaffney, donde el nuevo cadáver había sido hallado.

“Me alegra que le hayas pedido a la UAC que se involucrara en este caso”, le dijo al agente de Phoenix.

Riley aún no sabía qué pensar de él. Como de costumbre, había hablado muy poco durante el paseo. Y hasta la fecha, su participación en el caso había sido bastante periférica.

Holbrook solo asintió sombríamente. “Me alegra que hayan venido”, dijo. Luego se volvió al cadáver recién encontrado.

“Este fue encontrado en una bolsa para transportar cadáveres”, dijo. “El cuerpo de Nancy estuvo dentro de una bolsa plástica de basura”.

Riley siempre detectaba un destello de alguna emoción cada vez que decía el nombre de su media hermana, pero aún no sabía qué emoción era. Creía que algo más allá de la muerte de su media hermana estaba preocupando a este hombre.

“La bolsa para transportar cadáveres muestra planificación y premeditación”, dijo Riley. “Quizás la muerte de tu hermana fue espontánea, tal vez casi accidental. Pero esta vez realmente tuvo la intención de hacerlo”.

Riley miró al guardabosques del distrito, Nick Fessler, que estaba agachado al otro lado del cuerpo.

“¿Cómo la encontraste?”, preguntó Riley.

Fessler se veía consternado por la pregunta.

“Creo que se lo dije a la policía como cien veces”, dijo.

“Dímelo de nuevo”, dijo Riley. Ya la policía se lo había dicho, pero quería oírlo de la boca de Fessler.

“Estuve pescando en el lago anoche. Escuché un chapuzón cerca del pequeño acantilado. Pensé que era algún gilipollas que estaba vertiendo basura o algo así. Me dirigí hacia allí, pensando que podía limpiar un poco. Pero no había nada flotando. Eso me pareció extraño, así que esta mañana me puse mi equipo de buceo para echarle un vistazo”.

Se quedó callado. Riley no tenía que escuchar el resto. Fessler había encontrado la bolsa para transportar cadáveres y había hecho que su equipo lo ayudara a sacarla del agua. Luego había llamado a la policía.

Lamentablemente, uno de sus trabajadores le había enviado un correo electrónico a un amigo contándole sobre el descubrimiento, y el hecho se volvió viral. Los medios de comunicación se dirigieron rápidamente al lago Gaffney. La

policía había acordonado la zona y estaban haciendo todo lo posible para evitar que los reporteros y los equipos televisivos se acercaran.

“Ha dado a luz”, les dijo Garrett Holbrook, señalando las estrías en la barriga de la víctima. “Y se ve mayor que Nancy”.

Riley notó que tenía razón. “Ambas tenían las muñecas atadas”, agregó Riley. “Esta vez que no se molestó en quitar la cuerda”.

Bill tomó el collar del cuello de la mujer cuidadosamente y lo colocó en una bolsa de evidencias.

“El otro cadáver llevaba un anillo con un diamante”, dijo. “Esta mujer llevaba un collar, uno bastante caro, también con un diamante. Todo parece ser un patrón recurrente”.

Riley estaba de acuerdo con él. Ahora mismo había una foto de ese collar en Internet. Afortunadamente, ninguna de las fotos que mostraban todo el cadáver había sido publicada.

Llamó al médico forense del condado que estaba a unos metros con su equipo.

“Ya pueden llevársela”.

El médico forense y su equipo cerraron la bolsa obedientemente y empezaron a llevarla a su vehículo.

Riley se alejó de sus colegas y observó sus alrededores. Más allá de las colinas y el verde opaco que rodeaba el lago había pura tierra firme y matorrales. Había unos pocos cactus saguaro. Las cosas se veían mucho más vivas en el lago. Era un hermoso día soleado, y el agua se veía cristalina. Pudo ver que la marina al otro lado del lago estaba bastante concurrida. Las personas de ese pueblo estaban en medio de sus recreaciones normales.

Algunos navegantes seguían tratando de acercarse por el agua para ver lo que estaba ocurriendo. Los cuerpos de seguridad de lago los mantenían al margen.

Era un hermoso lago pero, por lo que le había dicho el jefe del equipo de buceo el otro día, sabía que estas apariencias engañaban. Las profundidades de lagos como este estaban llenas de césped y hollín.

“Como este caso”, pensó Riley.

Fessler había colocado el cuerpo justo donde estaban parados. Al parecer había sido vertido al agua desde un acantilado bajo. Las colinas parecían disiparse a la orilla del agua en este lago en particular. El asesino debía haber conocido bien la zona como para encontrar uno de los pocos lugares donde podía verter un cuerpo para que se hundiera al agua. El asesino evidentemente había visitado ambos lagos antes. Estaba familiarizado con el territorio. Probablemente era un navegante de recreo, parecido a aquellos que estaban en el agua en estos momentos.

El celular de Riley vibró. Vio que la llamada era de Quentin Rosner, el jefe del equipo de buceo. Había estado presionándolo bastante para que siguiera buscando, a pesar de su insistencia en que no había otro cuerpo en el lago Nimbo. Ahora no sabía qué tipo de noticias esperar de él.

“¿Qué tienes para mí, Rosner?”, dijo.

“Agente Paige”, comenzó.

“Hemos encontrado un cuerpo”, dijo luego de una pausa.

Los latidos de Riley se aceleraron.

“Explícame”, dijo.

“Uno de mis buzos encontró un cráneo en una gruta submarina. Hay un esqueleto entero dentro de una bolsa plástica negra. Parece una mujer. Debió haber sido asesinada hace algunos años, tiempo suficiente para que la carne se descompusiera por completo. Pero el esqueleto está bastante sólido. Quizás podamos identificarla con expedientes dentales”.

“¿Encontraron joyería en el cadáver?”, preguntó Riley.

“No lo sé, pero lo averiguaré”, respondió Rosner.

Riley oyó al agente Holbrook llamarla a ella y a Bill en ese instante.

“Buen trabajo, Rosner”, dijo. “Tengo que colgar”.

El agente Holbrook estaba mirando su teléfono inteligente cuando Riley y Bill se acercaron.

“Acabo de recibir una noticia de la división”, dijo Holbrook. “Me pasaron esta imagen”.

Era un selfie de una mujer sonriente sosteniendo un collar. Parecía que estaba parada en un baño. Riley reconoció inmediatamente a la mujer como la víctima cuyo cuerpo acababa de ser hallado. Y el collar se veía exactamente igual al que Bill acababa de quitarle al cadáver.

“¿De dónde vino esto?”, le preguntó Riley a Holbrook.

“Una mujer llamada Snowflake llamó a la línea directa de la policía”, dijo Holbrook. “Dijo que su amiga Chiffon le había enviado esta foto con un mensaje de texto anoche. El mensaje de texto de Chiffon decía que un 'caballero' se lo acababa de regalar y que habían tenido un 'momento especial' y que llamaría a Snowflake para contarle todo muy pronto”.

“Déjame adivinar”, dijo Riley. “Chiffon nunca volvió a contactar a Snowflake”.

Holbrook asintió con la cabeza. “Correcto. Y esto preocupó a Snowflake. Y luego Snowflake comenzó a ver el collar en Internet esta mañana. Se sentía segura de que Chiffon había sido la víctima”.

Riley estaba procesando esta información.

*“Snowflake y Chiffon”, pensó. “Suenan como nombres de prostituta. Y Nancy Holbrook fue una acompañante que se hacía llamar Nanette.*

“¿Snowflake mencionó algo más?”, preguntó Bill.

“Sí, dijo que ella y Chiffon trabajaban en un lugar en Phoenix llamado Gimnasio Cinético. Dijo que deberíamos ir para allá y hablar con Jaybird”.

Riley comenzó a caminar hacia el helicóptero del FBI.

“Vamos”.

## Capítulo Veintiuno

A Riley le pareció que el Gimnasio Cinético definitivamente parecía ser una pantalla de un burdel. El lugar estaba bastante deteriorado, incluso más deteriorado que el resto de los edificios de este vecindario de mala muerte. Un cartel que leía “CERRADO” colgaba en la puerta, pero estaba segura que el lugar estaba abierto para otro tipo de negocio.

El carro en el que habían llegado Bill y Riley era el único vehículo en el estacionamiento. Cuando se bajaron y se acercaron al edificio, pudieron ver algunas máquinas para hacer ejercicio por las ventanas delanteras. La única persona a la vista era un hombre sentado en la recepción. Estaba leyendo un ejemplar de la revista *Scientific American*. Riley supuso que este era Jaybird—el hombre con el que debían hablar. Y Riley estaba segura que era un proxeneta.

Si él era el asesino que buscaban o no era otra cuestión.

Bill estaba a punto de sacar su placa para mostrársela por la ventana.

“Todavía no”, dijo Riley.

Quería observar al hombre un poco más antes de que se diera cuenta quienes eran. Sonrió agradablemente y tocó la ventana. El hombre levantó la mirada de su revista. Saludó como si ella y Bill eran fueran solo un par de clientes que deseaban conocer el lugar.

El hombre señaló al cartel de CERRADO y comenzó a leer de nuevo. Riley golpeó la ventana otra vez, aún con la sonrisa en el rostro. El hombre la miró de nuevo, dándose cuenta que ella y Bill no iban a irse.

Se levantó y caminó hacia la puerta. Era rubio y tenía unos treinta años, un hombre bajito y muscular que pavoneaba mientras caminaba con los puños cerrados a su lado. Ese caminar le decía mucho a Riley. Sentía que había experimentado mucha violencia en su vida, y que podía repartirla cuando necesitara o cuando quisiera.

“¿Podría ser este nuestro hombre?”, se preguntaba. Por lo visto, cada vez se estaba haciendo más probable.

El hombre abrió la puerta y asomó la cabeza.

“Cerrado”, dijo. “¿No puedes leer el letrero?”.

Riley, sonriendo encantadoramente, señaló las horas indicadas en la puerta de cristal.

“Sí, pero de acuerdo con esto, deberían estar abiertos. Solo queremos echar un vistazo”.

“No lo creo”, dijo el hombre.

Llegó el momento de dejar de fingir. Riley mostró su placa.

“Soy la agente Paige, y este es mi compañero, el agente Jeffreys”.

El hombre comenzó a sonreír. Si se sentía anonadado, no lo estaba mostrando.

“¿Del FBI?”, dijo. “¿Por qué no dijeron eso primero? Pasen”.

Bill y Riley entraron al local.

Riley echó una ojeada a sus alrededores, tomando nota de la maquinaria decrepita—cintas caminadoras, una máquina de remo, dos máquinas de pesas. Todo el local olía a rancio. También notó el espacio total de esta zona frontal y entró en cuenta que debía haber suficiente espacio en la parte posterior para proveer servicios ilícitos.

“¿Eres Jaybird?”, preguntó Bill.

“Sí, ese soy yo”, dijo el hombre. “Pero creo que necesitan mi verdadero nombre para fines oficiales. Soy Jerome Kehoe”.

No le estaba ofreciendo un asiento ni a Riley ni a Bill, ni estaba haciendo ningún esfuerzo para hacerlos sentirse cómodos. Aun así, mantuvo un formalismo de hospitalidad.

“¿Saben algo? Justamente son las personas con las que quiero hablar ahora mismo. Digo, ustedes son agentes policiales. Eso significa que están interesados en cuestiones del libre albedrío, ¿cierto? Porque a mí sí me interesan bastante”.

Jaybird cogió la revista y la agitó en frente de ellos.

“Este artículo dice que los científicos han casi que *probado* que nuestra realidad es solo una simulación computarizada”, dijo, soltando las palabras rápidamente. “Observen sus alrededores, observen todo lo que ven, huelen, degustan, tocan. Solo es RV en un gran servidor”.

Riley podía ver que toda esta palabrería era una especie de distracción. Pero detectó que su interés era medio genuino. Era inteligente, incluso filosófico.

También estaba segura que era emocionalmente volátil. Supuso que su hiperactividad era interrumpida periódicamente por desplomes emocionales caracterizados por grandes rabias. “*Seguro que incluso rabias asesinas*”, pensó.

Por encima de todo, era bueno estafando y manipulando a la gente. Si ella y Bill no se mantenían alertas, podrían salir de este lugar con nada más que una membresía por un año a un gimnasio inexistente.

“Digo, *piensen* en las implicaciones ontológicas de esa mierda para el tipo de trabajo que ustedes hacen. Porque, o sea, si cometo un crimen, pero está programado en una máquina omnipotente, ¿soy realmente culpable? ¿Soy responsable por mi propio comportamiento? ¿Y tú eres responsable? ¿Y qué tal los demás? Es una pregunta bastante interesante, ¿cierto?”.

Riley sabía que lo mejor era no involucrarse en la discusión. Ya era el momento de ir al grano.

“Nos gustaría saber dónde estuviste y qué estuviste haciendo anoche”, dijo.

“¿A qué hora?”, dijo Jaybird.

“Entre el atardecer y el amanecer”, agregó Bill.

Jaybird gruñó de impaciencia. “Son bastantes horas. Y mis noches son bastantes ocupadas, si saben a lo que me refiero. Y no duermo. Nunca duermo. Siempre estoy por ahí, así que es una pregunta difícil. No soy ningún experto constitucional, pero estoy bastante seguro que no están aquí para arrestarme, pero, aún así, estoy seguro que no *tengo* que responder sus preguntas. ¿O no es así? ¿Estoy equivocado?”.

Riley levantó su celular abruptamente para mostrarle el selfie de Chiffon.

“Esta es una de tus chicas, ¿cierto?”, preguntó Riley.

Riley podía notar por su expresión que finalmente había logrado agarrarlo por sorpresa. Sabía que lo mejor era decir la verdad.

“Sí”, dijo. “Su nombre es Chiffon. Ella trabaja aquí”.

“¿Haciendo qué cosa?”, preguntó Bill.

Jaybird se encogió de hombros.

“Da masajes”, dijo. “Muchas de mis chicas hacen eso. No tiene nada de malo”.

“Nadie dijo que era malo”, dijo Bill irónicamente. “¿Mi compañera dijo que era malo? ¿Yo dije que era malo? ¿Quién dijo que era malo?”.

Riley disfrutaba ver a Bill meterse un poco con el tipo jugando su propio juego. Sentía que Jaybird se estaba comenzando a sentir un poco intimidado. Jaybird podía ser rudo, pero Bill era más grande e igualmente imponente.

“Dejaré que Bill siga con esto por un rato”, pensó.

“No, nadie dijo eso”, dijo Jaybird. “Chiffon no está aquí”.

“Eso lo sabemos”, dijo Bill. “Está muerta”.

Jaybird no respondió. Riley no sabía qué pensar de su reacción, o falta de ella. Tal vez Bill podía interpretarlo mejor.

En ese momento vibró su celular. Se alejó de Bill y de Jaybird para atender la llamada. Era Elgin Morley llamando de la oficina principal. Riley podía escuchar a Bill y a Jaybird hablar durante la llamada.

“Agente Paige, tuvimos un poco de suerte”, dijo Morley. “Hicimos una búsqueda de los expedientes dentales del cráneo de esta mañana y encontramos una coincidencia. El nombre de la víctima era Marsha Kramer. Su familia denunció su desaparición hace tres años. Estaba en la universidad cuando desapareció”.

“¿Podrías enviarme una foto de ella por mensaje de texto?”, preguntó Riley.

“Lo haré inmediatamente”, dijo Morley.

Mientras Riley esperó, escuchó a Bill y a Jaybird continuar con su juego verbal. Bill estaba tratando de hacerlo hablar más sobre Chiffon pero no estaba



teniendo mucho éxito. Riley necesitaba volver a la conversación.

Por fin recibió la foto de Marsha Kramer.

Le dio las gracias a Morley y finalizó la llamada. Se acercó a Bill y a Jaybird, mostrando la foto.

“¿Y esta chica?”, preguntó Riley. “¿La conoces?”.

JayBird se quedó callado, pero ella pudo ver un destello de reconocimiento en sus ojos.

“Jaybird, Sr. Kehoe, dejemos los jueguitos”, dijo Bill. “No tenemos una orden judicial, pero obtener una es bastante fácil. Te irá mucho mejor si cooperas con nosotros”.

“Sí, la recuerdo”, dijo Jaybird. “Sin embargo, ha pasado mucho tiempo. Quizás unos años. No la recuerdo mucho. Esa es la verdad. Tal vez mi esposa podría ayudarles”.

Jaybird se dio vuelta y caminó hacia una puerta que daba a la parte posterior del edificio. Riley lo siguió de cerca, decidida a no perderlo de vista. Jaybird no hizo ningún esfuerzo para detenerla. Escuchó los pasos de Bill detrás de ella.

Pasaron por una puerta abierta en camino a la parte posterior del edificio. Riley se detuvo y examinó el interior. La sala era un sauna, con paneles de cedro y plataformas de madera. Pero no estaba en uso ahora, y probablemente no lo había estado en años.

En cambio, la sala ahora parecía ser un área de descanso para las mujeres que trabajaban aquí. Seis de ellas estaban allí ahora mismo, apenas vestidas. Ninguna de ellas era atractiva, y todas se veían cansadas, enfermas y decaídas.

Riley se estremeció. Vio una imagen de la jaula oscura y la llama de propano de Peterson en su mente. No estaba segura por qué le había venido a la mente en este momento. Trató de sacar la memoria de su mente ya que tenía trabajo por hacer.

“Estas son las chicas que dan masajes”, dijo Jaybird. “Y si tienes tiempo, pueden darte un masaje gratis”. “A ti también”, le dijo a Riley. “Pero supongo que están de servicio. Tal vez en otra ocasión”.

Riley sabía que no estaba mintiendo, no exactamente. Sabía que cualquiera de estas mujeres le daría un masaje si ella y Bill se lo pidieran. Aún así, estaba bastante segura que ninguna de estas mujeres estaban certificadas o incluso entrenadas.

Jaybird los llevó a un pasillo lleno de cubículos con cortina, donde los clientes seguramente recibían los servicios. La privacidad obviamente no era una prioridad en un negocio de pacotilla como este.

El pasillo llegaba hasta la puerta trasera. Una veinteañera estaba sentada en un escritorio viendo una televisión pequeña y mascando chicle. Estaba vestida

como las otras mujeres, y su expresión era igualmente vacante. Riley se sentía bastante segura que los clientes utilizaban esta entrada trasera en lugar de la principal, y que esta mujer era una especie de recepcionista.

“Esta es mi esposa, Chrissy”, le dijo Jaybird a Riley y a Bill. “Chrissy, tengo a unos agentes del FBI aquí”.

Chrissy se veía preocupada.

“No te preocupes, vienen en son de paz”, le dijo Jaybird con una sonrisa. “Solo tienen unas preguntas”.

Riley se preguntaba si Jaybird y Chrissy realmente estaban casados. Ninguno de los dos llevaba un anillo de bodas. Cualquiera que fuese su relación real, Riley estaba bastante segura que no era nada exclusiva.

“Tienen malas noticias sobre Chiffon”, le dijo Jaybird. “Dicen que está muerta”.

Chrissy jadeó. Riley detectó que debía haber conocido bien a la víctima.

“¿Quién la mató?”, preguntó Chrissy.

Sus bastantes fueron bastantes relevadoras, en vez de decir “¿Cómo murió?” dijo “¿Quién la mató?”.

Antes de que Riley pudiera responder, Jaybird sofocó una risa y dijo: “Bueno, si los escucharas, podrías pensar que fui yo. Dicen que sucedió anoche. Pero sabes que no fui yo, ¿cierto, Chrissy?”.

Chrissy sonrió débilmente.

“Definitivamente no fue Jaybird”, dijo. “Sé lo que estuvo haciendo anoche”.

“Sí, Chrissy lo sabe”, dijo Jaybird con una gran sonrisa. “Puede darles algunos detalles. Pero no todo sería apropiado para la señora”, agregó, hablando de Riley de nuevo.

“Algo de ella me estaba dando mala espina”, dijo Chrissy. “A veces pasaba mucho tiempo sin venir a trabajar, pero esta vez se sentía diferente de alguna manera. ¿Su marido lo sabe?”.

Esa pregunta sorprendió a Riley y, por su expresión, entendió que Bill había reaccionado de la misma forma.

“¿Era casada?”, preguntó Bill.

“Sí, su marido trabaja con computadoras”, dijo Chrissy. “Ella tiene, tuvo, tres hijos”.

Chrissy se encogió de hombros y agregó: “Ella no tenía que trabajar aquí. No necesitaba el dinero. Solo estaba aburrida”.

Riley tomó nota de las miradas que Chrissy seguía intercambio con Jaybird. Estaba tratando de no decir algo que él no quería que ella dijera. Estaba frunciendo, asintiendo con la cabeza y dándole otras señales no verbales. Aún así, Jaybird no parecía estar preocupado por lo que Riley y Bill sabían sobre su

negocio. Ciertamente no era un gran secreto. Y, después de todo, no estaban aquí para capturarlo.

*“Podría tener otras preocupaciones, sin embargo”*, pensó Riley.

No podía decidir aún si era el asesino o no.

“Chiffon no era su nombre real, ¿cierto, Chrissy?”, preguntó Riley.

Chrissy negó con la cabeza. “Era Gretchen algo. Ah, sí. Gretchen Lovick”.

Riley le mostró la imagen de la mujer que recién había sido identificada, Marsha Kramer.

“¿Conocías a esta chica?”, le preguntó a Chrissy.

Chrissy se tocó la frente, tratando de recordar.

“Sí”, dijo. “Fue hace mucho tiempo. Se hacía llamar Ginger. Nunca supe su verdadero nombre. Pensé que había muerto. No le quedaba mucho tiempo. Ella...”.

JayBird la interrumpió con un gruñido. Pero Riley se acercó a ella y dijo suavemente: “¿Ella qué, Chrissy?”.

“Ella estaba muy enferma”, dijo Chrissy.

Riley notó que Chrissy le tenía miedo a Jaybird en ese punto. Lo mejor era no seguir indagando en el tema. Además, entendía perfectamente a qué enfermedad se refería. Marsha “Ginger” Kramer había tenido VIH, probablemente con un SIDA bastante avanzado.

Luego Bill le preguntó a Chrissy: “¿Conoces a una chica llamada Snowflake?”.

“Sí, ella solía trabajar aquí, ella—”.

Pero Jaybird aclaró su garganta y se detuvo en medio de la oración.

“Snowflake ya no trabaja aquí”, dijo Jaybird.

De nuevo, Riley no vio ninguna necesidad de seguir hablando del tema. Todo el asunto había quedado bastante claro. Snowflake había huido de este lugar horrible debido a la brutalidad de Jaybird. Se había atrevido a llamar a la policía solo porque ya estaba libre de Jaybird.

“Oye, esperen un momento”, dijo Jaybird. “Esperen un momento. Sé con quién deberían hablar”.

“¿Con quién?”, preguntó Riley.

“Quieta, quieta”, dijo Jaybird. “Te lo diré solo si acuerdas no fastidiarme. Manejo un negocio honesto”.

El estómago de Riley dio un vuelco al solo pensar en llegar a cualquier acuerdo con este hombre.

“Está bien”, dijo, “pero solo si tu información es buena”.

“Es un tipo llamado Clay Hovis. Sí, recuerdo que Ginger le tenía miedo. Asustaba a todas mis chicas, más que todo a Chiffon. De hecho, lo prohibí como

cliente porque había sido muy rudo con Chiffon. ¿Cierto, Chrissy?”.

Chrissy asintió sin decir nada.

“Sí, definitivamente es Clay”, dijo Jaybird. “Ese hombre es un problema. Dame algo para poder anotar su nombre y dirección”.

Chrissy le entregó a Jaybird un bloc de notas y un lápiz y Jaybird comenzó a escribir. Mientras Bill le preguntaba algunos detalles acerca de Hovis, Riley se volvió para observar a Chrissy.

El corazón de Riley se hundió. Aún callada, Chrissy estaba mirándola con una expresión suplicante. Después de todas las señales tácitas entre Chrissy y Jaybird, a Riley le pareció probable que Jaybird la golpearía tan pronto como Bill y Riley salieran del lugar. La pobre mujer quería desesperadamente que alguien la rescatara de esta horrible vida. Pero Riley sabía que cualquier rescate sería temporal. Esta mujer tendría que llegar a un punto donde estaba dispuesta a rescatarse a sí misma. Y todas las demás también.

Mientras los hombres hablaban, Riley se inclinó y le susurró a Chrissy: “Puedes irte conmigo ahora mismo si quieres”.

Chrissy la miró inexpresivamente.

“Te puedo buscar algún lugar para quedarte. Hay personas que pueden ayudarte”.

Chrissy negó con la cabeza, haciendo que Riley sintiera náuseas.

“*Tiene tanto miedo que ni siquiera puede considerar irse*”, pensó Riley.

Le entregó a Chrissy su tarjeta y susurró: “Llámame si cambias de opinión”.

Chrissy tomó la tarjeta, pero alejó la mirada.

Ahora Riley sabía por qué las mujeres enfermizas, cansadas y desesperadas del sauna le recordaban a la jaula de Peterson. Su propio tormento había durado solo unos días. Chrissy y el resto de las mujeres aquí vivían una cadena perpetua.

De una manera, no importaba mucho si Jaybird, Jovis u otro hombre era el asesino que buscaban.

“*Todos son unos monstruos*”, pensó Riley.

Y no había forma de acabar con todos ellos.

Riley alejó la mirada de Chrissy y se acercó de forma amenazante a Jaybird.

“Más te vale que la información sea buena”, dijo Riley. “Dame una razón. Dame cualquier razón. Acabaré contigo en un santiamén”.

Jaybird la miró con ojos oscuros y enojados.

“Vamos”, le dijo Bill a Riley. “Hablemos con Clay Hovis”.

## Capítulo Veintidós

El viaje al apartamento de Clay Hovis fue corto. Quedaba en el mismo vecindario que el Gimnasio Cinético. Riley no ansiaba entrevistar al hombre. Después de una carrera llena de horrores, no tenía ni idea de cómo aún se horrorizaba. Ahora este caso parece estar poniéndose cada vez peor.

“¿Estás bien?”, le preguntó Bill a Riley mientras conducía.

Riley no respondió. Simplemente no sabía qué decir.

Luego Bill le preguntó: “¿Qué opinas de Jaybird? ¿Crees que es nuestro hombre?”.

Riley lo pensó por un momento.

“No”, dijo. “Solo es un empresario. Ah, es un empresario que odia a las mujeres. Y no le importa golpear y abusar de las mujeres. Todo esto es parte de su trabajo. Pero el asesinato es malo para el negocio. No le gusta el asesinato”.

Lo pensó por otro momento y luego agregó: “Y él no es impotente”.

“¿Y nuestro asesino sí lo es?”, preguntó Bill.

“Intermitentemente, por lo menos”, dijo Riley. “Aunque estoy segura que no le gusta admitirlo, ni siquiera a sí mismo. Y tal vez no lo era cuando comenzó a matar. Pero ahora el rendimiento es un problema para él. Disfruta de los asesinatos en sí, no del sexo ni de la violencia sexual”.

Siguió contemplándolo por otro momento. “Y Jaybird no es así”, dijo. “Sus bravata y fanfarronería es genuina, no una manera de compensar una falta de virilidad”.

“¿O sea que esta pista que nos dio Jaybird sobre Clay Hovis podría ser legítima?”, preguntó Bill.

“Quizás”, dijo Riley.

Cada vez tenía más sentido para ella. Jaybird había estado realmente enojado por lo de Hovis. El hombre debió haberle causado un gran problema para que Jaybird lo prohibiera como cliente. Y a Jaybird sin duda le preocupaba qué pasaría si o cuándo se corriera la voz de estos asesinatos. Eso afectaría bastante a su negocio. Si Hovis era el asesino, Jaybird tendría muchas razones para querer que fuera arrestado.

“Es mejor que llames a la central”, le dijo Riley a Bill al dar la vuelta en una esquina en una parte especialmente sórdida del vecindario. “Necesitamos información sobre Gretchen Lovick. Tendremos que buscar información sobre sus parientes. Chrissy dijo que su marido trabaja con computadoras. No debería ser difícil de rastrear”.

Bill realizó la llamada. Mientras él hablaba con Morley, Riley entró en cuenta

de que ella y Bill tendrían que informarle a Lovick que su esposa estaba muerta. Ese pensamiento empeoró sus náuseas. Puesto que el cuerpo aún no había sido identificado, el marido de la mujer probablemente no sabría que había sido asesinada. A menos que él la hubiera asesinado, pero no era nada probable en un caso de tres prostitutas en un periodo de varios años. El hombre que iban a ver ahora era un sospechoso más factible.

Riley se estacionó frente a un edificio grande y raído donde vivía Clay Hovis. Se bajaron del carro y subieron tres tramos de escaleras. Oyeron una cacofonía de música a todo volumen y fuertes voces mientras caminaron por el pasillo hacia el apartamento de Hovis. Era difícil para Riley imaginarse viviendo aquí. ¿Cómo podían dormir o siquiera pensar?

Escucharon a un perro ladrar cuando se acercaron a la puerta de Hovis. Antes de que incluso pudieran tocar la puerta, oyeron más gruñidos hostiles y el arañazo de garras en la puerta. El animal aparentemente era grande y extremadamente peligroso.

Después de un momento de furia animal, escucharon a la voz de un hombre decir:

“¿Quién es?”.

Riley se dio cuenta que el ocupante del apartamento estaba viéndolos por una mirilla. Riley dio un paso atrás para que pudiera verla por completo. Sacó su placa.

“Agentes Paige y Jeffreys, FBI”, dijo. “Nos gustaría hacerle unas preguntas”.

El perro comenzó a ladrar de nuevo.

“¿Tienes una orden judicial?”, dijo el hombre.

“No”, dijo Bill fuertemente. “Solo queremos hablar”.

El animal siguió haciendo ruido.

“No”, dijo el hombre.

“Sr. Hovis, bueno, creo que estamos hablando con el Sr. Hovis, todo irá mejor si coopera”.

Una vez más, el hombre contestó: “No”.

Riley miró a Bill, no sabiendo qué hacer. Las cosas serían diferentes si tuvieran una orden de arresto o de registro. Tal y como estaban las cosas, Clay Hovis tenía el derecho de no abrirles la puerta. Y al parecer lo sabía.

Bill gritó sobre los ladridos, “Está bien, Sr. Hovis. Lo entendemos. No tiene que hablar con nosotros si no quiere hacerlo”.

Riley miró a Bill con sorpresa. Bill le dio una media sonrisa asegurándole que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

A medida que crecía la furia del perro, Riley rápidamente entendió la táctica de Bill. Aunque Hovis tenía el derecho a no hablar con ellos, ella y Bill tenían el

derecho de quedarse allí parados. Y entre más tiempo se quedaran en frente de la puerta, peor se pondría el perro. Hovis no podía calmar a la criatura, y la situación adentro del apartamento seguro estaba volviéndose intolerable.

Pronto la puerta se abrió un poco, interrumpida por una cadena. Riley ahora podía ver la cara negra de un dóberman. Su nariz empujó por la pequeña abertura. Les mostró sus dientes enormes, y sus ojos estaban enojados. La criatura ladraba con furia.

Un hombre afroamericano también se asomó por la abertura.

“¿Qué quieren?”, dijo sobre los ladridos.

“Como dije antes, solo queremos hablar”, dijo Bill.

El hombre dijo una grosería y abrió la cadena. Luego abrió la puerta, sosteniendo firmemente al perro por su collar.

“Está bien, Genghis”, le dijo el hombre al perro. “Pasen”, les dijo luego a Riley y a Bill.

Riley y Bill entraron cautelosamente al apartamento. El perro estaba gruñendo, pero estaba más tranquilo ahora que su dueño los había invitado a pasar. El hombre ató una correa al collar del perro, llevó a la criatura hosca a un sillón y se sentó.

“Genghis, abajo”, dijo.

El perro obedeció, acostándose al lado de la silla con un gemido. Dejó de gruñir pero los observaba vigilantemente. Luego Hovis miró a Riley y a Bill.

Bill comenzó: “Entendemos que estás familiarizado con el Gimnasio Cinético”.

“Sí”, dijo el hombre.

Riley agregó: “¿Qué sabes sobre dos de sus empleadas, Chiffon y Ginger? Ginger trabajó allí hace mucho tiempo. Chiffon es reciente”.

“Nunca he oído hablar de ellas”, dijo Hovis.

El rostro y la voz de hombre estaban tan vacíos de expresión que Riley no sabía si estaba mintiendo o no.

“Ambas mujeres están muertas”, dijo Bill. “Chiffon murió anoche. Ginger murió hace unos tres años”.

Hovis se quedó callado.

“¿Puedes decirnos dónde estuviste y qué estuviste haciendo anoche, entre el anochecer y el amanecer?”, preguntó Riley.

“Estuve aquí en mi casa”, dijo Hovis.

“¿Tienes testigos que pueden comprobarlo?”, preguntó Bill.

“No”.

Luego se quedó en silencio de nuevo. Aún había mucho ruido proveniente de los apartamentos cercanos, y el perro siguió lloriqueando un poco. Hovis

obviamente no iba a ser comunicativo. Riley no podía decir aún si estaba escondiendo algo o si era callado por naturaleza.

Pero, como equipo, ella y Bill sabían por experiencia que lo mejor era no apurar las cosas. Era mejor dejar que Hovis creyera que no tenían prisa.

Riley observó al hombre cuidadosamente. Era negro, alto y algo desgarbado. Su mirada era directa y muy intensa. Notó que llevaba una camiseta de manga larga y unos jeans, a pesar del hecho que el aire acondicionado de la sala era deficiente y que la sala estaba incómodamente caliente.

Después de un momento, Riley dijo: “Hablamos con Jaybird. Parece que tú y él tuvieron una gran pelea”.

Hovis empezó a sonreír un poco.

“Se podría decir”.

“¿Podrías explicarnos el porqué de la pelea?”, dijo Bill.

“Negocios”, dijo Hovis.

“Jaybird nos dijo que fuiste un poco rudo con algunas de sus chicas. Dijo que Ginger y Chiffon te tenían miedo”.

Riley pensó que el hombre se veía un poco ofendido.

“Nunca toqué a sus chicas”, espetó.

Riley miró alrededor del apartamento. Era feo y barato, y todos los muebles se veían viejos y usados. Aún así, todo se veía muy limpio. Clay Hovis no era nada cochino.

Había un juego de ajedrez en una mesa de cocina de los años 50. Parecía que había un juego en proceso. ¿Venía una persona a jugar ajedrez de vez en cuando, o jugaba solo? De cualquier manera, Riley tenía un presentimiento que Hovis era un excelente jugador.

Y, juzgando por los libros en una estantería cercana, Riley supuso que Hovis era inteligente y autodidacta. Todo esto era congruente con el perfil del asesino. Pero no estaba lista para sacar conclusiones precipitadas.

Riley le devolvió la mirada. Mantuvo un firme contacto visual con ella. Estaba empezando a leer algo en ese rostro, pero aún no sabía que era. Se recordó a sí misma a no apresurarse, a no presionar las cosas. Este hombre demandaba paciencia.

“¿Cómo murieron las chicas?”, preguntó Hovis.

Riley vio algo en su expresión. ¿Era un destello de preocupación? No, Riley sintió que era más que eso.

“Culpa, tal vez”, pensó Riley.

“Ellas fueron asesinadas”, dijo Bill.

Riley siguió estudiando su rostro, tratando de ver su reacción.

“¿Creen que JayBird las mató?”, dijo Hovis.



“No hemos descartado a nadie”, dijo Riley. Se preguntó si él sabía que estaba mintiendo sobre Jaybird.

Hovis no trató de evadir la mirada de Riley. Por el contrario, siguió mirándola.

“¿Qué haces para ganarte la vida?”, le preguntó Riley.

“Trabajos de construcción independientes”, dijo.

Riley detectó en su voz y en su mirada que esto era una mentira. También sintió que no le importaba mucho si ella lo supiera o no. Quizás quería que lo supiera. Realmente parecía que quería decirle algo. Pero era algo que no podía decirle abiertamente.

*“Quiere que lo analice de alguna manera”*, pensó.

“Hovis”, dijo, “voy a decir algunas cosas. Declaraciones, no preguntas. No tienes que decir nada en respuesta a ellos. No tienes que hacer nada en absoluto, solo escuchar”.

Una pequeña sonrisa se formó en sus labios. Sí, esto era lo que quería.

Observó nuevamente el apartamento poco amueblado. No vio ni un solo objeto de valor. Entonces ¿por qué Hovis tenía a un perro guardián tan grande y feroz? ¿Qué estaba protegiendo?

Riley miró a Hovis de nuevo. Notó que su cara y sus manos se veían extrañamente pastosas para una persona negra. Y nuevamente observó las mangas largas y pantalones largos. También llevaba medias. No estaba usando un cinturón, y tenía el cierre abierto. Se había puesto esa ropa de prisa cuando ella y Bill habían tocado su puerta. Había querido encubrir algo.

En un instante, Riley entendió...

*“Marcas de agujas en todo su cuerpo”*.

“Consumes drogas”, dijo.

Siguió mirándola fijamente. Nada en su mirada la contradujo.

Luego dijo: “Eres un adicto, pero eres un adicto bastante funcional”.

Ese indicio de una sonrisa volvió a aparecer en su rostro.

“No trabajas en la construcción”, dijo Riley.

Su cabeza se inclinó hacia adelante un poco, casi asintiendo.

El rompecabezas estaba comenzando a unirse en la mente de Riley, sin que Hovis dijera una palabra. Era un narcotraficante, pero no un narcotraficante psicópata. Se veía obligado a vender drogas para mantener su hábito.

Entonces recordó la pregunta que le había hecho antes:

*“¿Cómo murieron las chicas?”*.

Pensó en las mujeres del Gimnasio Cinético — lo demacradas y cansadas que se veían. También pensó en Chrissy. Hovis había pensado que había sido el responsable de sus muertes y eso lo había asustado.

“No las asesinaste”, dijo Riley.

Riley vio algo nuevo en la expresión de Hovis. Casi parecía agradecimiento. Sabía que su pequeño juego de ajedrez con Hovis había terminado. Había terminado en empate, y esto se ajustaba perfectamente a los propósitos de ambos.

“Nos iremos ahora”, dijo. “Gracias por tu tiempo”.

Bill solo se veía un poco sorprendido por el hecho que Riley estaba terminando la entrevista. Sabía que estaba acostumbrado a que llegara a conclusiones tácitas como estas.

“No es nuestro hombre”, dijo Riley mientras hacían su camino al carro. “Pero le había estado vendiendo heroína a Jaybird. A JayBird le gusta mantener a sus mujeres dependientes e indefensas y a Hovis no le gustaba eso. Prefiere hacer negocios con consumidores como él, personas que tienen algún control sobre sus vidas. Así que cortó el suministro de Jaybird”.

“Lo entiendo”, dijo Bill. “Entonces Jaybird estaba cabreado, y nos dio el nombre de Hovis para vengarse de él”.

“Sí, qué traicionero. Hovis quería eliminarse a sí mismo como sospechoso para que pudiéramos seguir con nuestro trabajo. Realmente estaba tratando de ayudar”.

Lo pensó por un momento, luego añadió: “Nuestro acuerdo con Jaybird se acabó. Esta pista fue falsa. En cuanto tenga la oportunidad, me encargaré de acabar con su negocio”.

“Si informamos a la policía, ellos tomarán el lugar”.

“Lo sé”, dijo Riley. “Pero también quiero darles a las mujeres algún tipo de alternativa”, dijo Riley luego de pensar las cosas un rato. “Quiero que Chrissy tenga una oportunidad de salirse del negocio. Odia todo, pero le tiene pavor a Jaybird. Seguramente hay refugios en la ciudad que trabajan con prostitutas que quieren dejar esa vida”.

“Si podemos arrestar a Jaybird, será más fácil para las mujeres. Pero van a necesitar mucha ayuda”.

Riley sabía que la mayoría de las prostitutas habían sido víctimas de violencia o negligencia antes de meterse en esa vida. Habían tenido vidas terribles y muchas veces no se creían dignas de ser salvadas. Algunas de ellas tenían problemas con el TEPT que eran tan devastadores como los de ella.

“Estoy seguro que hay organizaciones en Phoenix que las ayudarán”, respondió. “Haré que alguien se ocupe de eso”.

El teléfono de Bill vibró cuando entraron al carro. “Es un texto de Morley. Tienen un nombre y una dirección para el marido de Gretchen Lovick. Lo llamaron. Está en casa así que están preparándose para enviar unos agentes para

darle las noticias”.

Riley agonizó en silencio por unos instantes. Sabía lo que tenía que hacer ahora.

“Envíale un texto a Morley diciéndole que nosotros iremos a hablar con él. Pídele su dirección para que vamos para allá”.

Mientras conducía, Riley se sentía atormentada por la memoria de la mirada silenciosa de Hovis. Se había encontrado con una extraña e inquietante variedad de personas últimamente. Algunas de ellas simplemente eran explotadoras y abusadoras, como Ishtar Haynes, Calvin Rabbe y el hombre que se hacía llamar Jaybird. Otras eran simplemente víctimas, como Justine, Trinda, Jilly y Chrissy.

Pero otras eran más difíciles de clasificar. Primero Rex, el conductor del camión, un hombre que le gustaban las putas pero que se horrorizaba cuando eran niñas. Y ahora Hovis, un hombre que no le hacía daño a nadie, pero que había destruido vidas con las drogas que vendía.

Era un extraño territorio moral, y Riley no se sentía cómoda en él.

Pero ahora tenía que sacar esos pensamientos de su mente. Iban camino a casa del esposo de Gretchen Lovick para darle la terrible noticia. Puesto que el cuerpo aún no había identificado, quizás ni sabía que había habido un asesinato. Esto le parecía la peor parte de su trabajo. Y esta vez sería peor que de costumbre.

¿Cómo comenzarían a explicarle toda esta horrible cuestión al esposo de la mujer asesinada?

## Capítulo Veintitrés

Riley no sabía cómo iba a explicarle la muerte antinatural de Gretchen Lovick a su familia. El vecindario donde vivía estaba formado por hileras de casas modernas con pequeños pero immaculados jardines y arbustos bien cuidados. Había algunas palmeras altas y delgadas que parecían grandes plumeros.

“Pensé que esto era un desierto”, le dijo a Bill. “Pero mira todo el césped. Y hay palmeras de todo tipo en todo Phoenix”.

“La gente está dispuesta a gastar dinero para comprar lo que para ellos es importante”, respondió Bill. “Parece que la gente de por aquí puede permitirse el lujo de algunos extras. Apuesto que hay una piscina detrás de cada una de estas casas”.

Riley llegó a la dirección que le habían dado. La casa y el patio estaban pulcros y bien cuidados.

“¿Por qué?”, se preguntó Riley.

¿Por qué una mujer que vivió aquí eligió un camino tan desviado? ¿Cómo pudo siquiera entrar en un lugar tan horrible como el Gimnasio Cinético? ¿Cómo pudo tolerar a un proxeneta como Jaybird?

Mientras caminaban a la puerta principal, se preguntó si ella y Bill estaban a punto de darle la noticia al hombre equivocado. Pero Cyrus Lovick los estaba esperando y abrió la puerta tan pronto como tocaron el timbre. Llevaba una camiseta tipo polo y pantalones casuales que podían pasar por ropa de golf, pero él se veía algo desaliñado y ansioso.

“¿Son del FBI?”, preguntó. “Me dijeron que alguien iba a venir”.

Riley y Bill mostraron sus placas y se presentaron. Entraron al interior con aire acondicionado.

“¿Qué sucedió?”, exclamó Lovick.

“Lamento tener que decirte esto”, dijo Riley, “pero tu esposa, Gretchen, fue encontrada muerta”.

“Mi más sentido pésame”, agregó Bill.

“Ay, Dios mío”, dijo Lovick. Se sentó bruscamente en un sillón. Por un momento se quedó observando la sala, como si estuviera esperando ver algo que no estaba allí. Cuando habló de nuevo, su voz sonaba entumecida. “Tenía miedo que algo... ella... cuando los niños llegaron a casa ayer, ella no estaba. Lexie, la mayor, me llamó preocupada. Me vine del trabajo de inmediato. Después de un rato llamé a la policía y denuncié su desaparición. Esta tarde me llamó el FBI. Sabía que había pasado algo terrible

Pero, ¿cómo...?”.

Riley lo dijo tan cuidadosamente como pudo: “Me temo que fue asesinada. Su cuerpo fue encontrado esta mañana en el lago Gaffney”.

Lovick se veía estupefacto. Después de unos momentos le preguntó: “¿Gretchen se ahogó?”.

Riley miró a Bill y él asumió el control de las explicaciones. Riley observó las expresiones de Lovick cuando se enteró que su esposa había sido asfixiada y que su cuerpo había sido colocado en una bolsa para transportar cadáveres. Las reacciones afligidas del esposo le parecieron reales, pero no estaba tan sorprendido como ella había esperado.

Después de un tiempo Lovick preguntó: “¿Saben quién lo hizo? ¿Saben el por qué?”.

Bill explicó que el FBI estaba investigando estas cuestiones. Es por ello que él y Riley estaban aquí. Las expresiones del hombre se volvieron más y más desesperanzadas.

“Sr. Lovick, tenemos que preguntar esto”. “¿Puedes explicarnos dónde estuviste el resto de la noche anterior?”.

Lovick no parecía entender por qué estaba haciendo esa pregunta.

“Estuve aquí toda la noche”.

“¿Alguien puede confirmar tu paradero?”, preguntó Bill.

“Mis hijos, supongo”, dijo Lovick.

Parecía que no entendía el hecho que estaban tratando de descartarlo como sospechoso. La verdad es que no lo habían hecho todavía. Tendrían que hablar con sus hijos. Y aún en ese entonces podría quedar la cuestión de que si él les explicó que decir por si les preguntaban respecto a su coartada.

Sin embargo, por el momento, se veía como el típico marido de luto. Y Riley sabía que ella y Bill tenían que proceder en el supuesto de que él era exactamente eso.

Riley intentó pensar en cómo prepararlo para el resto de lo que necesitaban decirle.

“¿Dónde trabajas, Sr. Lovick?”, preguntó.

“Soy un analista de sistemas informáticos. Tengo mi propia empresa. Me quedé en casa hoy”.

Se quedó en silencio de nuevo. Luego se las arregló para murmurar una pregunta.

“¿Cómo pudo suceder esto?”.

Esas cuatro palabras fueron como una cachetada para Riley. Las cosas estaban a punto de volverse extremadamente difíciles.

Pero antes que ella o Bill pudieran hablar, oyeron el parloteo de voces jóvenes justo afuera de la puerta principal. La puerta se abrió y por ella entraron tres

niños: una niña preadolescente, quizá de doce años de edad, y dos hermanos menores. Uno se veía de unos diez años, el otro de ocho. Por la hora, Riley sabía que acababan de llegar de la escuela.

La charla de los niños se detuvo tan pronto como vieron a su padre sentado con dos visitantes. La sonrisa se esfumó del rostro de la chica.

“¿Volvió Mamá?”, preguntó.

Lovick no pudo responder de inmediato y dijo finalmente: “Lexie, lleva a tus hermanos al patio.

Vayan a jugar en la piscina”.

Con una mirada muy preocupada, la chica llevó a sus hermanos por la casa.

Riley estudió el rostro de Lovick. Tenía el rostro delgado y la mandíbula pequeña de un tipo que pudo haber sido un geek y un inadaptado social de niño, pero que desde entonces se había vuelto sociable y exitoso.

Hablando despacio y con cuidado, Riley le preguntó: “Sr. Lovick, ¿sabías que tu esposa estaba viviendo una doble vida?”.

Lovick se veía un poco desconcertado. “¿Cómo así?”.

Riley miró a Bill con inquietud.

“Parece que tu esposa trabajó como prostituta durante el día”, dijo Bill. “En un burdel llamado Gimnasio Cinético. ¿No sabías nada de esto?”.

Riley estudió el cambio en la expresión de Lovick. No se veía tan conmovido como ella había esperado. Por el contrario, parecía que algo estaba empezando a tener sentido para él.

“Yo sabía que había algo”, dijo. “No sabía lo que era”.

Todo esto seguía siendo totalmente desconcertante. Pero se le ocurrió una posibilidad.

“Sr. Lovick, ¿tu esposa sufría de algún tipo de trastorno disociativo?”, preguntó.

Lovick levantó la mirada y Riley continuó: “Me refiero a algo como trastorno de identidad disociativo. ¿Alguna vez exhibió múltiples personalidades?”.

“No, eso no”, dijo Lovick. Pero la pregunta parecía no haberlo sorprendido.

“Ella tenía... cambios de humor extremos que a veces me asustaban. Por ejemplo, hace un par de años, llevamos a los niños al Gran Cañón. Estaba conduciendo a lo largo del South Rim, y de la nada me dijo que me detuviera. Lo hice, y se bajó del carro rápidamente. Corrió directamente hacia el cañón. Me asusté muchísimo, los niños también. Parecía que iba a lanzarse al precipicio. Pero se detuvo justo al borde. Abrió los brazos y miró por el cañón y se echó a reír”.

“Ella era bipolar, ¿cierto?”, dijo Riley.

Lovick asintió con la cabeza. “Los medicamentos ayudaban un poco cuando

se los tomaba. Pero no le gustaban. Y cuando dejaba de tomárselos, su comportamiento se volvía errático, o peor. Cuando se deprimía, pasaba días sin poder levantarse de la cama. Cuando estaba maníaca, tomaba grandes riesgos, bebía demasiado, conducía demasiado rápido, ese tipo de cosas. Las cosas habían empeorado bastante últimamente. Obviamente no sabía lo mal que estaba”.

Sacudió la cabeza.

“Yo solo quería que fuera feliz”, dijo. “Siempre quise que fuera feliz. Nos conocimos en la universidad, y ella era muy talentosa, podría haber sido una gran programadora si lo hubiese querido. Pero dijo que no quería serlo. Dijo que quería ser un ama de casa, al menos por ahora. Me dijo que habría tiempo más adelante para una carrera brillante”.

Dejó de hablar, pero no fue difícil para Riley rellenar el resto de su historia. Tuvieron hijos cuando ambos eran demasiado jóvenes. Gretchen descubrió que ser un ama de casa y madre no era todo lo que había esperado. Su marido había estado construyendo un negocio mientras que estaba atascada y aburrida en casa.

Y así había terminado. Con su asesinato.

De repente, Riley se dio cuenta que su rostro estaba caliente, sus palmas sudaban y sus manos temblaban. Sabía lo que estos síntomas significaban.

Ella estaba enojada. Estaba demasiado enojada.

La emoción la tomó completamente por sorpresa. Ese mismo día había entrevistado a un narcotraficante, un hombre vil cuyo único trabajo era vender muerte y desesperación. Gretchen seguro había consumido su mercancía.

Pero Riley no se había sentido molesta con Clay Hovis. En cambio, casi sentía una extraña compasión por él.

Pero ahora estaba enojada. Ella estaba enojada con este hombre, con Cyrus Lovick. El marido de Gretchen.

“¿Por qué?”, se preguntó. ¿Pensaba que era el culpable?

La respuesta a esa pregunta le llegó de golpe.

Sí.

Pero eso no tenía sentido. Sabía que estaba pensando como una loca. Sabía que estaba siendo irracional. Y tenía que concentrarse en la tarea en cuestión.

“Sr. Lovick”, dijo, “¿realmente no tuviste ni idea de lo que estaba sucediendo? ¿Que tu esposa estaba viviendo esta otra vida?”.

Se veía sorprendido por su tono. Ella también se sentía sorprendida por su tono.

“Es como te dije, yo sabía que había algo”, dijo.

“Pero ¿cómo pudiste no haberlo sabido?”, dijo, su voz temblando ahora. “¿Nunca se lo preguntaste?”.

Lovick la estaba mirando fijamente.

“No tienes ni idea cuánto se lo pregunté”, dijo.

Se veía dolido y enojado ahora. A Riley no le importaba. Cada vez se sentía más molesta. ¿Pero por qué? Sentía que estaba saliéndose de control.

“Dijiste que pensaste que quería ser ama de casa”, dijo. “Pero tuviste que haber notado en algún momento que no le estaba funcionando. Seguramente sabías que se sentía vacía y perdida y aburrida. ¿Por qué no hiciste algo? ¿Por qué no la ayudaste?”.

Sintió la mano de Bill en su hombro.

Bill le dijo a Lovick: “Me gustaría hablar con mi compañera en privado por un momento”.

Lovick asintió, viéndose horrorizado por la bronca de Riley. Bill llevó a Riley apresuradamente a la cocina y cerró la puerta detrás de ellos.

“¿Qué diablos estás haciendo?”, espetó Bill. “Estás tratándolo como un sospechoso”.

“Quizás sea un sospechoso”, dijo Riley.

Bill se veía como si no podía creer lo que estaba oyendo.

“Riley, Dios mío, piénsalo por un minuto. Usa tu cerebro. ¿Realmente crees que este hombre mató a su esposa? ¿Y a esas dos mujeres? ¿Una de ellas hace tres años? ¿Las otras fueron calentamientos o señuelos o qué? Este no es ningún estúpido programa de televisión de policías. No tiene sentido y lo sabes”.

Riley no sabía si de verdad lo sabía o no. Sabía que lo que estaba diciendo no tenía sentido.

“Tenemos que hablar con los niños”, insistió. “Comprobar su coartada”.

“Ni en sueños”, gruñó Bill.

“Forma parte del procedimiento”.

Parecía que a Bill le estaba costando no caerle a gritos.

“No me importa una mierda el procedimiento. Riley, ¿en serio vas a decirles a los niños que su madre fue asesinada para luego caerles a preguntas sobre lo que su papá estaba haciendo cuando fue asesinada? Su mundo acaba de desplomarse. ¿Quieres empeorar las cosas? ¿Qué te pasa?”.

“Estoy intentando hacer mi trabajo”.

“No, no es así. Hace unos días casi le das una paliza a uno de los sospechosos. ¿Vas a joder a este tipo también?”.

Riley apenas podía creer la insinuación.

“Esto es diferente”, dijo.

“Sí”, dijo Bill. “Es peor”.

Las palabras le dieron un parado a Riley. Estaba empezando a entender que Bill tenía razón.



“Vámonos de aquí”, dijo Bill.

Riley lo siguió a la sala de estar. Bill logró hablarle a Lovick con un tono suave y constante.

“Sr. Lovick, nuestro más sentido pésame por tu pérdida. No tenemos más preguntas”.

Lovick lo miró atónito. Bill le entregó una tarjeta.

“Aquí tienes el número de una línea telefónica de asistencia a las víctimas. Creo que deberías llamar”.

Riley se dio cuenta que Bill había venido preparado con esta información. Por el contrario, ella no había venido nada preparada.

Salieron de la casa y caminaron hasta el carro. Bill detuvo a Riley cuando se colocó en el lado del conductor.

“No vas a conducir”, dijo. “No en tu estado mental”.

Ella estuvo de acuerdo, aunque Bill también estaba terriblemente agitado. Caminó hacia el lado del pasajero y se metió en el carro.

“¿Adónde vamos ahora?”, preguntó.

“De regreso a la oficina central”.

Bill comenzó a conducir en silencio.

Riley repitió mentalmente sus palabras y acciones de los últimos minutos. ¿En qué había estado pensando? ¿Qué había desencadenado su ira?

Ahora comenzó a entenderlo. Ella y su propia hija habían estado encerradas en jaulas pequeñas, las chicas de Jaybird pasaban sus días en una sauna-celda, las chicas como Trinda pasaban de cabina de camión en cabina de camión y solo Dios sabía qué tipos de tormentos había soportado Justine a manos de innumerables hombres.

Pero Gretchen Lovick había sido atormentada en su propia casa respetable de clase media alta. Había vivido en un infierno que había odiado tanto que tomó refugio en otro tipo de infierno.

No era de extrañar que la situación había irritado a Riley. ¿Pero desde cuándo dejaba que este tipo de cosas la afectaran de tal manera?

“*Tengo que controlarme*”, pensó.

Su teléfono vibró. Vio que la llamada era de Morley.

“¿Qué tienes para mí, agente Paige?”, dijo el jefe de la oficina de campo cuando contestó la llamada.

Riley no respondió. No podía decir “nada”.

Notaba que la voz de Morley sonaba un poco enojada. “Los trajimos de Quántico. Esperábamos resultados”.

Riley comenzó a llenarse de ira de nuevo. Ella y Bill apenas habían llegado el sábado, y en ese entonces no habían estado seguros que estaban tratando con un

asesino en serie hasta esta mañana. ¿Qué tipo de resultados esperaba Morley en este punto?

Pero Riley se tragó su ira.

“Tendrás tus resultados”, dijo Riley. “Vamos en camino a la oficina central”.

“Más les vale”, dijo Morley. “Tendremos una reunión aquí en veinte minutos. Vamos a reagrupar. Tenemos que agarrar a este tipo antes que mate a otras mujeres”.

“Allí estaremos, señor”, dijo Riley.

Finalizó la llamada.

“¿Morley?”, preguntó Bill.

“Sí. Habrá una reunión. Llegaremos justo a tiempo”.

“Supongo que no está complacido”, dijo Bill.

“No, no lo está”.

Bill siguió conduciendo, y ella sintió un silencio frío entre ellos. Riley no pudo culpar a Bill por estar molesta con ella. Sentía que se ahogaba en un mar de inseguridad. No sabía qué hacer en este caso. Y al parecer tampoco sabía qué hacer con sí misma.

## Capítulo Veinticuatro

Riley podía palpar la urgencia que se sentía en la sala de conferencias del FBI cuando ella y Bill llegaron. Se sentaron en un extremo de la mesa y miraron al grupo de gente moviendo sillas y encontrando lugares para sentarse. El agente especial encargado Elgin Morley evidentemente quería asegurarse de no dejar a nadie desinformado.

La patóloga, la Dra. Rachel Fowler, estaba aquí. Igraine también estaba en la sala. Riley incluso reconoció los rostros de los dos agentes que la habían detenido cuando había golpeado a Calvin Rabbe. Había varios otros que no conocía, y Riley se preguntaba qué información les darían hoy.

Vio al agente Garrett Holbrook colocando su silla cerca de la puerta. Se preguntó si estaba tratando de ser discreto o estaba planeando irse temprano. “*Tal vez ambas cosas*”, pensó.

En el otro extremo de la sala se proyectaba un mapa gigantesco, mostrando el lugar donde tres cadáveres habían sido encontrados. La magnitud de lo visual le había parecido una exageración. Después de todo, el mapa no era particularmente informativo. Aún así, ese era el punto que Morley había querido hacer, que querían que un asesino despiadado compareciera ante la justicia.

Una vez que todo el mundo estaba sentado, Morley se puso de pie para poner las cosas en marcha. No era un hombre grande, pero tenía una presencia intensa que comandaba todas las miradas. Riley podía ver por qué estaba a cargo aquí.

“Me alegro que todos estén aquí”, dijo. “Ahora sabemos con certeza que estamos tratando con un asesino en serie. Va a ser un caso difícil, y no tenemos un momento que perder. En este momento, nuestro asesino pudiera estar acechando a su próxima víctima, o quizás ya la mató. Tenemos que detenerlo ahora mismo”.

Riley escuchó más que un rastro de impaciencia en su voz. Había notado esto de él antes. El defecto de Morley era que esperaba progresar a un ritmo imposible. Aún así, admiraba su deseo de lograr resultados.

Morley señaló hacia Riley y Bill.

“Creo que la mayoría de ustedes ya ha conocido a los agentes Paige y Jeffreys. Vienen de Quántico para ofrecernos sus conocimientos. Escuchemos lo que tienen que decirnos acerca del progreso del caso”.

Se sentó. Riley y Bill intercambiaron una mirada. Ella asintió y Bill sonrió casi imperceptiblemente. Silenciosamente estaban intercambiando una señal familiar. Riley quería que él hablara primero, para ella poder analizar los rostros y las reacciones de todos los presentes.

Riley estaba contenta por el hecho que aún podían comunicarse sin decir una palabra. Así habían trabajado en sus mejores momentos, cada uno apoyando al otro. Se sentía bien volver a estar en ese ritmo.

Bill se puso de pie. “Esto es lo que tenemos hasta ahora”, comenzó. “El agente Morley tiene razón. Estamos tratando con un asesino en serie, y está incrementando el ritmo...”.

Resumió lo que había sucedido durante los últimos días, comenzando con el descubrimiento del cuerpo de Nancy Holbrook. Riley sabía que continuaría informando todo lo que ella y Bill habían estado haciendo desde su llegada el día sábado. Pero ella no necesitaba este resumen. En cambio, se enfocó en las personas sentadas a su alrededor. Por su experiencia podía detectar los débiles del equipo, agentes que no daban la talla, o cuyos juicios estaban desviados. También podía detectar cualquier agente que pareciera estar frenándose, tal vez no compartiendo toda la información que necesitaban saber.

Se sorprendió gratamente al encontrarse a sí misma en un pequeño mar de entusiasmo, lucidez mental y competencia.

*“No hay débiles aquí”, pensó.*

Pero algo sí llamó su atención. Garrett Holbrook se había levantado de su silla y se dirigía hacia la puerta. Se veía bastante agitado y conmovido. Se dijo a sí misma que simplemente estaba molesto por el hecho de tener que repasar los detalles de la muerte de su hermana. Tal vez pensaba que no podía soportarlo de nuevo.

Eso tenía sentido, pero tal vez no realmente. Holbrook era un agente del FBI, después de todo, un profesional capacitado. Estaba acostumbrado a tratar con crímenes horribles. Además, había sido su idea involucrar al FBI en el caso.

Holbrook desapareció por la puerta. Lo que más molestaba a Riley era que aún no sabía qué pensar de él. No había sido capaz de descifrar qué era lo que le molestaba del hermano de una de las víctimas.

Otra presencia rondaba en la mente de Riley, la del asesino en sí. ¿Dónde estaba él justo en este momento? ¿Estaba burlándose por sus esfuerzos por localizarlo?

*“No”, pensó. “No le importamos en lo absoluto”.*

Pero él le importaba a Riley intensamente. Para poder acabar con él, sabía que tendría que encontrar una manera de adentrarse en los caminos oscuros de su mente. Estaba comenzando a sentir que era un hombre que estaba en completo control de lo que estaba haciendo, un hombre seguro...

Dejó de analizar cuando Bill dijo: “Y ahora mi compañera, la agente Paige, les informará lo que tenemos en cuanto a su perfil”.

Riley se puso de pie y le habló al grupo.

“Podemos suponer algunas cosas. El asesino fue un hombre entre veintiún y cuarenta y tres años cuando cometió su primer asesinato, y probablemente aún está dentro de ese rango de edades. Al menos se graduó de la educación secundaria, y estoy segura que pasó algún tiempo en la universidad. De hecho, este hombre podría ser muy bien educado. Tiene un trabajo, probablemente uno que paga bien. Es muy probable que tenga una esposa e hijos, o al menos estuvo casado. Él es muy inteligente y muy seguro de sí mismo”.

Alguien subió la mano. Uno de los agentes que habían quitado a Riley de encima de Rabbe tenía una pregunta.

“¿Cuánto de lo que estás diciendo es un hecho, y cuánto es hipótesis?”, preguntó.

Riley sonrió. Era una buena pregunta.

“Los hechos son escasos en este momento”, dijo. “Pero no estoy inventando estas cosas”.

Muchas de las personas en la sala comenzaron a reírse.

“Son más que conjeturas”, dijo. “La UAC ha recopilado datos importantes sobre los asesinos en serie de prostitutas. Estoy basando algunos de mis supuestos en esos datos. Por ejemplo, en cada uno de estos casos que hemos visto aquí, el asesino transportó el cuerpo de la escena del asesinato y los desechó en el agua. Estos tipos de asesinos en serie quieren poner un tiempo y distancia entre ellos y sus víctimas. A diferencia de los asesinos en serie que solo quieren publicidad, ellos no quieren que nadie sepa que ha ocurrido un asesinato. No los satisface el hecho que el público en general entre en pánico como consecuencia”.

El agente que había hecho la pregunta se veía pensativo. “¿Este tipo le satisface el hecho de asesinar en sí?”, agregó.

“Correcto”, respondió Riley, “y, si lo me permiten, algunas de las cosas que digo vienen de mis muchos años de experiencia de campo. Y creo que este asesino es anormal en ciertas formas. Por ejemplo, no creo que tenga antecedentes penales. Eso dificultará más su localización. Su comportamiento diario es probablemente normal. Se trata de un psicópata que se lleva a las prostitutas porque son fáciles de tomar. Las considera desechables.

Es inteligente, pero no es un criminal experto. Se hubiese salido con las suyas la primera vez si no se hubiese descuidado con la segunda. La tercera fue un caso de mala suerte, pero también una señal que no anticipó todas las posibilidades. Quizás cambie su modus operandi la próxima vez... y habrá una próxima vez”.

Otra persona levantó la mano. Riley no reconoció a la joven.

“¿Tu nombre, por favor?”, preguntó.

“Robin Mastin”, dijo. “Trabajo con la policía local”.

Riley reconoció el nombre de una vez. Esta era la estudiante de la escuela de buceo que había encontrado el esqueleto de Marsha “Ginger” Kramer. Riley también sabía que la joven novata había insistido en seguir buscando luego que el líder de equipo Quentin Rosner había estado preparado para rendirse.

“Hiciste un muy buen trabajo en el lago Nimbo”, dijo Riley.

Robin Mastin sonrió y se ruborizó. “Gracias, agente Paige”, dijo.

Riley tuvo la fuerte sensación que la mujer joven apreciaba los elogios de los agentes experimentados.

“¿Tu pregunta?”, dijo Riley.

“El cuerpo que encontré aún llevaba una pulsera que se veía cara. ¿Es relevante al caso?”.

“De hecho, sí lo es”, dijo Riley. “El cuerpo de Nancy Holbrook aún llevaba un anillo de diamantes. Gretchen Lovick llevaba un collar, también con un diamante. Piezas no tan caras ni de la mejor calidad, pero mucho mejores de las que podríamos esperar encontrar en ellas”.

A Riley le pareció que este era un buen momento para darle a la novata entusiasta una oportunidad de participar.

“¿Qué sugiere esto para ti, oficial Mastin?”, preguntó.

La joven lo analizó por un momento.

“Bueno, es probable que el asesino le dio esas baratijas a las mujeres como regalos. Significa que estaba en buenos términos con ellos cuando las mató. Pensaban que podían confiar en él”.

“Muy bien”, dijo Riley. Robin Mastin se ruborizó de nuevo y sonrió con orgullo.

Riley continuó: “En importante tomar esto en cuenta. Nuestro asesino no arrebató a sus víctimas en la calle ni las secuestró a la fuerza. Utiliza algún tipo de artimaña. Podemos estar bastante seguros que se hace pasar por un cliente, un cliente amable y generoso. Él es un estafador mortal”.

Riley pausó por un momento para luego decir: “Aquí tenemos un detalle importante. Su primera víctima era seropositiva. Probablemente el asesino también lo es. Si es así, él probablemente lo sabe”.

La patóloga, la Dra. Rachel Fowler, levantó la mirada.

“Qué interesante”, dijo Fowler. “Sus últimas dos víctimas no tenían VIH. Pero él no tenía sexo con ellas, o al menos no cuando las mataba. Los restos de Marsha Kramer estaban demasiado descompuestos como para poder saberlo”.

“Según sus asociados, Kramer tenía el virus”, dijo Riley. “Y tengo el presentimiento que nuestro asesino era sexualmente activo hace tres años y que ella se lo pegó. Teniendo en cuenta su estatus social probable, quizás esté

tomando medicamentos, ilícitamente o con receta médica”.

Riley miró a la jefa pagana de la tecnología digital.

“Igraine, ¿podrías utilizar esa información para localizarlo de alguna forma? ¿Con la magia a tu disposición?”, agregó.

Igraine se jaló unos de sus pasadores de seguridad pensativamente.

“No te sientas demasiado optimista, agente Paige”, dijo. “Podríamos intentar obtener informes de farmacias. Pero más de 10 mil personas en el área son seropositivas o tienen SIDA. Incluso si sacamos a las mujeres, los ancianos o a los muy jóvenes, todavía quedan demasiadas personas por ordenar y tomaría tanto tiempo que no sería de gran ayuda”.

A Riley le impresionó la exhibición de Igraine de sus conocimientos.

“Entiendo, Igraine”, dijo. “Se nos ocurrirá otro enfoque para ti y para tu equipo”.

Ahora Riley notó que Morley se había puesto de pie y que se dirigía a la puerta. Parecía estar respondiendo un mensaje telefónico.

“*Debe ser algo importante*”, pensó Riley a lo que salió.

Riley y Bill tomaron otras preguntas y luego finalizaron la reunión. Todo el mundo salió de la sala excepto ellos dos.

“¿Dónde está Holbrook?”, preguntó Bill. “Pensé que se quedaría”.

“Lo vi irse temprano”, dijo Riley.

“Eso es extraño”, dijo Bill.

“Él es algo extraño” dijo Riley.

Morley volvió a la sala, viéndose más esperanzado que de costumbre.

“Acabamos de recibir una pista”, les dijo a Riley y a Bill. “Es de una mujer llamada Ruthie Lapham que maneja el bar en El Rey del Desierto. Es otra parada de camiones que frecuentan las prostitutas. Ruthie es como la mamá gallina de las prostitutas, las protege tanto como puede. Está preocupada por una chica llamada Clover que tiene varios días sin aparecer”.

Bill negó con la cabeza.

“Una prostituta desaparecida no es una pista exactamente”, dijo.

Riley estaba de acuerdo con él. “Es triste, pero pasa todos los días”.

Morley dijo: “Sí y con la cobertura mediática de los asesinatos, nuestras líneas telefónicas de pistas han sido inundadas con llamadas inútiles. Pero esta podría ser diferente. Ruthie dice que un tipo sospechoso ha estado cazando a las chicas de ahí de vez en cuando. Realmente llama la atención. Los clientes habituales son conductores de camiones, y este tipo simplemente no encaja. Siempre ha puesto a las chicas nerviosas y obviamente ahora están más asustadizas que de costumbre. Pero Ruthie dice que cree que podrían tener razón esta vez”.

Se despertó el interés de Riley. “¿Entonces por qué Ruthie nos va llamando ahora?”, preguntó.

“Porque el tipo apareció de nuevo hace rato”, dijo Morley. “Cree que deberíamos echarle un vistazo”.

“Quizás ya no esté para cuando lleguemos”, dijo Bill. “Aún así, sería mejor que fuéramos. Si no lo encontramos, al menos podemos hablar con las mujeres, preguntarles lo que saben de él”.

Pero Riley recordó cuán duro había sido hablar con la mayoría de las mujeres en El Derby de Hank.

“No servirá de nada que nos anunciemos de una vez como el FBI”, dijo. “Nunca encontraremos al sospechoso de esa forma. Y créeme, las chicas no hablarán con nosotros”.

“Solo tendrán que hacerlas hablar”, dijo Morley.

Cayó un largo silencio y, en ese silencio, Riley tomó una decisión.

“Solo hay una manera de lograrlo”, dijo Riley.

Ellos la observaron.

“Iré de encubierta”.

“¿Exactamente cómo pretendes hacer eso?”, preguntó Morley.

“Me uniré a las prostitutas”, explicó Riley.

Bill se veía asombrado y Morley solo la miraba fijamente, frunciendo el ceño.

“¿En la parada de camiones?”, espetó Bill.

Riley asintió.

“Eso es demasiado peligroso”, protestó Bill. “Serás la carnada para un asesino”.

Riley estaba pensando lo mismo. Pero también pensaba en las vidas de las otras chicas, en lo urgente del asunto. No podía quedarse de brazos cruzados mientras otra chica moría.

“Eso está fuera de discusión”, dijo Morley. “No lo autorizaré”.

Riley se puso so de pie y dijo: “No estoy pidiendo autorización.

Simplemente lo haré”.



## Capítulo Veinticinco

Bill llegó a la parada de camiones El Rey del Desierto y estacionó el carro grande que había retirado del FBI. Escogió un espacio lo suficientemente lejos del edificio principal para no llamar mucho la atención de cualquier persona que estuviera adentro, pero lo suficientemente cerca para vigilar las idas y venidas. Insistió que iría también a la parada de camiones si Riley iba de encubierto como prostituta.

Tuvo que admitir que ir de encubierto era realmente una muy buena idea, aunque podría ser peligroso. Si su asesino realmente estaba acechando a las víctimas por aquí, quizás podría llamar su atención y acabar con él de una vez por todas.

Sin embargo, Riley aún no había llegado. Le había dicho a Bill que tenía que buscar ropa más apropiada. No sabía cuánto tiempo podría tomarle, pero estaba planeando ir directamente al bar al llegar. Bill vigilaría las cosas afuera y la apoyaría si fuera necesario. Notó que la tienda y el Bar Iguana quedaban en un mismo edificio, así que debería ser capaz de ver todos los que entraban y salían.

También esperaba poder hablar con algunas de las mujeres, averiguar todo lo que pudiera sobre el hombre que las había alarmado. Probablemente lidiaban con personajes extraños de forma regular, y tenía que preguntarse qué podría ser tan diferente de este.

Obviamente no esperaba que ninguna de ellas hablara abiertamente con un agente del FBI. Había decidido hacerse pasar por un cliente.

“Aquí vamos”, murmuró en voz alta.

Se bajó del carro y se quedó parado apoyándose contra él, esperando parecer un cliente potencial. Vio a cuatro mujeres apenas vestidas afuera de la tienda. Trató de llamar su atención agitando las manos en su dirección.

Él sonrió y asintió con la cabeza hacia su carro. Lo miraron fijamente por un momento y luego se apiñaron unas con otras, ni siquiera pensando en moverse en su dirección.

“*Debo estar haciendo algo mal*”, pensó.

Vio a otras dos mujeres moviéndose por los carros hacia el edificio. Esta vez silbó para llamar su atención. Lo miraron y él las saludó. Siguieron caminando hacia el edificio un poco más rápido que antes.

Entonces escuchó la voz de una mujer cerca.

“No está funcionando, ¿cierto?”.

Bill se volvió y vio a una mujer que obviamente era una prostituta aproximándose a él. Era bastante mayor, y su maquillaje intenso no la hacía

verse más joven. Su pelo era de color rojo brillante, y su cuerpo era bastante flácido.

Se apoyó contra el carro al lado de Bill.

“Espero no te moleste si fumo”, dijo. “Lo sé, es un hábito desagradable. Tengo un montón de esos”.

Sacó un cigarrillo, lo encendió y le dio una gran chupada.

“Soy Opal, por cierto”.

“Yo soy Jerry”, dijo Bill.

La mujer dejó escapar una risa.

“OK, *no me cree*”, pensó Bill. Sabía que mucha gente podría utilizar nombres falsos en un lugar como este, pero de repente se sintió nervioso e inseguro. No había trabajado de encubierto en años y nunca había intentado hacerse pasar por un cliente.

“Me preguntaba si podríamos hablar”, dijo Bill.

Ella se echó a reír de nuevo. “Eres nuevo, ¿cierto?”.

“Se podría decir”, dijo Bill.

Ella le metió un empujoncito con su codo.

“Bueno, si estás buscando un buen rato, escogiste un lugar extraño”, dijo.

“¿De veras? Escuché que aquí es donde están las chicas”.

Ella dejó escapar una risa de nuevo. “Si eres camionero, seguro. Pero no eres ningún camionero. Ni siquiera estás pretendiendo ser un camionero. Como regla general, las chicas de aquí no se van con nadie que no llegue en un camión de carga. Es por seguridad”.

Se acercó a él seductoramente.

“Yo soy diferente”, dijo. “No soy tan exigente. Soy lo que podríamos llamar una víctima de la ley de oferta y demanda. Mi 'oferta' se ha vuelto obsoleta con los años, así que no puedo ser muy particular con la 'demanda’”.

Luego, susurrando en su oído, añadió: “Además, no tengo nada en contra de los policías”.

Bill sintió una sacudida de sorpresa. Estaba seguro que ella también podía sentirla.

Opal dijo: “No, no tengo ningún problema con los policías. He estado en la cárcel lo suficiente que ya no me molesta. Puedo incluso hacer negocios allí cuando es necesario”.

Bill estaba avergonzado, pero no le parecía que mentir tenía sentido, así que sacó su placa.

“En realidad soy del FBI”.

“¿En serio?”, dijo Opal, llena de entusiasmo. “Bueno, te hubieses

comunicado con Camioneros Contra el Tráfico. Quizás te hubiesen dado un camión de carga para que parecieras ser un camionero de verdad”.

“He oído hablar de ellos”, dijo Bill. “Son bastante buenos, pero realmente estoy aquí para apoyar a mi compañera. Y no estamos aquí para arrestar prostitutas”.

“Está bien, aún podemos hacer negocios. Puedo hablar igual de bien que puedo hacer las otras cosas”.

Ella tendió su mano. Era obvio lo que quería. Bill sacó su cartera y le entregó un billete de cien dólares.

“Dios mío”, dijo Opal agradecida, colocando el billete en su escote. “¡Por esto hablaré de lo que quieras! Bueno, no me gusta hacer *nada* profesional al aire libre. Vamos a tu carro, ¿te parece? Pongámonos cómodos”.

Sintiéndose completamente incómodo, Bill caminó a la puerta del pasajero y dejó entrar a la mujer. Luego entró por el lado del conductor. Opal siguió fumándose el cigarrillo.

“He oído que una de las muchachas desapareció recientemente”, dijo Bill.

“Tienes que ser más específico”, dijo Opal. “Eso es algo que ocurre a menudo por estos lares”.

“Ella se hacía llamar Clover”.

Opal suspiró tristemente.

“Ah, sí. Clover. Se asustó por un tipo que se hace llamar T.R. Él le ofreció joyería la semana pasada, aretes de diamantes, creo. Los clientes regulares no dan regalos así, especialmente por aquí en El Rey del Desierto. Se asustó, pensó tal vez que se estaba obsesionando con ella, que podría hacerle algo horrible”.

“¿Crees que le hizo algo?”, preguntó Bill.

Opal negó con la cabeza. “No, ella no le dio el chance. Creó que se fue de Phoenix, quizás hasta del estado. Me dijo que quería irse a un lugar donde jamás la encontraría. Le dije que estaba exagerando, que se estaba tomando sus atenciones muy en serio, que probablemente trataba de regalarles cosas a muchas chicas. Pero Clover no escuchaba. No tengo ninguna idea donde podría estar ahora”.

Opal se acercó a Bill y acarició su muslo.

“Por cierto, las opciones están abiertas para más que hablar. Solo quería recalcarlo”.

Bill alejó su mano firmemente.

En ese momento vio a Riley acercándose al bar. Se había puesto unos shorts cortos muy ajustados y una blusa muy desabrochada. Estaba viendo un montón de curvas y escote, y se había hecho algo diferente en el pelo. Tenía que admitir que se veía sexy. Desapareció dentro del bar con sus tacones altos sin siquiera

mirar en su dirección.

Ahora le tocaba vigilar. Mientras tanto, quizás podría sacarle más información a Opal. Empezó a pensar en preguntas que podía hacerle.

\*

El hombre estaba sentado en su carro estacionado cuando vio a la mujer entrar al bar.

“*Dios mío*”, pensó. “*¿Realmente creía que podría pasar por prostituta?*”.

Sonrió ante la idea. Podría haber tenido un cartel que decía AGENTE POLICIAL en su cuello. Miró a su alrededor, pero no vio ningún apoyo.

Sin embargo, estaba intrigado. Definitivamente estaba buscándolo, no cabía duda de eso. ¿Pero qué la había hecho venir aquí? ¿Cómo pudo haber obtenido esta pista? ¿Estaban investigando todos los lugares donde las prostitutas pasaban el rato? Si lo estaban haciendo, eso significaba que no tenían ni idea de dónde buscar.

¿O estaba aquí porque la prostituta asustadiza se había quejado de él?

Decidió que eso no importaba. No iba a dejar que la presencia de la mujer arruinara su tarde. En realidad estaba volviendo las cosas más interesantes.

Hasta ahora, nunca había escogido una víctima aquí y siempre le sorprendía el impulso ocasional que sentía por venir a este sitio. Si estar con prostitutas callejeras era rebajarse, merodear entre las prostitutas de carretera era peor. También significaba tomar ciertas precauciones, por ejemplo, alquilar un carro usado barato. Su propio carro costoso llamaría la atención. Una visita a este lugar no era muy conveniente.

Pero sus otros sitios regulares eran problemáticos. Las noticias de sus asesinatos habían asustado a las prostitutas callejeras. Y el gimnasio de Jaybird acababa de ser allanado y había sido cerrado. Y ya no confiaría más en el servicio de acompañantes. Esa perra Ishtar Haynes no mostraba ningún respeto por la confidencialidad.

Además, curiosamente le fascinaban las prostitutas que merodeaban El Rey del Desierto. Eran más desesperadas que las prostitutas callejeras, menos exuberantes y enérgicas. Y extrañamente escurridizas. Por alguna razón, rara vez se le acercaban. Y como él nunca era el que se le acercaba a una prostituta, eso significaba que nunca estaba en contacto directo con ellas.

Sin embargo, Clover había sido la excepción. Había sido amable al principio, pero él se había descuidado y ella se había asustado. Se recordó a sí mismo a nunca ofrecerles joyas a las prostitutas hasta que estaban completamente bajo su control. Eso es lo que aparentemente había ahuyentado a Clover, su generosidad

extravagante.

Recordó lo que le había dicho cuando escapó...

*“Me iré de aquí para siempre. No intentes encontrarme. No podrás hacerlo”.*

La memoria hizo que se riera un poco. ¡Como si ella valiera la pena!

¿Pero la mujer que acababa de entrar en el bar podría representar un reto?

Nunca había probado suerte con un señuelo. Nunca se le había ocurrido. Por lo menos estaba seguro que entraría en su carro.

¿Y después de eso qué?

La pura desfachatez del reto era tentadora. Sin embargo, no se precipitaría. Esperaría el momento perfecto para hacerlo.

## Capítulo Veintiséis

Riley se sintió terriblemente expuesta cuando entró al bar.

*“Estoy casi desnuda”*, pensó.

En su camino hacia el bar, había comprado unos shorts incómodamente apretados, zapatos baratos y maquillaje. Se detuvo en una gasolinera para cambiarse en el baño. Sabía que lo mejor era no intentar verse joven. Ya sabía por su visita a El Derby de Hank que las prostitutas de estos lugares cubrían todo el espectro en edades, pesos y apariencias.

Los shorts obviamente revelaban sus piernas musculosas. Se preguntaba si las prostitutas iban al gimnasio, pero a uno de verdad, no como el de Jaybird.

*“Probablemente no”*, supuso.

Tambalearse con tacones de aguja que restringían sus movimientos la hacía sentirse más vulnerable. Si tuviera que correr o luchar, tendría que hacerlo descalza. Y, para empeorar las cosas, no había podido traer su pistola ya que no tenía espacio para ella, así que la había dejado en su carro.

Pero el punto era verse vulnerable y disponible. Se recordó a sí misma que las prostitutas siempre estaban indefensas. Eso profundizó la compasión que ya sentía por ellas. Qué vulnerables e indefensas deben sentirse.

Solo esperaba que su atuendo fuera creíble. No había tenido mucho tiempo para planificarlo, y eso la llenaba de dudas. Le preocupaba que tal vez no se viera lo suficientemente creíble con su atuendo. Las prostitutas de estos lugares que había observado se veían totalmente cómodas con sus atuendos.

Una mujer obesa con un bocio en su cuello estaba trabajando en el bar. Riley se sentía bastante segura que ella era Ruthie Lapham, la dueña del bar. Antes de llegar aquí, había llamado Ruthie para decirle que estaba en camino y que se haría llamar Tina.

Riley se dirigió directamente al bar. Pero antes de que pudiera presentarse a sí misma como Tina, Ruthie la miró consternada.

*“Dios mío”*, dijo.

Llamó a un tipo musculoso que estaba sentado en una mesa leyendo un periódico.

*“Burt, encárgate por unos minutos”*.

Burt se colocó detrás del bar. Ruthie tomó a Riley suavemente por el brazo.

*“Ven conmigo, chica”*, dijo.

Llevó a Riley a una cabina vacía, donde ambas se sentaron.

*“Pensé que vendrías de encubierto”*, dijo Ruthie.

*“Lo estoy”*, respondió Riley cabizbaja.

“¿Qué hiciste, compraste esa porquería en una tienda por departamento?”.

Ruthie sonaba como si solo estuviera haciendo un chiste sarcástico. La verdad es que Riley había hecho precisamente eso.

“Estaba apurada”, dijo.

“Dios mío”, repitió Ruthie. “Hiciste todo menos dejar las etiquetas. Estas chicas nunca compran nada nuevo. Siempre van a tiendas de segunda mano y a ventas de objetos usados, ese tipo de cosas, baratas, usadas y raídas. Nunca pasarás por una de las chicas trabajadoras vestida así. ¿Viste a algunas de las chicas cuando entraste?”.

Riley recordó las miradas que había recibido de algunas de las mujeres mientras caminó por el estacionamiento. Ella asintió.

“Bueno, puedes estar segura que no se alegrarán por tu presencia”, dijo Ruthie. “Probablemente corrieron la voz que se estaba desarrollando una operación encubierta”.

“No estoy aquí por eso”, dijo.

Ruthie negó con la cabeza, resignada. “Pero no importa, nos las arreglaremos de alguna forma. Como te dije por teléfono, algunas de las chicas me dijeron que vieron al hombre de nuevo, se hace llamar T.R. Aún no ha venido, pero lo hará antes de que se vaya a casa, siempre lo hace. No te preocupes, puedo ver bastante bien desde aquí, tanto la puerta de entrada como el pasillo que va a la tienda. No me lo perderé”.

“Ahora ¿qué puedes decirme acerca de este tipo?”, preguntó Riley.

“Bueno, no es un camionero, eso es seguro. Intentó hacerse pasar por uno, se la vive en camisetas y jeans, pero nadie ha visto su camión. Y no se ve ni habla como uno. Viene aquí de vez en cuando y se pone a hablar con las chicas, pero nunca parece lograr ligarse a una, ni siquiera lo intenta. Es como si tuviera algo más en mente. Y, por lo que he visto en las noticias últimamente, podría ser algo realmente malo. Por eso llamé”.

“¿Cómo es él?”, preguntó Riley.

“Es de tamaño medio. Tiene pelo rubio y siempre lleva una gorra y anteojos grandes. Lleva ropa que se ve cara”.

Ruthie observó la sala.

“Está aquí ahora mismo”, dijo. “Por ahí. Al acecho en el pasillo”.

Riley sabía que no debía moverse rápidamente. Además, tenía que alertar a Bill que estaba a punto de hacer una jugada. Sacó su teléfono celular y le envió un mensaje de texto:

*“Sospechoso a la vista. Iré tras él. Te espero afuera del bar”.*

Su plan era simple. Le haría una proposición sexual al hombre, luego lo escoltaría del bar donde Bill estaría preparando esperándolos. Juntos lo

arrestarían por sollicitación. Con suerte se entregaría a sí mismo cuando estuviera en custodia.

Para su asombro y sorpresa, Riley se sintió profundamente asustada. Una imagen de oscuridad y fuego apareció en su mente. Había sido atormentada por un monstruo, y ahora estaba aquí, ofreciéndosele a otro.

Pero no dejaría que ese trauma residual la dominara. Además, esta vez tenía apoyo. Su compañero estaba justo afuera.

Se levantó y salió de la cabina. Podía ver al hombre de pie en el pasillo, pero su rostro estaba entre las sombras. Cuando ella lo miró, él se volteó.

Riley caminó por la sala, decidida a acercarse al hombre e insinuársele como pudiera. Quería al menos echarle un vistazo a su rostro. Quería una oportunidad para evaluarlo como asesino potencial.

Pero solo se había acercado un poco cuando una mujer se colocó directamente en su camino. En un abrir y cerrar de ojos, dos mujeres más se le pusieron al lado. Claramente eran prostitutas y se veían bastante molestas.

“Bueno, parece que tenemos una chica nueva”, dijo la mujer en el frente en un tono amenazante. “Mi nombre es Jewel, ¿y el tuyo?”.

“Tina”, dijo Riley, tratando de pasarla.

Las tres mujeres se agruparon para no dejarla pasar. Comenzó a intentar pasar bordeando una mesa, pero las mujeres también bloquearon ese paso.

Riley estaba atascada. Había enfrentado a un montón de hombres, muchos de ellos fuertes y resistentes. En circunstancias normales, no le parecería que tres hombres fueran una amenaza. ¿Pero las mujeres? Ella no quería darles una paliza y no sabía qué hacer. Además, no quería revelar su identidad.

“No seas grosera, chica”, dijo Jewel, su rostro incómodamente cerca del de Riley. “¿Qué pasa? ¿Hay algo que no nos estás diciendo?”.

Una de las otras mujeres espetó: “Sí, ella no quiere decirnos que es policía”.

Riley oyó la voz de un hombre a su derecha.

“¿Policía? Dusty no es ningún policía. Deja de molestarla, Jewel. Y ustedes también”.

Riley se volvió y vio un rostro conocido caminando hacia ella. Le tomó un momento reconocer a Rex, el camionero que la había ayudado a rescatar a Jilly en El Derby de Hank. Acababa de entrar porque ella no lo había visto antes en el bar. Había pensado rápido y se le había ocurrido un nombre para ella.

Las mujeres lo miraron sorprendidas, pero obviamente lo conocían.

Rex le ofreció a Riley su brazo, y ella lo tomó.

“¿Dónde habías estado, Dusty?”, dijo, alejándola de las prostitutas enojadas. “Pensé que nunca llegarías”.

“Se me hizo tarde”, dijo Riley. En un susurro dijo: “Estoy trabajando en un



caso. Tengo que irme”. Lo llevó hacia el pasillo y luego soltó su brazo.

“Estás detrás de un tipo malo, ¿cierto?”, le susurró Rex con un guiño.  
“Atrápalo, chica”.

Riley se alejó de Rex y se adentró en el pasillo, pero el hombre que Ruthie había señalado ya no estaba. Vio otra puerta que daba a la tienda contigua. Obviamente había pasado por allí. Si pudiera alcanzarlo, tal vez aún tendría la oportunidad de hacer una proposición sexual.

Pero solo vio un puñado de hombres que obviamente eran camioneros reales dentro de la tienda bien iluminada, no el hombre que estaba buscando. Dos de ellos la miraron con interés y uno se acercó a ella. Pero Riley no tenía tiempo para esto. Sacó su placa de su cartera y se las mostró. Se detuvo y el otro se interesó en unas donas que estaban en un estante cercano.

Se dirigió directamente a la puerta y salió con prisa. Nadie estaba a la vista, excepto Bill, quien había recibido su mensaje y estaba esperándola afuera de la puerta del bar.

\*

En el lado opuesto del edificio, el hombre puso en marcha su hatchback alquilado. Se reprendió a sí mismo por lo cerca que había estado de ser capturado. La verdad era que no sabía cómo habría manejado la situación si se le hubiera acercado. ¿Y había visto su rostro? Se sentía seguro que la respuesta era no.

Cuando había salido de la cabina, se había apresurado por el pasillo a la tienda y se había unido a varios camioneros que estaban a punto de irse. Había visto al hombre parado afuera del bar. Era el compañero de la mujer y estaba preparado para apoyarla. Dudaba que el compañero lo había detectado entre los otros camioneros. Luego había pasado por la parte delantera del edificio y se había en su carro. Había logrado escapar.

Por un momento sintió ganas de conducir por allí para ver si ella se metería en el carro con él. Pero sabía que ella y su compañero estaban armados. Ya se había escapado por los pelos.

*“Estúpido”, pensó. “Fui un estúpido”.*

¿En qué había estado pensando? ¿Desde cuándo le emocionaba jugar al gato y al ratón? Simplemente él no era así.

*“No más diversiones pasajeras”, se recordó a sí mismo.*

De ahora en adelante se quedaría con la parte que realmente disfrutaba, la conmoción, los jadeos, la lucha débil, el silencio al final. Y se prometió a sí mismo que disfrutaría de ese placer de nuevo muy pronto.

## Capítulo Veintisiete

Durante el desayuno la mañana siguiente, Riley y Bill casi ni hablaron. Riley no estaba segura de dónde provenía la tensión. Obviamente estaban desanimados por el intento fallido de anoche de atrapar al asesino. Pero era más que eso, simplemente no podía descifrar lo que era.

“Lo atraparemos”, dijo Bill finalmente, masticando un trozo de pan tostado. “Por lo que me dijo Opal de él, tiene sus debilidades”.

Riley no respondió. Recordó a la prostituta mayor que aún había estado sentada en el carro de Bill después que el asesino se escapara. Bill había discutido la situación con ella mientras que Riley había estado en el bar. Por lo que le había dicho, Opal parecía ser una persona bastante observadora que sabía de lo que estaba hablando.

Aún así, Riley se sentía decepcionada por el hecho de que la noche había sido un fracaso. Su propio disfraz no había funcionado muy bien, y había dejado que tres putas la ralentizaran lo suficiente como para dejar que el asesino se escapara. Y aunque Bill había visto a varios grupos de hombres salir de la tienda, no había podido detectar al sospechoso entre ellos. Un montón de camioneros encajaban con la descripción que Ruthie y varias de las prostitutas habían dado.

Parecía que T.R. era blanco, grande y tenía una altura promedio. Tenía entre treinta y cinco y cincuenta años, y a menudo llevaba una gorra de béisbol. Algunas de las mujeres mencionaron pelo rubio grueso cepillado hacia adelante. Ruthie no había encontrado nada útil en las imágenes de su cámara de seguridad. Y obviamente no tenían realmente ninguna razón aparente para creer que el hombre era algo más que una molestia para las prostitutas.

Haber tenido que despertar a Morley anoche para informarle de las malas noticias había sido bastante vergonzoso.

Y Bill estaba mirándola de una forma extraña esta mañana. Riley no sabía qué pensar de eso. Tomó otro trago de café y trató de despejar su mente.

Repentinamente, Bill alcanzó por la mesa y puso su mano sobre la de ella.

“Hablo en serio, Riley”, dijo. “Lo atraparemos”.

No soltó su mano. Ella sabía que esto era más que un gesto tranquilizador. Bajo otras circunstancias, quizás le hubiese parecido agradable. Pero no estaba de ánimo.

“Bill, es mejor que muevas tu mano si no quieres que te la arranque”, gruñó Riley.

Pero Bill no movió su mano. Solo sonrió.

“Vamos, Riley”.

“¿Vamos qué?”. El apretó su mano y la miró directamente a los ojos.

No cabía duda, estaba insinuándosele. No había sido tan descarado como su propia llamada borracha unos meses atrás que casi había arruinado su amistad. Pero igual se le estaba insinuando.

“Pero, ¿por qué ahora?”, se preguntó Riley. Entonces recordó la expresión en la cara de Bill cuando se habían encontrado luego de haber perdido el sospechoso, una mirada de interés que no le había parecido importante en ese momento. Pero ahora esa mirada tenía sentido.

“Esto es por el papel que interpreté anoche”, dijo. “Por cómo estaba vestida y cómo me comporté”.

Bill se ruborizó un poco. Sabía que tenía razón, así que alejó su mano de la de él.

“Pensabas que me veía sexy porque parecía una prostituta”, dijo. “¿Los tacones altos y la piel desnuda te hicieron sentir bien?”.

“Si es así, ¿cuál es el problema?”, dijo Bill.

Riley apenas podía creer la lo que estaba oyendo.

“Si es así, ¿cuál es el problema?”, repitió ella. “Bill, escucha lo que estás diciendo”.

“Bueno, sabes que es más que eso”, dijo Bill. “Sabes que me atraes todo el tiempo. Y no pretendas que no es mutuo. Hay algo entre nosotros. ¿No es hora que dejemos de fingir que no es así?”.

Riley sintió la verdad en esas palabras, pero también sintió repugnancia. Pensó en Jaybird y en Calvin Rabbe, dos hombres que no eran capaces de ver a las mujeres como seres humanos.

¿Era posible que Bill tenía algo en común con ellos? ¿Su compañero desde hace mucho creía que las mujeres eran objetos sexuales? ¿Así eran todos los hombres heterosexuales?

“No es mutuo ahora mismo”, dijo ella firmemente.

“Estás exagerando”.

Riley estaba a punto de darle un sermón sobre el hecho que no estaba exagerando en absoluto, pero su celular vibró en ese momento. Contestó porque vio que la llamada era de April.

“Hola, querida. ¿Qué pasa?”, dijo.

Se asustó al oír a su hija llorando.

“Lo vi”, dijo April.

“¿Viste a quién?”.

“A Peterson. Está vivo. Me miró. Me reconoció”.

El corazón de Riley estaba latiendo con fuerza.

“¿Qué pasa?”, preguntó Bill. Había visto el cambio en la expresión de Riley.

Riley no respondió. Tenía que salir para poder hablar con April a solas. Salió del restaurante del hotel y caminó hacia su habitación.

“Sabes que eso no es posible, April”, dijo.

Y por supuesto, no era posible. Lo recordaba como si fuera ayer. April había derribado a Peterson con una culata, y luego Riley había golpeado su frente con una piedra afilada. Finalmente había visto sus ojos muertos mirándola mientras el agua del río caía sobre su cara.

Pero incluso en ese entonces no pudo creerlo, no hasta que April dijo...

“*Mamá. Está muerto*”.

Peterson estaba muy, muy muerto. Riley no había recibido reprimendas por la fuerza letal que había utilizado solo por la compasión y la discreción de Brent Meredith. Pero entendía por lo que April estaba pasando muy bien. Riley había experimentado un flashback anoche en el Bar Iguana, y todavía tenía pesadillas de estar enjaulada y de ser amenazada con llamas.

April aún estaba sollozando. Su voz en el teléfono sonaba aterrorizada.

“Estábamos bajándonos del autobús”, dijo entre sollozos. “Allí estaba en la calle. Me miró fijamente. Me sonrió. Sé que va a matarme. Necesito tu ayuda”.

Las últimas tres palabras, “Necesito tu ayuda”, tocaron las teclas emocionales de Riley. No importaba que Peterson estaba muerto. April la necesitaba desesperadamente. Pero estaba aquí, al otro lado del país.

“¿Llamaste a tu papá?”, preguntó Riley. “Probablemente esté en DC ahora”.

“No, no pensé en él”.

Riley suspiró. Sabía que, después de toda una vida de distancia emocional, April no tenía ninguna razón para llamar a su papá.

“Te necesito, Mamá. Te necesito ahora mismo”.

Riley no sabía qué decir. April parecía haber olvidado que Riley estaba en Phoenix. Y eso era lo último que April necesitaba escuchar ahora mismo.

“Déjame hablar con tu maestra”, dijo Riley.

Un momento más tarde, Riley oyó una voz diferente en el teléfono.

“Habla Lorna Culver. ¿Eres la madre de April?”.

“Sí, habla Riley Paige”.

La voz de la mujer sonaba bastante agitada.

“Srta. Paige, no sé qué hacer. Está más tranquila que hace un minuto, pero estaba completamente histérica. Tienes que venir de inmediato”.

“No puedo”, dijo Riley. “Estoy en Arizona”.

“Bueno, la llevaré al hotel”, dijo. “Pero no puedo responsabilizarme por ella mientras esté en este estado mental”.

Riley quería gritarle a la mujer.

*¿No puede responsabilizarse por ella? ¿No es ese su trabajo?*

Pero mantuvo su voz bajo control.

“Dame tu número de teléfono celular”, dijo.

Durante la conversación, Riley había regresado a su habitación. Anotó el número en un bloc de notas y le dio el suyo a la Srta. Culver.

“Llamaré al padre de April”, le dijo a la maestra antes de finalizar la llamada.

Caminó de un extremo a otro ansiosamente mientras marcó el número de teléfono celular de Ryan. Se sintió aliviada cuando su ex marido contestó.

“Hola, Riley”, dijo, tratando de sonar cordial. “¿Cómo estás? Tenemos tiempo sin hablar”.

“Ryan, es April. Ella está en Washington, y está teniendo un ataque de TEPT. Es por el asunto horrible con Peterson. Ella está—”.

Ryan la interrumpió.

“Espera un minuto. Tranquilízate. ¿Qué hace en Washington?”.

Riley se sentó en el borde de la cama. Respiró profunda y lentamente.

“Está de excursión con su clase”, explicó Riley, hablando lentamente y con cuidado. “Ha estado allí desde el sábado. La excursión tiene una duración de una semana”.

Quería añadir: “*Y si te importara tu hija, ya sabrías esto*”. Pero logró controlarse y continuó:

“Creyó que vio a Peterson, el hombre que la secuestró. Obviamente no lo vio. Está muerto. Pero esto es serio, Ryan. Yo he vivido el TEPT y créeme, es aterrador. Tienes que ir a ayudarla”.

“¿Por qué yo? ¿Por qué no puedes ir tú?”.

“Porque estoy en Phoenix, Ryan. Phoenix, *Arizona*. Estoy trabajando en un caso. No puedo irme así no más”.

“Bueno, yo estoy en Filadelfia. Estoy trabajando un caso judicial. Tampoco puedo irme así no más”.

Riley no pudo evitar que su voz temblara de rabia.

“*Sí* puedes hacerlo, Ryan. Puedes llegar allí en avión en una hora. Coño, puedes llegar conduciendo en menos de tres horas. Yo no puedo estar allí tan pronto. Simplemente no puedo ir”.

Ryan contestó en un tono condescendiente que Riley había oído miles de veces.

“Esta es tu responsabilidad, Riley. Y es tu culpa que ella esté pasando por esto. Es ese maldito trabajo tuyo. Tú eres la que la puso en peligro. Simplemente no pudiste quedarte en casa y ser una madre normal. Vuela tú a DC. Ahora mismo. Este no es mi problema”.

Riley se quedó callada para no decirle un montón de groserías.

“¿Escuchaste lo que dije, Riley?”.

Riley sabía que no había forma de que enfrentara las cosas. Siempre había asumido su derecho a ser distante. Su trabajo siempre fue demasiado importante para él como para preocuparse por los problemas cotidianos. Su misión era ser exitoso. Su misión era enriquecer a sus clientes ricos aún más. Nunca había aceptado que el trabajo de Riley de atrapar monstruos era igual de importante.

“¿Riley?”, dijo Ryan. “¿Escuchaste lo que dije?”.

Tenía que encontrar otra forma de ayudar a April, y esto era una pérdida de tiempo. Ella colgó el teléfono.

*“Ojalá no tenga que hablar con ese bastardo nunca jamás”*, pensó.

Para empeorar las cosas, él la había golpeado donde más le dolía, el centro de su culpa e inseguridad. ¿La vida de los tres, Riley, April y Ryan, hubiese sido mejor si jamás se hubiera convertido en agente? ¿Pero en qué se habría convertido si se hubiese quedado en casa? ¿Una de esas amas de casa borrachas? ¿Cómo podría eso haber sido mejor para ellos?

¿Cómo podría no haber visto esto venir? Se había convencido que April estaba bien. Pero obviamente era tan bueno que no podía durar mucho. Por su experiencia propia con TEPT, ella debió haberlo anticipado. No había manera que April pudiera haberse recuperado tan rápida y fácilmente. No podía estar libre del trauma de su cautiverio o el trauma adicional de ayudar a su madre a matar a su captor.

Una imagen destellaba por la mente de Riley.

Era su amiga Marie Sayles, suspendida en el aire, colgando por su cuello de un cordón atado a una lámpara en el techo de su dormitorio.

La boca de Riley se secó con la memoria. Marie también había sido una prisionera de Peterson. El terror que había sentido por su atormentador la había llevado al suicidio. Riley desesperadamente trató de asegurarle que Peterson estaba muerto por teléfono. Pero no cambió nada.

*“Mataste su cuerpo pero no mataste su maldad”*, había dicho Marie pocos minutos antes de quitarse la vida.

Y Riley sabía que April estaba experimentando exactamente la misma desesperación en ese momento. Podría hacer cualquier cosa para escapar de su terror. Su mayor peligro era sí misma.

Entonces oyó un golpe en la puerta. Cuando ella respondió, Bill estaba fuera.

“Riley, ¿estás bien?”, preguntó.

Riley se sintió aliviada al verlo. Acababa de darse cuenta que había estado molesta con él hace un rato. Pero en este momento no podía recordar la razón. Parecía que había sucedido hace mucho tiempo.

“Pasa”, dijo. “Es April. Ella está teniendo un ataque de TEPT”.

Bill asintió compasivamente. Riley sabía que no necesitaba recordar el trauma que April había soportado.

“Bill, no sé qué hacer”, dijo Riley. “Ryan se niega a ayudar. Y aquí estoy, ¡a miles de millas de distancia!”.

“¿Y Mike Nevins?”, dijo Bill.

Bastó solo mencionar el nombre para que sintiera esperanza. Sí, ¿quién podría ser mejor que el psiquiatra forense que la había ayudado a superar su propio trauma?

“Por supuesto”, dijo Riley, agradecida por la sugerencia de Bill. Había estado demasiado consternada como para pensar en la respuesta obvia. Marcó su número directo y luego oyó una voz reconfortante y familiar.

“¿Riley?”.

Riley se sintió muy agradecida por el hecho de que Mike había contestado su teléfono.

“Mike, necesito tu ayuda. April está en Washington de excursión y tuvo un ataque de TEPT. Ella está segura que vio a Peterson. Piensa que quiere matarla”.

“¿Qué tan grave está?”, preguntó Mike.

“No lo sé. Su maestra no sabe qué hacer. Ryan está fuera de la ciudad. No sé a quién más acudir.

Hubo una breve pausa. Luego Mike habló en una voz firme y tranquilizadora.

“¿Tienes el número de su maestra?”, dijo.

“Sí”.

“Dame su número, y también el de tu hija. Me comunicaré con ellas. Y averiguaré donde está April para recogerla. Creo que deberías venirte”.

Por un momento, Riley no sabía qué decir. Se las arregló para decir: “Gracias, Mike. Gracias”. Le dio los números antes de finalizar la llamada.

Bill estaba sentado en una silla. Riley estaba caminando inquietamente de un lado para el otro.

“Tengo que irme para allá”, dijo.

“Entiendo”, dijo Bill. “Le explicaré las cosas a Morley”.

“No, yo lo llamo. Yo le explicaré todo”.

Bill negó con la cabeza.

“Riley, no lo sé...”.

“Es mi responsabilidad, Bill. Todo esto es mi responsabilidad. Lo llamaré ahora mismo”.

“Está bien”, dijo Bill. “Reservaré el siguiente vuelo que pueda encontrar para ti”.

Riley abrió su portátil para que Bill pudiera utilizarla. Luego marcó el número del agente especial encargado, Elgin Morley. Cuando oyó su voz áspera

contestar, sabía que esto no iba a ser fácil.

“Agente Morley, tengo que irme de Phoenix”, dijo. “Regresaré a Washington”.

“¿Cómo?”.

Morley sonaba incrédulo, y con razón.

“Mi hija está teniendo un ataque de nervios. No tengo tiempo para contarte toda la historia. Pero es grave. Ella me necesita”.

La voz de Morley sonaba enojada ahora.

“Nosotros te necesitamos”, dijo. “Hay un asesino por ahí y va a matar de nuevo pronto, si es que ya no lo ha hecho. No te daré permiso para irte. Necesitas quedarte aquí y hacer tu trabajo”.

Riley se las arregló para decir: “No estoy pidiendo tu permiso”, dijo. “Me montaré en el próximo vuelo”.

“Agente Paige, más te vale que no te montes en ese avión. Ya es bastante malo que tu compañero y tú arruinaran las cosas anoche”.

“Volveré tan pronto como pueda”, dijo Riley.

“No, no volverás. Ni te molestes en hacerlo. Si te vas, llamaré a Meredith. Te sacaré del caso. Quizás no vuelvas a trabajar para la Oficina más nunca”.

Riley sabía que esta amenaza debió haberla hecho sentir mal. Pero no podía preocuparse por eso ahora mismo.

“Entiendo”, le dijo a Morley. Finalizó la llamada.

Bill estaba mirando la pantalla del portátil.

“Reservé un vuelo sin escalas”, dijo. “Pero tenemos que apurarnos. Sale en una hora”.



## Capítulo Veintiocho

Ver la tierra pasar bajo las nubes era una tortura. Pareciera que el avión estuviera moviéndose lentamente. Ella sabía que la lentitud era sólo una ilusión, pero también sabía que muchas cosas podían suceder en las cuatro horas y media que estaría en el vuelo.

*“Cosas terribles”, pensó. Y recordó el cuerpo colgante de Marie de nuevo.*

Pero sacó la terrible imagen de su mente. No, eso no ocurriría esta vez. Mike le había devuelto la llamada a Riley y le había dicho que ya iba en camino a recoger a April. Y, antes del despegue, Riley había logrado comunicarse con su hija, quien aún sonaba aterrorizada pero que le había prometido que estaría bien.

Riley se sentía impaciente por otras cosas también. Seguía recordando la ira de Morley y lo que le había dicho hace un rato.

*“Te sacaré del caso. Quizás no vuelvas a trabajar para la Oficina más nunca”.*

¿Era cierto? ¿Su carrera como agente del FBI había terminado? Por los momentos no sabía si le importaba o no. Esta era la primera vez en la que le había dado prioridad a ser madre.

*“Tal vez ya es hora que lo haga”, pensó. Tal vez debería haber tomado esa decisión hace mucho tiempo. Aún así, entendía el punto de vista de Morley. Su decisión no había sido nada profesional. Había dejado un trabajo importante a medias. Era como Morley había dicho...*

*“Hay un asesino por ahí y va a matar de nuevo pronto, si es que ya no lo ha hecho”.*

Mientras el avión seguía subiendo, el movimiento se volvió más extraño. En su mente, aún se arrastraba hacia su hija. Al mismo tiempo, sabía que estaba alejándose de otra responsabilidad. No tenía ni idea qué sensación era peor.

\*

Quando llegó al Aeropuerto Nacional Reagan esa tarde, Riley alquiló un carro y condujo por el tráfico pesado a la oficina de Mike Nevins. Le tomó al menos una hora llegar allí. Cuando encontró a Mike Nevins sentado en una silla afuera de su oficina, sintió una oleada de preocupación. ¿Dónde está April?

Pero la sonrisa de Mike a lo que se puso de pie para saludarla fue profundamente tranquilizadora.

*“Ella está aquí, Riley”, dijo. “No te preocupes.”*

Abrió la puerta de la oficina, y él y Riley entraron. Vio a April sentada en una

silla, hablando intensamente con una mujer joven que se veía preocupada y compasiva.

April se puso de pie rápidamente y se echó en los brazos de su madre, sollozando.

“Ay, Mamá, lo siento mucho”, dijo.

Riley apenas podía sostenerla. La pobre niña se sentía agotada por su terrible experiencia.

“¿De qué estás hablando?”, dijo Riley, acariciando su pelo. “No es tu culpa. Nada de esto es tu culpa”.

“Sé que está muerto. No sé qué me pasó”.

“Está bien”, dijo Riley.

Cuando Riley finalmente soltó a April, la mujer joven se levantó para darle su mano.

“Riley, ella es Rose Shepard, un médico residente”, dijo Mike. “Rose, esta es la madre de April, Riley”.

“Tu hija estará bien”, dijo Rose.

“Gracias”, dijo Riley.

“Rose y April están progresando bastante”, dijo Mike. “Vamos a hablar”.

Mike tomó a Riley por el brazo y la sacó de la oficina. Se sentaron juntos en dos sillas del pasillo.

“April está en buenas manos”, dijo Mike. “Ella es joven e inteligente y empática. Estoy demasiado acostumbrado a tratar con psicópatas para ser de mucha ayuda en una situación como esta. No tengo el toque perfecto”.

“¿Cómo está?”, preguntó Riley.

Mike se acarició la barbilla, pensativo.

“Esto no es nada nuevo”, dijo. “Ella ha estado reprimiendo las cosas por demasiado tiempo. Es bueno que estén empezando a salir”.

Riley se encogió cuando escuchó la palabra “empezando”. Mike obviamente quería decir que April aún no estaba fuera de peligro.

“Debí haberlo visto venir”, dijo Riley.

“Culparte no ayudará en nada, Riley. April tiene que sanar a su propio ritmo. No depende de ti. Esta es una parte necesaria del proceso”.

El hombre apuesto se inclinó hacia Riley con una mirada preocupada.

“¿Y tú, Riley? ¿Cómo te has sentido?”.

Riley se encogió de hombros. “Estoy bien”.

“No, no lo estás. Puedo verlo en tu rostro. Tienes que hablar conmigo”.

Riley quería decirle a Mike que lo que le estaba molestando era el cambio de hora. Volar por varias zonas horarias podía afectar a cualquier reloj corporal. Pero tenía razón, por supuesto.

“Mike, no sé qué hacer ya. Me fui en pleno caso. El jefe de Arizona está furioso. ¿Hice lo correcto?”.

“Solo tú puedes decidir eso, Riley”.

Riley suspiró miserablemente. “Dicho como un verdadero psiquiatra”, dijo.

Mike dejó escapar una risita. “Sí, y sabes que es verdad”, dijo.

Sí, ella sabía que era cierto, y sabía que Mike quería que hablara del tema.

“Sigo encontrándome con el mismo problema una y otra vez”, dijo. ¿Cómo puedo ser una agente y una madre? ¿Es eso posible? ¿Siquiera debería intentarlo? Ryan también está enojado conmigo. Por supuesto, siempre está enojado conmigo, pero esta vez me pregunto si tiene razón. Dice que debí haberme quedado en casa siendo madre. ¿Es eso cierto?”. Tal vez April estaría mejor con él”.

“Sabes que eso no es verdad”, dijo Mike.

Riley se quedó callada. Obviamente Mike tenía razón de nuevo. Sabía que April no pertenecía con su padre irresponsable, mujeriego y emocionalmente distante. Estaba dejando que su autocompasión la dominara.

“Las horas imposibles son bastante malas”, dijo. “Lo peor es que siempre estoy poniéndome en peligro, y que ella podría perderme un día de estos. Pero terminé poniéndola en peligro también, y mira todo lo que la ha afectado. Me aterra el pensar que algo así pudiera volver a suceder”.

Mike frunció el ceño, escuchando a Riley detenidamente.

“Parece que crees que tu situación es única”, dijo. “Sin duda, corres más riesgo que la mayoría de los padres. Pero es un simple hecho de criar a un niño, nunca hay una única decisión correcta que puedes tomar. La mayoría de los padres aceptan ese hecho tarde o temprano. Pero tú no lo haces, sigues creyendo que debes ser capaz de hacer lo imposible. ¿Por qué crees que eso es así?”.

Los ojos de Riley se llenaron de lágrimas. A veces dolía lo bien que Mike la entendía. Pero precisamente por esa razón es que ella acudía a él a menudo.

Él dijo: “Sé que esto no es lo que quieres oír, pero has llegado a un punto crítico. Ahora que estás dejando atrás tu propio TEPT, aún estás llena de inseguridad. No creo que puedas superar esto sin algún tipo de catarsis emocional”.

Riley dejó escapar un solo sollozo. Le costó mucho controlarse.

“Mike, no sé qué hacer”.

“Está bien no saber qué hacer”, dijo Mike.

“No en un momento como este. Tengo que tomar una decisión”.

Mike sostuvo su mirada por un momento.

“No sé si esto ayudará”, dijo cuidadosamente. “Pero la situación con April está bajo control. Hablé con un colega de Fredericksburg. Su nombre es Lesley

Sloat, y ella es una excelente terapeuta pediátrica. Está dispuesta a trabajar con April todos los días por el tiempo en que lo necesite. Tú y April pueden reunirse con ella mañana por la mañana”.

Riley detectó una insinuación en las palabras de Mike. Parecía estar diciéndole que su presencia no sería necesaria por mucho tiempo. Podría volver a trabajar pronto si así lo quisiera.

¿Pero quería volver? Se sentía terriblemente perdida y confundida.

La puerta de la oficina de Mike se abrió y Rose y April salieron al pasillo. El brazo de Rose estaba alrededor del hombro de April.

“Creo que avanzamos bastante hoy ¿cierto, April?”, dijo Rose en una voz cálida y agradable.

La sonrisa de April era débil, pero genuina.

“Sí”, dijo.

“Vámonos a casa entonces”, dijo Riley.

Riley sostuvo la mano de su hija desde que salieron del edificio y hasta que llegaron al carro.

“Lamento todo esto, Mamá”, dijo April.

“Por favor deja de decir eso”, dijo Riley.

\*

April se fue a dormir poco después que regresaron a su hogar en Fredericksburg. Estaba agotada después de su terrible experiencia, y Riley esperaba que durmiera tranquila. Pero Riley no se sentía lista para dormirse. Era más que el cambio de hora, se sentía muy perturbada.

Tan pronto como estuvo segura que April se había quedado dormida, se fue a su dormitorio y se echó en la cama. Llamó a Bill con su celular.

“¡Riley!”, dijo Bill al contestar. “¿Cómo sigue April?”.

“Ella va a estar bien”, dijo Riley.

Riley escuchó a Bill suspirar de alivio. Oír su voz era reconfortante.

“¿Qué ha pasado con el caso?”, preguntó Riley.

“Estamos totalmente estancados. Quisiera que aún estuvieras aquí”.

En ese momento cayó un silencio. Riley sintió que Bill estaba tratando de encontrar las palabras adecuadas para decir algo que ella no quería escuchar.

Finalmente dijo: “Riley, Morley hizo lo que dijo que iba a hacer. Llamó a Brent Meredith en Quántico y le contó todo, especialmente lo molesto que está contigo. Logró sacarte del caso”.

Ahora le tocó a Riley guardar silencio. No tenía ni idea qué decir.

“Riley, puedo solucionar esto”, dijo Bill. “Ya llamé a Meredith. Él entiende

por lo que estás pasando. Puede hacer valer su rango y reintegrarte. Pero la decisión final la tienes tú”.

La ansiedad de Riley era tan intensa que apenas podía respirar.

“Necesito un tiempo para decidir, Bill”, dijo.

Bill dejó escapar un gemido de impaciencia.

“No tenemos mucho tiempo”, dijo. “Morley ya está hablando de traer un reemplazo de Quántico. Lo estoy retrasando, pero no podré hacerlo por mucho tiempo. Y una vez que llegue un reemplazo, te será mucho más difícil volver”.

“Entiendo”, dijo Riley. “Gracias, Bill”.

Finalizaron la llamada. Riley se quedó echada en su cama, sintiéndose deprimida y descarrilada. Era una sensación nueva y terrible. Durante su vida había conocido la ira, el terror, el dolor y cualquier otro tipo de emoción negativa que se podía imaginar. Pero, de alguna manera, esto era peor. Apenas se reconocía a sí misma, era una bola de indecisión y desesperación. ¿Dónde terminaría esta miseria desconocida?

Recordó algo que Mike Nevins le había dicho.

*“No creo que puedas superar esto sin algún tipo de catarsis emocional”.*

Eso no era nada bueno, significaba que las cosas iban a empeorar antes de que pudieran mejorar. Recordó cómo casi había llorado cuando había hablado anteriormente con Mike.

*“Quizás eso es lo que necesito ahora mismo”,* pensó. *“Desahogarme”.*

Pero las lágrimas nunca vinieron.

## Capítulo Veintinueve

La noche siguiente, Riley se encontraba en la cocina, empezando a preparar la cena para ella y April cuando escuchó la puerta principal abrirse.

Una voz familiar gritó: “¿Dónde está? ¿Dónde está mi muchacha linda?”.

Luego Riley oyó a April gritar alegremente: “¡Gabriela!”.

Riley se apresuró a la sala donde encontró a April y a Gabriela abrazándose. La maleta de Gabriela estaba en el piso cerca de la puerta.

“¡Gabriela!”, dijo Riley. “Pensé que llegabas mañana”.

“¿En serio creíste que no me vendría lo más pronto posible después de todo este asunto?”.

Riley entendió. Ayer había llamado a Gabriela, que aún estaba en Tennessee visitando a su familia. Obviamente le había contado lo que había pasado con April. Gabriela era familia, y Riley tenía que mantenerla informada. No debió haberle sorprendido el hecho de que Gabriela se había apresurado para volver lo más pronto posible.

“Anda a desempacar tus cosas, Gabriela”, le dijo. “Estoy preparando la cena”.

Riley volvió a la cocina luego de decir eso. Aunque le gustaba mucho cómo cocinaba Gabriela, a veces le gustaba cambiar de lugar con ella y cocinar. Y estaba segura que a Gabriela no le caería mal un descanso luego de su viaje.

Había sido un día largo y emocional. Riley había llevado a April a la oficina de la Dra. Lesley Sloat esa tarde. Riley había hablado a solas con la Dra. Sloat primero y ella le explicó su enfoque terapéutico. Inmediatamente le había caído bien la mujer bajita, corpulenta y afectuosa. Se sentía tan agradecida por la ayuda que había recibido con el estrés postraumático de April. Se estremeció al pensar lo que su hija debía estar pasando.

Luego la Dra. Sloat había hablado con April a solas por una hora. April se había visto mucho mejor después de su sesión.

De camino a casa, April le había dicho: “Tu amigo el Dr. Nevins realmente nos ayudó con esto. Será genial hablar con la Dra. Sloat. Tiene una forma de hacerme ver las cosas que es muy diferente a la mía”.

Ahora, lavando las verduras en la cocina, Riley se sentía alegre que Gabriela había vuelto. Ella era una presencia calmante, reconfortante y amorosa en sus vidas. Riley se preguntó que hubiera hecho sin ella en medio de todas las dificultades.

April entró en la cocina y comenzó a ayudar a su madre.

“Sabes lo que esto significa, ¿verdad, Mamá?”, dijo April. “Que Gabriela esté de vuelta”.

“No creo”, dijo Riley.

“Significa que puedes regresar a Phoenix para trabajar en el caso”.

Esta sugerencia sorprendió a Riley.

“Pero apenas llegué ayer”, dijo Riley.

April se echó a reír mientras picaba un apio.

“Mira, no es que no estoy contenta de que estés aquí”, dijo. “Pero tienes que atrapar a un tipo malo. Y yo voy a estar bien. Puedo llegar a la Oficina de la Dra. Sloat en autobús. Y tengo su número, y ella me dijo que puedo llamarla a cualquier hora si me siento ansiosa. Y con Gabriela aquí, bueno... “.

Gabriela acababa de entrar por la puerta de la cocina.

“Tu hija tiene razón”, dijo. “April y yo podemos manejar las cosas aquí”.

Riley sintió una oleada de pánico. April y Gabriela obviamente tenían razón. Ya no tenía ninguna excusa para no volver a Phoenix. Pero aún no podía tomar la decisión, y esto la alarmaba.

“¿Qué me pasa?”, se preguntó.

Entonces recordó otra cosa que Mike Nevins le había dicho...

*“Sigues creyendo que debes ser capaz de hacer lo imposible. ¿Por qué crees que eso es así?”.*

En un instante, Riley supo la respuesta a esa pregunta, o al menos dónde y cómo encontrar la respuesta. Se derrumbó en una de las sillas de la cocina, sus lágrimas finalmente fluyendo.

Gabriela y April se acercaron a ella, tratando de consolarla.

“¿Qué te pasa, Mamá?”, preguntó April.

“Sé adónde tengo que ir”, dijo Riley entre lágrimas. “Sé a quién tengo que ver”.

## Capítulo Treinta

Estaba lloviendo fuertemente al día siguiente mientras Riley conducía por los montes Apalaches. Los caminos de tierra estaban llenos de barro, y conducir era difícil. El clima desagradable reflejaba sus sentimientos. Las escasas visitas a su padre eran todo menos agradables.

Aún así, su instinto le decía que eran necesarias. El viaje la estaba llevando a más que un terreno montañoso. La estaba llevando a la raíz de sus inseguridades. Era una parte de su alma que necesitaba poder observar sin hacer un gesto de dolor. De lo contrario, quizás jamás podría librarse de su indecisión e incertidumbre.

Además, la lluvia le parecía extrañamente refrescante. Sin duda era un cambio bastante drástico después de la sequedad del aire caliente de Arizona. Y el bosque circundante era exuberante y verde.

La lluvia no había dejado de caer cuando se detuvo en la pequeña cabaña. Su padre había comprado este lugar y algunos terrenos circundantes luego de jubilarse de la Infantería de marina. En términos generales, los visitantes no eran bienvenidos aquí. Ni siquiera tenía un teléfono o una computadora para comunicarse con el mundo exterior, aunque a veces recibía noticias en sus ocasionales visitas a la ciudad.

Abrió un paraguas y se apresuró hacia la puerta. Tocó la puerta, pero no esperaba que alguien le respondiera o le diera la bienvenida. Su padre simplemente no era así. Pero oyó a alguien toser dentro de la cabina.

Ella abrió la puerta y entró. La habitación estaba cálida y seca, calentada por una cocina de leña. Canoso y encorvado, su padre estaba sentado en un taburete, pelando una ardilla muerta. Varios cadáveres de ardillas estaban amontonados a su lado.

“Hola, Papi”, dijo.

No levantó la mirada, y ella no esperaba que lo hiciera. Acababa de hacer los primeros cortes y quitarle la piel a la carcasa. Ella había admirado como hacía eso desde que cazaba con él de niña ya que lo hacía ver tan tranquilo y elegante.

Tosió fuertemente por un momento. A Riley le pareció un sonido extraño viniendo de él. Nunca lo había visto enfermo en todo el tiempo que habían vivido juntos.

Cuando logró controlar su tos, dijo: “Volviste a toda prisa”.

Riley entendía a qué se refería. La última vez había venido a verlo había sido hace unos meses, en julio. Antes de eso, había pasado más de dos años desde su última comunicación. Y, obviamente, él nunca había iniciado esas



comunicaciones.

Riley se sentó, acomodándose lo más que pudo en una silla de mimbre. Su padre tosió otra vez. Se veía más pálido, y tal vez un poco más flaco, que la última vez que lo había visto. Su pelo era un poco más largo que el estilo rapado que siempre había usado.

“¿Estás enfermo, Papá?”, preguntó.

Dejó escapar una risita. “Te gustaría eso, ¿cierto? Nada te haría sentir más feliz que verme enfermo, indefenso y al borde de la muerte. Pues no tuviste esa suerte. No esta vez”.

Riley sintió su mandíbula apretarse y su cuerpo entero tensarse. Esta visita se estaba volviendo fea incluso más rápidamente que la anterior.

“¿En qué tipo de caso andas trabajando?”, preguntó.

“Más de lo mismo”, dijo Riley, sintiéndose caer en su forma monótona y distante de hablar. “Un asesino en serie en Arizona. Asesina prostitutas”.

“En Arizona, qué bien”.

Rajó la ardilla por el abdomen y empezó a sacarle las entrañas.

“Qué flacuchenta”, dijo quejándose.

El olor a entrañas de ardilla inundó la sala. Ella recordaba bien ese olor. No era agradable, pero no era tan malo como un cadáver humano en descomposición.

“Estás bastante lejos de Arizona”, dijo. ¿Qué estás haciendo aquí?”.

Riley no respondió. Su espalda se puso tensa.

“No me digas”, dijo. “Perdiste el control y te ausentaste sin permiso. Te estás preguntando si deberías volver o no. Sí, me sentí así de vez en cuando en Vietnam. Sin embargo, nunca traté de escapar. Desertar es mal visto en la Infantería. Supongo que el FBI es un poco más tolerante. Te malcrían”.

Riley se preparó emocionalmente. Llegó el momento de sincerarse con un hombre que no sabía el significado del concepto de franqueza.

“Mucho ha pasado desde la última vez que estuve aquí”, dijo. “April fue secuestrada por el mismo tipo que me secuestró a mí. Casi la mata”.

“¿April?”, preguntó.

“Mi hija. Tu nieta”.

Él tosió un poco más. “Ah, sí. ¿Cómo lo sobrellevó? ¿Se convirtió en una bola indefensa de miedo?”.

Riley se sintió satisfecha con lo que le dijo en respuesta:

“No. Ella me ayudó a matarlo”.

Su padre lanzó la ardilla pelada y eviscerada en la pila y comenzó a trabajar en otra carcasa.

“Buena chica”, dijo. “Deberías de traerla uno de estos días. Quisiera

conocerla”.

“*Ni en sueños*”, pensó Riley.

Su padre siguió hablando.

“Así que ahora te sientes culpable de todo. Tal vez piensas que estás en el trabajo equivocado. Quieres ser una buena madre y criar a una buena chica. Mierda. Sabes mi opinión al respecto”.

“Hay monstruos rondando por allí”, dijo Riley. “La involucré en ese mundo”. Él empezó a reírse, pero su risa se convirtió en tos.

“Eso es pura mierda. ¿Piensas que estás enfrentándote a un monstruo en Arizona? ¿Un hombre que mata prostitutas? No estás enfrentándote a un monstruo. Ni siquiera estás enfrentándote a la maldad. Estás enfrentándote a lo que la gente llama *normal*. Este asesino, cuando no está matando, es un buen hombre, un pilar de la comunidad, un buen marido, buen padre. “Es mi antítesis, y es tu antítesis”.

Riley sabía, por el perfil que ella misma estaba armando, que no estaba totalmente equivocado. Pero eso no respondía nada.

“Si él es tan bueno, ¿por qué sigue matando mujeres?”, preguntó Riley.

Su padre dejó de cortar a la ardilla. La pregunta parecía haberlo interesado. Miró a Riley fijamente a los ojos.

“¿Por qué sigues matando hombres?”, preguntó.

Riley sintió que había sido sumergida en un lago congelado. Era una buena pregunta. Era una pregunta importante. Era exactamente por esa pregunta que había venido aquí, quería responderla desesperadamente.

“Eres una cazadora”, dijo su padre, aún sosteniendo su mirada. “Te mataría si trataras de vivir mucho tiempo en aquello que las personas llaman normal. La verdad es que esa normalidad mata a cualquiera. No es natural, va en contra de la naturaleza humana. Vuelve a la gente loca del aburrimiento. Hace que maten sin ninguna razón en absoluto. Ahora, tú y yo, tenemos nuestras razones para matar. Somos animales en esa forma. Sabemos quiénes somos. Estos asesinos que buscas y matas, simplemente no tienen el discernimiento adecuado. No se conocen a ellos mismos. Se descontrolan”.

Siguió sosteniendo su mirada.

“Me recuerda a un refrán. 'En un mundo loco, solo los locos están cuerdos'. No puedo recordar quién lo dijo. Pero es cierto para ti, para mí y para todos. Gente loca en un mundo loco lleno de personas que no tienen ninguna razón para ser cuerdas. Somos los únicos que tenemos una idea de lo que realmente está sucediendo”.

Bajó sus ojos y miró el suelo fijamente, hablando casi en un susurro.

“Volverás a trabajar. Te montarás en el próximo avión rumbo a Arizona. Sé

que lo harás. No tienes una opción. Nunca te di una opción. Te crie bien, te crie para que fueras una cazadora. Quisiera haberlo hecho también con tu hermana, pero ya es muy tarde para remendar eso”.

Riley sintió que había recibido una descarga eléctrica. No podía recordar la última vez que había mencionado a Wendy. Parecía extraño, porque Riley había estado pensando mucho en ella últimamente.

“Tal vez no la traté bien”, dijo.

“Solías golpearla”, dijo Riley.

Su padre gruñó y asintió lentamente. “A eso me refiero. Solo le pegué con mis manos. La moreteé un poco por fuera, más nada. No la golpeé lo suficiente en su interior. Ya sabía esto para cuando naciste tú. Nunca te puse un dedo encima. Te golpeé mucho más profundamente. Aprendiste. Tú aprendiste”.

Tosió durante un largo rato luego de decir esas palabras. Riley podía ver que él estaba muy enfermo. Pero no tenía sentido intentar hablar con él sobre ello.

Cuando dejó de toser dijo: “Te invitaría a quedarte para que comiéramos guiso de ardilla. Pero sé que no querrás pasar el rato con un bastardo desagradable como yo. Ya estás lista para largarte de aquí”.

Él tenía toda la razón, pero Riley no iba a decírselo.

En cambio dijo: “Yo no te odio, Papi”.

“Estás mintiendo o eres una tonta”, dijo.

Eso hizo que Riley se enfureciera.

“¿Qué diablos significa eso?”.

“Justamente eso. Si no me odias, no hice bien mi trabajo”.

Tosió un poco más. Se veía muy enfermo. Riley quería tenerle lástima, pero no iba a permitirselo. Realmente la había enfurecido.

Dijo sarcásticamente: “Bueno, mientras estamos hablando del tema del 'trabajo' que hiciste, tal vez debería agradecerte. Aprendí mucho de tu ejemplo. Aprendí todo lo debí aprender sobre cómo *no* ser un padre”.

“Estúpido”, dijo. “Probablemente estás criando a tu hija para que te ame. Será una debilucha y te arrepentirás de ello para siempre”.

“¿Qué sabes del arrepentimiento?”, espetó Riley.

“No mucho. Y estoy orgulloso de eso. Deberías estar agradecida, perra quejona”.

Pero ya Riley había oído lo suficiente. Había soportado este abuso toda su vida. Y nunca se había defendido. Siempre había huido. Y ya no huiría más, eso había quedado en el pasado.

Se puso de pie delante de él, tan cerca que ninguno de los dos se sentía cómodo.

“¿Tienes espejos aquí, Papi? Apuesto a que no. No te gustaría lo que verías en

ellos”.

“¿Y eso qué podría ser?”.

“Un cobarde. Un poco hombre enfermo y asustado que nunca tuvo las agallas para amar. Un hombre que intimidó a niños pequeños en vez de a hombres de su propio tamaño”.

Sus ojos se torcieron de rabia. Levantó su mano abierta e intentó abofetearla, pero Riley desvió el golpe hábilmente con la muñeca.

“Adelante, trata de golpearme”, dijo atrevidamente. “Ya no puedes hacerlo. Soy más fuerte que tú, Papá. No podrás tocarme nunca más”.

Con un rugido de rabia, se echó para atrás, luego lanzó un puñetazo en su rostro. Riley cogió su puño con su mano, sosteniéndolo en un apretón. Ella dio un paso hacia él.

“Si vuelves a intentar eso te juro por Dios que te mataré aquí mismo”.

Ahora su rostro reflejaba una sonrisa maliciosa. Riley sintió frío. Le estaba encantando esto. Él vivía por este odio ya que era todo lo que tenía.

Pero ella se negaba a ser como él. No iba a desperdiciar su odio en él.

Soltó su agarre en su puño, lo alejó y luego lo miró directamente a los ojos.

Ella dijo: “No te odio, Papá. Me niego a odiarte, por mucho que lo intentes”.

Ahora se veía herido. No se había visto así cuando había dicho eso antes.

¿Qué había cambiado?

“*Me cree esta vez*”, pensó.

Después de todo, era lo más hiriente que podía decirle. Le había quitado su posesión más preciada en el mundo.

Riley se dio la vuelta y se alejó. Justo cuando abrió la puerta para irse, lo oyó gritar algo más:

“Nunca confíes en un hombre cuyos hijos no lo odien”.

Parecía algo muy cínico, incluso para su padre. Pero ella no le respondería. Salió de la cabaña y cerró la puerta detrás de ella. No se molestó en abrir su paraguas. La lluvia se sentía bien. Se quedó parada allí en la escalera de entrada y dejó que la lluvia la empapara.

La visita se había vuelto sombría, tal y como ella lo había esperado. Sin embargo, había cumplido su propósito. Recordó lo que Mike Nevins le había dicho.

“*No creo que puedas superar esto sin algún tipo de catarsis emocional*”.

Su padre le había dado esa catarsis. Y ahora hasta tenía la lluvia para completar su purificación.

Su padre estaba enfermo, de eso no había duda. Pero si no iba a buscar ayuda, o ni siquiera admitir que estaba enfermo, no había nada que Riley u otra persona pudiera hacer por él. No tenía que verlo nunca más. Y de seguro no lo haría.

Ya se estaba comenzando a sentir normal. Y por primera vez desde que había comenzado a trabajar en este caso, sintió la presencia palpable del asesino. Y no era nada como ella.

*“Ha tenido una vida exitosa”, pensó.*

A diferencia de ella, el asesino había hecho todo lo correcto, y nunca había sentido ninguna contradicción al respecto. En su opinión, asesinar a prostitutas era solo una manera de desahogarse, como jugar golf o bridge. No tenía nada de malo. Él tampoco tenía nada de malo.

Finalmente estaba comenzando a descifrarlo. Él era un asesino, nada más que eso. Pero Riley era una cazadora. Ella sabía lo que estaba haciendo en su vida, y él no. Era su presa y ella tenía que acabar con él.

Entró al caro y comenzó a conducir. Mientras conducía por la montaña llena de lluvia, recordó otra cosa que Mike Nevins le había dicho:

*“Nunca hay una única decisión correcta que puedes tomar”.*

Sonrió porque finalmente se sintió en paz con eso.

## Capítulo Treinta y uno

Socorro se preguntaba por qué se estaba sintiendo nerviosa respecto al cliente que estaba abriendo la puerta del motel. T.R. tenía mucha clase.

“*Pero tal vez eso es lo extraño*”, pensó mientras caminaba a la habitación. ¿Qué tipo de cliente con clase trataría de ligarse a una prostituta callejera? ¿Por qué no contratar a una acompañante en vez?

Cuando la había recogido, había pensado que querría sus servicios allí en el carro como algunos clientes. En cambio, la había sacado de Phoenix, diciéndole que quería encontrar algún lugar tranquilo. La había traído a este motel que quedaba cerca de un pequeño pueblo, alquilando una habitación en la parte posterior del edificio. Por lo que había visto, no quedaba nada detrás del lugar excepto desierto.

No estaba totalmente cómoda con esto. Por un lado, no podría tomar un autobús como lo hacía usualmente en la ciudad. Tendría que esperar que la llevara de regreso a la ciudad.

Llegaría a casa más tarde de lo habitual. Pero su hija, Mari, estaba lo suficientemente grande como para cuidar de sus dos hermanos menores. Mari podría prepararles la cena, pero tendría muy poco con qué trabajar esta noche. Socorro tenía previsto llegar a un sitio y comprar hamburguesas para todos antes de llegar a casa. Y también papas fritas. Y algo dulce, tal vez unos batidos.

La mayoría de los clientes no parecían percatarse del hecho que era madre. Por supuesto, trabajaba duro para no parecer una. Allá en las calles, siempre aparentaba ser una chola vivaz. Los hombres con los que salía jamás reconocerían la madre que era en casa.

Por otra parte, era un motel decente, y T.R. estaba siendo muy agradable. Había traído una botella de whisky con él y estaba sirviendo dos vasos. Le dio uno a ella.

“¿Agua o hielo?”, preguntó. “¿O algo con qué mezclarlo?”.

“Así está bien”, dijo Socorro con una sonrisa. Era bastante raro que un cliente le ofreciera una bebida, así que no sería exigente. Tomó un sorbo. Sabía costoso.

“Quítate la blusa”, dijo.

Socorro estaba feliz de seguir sus órdenes. Se quitó la blusa y se echó sobre la cama. No tenía nada puesto debajo de ella, pero no tenía ningún problema con estar semidesnuda o completamente desnuda. Haría todo lo que los clientes quisieran en cuanto a su ropa y las actividades que exigían.

“¿Algo más?”, preguntó.

“No en este momento”.

Así que esperaría hasta que le pidiera que se quitara la falda, medias de red y tacones de aguja. O tal vez quisiera hacerlo por ella. Socorro se dijo a ella misma que se estaba sintiendo cautelosa porque era más delicado y más lento que sus clientes habituales. No estaba apurado como la mayoría de ellos.

Se sentó a su lado en la cama y empezó a tocar su cuerpo. Pasó sus dedos por sus pechos y por sus piernas, sintiéndola por debajo de su falda.

Pero algo parecía extraño. Estaba respirando bastante fuerte, pero no era el tipo de respiración que esperaba con la excitación.

“*No se le para*”, pensó.

Pero ella podía ocuparse de eso. A veces a algunos clientes les costaba tener una erección, pero Socorro generalmente podía satisfacerlos de una u otra forma. Quizás tendría que ponerse a trabajar, pero T.R. valía la pena el esfuerzo.

Después de todo, no tenía ninguna razón legítima para estar asustada. Esas noticias de un asesino en serie que mataba prostitutas la habían puesto un poco nerviosa. No es que había muchos detalles, pero Socorro pensó que quizás solo era un bombo publicitario durante una semana de noticias aburridas. Pero estaba arruinando la vida en las calles. Había más policías que de costumbre, y eso asustaba tanto a los clientes como a las chicas trabajadoras.

Pero Socorro no podía darse el lujo de no permanecer en las calles. Necesitaba dinero, y lo necesitaba hoy. Tenía hijos que alimentar y un alquiler que pagar. Y aunque ninguno de sus clientes habituales había aparecido, tuvo suerte con T.R.

Ella lo había visto antes en ese gran carro costoso. Incluso había intentado hablar con él una vez, pero se había ido conduciendo cuando su estúpido proxeneta la había interrumpido.

“*¡Pinche Pablo!*”, pensó.

De todos modos, no creía que T.R. tenía nada de malo. No era como si se estuviera escondiendo de la ley o algo así.

Después de unos momentos de caricias improductivas, se levantó de la cama.

“Te traje un regalo”, le dijo.

Esto sorprendió a Socorro. ¿Quién le compraba regalos a prostitutas callejeras como ella?

Sacó una cajita plana de su bolsillo y se la ofreció.

Socorro jadeó cuando lo abrió. Adentro había un collar encantador.

“¿Esto es para mí?”, exclamó.

“Especialmente para ti”, dijo. “Lo escogí contigo en mente. El diamante es real”.

Ella sonreía con deleite. Sabía que estaba mintiendo, por supuesto. No la había tenido a ella en mente. ¿Cómo era posible? Le hubiera dado el collar a

cualquier puta que se hubiera ido con él. Pero no se estaba quejando.

“No sé qué decir”, dijo.

Él le devolvió la sonrisa. “¿Qué tal muchísimas gracias?”.

Se rio en voz alta. “¡Muchísimas gracias!”.

Él miró alrededor de la habitación. “Póntelo”, dijo. “Tengo algunos juguetes en el carro. Ya vuelvo”.

Tan pronto como salió por la puerta, Socorro se puso de pie y se colocó el collar, viéndoselo en el espejo. Era una cadena delgada de plata con una piedra simple. Pensó que se veía bastante glamorosa, desnuda hasta la cintura con este collar puesto.

Ella suspiró. Se merecía esto y mucho más. A menudo pensaba que debía intentar trabajar en algo mejor, como un servicio de acompañantes. Así podría alejarse del pinche Pablo. Trabajar con una señora en vez de un chulo sería un cambio positivo.

Entretanto, no iba a ponerse sentimental por este regalo costoso. Ella no era nada para T.R., y él no era nada para ella. Vendería el collar tan pronto como tuviera la oportunidad. Podría comprar víveres, tal vez incluso tomarse una semana de descanso.

“*O tal vez no*”, pensó.

Si iba a cambiar de mundo, ¿no debería quedárselo? Las call girl y las acompañantes necesitaban sus joyas. Tal vez este era un comienzo.

Pero algo la inquietó en ese momento mientras se seguía mirando en el espejo. Tenía algo que ver con un collar y desnudez...

Entonces lo recordó. Lo había visto en la televisión, un collar muy parecido a este. Una mujer muerta había sido encontrada en un lago en las afueras de la ciudad, desnuda y usando solo un collar como este.

La mujer había sido una de las víctimas del asesino.

El pánico comenzó a dominar a Socorro. No podía acabar igual que ella. Tenía una vida que vivir. Tenía hijos que alimentar y cuidar. ¿Qué sería de ellos si nunca llegara a casa?

Pero tal vez estaba equivocada. Tal vez no tenía razón para estar asustada. Tal vez todo estaría bien.

Abrió la puerta un poquito, esperando que él no se diera cuenta. Estaba oscuro afuera, y la luz encima de la puerta estaba apagada. El estacionamiento no estaba bien iluminado. Aún así, podía verlo por la luz del maletero de su carro, a no más de cinco metros de distancia. Estaba de espaldas a ella y estaba buscando algo. En una mano había un rollo de cuerda.

Su corazón estaba latiendo con fuerza. ¿Debería gritar? ¿Alguien la escucharía? No había nadie a la vista. No había muchos carros estacionados



aquí. El motel estaba bastante vacío.

Había solo una cosa por hacer. Se quitó sus tacones de aguja, abrió la puerta por completo y comenzó a correr. Oyó al hombre maldecir cuando lo pasó de largo.

Socorro no tenía ni idea hacia dónde correr, así que siguió corriendo. En momentos, el pavimento del estacionamiento se volvió grava y después un camino rocoso. Todo estaba oscuro y ella siguió corriendo sin pensar. Sus pies le dolían bastante por la arena áspera y pedregosa y las malezas del desierto. Sus piernas y su torso desnudo fueron azotados por plantas espinosas. Pero sus pies siguieron llevándola hacia adelante.

Pronto no tenía ni idea qué tan lejos había corrido. Estaba conmocionada de dolor y miedo. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había huido de ese cuarto de motel? ¿Solo unos minutos? ¿Una hora?

Sentía que su corazón iba a explotar y que sus pulmones estallarían. Se detuvo de golpe y cayó de rodillas, momentáneamente ensordecida por sus jadeos y palpitaciones.

Pero cuando su respiración se normalizó un poco, escuchó otro sonido. Era tráfico distante. Miró a su alrededor y vio unos faros moviéndose a cierta distancia.

“¡Tonta!”, pensó.

En su pánico, se había metido al desierto en vez de acercarse a la carretera. Se volvió. Veía las luces del motel a lo lejos. No vio a nadie entre ella y el motel. ¿No la había seguido?

Estaba bastante lastimada y no podía moverse. Había frío, estaba casi desnuda y estaba temblando de frío y de miedo.

Pero tenía que seguir moviéndose. Cojeó dolorosamente hacia la carretera.

A lo que se acercó a la carretera, un carro que se acercaba bajó la velocidad. Era un carro grande y lujoso, estaba segura que era el carro de T.R. El carro se detuvo a su lado.

La puerta del pasajero se abrió. Podía ver a T.R. conduciendo.

“¿Qué te pasa?”, gritó. Estaba sosteniendo su blusa con una mano. “Te olvidaste de esto. Entra, pónitela. Te llevaré a casa”.

Pero ni en sueños se metería en ese carro con él. Pasó al carro de largo y corrió hacia la carretera. Se acercaban unos grandes faros. Parecía que pertenecían a un camión. Esperaba que fuera un camión.

Socorro corrió hacia las luces, agitando sus brazos. Gritó por primera vez desde que había comenzado a correr.

## Capítulo Treinta y dos

Riley entró en la oficina del agente especial encargado Elgin Morley a las siete de la mañana. Bill ya estaba allí, y Morley estaba sentado detrás de su escritorio.

Bill le sonrió. Morley frunció el ceño.

“*Bueno, el sentimiento es mutuo*”, pensó Riley al tomar asiento.

Esta situación parecía un sueño. Su vida se había convertido en un torbellino después de haber visitado a su padre ayer. Había llamado a Brent Meredith en Quántico para decirle que quería volver a trabajar justo después de haber llegado a casa. Le había dicho que hablaría con Morley para que volviera al día siguiente.

En cambio, había sido despertada por una llamada telefónica a las tres de la mañana. Había sido Morley. Le había dicho bruscamente que la necesitaban en Phoenix de inmediato. Un carro de la UAC la había recogido en su casa y llevado a Quántico, donde la esperaba un avión del FBI para llevarla a Phoenix.

Y ahora aquí estaba, sintiéndose agotada y desorientada. Al mismo tiempo, estaba contenta de estar de vuelta en el trabajo. Y estaba agradecida de que Gabriela y April tenían todo bajo control en casa. Habían entendido que necesitaba volver al trabajo.

La expresión de Morley era todo menos amistosa. Riley se recordó a sí misma que tenía bastantes razones profesionales para sacarla del caso. Aún así, no podía evitar sentirse molesta por eso.

Sin siquiera una palabra de saludo, Morley comenzó a explicar.

“Ha habido una novedad. Tal vez incluso una pista. Bill ya sabe los detalles, pero te actualizaré, agente Paige”.

Le echó un vistazo a lo que había anotado.

“Anoche, una pareja de camioneros recogió a una mujer cerca de la ciudad de Luning. Estaba medio desnuda, cortada e histérica. No sabían lo que le pasaba, excepto que parecía estar huyendo de alguien. La llevaron a los policías de Luning, quienes notaron que llevaba un collar costoso. Los llevó a pensar que podría tener algo que ver con nuestro caso. Así que la trajeron aquí, junto con la pareja de camioneros”.

“¿Todavía están aquí?”, preguntó Riley. “Hablo de la mujer y del hombre”.

“Todos están aquí”, dijo Morley. “La pareja, Hannah y Troy Coddington, están ahora mismo en la sala de entrevistas. Hemos identificado a la mujer como Socorro Barrera. Está en la clínica, todavía en shock y prácticamente incoherente”.

Riley analizó la situación. Ella quería hablar con la mujer. ¿Pero era eso posible? Tal vez, pero primero necesitaba más información.

“Bill y yo hablaremos con la pareja”, dijo.

“Vamos entonces”, dijo Morley.

Los tres salieron de la oficina y se dirigieron a la sala de entrevistas. Riley y Bill entraron en la sala, y Morley entró en la sala adyacente. Riley sabía que estaría viendo y escuchando todo. Eso no la molestaba en absoluto.

Hannah y Troy Coddington estaban sentados en la mesa. Ambos eran robustos y llevaban overoles. Riley no estaba seguro de cuál de ellos tenía más tatuajes.

Cuando se introdujeron, Riley notó que los Coddingtons se veían preocupados.

“¿Deberíamos comunicarnos con un abogado?”, preguntó Troy.

Hannah añadió: “No tenemos un abogado regular, pero tal vez pueden encontrarnos uno”.

Esta pregunta sorprendió a Riley un poco.

“¿Por qué?”, preguntó.

Hannah dijo: “Bueno, Troy y yo sabemos que esto no pinta bien, esto de nosotros haber recogido a una mujer medio desnuda en la carretera que probablemente es prostituta. Pero nosotros no somos traficantes, lo juro. Odiamos a esos bastardos. En serio en así. Solo tratábamos de ayudar a esta pobre chica”.

Riley y Bill se sonrieron.

“Lo entendemos”, dijo Bill. “Nosotros no los tenemos aquí porque son sospechosos. Agradeceríamos cualquier ayuda que pudieran darnos”.

“¿Podrían contarnos exactamente lo que sucedió?”, preguntó Riley.

Hannah comenzó: “Bueno, era casi medianoche. Acabábamos de dejar un envío en Luning y estábamos pensando en quedarnos en un motel esa noche”.

“La Posada Nopal”, dijo Troy. “Cerquita de Luning”.

Hannah continuó. “Troy estaba conduciendo, y de repente la vimos en la carretera. Primero parecía un fantasma en el resplandor de los faros, pero no era ningún fantasma. Estaba desnuda de la cintura para arriba, y no llevaba zapatos. Le grité a Troy para que se detuviera”.

Troy se estremeció ante el mero recuerdo.

“Casi me muero de miedo”, dijo. “Frené y viré bruscamente, casi nos maté a todos. Es un milagro que no fue así”.

Hannah también se estremeció y negó con la cabeza. Ella dijo: “Ella vino corriendo a mi lado de la camioneta gritando. No pudimos entenderla mucho, excepto que alguien estaba tras ella y que quería que la salváramos”.

“No le hicimos muchas preguntas”, dijo Troy. “Hannah la metió en el camión y yo nos saqué de allí”.

“La llevé a la parte posterior de la cabina, tenemos un colchón allí”, dijo Hannah. “Pobrecita, estaba toda cortada, y la poca ropa que llevaba estaba toda rasgada. La envolví en una manta. Ella estaba temblando y sus dientes rechinaban. Entró en shock justo ahí, y hablo de un shock profundo. No ha escuché decir ni una palabra más”.

“La llevamos directamente a la policía, y ellos nos dijeron que la trajéramos aquí”.

Riley intentó visualizar la escena. Faltaban muchos detalles. ¿De dónde había venido corriendo la mujer? ¿Había saltado de un vehículo en movimiento? Esperaba que Socorro estuviera coherente para que pudiera contarle más de la historia.

“¿Vieron algún vehículo estacionado?”, preguntó Bill.

“Había un carro grande estacionado en el arcén”, dijo Troy. “Negro, creo. Pero no vi la marca. No se nos ocurrió anotar la matrícula, es que todo pasó tan rápido. El carro huyó a toda velocidad”.

“Está bien”, dijo Riley. “Hicieron todo lo que pudieron. De hecho, estoy segura que salvaron la vida de esa pobre mujer. Cuando se mejore estoy segura que querrá darles las gracias personalmente”.

Bill se volvió hacia Riley. Con una mirada le estaba preguntando si tenían más preguntas. Negó con la cabeza.

“Pueden irse, Sr. y Sra. Coddington”. Bill empujó un bloc de papel y un lápiz al otro lado de la mesa. “Pero antes de irse, por favor anoten su información de contacto. Y llámennos si recuerdan algo más, no importa lo que sea”.

Luego del intercambio de información, Bill y Riley escoltaron a la pareja de la sala de entrevistas. Morley salió de la sala contigua mientras Troy y Hannah se alejaban por el pasillo.

“No les dije que podían dejarlos ir”, refunfuñó.

“Nos dijeron todo lo que saben”, espetó Riley. “Vamos a la clínica. Quiero hablar con la mujer”.

“Ella no está en condiciones para hablar”, dijo Morley.

“Lo juzgaré yo misma”, respondió Riley.

Mientras caminaron hacia la clínica, Riley se dio cuenta que debía tratar a Morley un poco mejor. Estaba cansada y afectada por el desfase horario y estaba dejando que su irritabilidad la dominara. Aún podía sacarla del caso por insubordinación. Y después de su suspensión anterior, eso podría causarle problemas.

“*Trata de ser cortés*”, se dijo a sí misma.

Había un solo médico de guardia en la clínica. Socorro Barrera, vestida en una bata de hospital, estaba sentada derecha en una cama. Estaba sosteniendo una cadena de plata, pasándola por sus dedos, asintiendo su cabeza monótonamente y murmurando.

“Lleva horas así”, dijo el médico. “Estaba un poco más coherente cuando llegó. Preguntó varias veces por sus hijos. Nos dio una dirección. Enviamos a un trabajador social para que cuidara a sus hijos. Están allí ahora mismo. Los niños están bien. Pero ha estado así desde entonces”.

La mujer siguió murmurando y tocando la cadena.

“Esa cadena es evidencia”, dijo el médico. “Tratamos de quitársela, pero no quiere soltarla”.

Riley se acercó a ella. Ahora podía escuchar lo que estaba diciendo...

“Dios te salve, María. Llena eres de gracia: El Señor es contigo...”.

Riley entendió enseguida. En su estado de disociación, Socorro se había convencido a sí misma que el collar era un rosario. Estaba tocándolo y repitiendo avemarías.

“*Maldita sea, el médico ya debería haber descubierto esto*”, pensó.

Y ahora aquí estaba la pobre mujer, rodeada de hombres excepto por Riley.

Riley quería gritarles a los demás para que salieran de la sala. Pero recordó que debía mantenerse tranquila.

“Quisiera unos minutos a solas con ella, por favor”, dijo.

Los hombres salieron de la sala, dejando a Riley y a Socorro Barrera a solas.

“Socorro”, dijo Riley en una voz suave.

Pero la mujer siguió tocando la cadena.

“Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores...”.

Riley la observó de cerca. Su rostro llevaba los restos de un maquillaje intenso, colorido y extravagante. Pero el maquillaje estaba hecho un desastre por las lágrimas y el sudor y la suciedad. Socorro estaba vendada por todos lados, y estaba bastante moreteada.

“*¿La había golpeado alguien?*”, se preguntó Riley.

No, estas no parecían ser ese tipo de heridas. No vinieron de un puño o de un cuchillo. Las había obtenido corriendo, probablemente a través de un terreno difícil. Los camioneros habían dicho que había sido cerca de un pueblo llamado Luning. El pueblo debía quedar en el desierto. Los pies de la mujer estaban debajo de las sábanas. Riley supuso que estaban bastante cortados.

“Socorro, me llamo Riley. Sé que te pasó algo terrible. Estoy aquí para ayudarte”.

La mujer siguió murmurando su oración y tocando la cadena.

Riley tocó los dedos de Socorro. Socorro dejó de mover sus dedos y miró a

Riley fijamente a los ojos. Riley se estremeció. En todos sus años como agente, rara vez había visto una mirada tan asustada.

Riley tocó la cadena.

“Es bien bonita”, dijo Riley. “¿De dónde la sacaste?”.

En todo el tiempo que Socorro llevaba tocando la cadena, no la había mirado. Ahora lo hizo. Sus ojos se abrieron de terror. Soltó la cadena y la empujó a las manos de Riley.

“Tómala”, dijo. “Tómala, por favor. No la quiero”.

Riley levantó la cadena para que pudiera verla.

“Pero es bonita”, dijo. “¿De dónde la sacaste?”.

Socorro se estremeció, alejándose de Riley, temblando violentamente.

“Él me la dio”, dijo.

“¿Quién te la dio, Socorro?”.

Socorro dejó de mirarla fijamente y su mirada se tornó vidriosa. Estaba a punto de caer de nuevo en su estado de shock. Riley apretó su mano suavemente.

“Quiero ayudarte”, dijo Riley. “Pero tienes que hablar conmigo”.

El tono amable y el apretón de manos de Riley trajeron a Socorro de vuelta. Ella miró a Riley de nuevo con los ojos de un animal asustado.

“Estaba de paseo”, dijo en la misma voz adormecida que había usado en sus rezos. “En la avenida Conover”.

“Donde van las chicas que trabajan”, dijo Riley.

Socorro asintió con la cabeza. “Sí, pero yo...”.

Su voz se quebró. Riley le dio unas palmaditas a su mano.

“Está bien, Socorro. No estoy aquí para juzgarte. Nadie va a arrestarte. Todo el mundo está de tu lado. Todo lo que quiero es ayudarte”.

Socorro entrecerró los ojos, tratando de recordar.

“Tenía un buen carro y se veía que tenía dinero”, dijo. “Su carro estaba estacionado y yo caminé hacia él. Le dije que me gustaría irme con él. Le dije que podíamos hacerlo justo allí en el carro, si así lo quisiera. Pero él quería ir a otro lugar. Nos llevó a un motel barato lejos de la ciudad”.

Riley recordó el motel que los Coddingtons habían mencionado.

“¿La Posada Nopal?”, preguntó.

Socorro asintió con la cabeza.

“Entramos en la habitación”, dijo.

“¿Tuvieron relaciones sexuales allí?”, preguntó Riley.

Socorro negó con la cabeza. “No, pero estaba lista para hacerlo. Pero no creo que pudiera”.

Riley había sospechado que el asesino tenía problemas de desempeño sexual. Sostuvo el collar de nuevo para que Socorro pudiera verlo.

“Y él te dio esto”, dijo. “¿Estaba en una caja?”.

“No lo creo”.

“¿Estaba el nombre de la tienda escrito en la caja?”.

Socorro frunció el ceño tratando de recordar.

“No recuerdo. Pero luego salió al carro, y me preocupé porque sabía que otra mujer había sido asesinada con un collar puesto. Lo miré y me di cuenta que estaba sacando una cuerda del carro”.

“Y luego corriste”, dijo Riley.

“Sí”.

El resto de su historia era bastante fácil de completar. Riley había estado en lo correcto. Se había herido escapando, corriendo por terreno rocoso. Había sido extraordinariamente afortunada.

“¿Cómo es él?”, preguntó Riley.

Socorro la miró fijamente como si no hubiese entendido la pregunta.

“¿Era alto, bajito o de estatura media?”, preguntó Riley.

Socorro se veía aún más confundida.

“¿Recuerdas algo de su rostro?”, preguntó Riley. “¿El color de su pelo?”.

Los ojos de Socorro se llenaron de lágrimas. Negó con la cabeza, todo su cuerpo temblaba.

Riley suspiró. Ella entendía exactamente lo que estaba sucediendo. Había visto esto suceder con otros testigos. La pobre mujer estaba reprimiendo todas las memorias de la apariencia del hombre. Recordarlo simplemente era demasiado doloroso. Tendrían que trabajar con ella para recuperar esa imagen, pero quizás nunca se permitiría a sí misma recordarlo.

Riley volvió a su propio cautiverio con Peterson una vez más y recordó las grandes dificultades que había tenido con esos recuerdos.

Riley no podía culpar a Socorro por querer bloquearlos. Tratar de obligarla a recordar solo le causaría más dolor y no sería productivo.

“Lo siento”, dijo Socorro. “No puedo recordarlo”.

Riley acarició su mano.

“Está bien”, dijo Riley. “Lo entiendo”.

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. Comenzó a sollozar.

“Pensé que era agradable. Se veía bueno y elegante. Pensé que T.R. era bueno”.

Las iniciales golpearon a Riley como una bala.

“¿T.R.?”, dijo. “¿Su nombre era T.R.?”.

“Sí, así se hacía llamar”.

Riley recordó lo que Ruthie le había dicho sobre el hombre en el Bar Iguana...  
*“Se hace llamar T.R.”.*

T.R. era el nombre del hombre que había asustado a las mujeres en la parada de camiones El Rey del Desierto. En alguna parte de su mente, Riley había estado esperando que el sospechoso que ella y Bill no habían podido atrapar esa noche no fuera el verdadero asesino. Pero ahora sabía que sí era él.

*“Si tan solo lo hubiéramos capturado”,* pensó Riley. *“Si tan solo no lo hubiéramos dejado escapar”.*

Y ahora, después de su ataque fallido con Socorro, Riley sabía exactamente qué esperar.

Atacaría de nuevo en un santiamén, si es que ya no lo había hecho.



## Capítulo Treinta y tres

Era de mañana, y el hombre conducía por la avenida Conover. No vio a ninguna de las prostitutas habituales, ni esperaba hacerlo, no a esta hora. La verdad es que no sabía qué esperar ni qué hacer.

Estaba exhausto. Odiaba admitirlo, incluso a sí mismo, pero estaba asustado.

Lo de Socorro de la noche anterior había sido un desastre. Era la primera vez que uno de sus objetivos lograba escaparse. ¿Y dónde estaba ella ahora?

Después de haberse detenido a su lado, ella había corrido hacia la carretera y parecía estar a punto de ser atropellada por un camión. Había huido rápidamente, pero luego se había quedado en la carretera para ver lo que había sucedido. Había visto a una mujer ayudar a Socorro a entrar en el camión.

“¿Por qué no pudo haber sido atropellada?”, pensó.

Había intentado seguir el camión, pero se separó de él rápidamente en el tráfico. ¿Entonces adónde había ido? ¿Los camioneros la llevaron a la policía? ¿Le había dicho a la policía que un hombre había intentado matarla?

No, no se dejaría creer eso. ¿Una puta pidiéndole ayuda a la policía? Seguramente no.

En todo caso, sabía que no estaba pensando racionalmente en este momento. Apenas había podido dormido anoche, a pesar de haberse tomado un sedante fuerte. Se había despertado a sí mismo con sus propias frustraciones.

Y ahora estaba aquí, ¿esperando hacer qué? ¿En serio creía que encontraría a Socorro aquí esta mañana? No, pero tal vez podía conseguir alguna pista sobre dónde encontrarla. Y realmente necesitaba encontrarla antes que hablara, si es que ya no lo había hecho. Necesitaba terminar el trabajo de anoche.

Le enfurecía y entristecía el hecho de que matarla ya no sería ningún placer. Nunca había matado por necesidad antes. Si tan solo las otras que había seleccionado no hubiesen aparecido en las noticias. Si tan solo hubiera podido ser capaz de mantenerlas en secreto.

“Maldita publicidad”, pensó.

Era lo último que quería, pero ahora no le quedaba de otra que soportarla.

Vio a una mujer acercándose a él, definitivamente una prostituta.

Bajó la ventana y la llamó.

“Oye, me pregunto si pudieras ayudarme”.

La mujer se volvió y sonrió y caminó hacia su carro.

“Con lo que quieras”, le dijo.

Cuando se acercó a él, pensó haber reconocido su rostro. ¿Dónde la había visto antes? Pensó que podría haber sido en una de las paradas de camiones. En

El Derby de Hank o en El Rey del Desierto.

Ella parecía haberlo reconocido también, y su sonrisa desapareció.

“Estoy buscando a una chica llamada Socorro”, dijo. “¿Podrías ayudarme a encontrarla?”.

La prostituta no le respondió. En vez, se dio la vuelta y se alejó del carro.

“Le debo dinero”, gritó. “Me faltó dinero anoche y no quiero quedarle mal. La pasé muy bien con ella”.

La mujer no parecía estar escuchándolo. Había sacado su teléfono celular y parecía estar haciendo una llamada.

“*Decidida a ignorarme*”, pensó. “*¿Qué le pasa a esta estúpida puta?*”.

Justo en ese momento fue sorprendido por un sonido en la ventanilla del pasajero. Una niña que nunca había visto estaba golpeando el cristal.

Él bajó la ventanilla.

“¿Podría darme un aventón, señor?”, preguntó la niña.

Era una rubia delgada, y llevaba una mochila. Sonrió al verla. Le complacía que se había acercado a él. Era lo primero que había salido bien en el día.

“¿Conoces a Socorro?”, preguntó.

La chica se encogió de hombros y sonrió.

“Claro. Tenemos mucho tiempo conociéndonos”.

“Entonces entra”, dijo. Él abrió la puerta del pasajero, y la chica entró al carro.

“Háblame de Socorro”, dijo.

“Oye, primero dame el aventón”, dijo la niña. “No me importa el lugar. A las afueras de la ciudad, tal vez. A cualquier lugar”.

Se preguntaba si realmente conocía a Socorro. Pero tal vez no importaba. Obviamente era una prostituta, o sino no estuviera caminando sola por este vecindario. Ella sería perfecta, exactamente lo que necesita en estos momentos.

Lo ayudaría a sacarse a Socorro de la mente. Y se divertiría con ella, estaba muy encantadoramente desprevenida. Realmente no tenía ni idea.

Cuando se alejó de la acera, oyó a alguien gritando detrás de él. No podía entender lo que estaba gritando. Miró por el espejo retrovisor y vio a la otra prostituta mayor persiguiendo su carro, agitando un brazo y gritando.

“*Perra loca*”, pensó.

Ella lo había ignorado deliberadamente, y ahora estaba molesta porque se estaba yendo con alguien más.

“*Que se joda*”, pensó.

Había perdido su oportunidad. Y no tenía ni idea de lo afortunada que era.

## Capítulo Treinta y cuatro

Riley todavía estaba en la clínica del FBI cuando un asistente le informó que debía dirigirse a la sala de conferencias. Morley quería hablar con Bill y Riley.

*“Más bien caernos a preguntas”*, pensó Riley atemorizada.

Mientras tanto, no se sentía nada satisfecha por como Socorro había sido tratada hasta ahora.

“Llama al trabajador social que está con los niños de Socorro”, le espetó al médico. “Trae a los niños aquí. Necesitan a su madre, y ella necesita a sus hijos. Cuando Socorro mejore, llévalos todos a un refugio donde estarán a salvo”.

El doctor le dio a Riley una sonrisa condescendiente.

“Sí, señora”, dijo.

*“Dios mío”*, pensó Riley. *“Lo último que Socorro necesita en este momento es este cerdo patriarcal”*.

“Y busca a una enfermera para que cuide de Socorro”, dijo. “Mejor dos enfermeras. Y tú, mantente lo más lejos posible”.

El doctor repitió: “Sí, señora”.

Riley estaba que explotaba de la rabia. Pero este no era el momento de perder la calma. Se dirigió hacia la sala de conferencias, donde Morley y Bill estaban esperándola.

“¿Le pudiste sacar información a la mujer en la clínica?”, preguntó Morley.

“El hombre en El Rey del Desierto era el nuestro, de eso no cabe duda”, dijo Riley. “Se hace llamar T.R.”.

“Y ustedes dos lo perdieron”, dijo Morley, mirando a Riley con furia.

Riley tragó grueso.

“Sí, señor”, dijo Bill. “Lo perdimos. No volverá a suceder”.

“¿Te dio algo más?”, le preguntó Morley a Riley.

Riley negó con la cabeza.

“Está reprimiendo los detalles. No me pudo dar una descripción física”.

Morley le dio unos golpecitos a la mesa con sus dedos.

“Tal vez deberíamos hipnotizarla”, dijo.

Riley respiró profundamente. No le gustaba la idea en absoluto. Pero dado el estado de ánimo actual de Morley, tenía que explicar sus protestas tranquilamente.

“Señor, con el debido respeto, ¿con qué frecuencia ha funcionado la hipnosis para ti en el pasado? En mi experiencia, lo único que hace es que el testigo fabrique recuerdos. Es como cualquier tipo de memoria recuperada, extremadamente no fiable. De todos modos, ahora no es el momento. Lo que

haríamos es traumatizarla más y no obtendríamos ninguna información”.

Morley asintió a regañadientes.

“Así que prácticamente no tenemos nada”, dijo.

Ni Bill ni Riley respondieron. El celular de Riley vibró. Vio que la llamada era de Ruthie Lapham, la mujer que manejaba el Bar Iguana en la parada de camiones El Rey del Desierto.

“Debería contestar esta llamada”, le dijo Riley a Morley y a Bill.

Ella se retiró a un lado de la sala para hablar con Ruthie.

“Ruthie, ¿qué pasa?”.

Ruthie sonaba jadeante y molesta.

“Agente Paige, tiene a una niña. T.R. ha tomado a una niña”.

“¿Qué?”, preguntó Riley. “¿Quién? ¿Cómo lo sabes?”.

Ruthie se quedó callada durante unos segundos. Parecía estar tratando de recuperar el control.

“Tal vez recuerdas a Jewel”, dijo Ruthie. “Ella es la mujer que te detuvo en mi bar”.

Riley sintió un sabor amargo en su boca. Recordó como Jewel había bloqueado su paso justo cuando el sospechoso había estado a la vista. Flanqueada por otras dos mujeres, Jewel había arruinado todo.

“Sí, recuerdo a Jewel”, dijo Riley.

“Bueno, Jewel estaba trabajando en la avenida Conover. No es usual que una chica trabajadora salga de mañana, pero Jewel necesitaba dinero en efectivo, y las chicas de Conover se ponen bastante territoriales de noche, así que salió de mañana y... “.

“Por favor ve directo al grano”, dijo Riley.

Oyó a Ruthie respirar profundamente de nuevo.

“Jewel vio a esta niña en la calle no mayor de catorce años con una mochila, probablemente se había escapado de su casa y necesitaba un aventón. Jewel le dijo a la chica que estaba en un mal vecindario, trató de convencerla para que se fuera a su casa pero no quería hacerlo. No le dijo su nombre. En ese mismo momento, T.R. llega en un gran carro y le grita algo a Jewel sobre una chica llamada Socorro”.

Los nombres despertaron la atención de Riley.

“Bueno, yo les había dicho a las chicas de por aquí que T.R. era peligroso y que me llamaran si lo veían. Así que Jewel me llamó de una vez. Pero mientras ella y yo estábamos hablando, vio a esa pobre chica subirse en el carro de T.R. Jewel corrió tras ellos gritando, pero T.R. no se detuvo”.

El corazón de Riley estaba latiendo con fuerza.

“¿Jewel logró ver la matrícula?”, preguntó Riley.

Ruthie dejó escapar un suspiro irritado.

“No, no pudo. No sé si te diste cuenta, pero Jewel no es muy inteligente. Le pregunté, y me dijo que ni siquiera se le había ocurrido. Dijo que era un carro grande, un Buick o un Cadillac o un BMW, algo por el estilo”.

Riley pensó rápidamente qué hacer ahora.

“¿Puedes comunicarte con Jewel?”, preguntó.

“Claro, puedo llamarla ahora mismo”.

Riley estaba a punto de sugerirle a Ruthie que le dijera a Jewel que fuera a la policía. Pero una prostituta no iba a hacer eso.

Riley dijo finalmente: “Dile a Jewel que vaya a tu bar enseguida. ¿Crees que haría eso?”.

“Sí, si le digo que lo haga”, dijo.

“Excelente. Mantenla allí hasta que pueda enviar a un agente para que hable con ella. Seguramente puede recordar algo más”.

“OK, voy”, dijo Ruthie.

Riley finalizó la llamada y se acercó rápidamente a Bill y a Morley.

“Una prostituta vio al sospechoso por la avenida Conover. Recogió a una chica joven con una mochila, probablemente una adolescente fugitiva, no una prostituta callejera”.

La expresión de Morley se tornó dudosa.

“Eso no parece su modus operandi”, dijo.

Riley no lo había dicho, pero también estaba de acuerdo. Secuestrar no era el estilo del hombre así como tampoco lo era tomar a una mujer que no era una prostituta. Nunca habría predicho que secuestraría a una fugitiva adolescente.

Pero Bill dijo: “No me sorprende. Se está descuidado, y dejó que las cosas se salieran de sus manos anoche. Es capaz de comenzar a hacer las cosas de otra forma. También podría empezar a cometer más errores”.

Esto le pareció que tenía bastante sentido.

“Bueno, ahora tiene una niña”, dijo, “así que no tenemos tiempo que perder. El nombre de la prostituta es Jewel. Ella estará en el Bar Iguana en la parada de camiones El Rey del Desierto. Necesito ir para allá para hablar con ella”.

Morley dijo: “Podemos enviar a un agente para que tome su declaración”.

“Necesito verla. Deberías de difundir un boletín para el carro”.

“¿Para qué marca?”, dijo Morley. “¿Buick? ¿Cadillac? ¿BMW?”.

“No lo sé. Para un gran carro oscuro que esté saliendo de la avenida Conover”.

“No es lo suficientemente específico”.

“Tiene que ayudarnos en algo”, espetó Riley.

Un golpe en la puerta de la sala de conferencias interrumpió la discusión.

“Pase”, dijo Morley.

Una bola de pelo al rape pintado de muchos colores entró por la puerta. Era Igraine, la técnica. Se veía ansiosa y emocionada.

“Creo que el espíritu mayor nos está sonriendo”, dijo al entrar a la sala.

“¿Qué encontraste, Igraine?”, preguntó Morley.

“Bueno, agente Paige, dijiste que es probable que nuestro asesino era seropositivo. Y te dije que no sería fácil encontrarlo entre los 10 mil pacientes locales. Pero también mencionaste que podría estar tomándose los medicamentos ilícitamente. En realidad, eso me parece bastante probable, ¿a ti no?”.

Riley lo pensó por un momento. Su perfil, después de todo, era de un hombre exitoso y educado. Un hombre así quisiera mantener secreta su condición.

“Sí, tiene sentido”, dijo Riley.

Igraine dijo: “Hice algunas búsquedas y me encontré con un policía que ha estado investigando robos de medicamentos de los hospitales. Algunos de ellos son medicamentos para el VIH. El policía me dijo que deberíamos comunicarnos con un cierto Dr. Gordon Poole. Ha ofrecido sus servicios para ayudar a la policía en casos como ese. Hace todo de forma gratuita. Podría tener mucha información”.

Morley asintió, estando de acuerdo.

“Yo conozco a Gordon”, dijo. “Un hombre muy respetado, un especialista en enfermedades infecciosas. Nos ha ofrecido sus conocimientos en varios casos. Paige, Jeffreys, deberían ir a hablar con él ahora mismo. Le diré que van en camino inmediatamente”.

“Podría ser útil”, dijo Bill

“Y”, le dijo Morley firmemente a Riley, “enviaré a un agente para que tome la declaración de Jewel”.

Riley sofocó una réplica y salió de la puerta.

## Capítulo Treinta y cinco

Riley y Bill llegaron a la casa del Dr. Gordon Poole un poco más tarde.

“*No debería estar aquí*”, pensó Riley.

Aún así, Bill la había convencido a que siguiera las órdenes.

Poole le había dicho a Morley que no estaría en su oficina hoy y había sugerido que Bill y Riley lo visitaran en su casa.

Era una casa grande y moderna de un solo piso con un gran patio delantero que estaba adornado con setos y árboles frondosos. A diferencia de los parches pequeños de color verde que había visto en algunos vecindarios de Phoenix, los céspedes de aquí eran grandes; sus dueños ricos ignoraban deliberadamente el desierto bajo la ciudad.

Fueron recibidos en la puerta por un hombre alegre, pero que se veía bastante cansado, de unos cuarenta años. El Dr. Gordon Poole tenía el cabello demasiado fino y un rostro juvenil con una expresión amable.

“Cielos, ¡no sabía que llegarían tan pronto!”, dijo. “¡Pasen adelante!”.

Riley estaba un poco entretenida. No podía recordar la última vez que había oído a un hombre decir “cielos”. La expresión le pareció deliciosamente singular.

Poole los escoltó a una sala de estar cómoda y alfombrada y los invitó a sentarse.

“¡Qué calor estamos teniendo!”, dijo el Dr. Poole. “Tal vez quisieran un vaso de limonada fresca. Siempre mantengo limonada en la nevera, y me gusta compartirla cuando puedo. ¡Por favor digan que sí!”.

Riley estaba totalmente encantada con su sonrisa y el brillo especial de sus ojos.

“Me encantaría”, dijo.

“A mí también”, dijo Bill.

“¡Excelente!”, dijo el Dr. Poole. Desapareció en la cocina.

Bill se sentó en el sofá, pero Riley se sintió atraída por un grupo de fotografías familiares que estaban colgadas en una pared. Todas mostraban al Dr. Poole compartiendo momentos felices con niños, probablemente sus hijos. En una, el Dr. Poole y un niño de unos doce años estaban sosteniendo un enorme pez que acaban de pescar. En otra, el Dr. Poole estaba sonriéndole a una niña que estaba vestida de abeja.

“*Debe ser un disfraz de Halloween*”, pensó Riley. “*O tal vez un disfraz para una obra escolar*”.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando el Dr. Poole volvió a la sala.

Llevaba una bandeja con vasos y una jarra de limonada.

“Veo que has descubierto a mis hijos”, dijo.

Riley escuchó mucha calidez y orgullo en su voz.

“Supongo que están en la escuela ahora mismo”, dijo Riley.

Riley vio cómo su rostro se inundó de tristeza.

“Me temo que no viven conmigo”, dijo. “Su madre y yo estamos divorciados. Llevamos ya cuatro años de divorcio”.

Riley se sentía avergonzada por haber tocado un tema tan sensible.

“Lo siento”, dijo.

“¡Cielos, no te preocupes!”, dijo con una sonrisa juvenil. “Fue perfectamente amistoso. Ella es abogada y consiguió un trabajo en Connecticut que no pudo rechazar. Mis raíces aquí son profundas, y simplemente no podía irme así”.

El médico se veía un poco incómodo parado allí sosteniendo la bandeja. Riley se preguntó si el hecho de tener a extraños mirando sus fotos familiares lo inquietaba.

Entonces se volvió y se dirigió a una puerta que estaba abierta al otro lado de la habitación.

“Tomémonos las bebidas afuera, por la piscina”, dijo. “Es una lástima desperdiciar un hermoso día como este”.

Riley y Bill lo siguieron a una agradable terraza que estaba al lado de una gran piscina rodeada de jardines. El Dr. Poole colocó la bandeja en una mesa y cerró las puertas detrás de ellos.

Continuó hablando acerca de su familia mientras servía limonada.

“Sin embargo, es difícil tener a los niños al otro lado del país la mayor parte del tiempo. Pero aún hacemos muchas cosas juntos. Nunca me pierdo una oportunidad de pasar tiempo con ellos”.

“Bueno, vi que tus hijos te adoran, Dr. Poole”, dijo Riley.

“Y yo los adoro a ellos”, dijo. “Si no te importa, no me gusta que me llamen 'Dr. Poole'. Usualmente me llaman Gordon o Gordy, incluso quienes no me conocen muy bien”. Luego, con una sonrisa, agregó: “Si realmente debes ser formal, 'Dr. Gordy' está bien”.

Riley se echó a reír. Este hombre le estaba agradando cada vez más. Vio señales de cansancio en su rostro y podía entender el por qué. Un hombre tan bondadoso y dedicado como él tenía que trabajar largas horas. Podía sentirse identificada con eso.

Riley le pareció que el escenario era idílico. Aún así, le costó ponerse cómoda. Todos estos lujos parecían estar muy lejos del mundo en el que había estado inmersa en los últimos días, un mundo de proxenetas, prostitutas y asesinos. Se sentía vagamente culpable por solo estar aquí.



“Puedo acceder a todo lo que queremos saber aquí mismo”, dijo el Dr. Poole, abriendo una portátil que estaba sobre la mesa.

“Entendemos que has estado ayudando a la policía a investigar los robos de medicamentos en los hospitales”, dijo Bill. “El jefe Morley dice que haces ese tipo de cosas de forma gratuita. Eso es muy generoso”.

El Dr. Poole se encogió de hombros modestamente.

“Bueno, es lo menos que puedo hacer. Phoenix ha sido bueno conmigo, como puedes ver. Me gusta retribuir en lo que puedo. Y el robo de medicamentos contra el VIH, eso me inquieta profundamente, y siento que es una cuestión personal. Y Elgin me dice que cree que este asesino en serie podría ser seropositivo y que esté robando drogas”.

“Eso es correcto”, dijo Riley. “¿Tienes algún sospechoso en esta oleada de robos de medicinas?”.

El Dr. Poole entrecerró los ojos en la pantalla de la computadora.

“De hecho, estoy recortando los sospechosos”, dijo. “Hay uno en particular que...”.

Hizo una pausa por un momento.

“No estoy seguro que deba darles esta información”, dijo.

“¿Por qué no?”, preguntó Bill.

“La persona en cuestión es un administrador prometedor en un hospital de Phoenix. Podría ser el hombre que están buscando. Pero aún no tengo mucha evidencia. Y, para ser perfectamente honesto, espero estar equivocado”.

El Dr. Poole negó con la cabeza, lleno de preocupación.

“No quisiera arruinar la reputación de un hombre inocente. Aún así, estoy seguro que Elgin sabrá cómo manejar esto”.

Sacó una libreta del bolsillo y anotó algo.

“Hagamos esto. Escribiré su nombre aquí, y ustedes se lo pasan a Elgin. Dejaré todo en sus manos”.

Le entregó el papel a Bill. Riley y Bill le agradecieron por su tiempo y se fueron de su casa. Riley y Bill llamaron a Morley para darle el nombre mientras iban de regreso a la oficina central.

\*

Cuando Riley y Bill volvieron al edificio del FBI, encontraron a Morley caminando de un lado a otro en agitación.

“La pista del Dr. Poole no resultó”, dijo. “El hombre lleva dos semanas de vacaciones en un complejo playero en México. No hay manera que él pudiera haber cometido estos asesinatos recientes. Obviamente el Dr. Poole no podía

haber sabido eso. Tenemos que mantenerlo informado en caso de que tenga otras ideas”.

Morley dejó de caminar de un lado a otro y miró a Riley y a Bill con furia. “Me parece que no estamos más cerca de cerrar este caso que cuando ustedes dos llegaron”.

Riley estaba a punto de espetar una respuesta sobre todo el trabajo que habían hecho, pero se detuvo a sí misma. Oyó a Bill sofocar un gruñido. Ninguno de ellos quería crear más tensión con Morley.

La vibración de su teléfono celular fue una interrupción bien recibida en medio del silencio.

Ella no reconoció el número, pero conocía muy bien la voz en la línea. Era Shane Hatcher, un preso del Centro Penitenciario Sing Sing que había sido de gran ayuda en su último caso.

“Necesitas hablar conmigo”, dijo Hatcher. “Sobre el caso en el que estás trabajando allí en Phoenix”.

“Está bien”, contestó. “Necesito nuevas ideas. Adelante”.

“No, no por teléfono. Sabes que esto también tiene que beneficiarme a mí. Una visita en persona es un requisito, un prerrequisito, por mi experiencia en asuntos como este”.

“No es posible”.

“Estoy seguro que puedes hacerlo posible, agente Paige. Tengo plena confianza en tus poderes de persuasión. Después de todo, persuadiste al último hombre que discutimos a que se degollara”.

Riley se quedó callada por unos instantes. Le resultaba inquietante que este hombre que estaba encerrado siempre parecía estar enterado de todo. Pero en este momento agradecería cualquier cosa que pudiera aclarar este caso.

“Veré qué puedo hacer”, dijo antes de colgar.

Se dio cuenta que Morley a Bill la estaban mirando con expectación.

“Era Shane Hatcher”, dijo.

“¿En serio?”, dijo Bill antes de explicarle a Morley quién era Shane Hatcher y la relación inusual que tenía con Riley.

Riley dijo: “No me dirá nada por teléfono, tendré que ir a verlo”.

“Eso es ridículo”, espetó Morley. “Sing Sing queda al norte del estado de Nueva York”.

“El avión de la UAC todavía está en el aeropuerto”, dijo Riley. “Será la forma más rápida para ir y regresar”.

“Tienes trabajo por hacer aquí”, gritó Morley. “No puedes dejar tu trabajo cada vez que se te ocurra hacer otra cosa”.

Riley vio el rostro de Morley enrojarse. Sabía que se había detenido antes

de decir que no autorizaría el viaje. Ella había ignorado su autoridad antes, y no quería ponerse en esa posición de nuevo.

“Regresaré lo más pronto que pueda”, dijo Riley antes de salir de la sala.

Su mente ya estaba enfocada en el hombre que estaba encerrado en Sing Sing, el hombre más peligroso que jamás había conocido.

Sabía que sería capaz de resolver este caso como nadie debido a su extraordinaria percepción sobre los asesinos en serie.

¿Pero a qué precio?

## Capítulo Treinta y seis

Riley pasó la mañana en el jet del FBI dirigiéndose al norte del estado de Nueva York. Entró en la pequeña sala de visitas del Centro Penitenciario Sing Sing casi al medio día. Había estado aquí antes, pero no había esperado volver. No se sentía muy a gusto con esta visita.

Y allí estaba él, el asesino Shane Hatcher, sentado en la mesa de visita esperándola. Era un afroamericano de mediana edad, fuerte en cuerpo y voluntad, y también era muy inteligente. Riley sentía en lo profundo que era el hombre más peligroso que jamás había conocido.

Hatcher la había llamado anoche y le había dicho misteriosamente: *“Tienes que hablar conmigo”*.

Por su experiencia, Riley sabía que lo mejor era escucharlo.

Se sentó al otro lado de la mesa. Como siempre, vestía un traje verde oscuro y usaba pequeños anteojos para leer.

“Teníamos tiempo sin vernos”, dijo.

“No, no tanto”, dijo Riley.

De hecho, lo había visitado dos veces el mes pasado. Había venido a visitar a Hatcher bajo la recomendación de Mike Nevins por sus perspectivas sobre la mente del asesino de las cadenas.

En su juventud, Hatcher había sido un pandillero despiadado cuya especialización era matar con cadenas. Después de haber pulverizado a un policía y tirado su cuerpo en su porche para que su esposa e hijos lo encontraran, Hatcher había sido condenado y enviado a Sing Sing. Había estado aquí desde entonces. Probablemente estaría aquí por el resto de su vida, y eso le parecía bien a Riley.

La verdad era que ella pensaba que Hatcher no merecía vivir, no más que Derrick Caldwell había merecido vivir. Incluso se lo había dicho en su cara, y eso parecía haberle encantado.

Pero ella no podía negar que era un recurso valioso. Con los años, había estudiado mucho de criminología. De hecho, ahora era un experto reconocido en el tema. Había publicado varios artículos académicos, y así fue que Mike Nevins supo de él.

“Dijiste que podías ayudarme”, dijo.

“Yo te ayudé la última vez, ¿cierto?”, dijo Hatcher.

Riley asintió. “¿Cómo te enteraste del caso?”.

Hatcher se encogió de hombros y sonrió.

“¿Cómo crees? Periódicos. Televisión. Internet”.

Riley lo miró con escepticismo.

“¿Y crees que puedas ayudarme basándote solamente en la cobertura mediática?”.

Él no respondió, simplemente siguió sonriéndole.

“Quieres algo a cambio, obviamente”, dijo Riley.

“Claro”.

“¿Qué quieres?”.

Dejó escapar una risita siniestra. “Simplemente el placer de tu compañía”, dijo.

Sus palabras pusieron los pelos de Riley de punta. Aunque estaba encerrado, no podía evitar considerarlo un acosador. ¿Estaba obsesionado con ella? ¿La llamada de ayer había sido solo un engaño? ¿Tenía una intención de ayudarla o no?

Estaba decidida a mantenerse concentrada en el asunto en cuestión.

“Tuvimos una nueva pista en el caso”, dijo. “Nuestro asesino parece haber secuestrado a una joven. No sabemos si está viva o no”.

Hatcher inclinó la cabeza con interés.

“Un secuestro”, dijo. “Interesante. Ni cerca a su modus operandi. ¿La chica era una prostituta adolescente?”.

“No lo sabemos. No la hemos identificado. Parece haber sido una fugitiva. La mujer que la vio dijo que tenía una mochila”.

Hatcher acarició su barbilla como si estuviera perdido en el pensamiento.

“Todo esto de la prostitución, es un mundo feo, ¿no? Yo estoy de acuerdo con que las personas hagan lo que quieran hacer. Pero todo es cuestión de *decisión*. He tomado mis propias decisiones y vivo con ellas. Todo el mundo debe tener esa oportunidad. Pero una chica en la calle, bueno... “.

Hizo una pausa por un momento y luego dijo: “Existen albergues para chicas así. Hay grupos que las ayudan a salir de ese mundo. Necesitas comunicarte con ellos”.

“Eso haremos”, dijo Riley.

Hubo un momento de silencio. Riley se sintió un poco preocupada. ¿Había hecho este viaje en vano?

“No tengo tiempo para tus juegos”, dijo. “La vida de una chica pende de un hilo. Dime lo que sabes”.

Soltó esa risita sombría de nuevo.

“No”, dijo Hatcher. “Dime lo que *tú* sabes”.

El hombre que se hacía llamar T.R. se sentó en una silla en su sótano en frente a la chica que estaba atada a otra silla con cinta adhesiva. Su boca no estaba amordazada en ese momento. Estaba demasiado sedada como para gritar. Seguía gimiendo y moviendo la cabeza de un lado a otro.

“No debiste haberte escapado de tu hogar”, dijo.

Ella intentó enfocar sus ojos en su rostro. No estaba seguro si podía entender lo que estaba diciendo.

“Tu madre debe estar preocupada”, dijo. “¿Nunca pensaste en lo preocupada que estaría?”.

Esta vez tampoco le respondió.

No le gustaba esto en absoluto. Cuando la había secuestrado ayer por la mañana, había pensado que era una puta. Había sido un error estúpido. Había estado cansado, asustado y distraído. Además, ella había dicho que conocía a Socorro. Recordó sus palabras exactas...

*“Tenemos mucho tiempo conociéndonos”.*

Solo le había tomado unos minutos darse cuenta que estaba mintiendo. Solo era una adolescente fugitiva que diría cualquier cosa para que le dieran un aventón. Pero para entonces ya era demasiado tarde. La puta de la avenida Conover lo había reconocido, y ahora la chica lo podía identificar.

Afortunadamente había sido capaz de sedarla en el carro. Y ahora no tenía otra opción, tenía que matarla. No solía matar por necesidad. Y este asesinato no sería nada divertido para él. Era un pensamiento desagradable, tener que matar sin ningún placer.

Pero no le quedaba de otra, y no se sentía culpable. Todo era culpa de la niña, después de todo, por fugarse de su casa. Y también era culpa de su madre. La niña había estado llamando a su mamá desde que la había secuestrado.

“Tu madre debería haberte cuidado mejor”, dijo. “No debiste haberte fugado de tu casa”.

Ella gemía suavemente, todavía no parecía entender.

No estaba seguro por qué aún no la había matado. Mantenerla con vida le causaba un montón de problemas. Cada cierto tiempo la sacaba de su estupor para darle un poco de comida y agua. Un par de veces incluso la había desatado para que pudiera usar el baño del sótano. Estaba demasiado drogada que no podía evitar ser dócil.

Aún así, matarla era inevitable, y él lo sabía. Parecía estar esperando el momento adecuado, y ese momento aún no había llegado. Después de todo, era un hombre civilizado que le gustaba hacer las cosas de forma civilizada.

Pero mantenerla secuestrada era arriesgado. Y ya había corrido muchos riesgos. Otro podría llevarlo a la perdición. A él no le gustaban los riesgos, ni el

peligro.

Estaba gimiendo un poco más ahora. Fue capaz de enfocar sus ojos en su rostro. Vio que se llenaron de miedo. Buscó una aguja hipodérmica y la punzó en su brazo. Se quedó callada de nuevo justo en ese mismo instante.

\*

“Estás cerca”, dijo Hatcher con una sonrisa oscura.

Riley no tenía ni idea a qué se refería. ¿Qué pensaba que era esto, un juego infantil de escondite?

Dos horas habían pasado sin que ellos se movieran de sus sillas. Habían hablado sin cesar. Hasta ahora, a Riley no le había parecido que la entrevista era informativa, pero no era nada aburrida.

Hatcher le había pedido detalles que incluso ni Morley ni Brent Meredith le habían exigido. Parecía sentirse muy intrigado por el enigmático Garrett Holbrook, el hermano de la víctima Nancy Holbrook. A Hatcher le pareció extraño que Holbrook había insistido que el asesinato de Nancy se convirtiera en una investigación del FBI y que luego se haya mantenido al margen de todo. Eso también le había parecido extraño a Riley.

“¿Qué opinas de él?”, le había preguntado a Riley varias veces.

Riley deseaba saber la respuesta a esa pregunta.

Pero Hatcher había parecido estar menos interesado en lo que ella había observado o aprendido que en sus acciones y reacciones, lo que ella realmente había estado haciendo y cómo se había sentido, hasta el último detalle sensorial. Exigió saber todo lo que había experimentado desde que ella y Bill habían abordado el jet del FBI con destino a Phoenix el sábado pasado.

¿Cómo se había sentido visitar un burdel real? ¿Cómo se había sentido cuando había pretendido ser una prostituta? ¿Cuándo había rescatado a una adolescente fugitiva? ¿O cuando el sospechoso se había escabullido en la parada de camiones?

Luego regresó a cuando se había hecho pasar por una prostituta.

“Me encantaría ver eso”, dijo.

Cuando ella no respondió, agregó: “Eres una mujer hermosa. ¿Cómo te estás llevando con tu compañero? ¿Cómo se siente cuando se entera que hay otros hombres en tu vida?”.

Ella también ignoró estas preguntas. Finalmente asintió con la cabeza y cambio de tema.

Las preguntas se habían vuelto inquietantes. El interés de Hatcher en la vida personal de Riley le había parecido retorcido, incluso voyerista. Cada vez le

parecía más que estaba obsesionado con ella. ¿Había hecho este viaje solo para alimentar su curiosidad retorcida?

Finalmente habían comenzado a hablar acerca de lo que Riley había considerado irrelevante. Había exigido que le contara todo respecto a la crisis nerviosa de April, y cómo Riley había desafiado a Morley para volver a ayudarla.

Y ahora estaba cayéndole a preguntas sobre la visita que le había hecho a su padre. Insistía en saberlo todo acerca de esa terrible visita, así que ella le había contado todo al respecto.

“¿Por qué?”, se seguía preguntando Riley.

Era lo último de lo que quería hablar en estos momentos. Ya no quería saber nada de su padre, y mucho menos hablar con él. Esperaba con todo su corazón que nunca tuviera que tener que volver a verlo.

Hatcher parecía estar jugando con ella. Y esto le estaba gustando cada vez menos.

Finalmente se inclinó en su silla, sus anteojos descansando en el puente de su nariz.

“Estás cerca”, dijo de nuevo.

Las palabras eran exasperantes.

“¿Qué quieres decir con eso?”, dijo ella.

Se quedó sonriendo en silencio de nuevo.

“Me agrada tu papá”, dijo finalmente.

Riley reprimió las ganas de decir que a ella no le agradaba en absoluto y se quedó callada.

“Él y yo tenemos mucho en común”, dijo Hatcher.

Ahora Riley tenía que reprimir las ganas de decir que estaba de acuerdo con él. Hatcher y su padre eran ambos monstruos en su propia forma. Ambos habían matado a muchas personas, su padre en Vietnam, Hatcher de joven en las calles. Eran manipuladores y usaban a las personas. Y ninguno de ellos tenían la capacidad de sentir arrepentimiento.

“No respetas a tu papá lo suficiente”, dijo Hatcher.

La ira de Riley estaba creciendo, pero ella trató de calmarse. Si ella explotaba, esto solo lo haría disfrutarlo más.

Se inclinó hacia ella, mirándola profundamente a los ojos, sonriendo sombríamente.

“Estás cerca”, dijo de nuevo. “Debes escuchar a tu papá”.

Sostuvo su mirada por un largo momento. Luego se volteó y dijo: “Guardia, ya estamos listos”.

Se levantó de su silla cuando el guardia abrió la puerta corrediza con barras.



“¿Eso es todo lo que tienes que decir?”, preguntó Riley.

“Ya te he dicho lo suficiente. Te he dicho exactamente lo que necesitas escuchar. Uno de estos días me lo agradecerás. Créeme, me lo agradecerás”.

Hatcher siguió al guardia y salió por la puerta. El guardia cerró la puerta de hierro.

“Y nos veremos de nuevo”, dijo a través de las barras. “Recuerda mis palabras, nos veremos de nuevo”.

\*

Poco después, Riley estaba en el jet del FBI viendo las montañas de Catskill por debajo de ella. ¿Había aprendido algo de Hatcher? Si era así, no podía descifrar lo que era. Sin embargo, había sido bastante tajante respecto a una cosa...

*“Debes escuchar a tu papá”.*

Le había explicado todo lo que su padre le había dicho durante su visita. Hatcher había captado algo. ¿Su padre le había dicho algo que ninguno de los dos había percatado?

Riley estaba cansada y cerró los ojos. Volvió a la pesadilla de su cautiverio, la llama brillando en la oscuridad. Se preguntaba si tal vez debía quedarse aquí, en esta memoria, en esta oscuridad privada. Después de todo, los espacios oscuros de su mente habían sido de mucha ayuda en el pasado. Había sido capaz de entrar en las mentes de los asesinos más crueles.

Pero luego recordó algo que su padre le había dicho...

*“No estás enfrentándote a un monstruo. Ni siquiera estás enfrentándote a la maldad. Estás enfrentándote a lo que la gente llama normal”.*

Y recordó cómo lo había descrito...

*“Es mi antítesis, y es tu antítesis”.*

Quizás, sólo quizás, su padre había dado en la llaga. ¿Era posible que estaba tratando con un asesino cuyo corazón no era tan frío y oscuro como el suyo?

Con los ojos todavía cerrados, se imaginó saliendo de esa oscuridad cautiva, lejos de la llama, a la luz del sol.

Sí, se sentía más cerca de él ahora. Estaba siguiéndole el rastro. Y lo encontraría en la vida cotidiana, a la luz del día, en un mundo poblado por personas que no eran monstruos. Porque él tampoco era un monstruo. O al menos no se veía como un monstruo.

*“No como mi padre”, pensó. “Y no como yo”.*

Su mente estaba ahora en la plena luz del día. Podía sentirse a sí misma viendo el día a través de sus ojos, sintiendo el sol en su piel, la comodidad

acogedora de una vida respetable.

Sin embargo, también podía sentir su temor y aprensión. Esas emociones le eran ajenas. No sabía cómo manejarlas. Estaba acostumbrado solo a la amistad, respeto, confianza en sí mismo e incluso virtud. Incluso ahora no sentía que había hecho algo malo. Pero estaba fuera de lugar y se sentía agotado y aterrorizado, y nunca se había sentido así antes.

Sonrió por dentro. Recordó aquellas palabras que Hatcher le había repetido varias veces.

*“Estás cerca”.*

Era cierto, estaba muy cerca. Ahora tenía que comunicarse con Bill, así que lo llamo a su teléfono celular.

“¿Obtuviste información?”, preguntó Bill.

Riley lo pensó por un momento. “Debes revisar los refugios para niños fugitivos. Comienza con el refugio donde está Jilly. Preguntas si tal vez la chica pudo haber estado en un refugio en algún lugar en Phoenix. Y también pregunta por Jilly”.

“Lo haré”.

Bill hizo una pausa. Parecía tener algo en mente.

“Riley, tengo una idea”, dijo.

“¿Cuál es?”, preguntó Riley.

Hubo un momento de silencio.

“Aún la estoy procesando”, dijo. “Te la explicaré cuando regreses. ¿Estarás en Phoenix a tiempo para reunirte conmigo en la oficina central a las ocho?”.

“Claro que sí”, dijo Riley.

“Entonces nos vemos allá”, dijo Bill.

Finalizaron la llamada. Riley se preguntaba qué era lo que Bill tenía en mente. Bueno, lo descubriría muy pronto. El instinto de Riley le decía que algo estaba a punto de suceder. Esta noche, de hecho. Estaba absolutamente segura de eso.

## Capítulo Treinta y siete

Bill se sintió vagamente asqueado al ver a las chicas en el refugio para adolescentes. Brenda, la trabajadora social, la había llevado a la sala de juegos. Las chicas estaban hablando, viendo TV y jugando juegos en teléfonos móviles como cualquier adolescente. Pero estas chicas no eran normales.

“*Este maldito caso*”, pensó.

Con los años, había adoptado la creencia que era inmune al terror. Pero este lugar lo perturbaba profundamente. Después de todo, era una casa para chicas que habían escapado del infierno y que aún podrían volver allí pronto.

Miró su reloj. Tenía un montón de tiempo antes de que Riley regresara. Haría los arreglos necesarios para su encuentro. Esperaba tener razón ya que quería terminar con este caso lo más pronto posible.

Mientras tanto, había una chica por salvar. Una chica como estas. Pero quizás ya podría estar muerta.

Pudo ver que algunas de las chicas estaban visiblemente magulladas. La mayoría de ellas tenían miradas cautelosas que reconocía como señales de heridas emocionales. Todas habían sido traídas aquí porque eran prostitutas novatas o porque habían estado tratando de convertirse en prostitutas. Habían sido encontradas vagando al margen de un estilo de vida que él y Riley habían visto demasiado últimamente. Las chicas ya habían sido víctimas de una u otra forma.

Recordó que Riley le había pedido que preguntara por una de ellas.

“¿Cuál es Jilly?”, le preguntó a Brenda.

La trabajadora social la señaló, era una joven flaca y de piel oscura que estaba sentada en una mesa con un grupo jugando un juego de cartas. Tenía sus cartas cerca de su pecho.

“Tu compañera parece estar apegada a Jilly”, dijo la trabajadora social.

“Lo está”, respondió Bill. Entonces pensó que una explicación podría ser necesaria. “Pero la agente Paige tiene una hija adolescente que ha pasado por dificultades recientemente”.

La mujer asintió con la cabeza. Bill pensó en acercarse a Jilly y presentarse como el compañero de Riley. Pero no tenía ni idea cómo podría reaccionar. ¿Cómo se sentiría si se le acercara un agente del FBI masculino? Parecía mejor mantener su distancia, al menos por ahora. Pero podía informarle a Riley que Jilly parecía estar bien.

Brenda dijo: “Cuando llamaste dijiste que querías hablar de otra chica”.

“Quizás has oído sobre un asesino en serie que hemos estado rastreando”, dijo

Bill.

Brenda asintió. “El que mata prostitutas”.

“Correcto”, dijo Bill. “Tememos que secuestró a una adolescente fugitiva”.

Brenda jadeó. “Son tan terriblemente vulnerables. ¿Quién es la chica?”.

“Ese es el problema. El FBI ha montado una búsqueda, pero aún no la hemos identificado. Solo una descripción imprecisa. Sería útil si supiésemos más acerca de ella. Sería genial si pudiéramos encontrar una foto”.

Brenda lo pensó por un momento.

“Dijiste ayer, ¿cierto? Ninguna de las nuestras ha desaparecido en los últimos días. Pero recibimos alertas de todos los refugios. Vamos a verificarlo”.

Brenda llevó a Bill directamente a su oficina. Se sentó detrás de la computadora y comenzó a buscar.

“¿Qué sabes sobre ella?”, le preguntó a Bill.

Bill recordaba algunos detalles. Jewel, la prostituta que había sido testigo de su secuestro, les había dado una descripción.

“Probablemente tiene unos catorce años”, dijo Bill. “1,70 metros, tal vez un poco más bajita. Rubia, ojos azules, piel pálida, delgada. Tenía una mochila”.

Brenda le echó una ojeada a una lista de nombres.

“Aquí hay algo de ayer”, dijo. “Su nombre es Sandra Wuttke, la llaman Sandy. Ella desapareció de un centro que queda en la avenida Windermere la madrugada de ayer. Si la chica que buscan estaba en uno de nuestros refugios, esta tiene que ser ella”.

Brenda hizo clic en el nombre y una foto apareció en la pantalla. Era una chica delgada y rubia con una expresión desafiante. Bill asintió. Ciertamente se parecía a la chica que Jewel había descrito.

Brenda marcó el número del centro y logró poner a la directora en línea. Puso la llamada en altavoz.

“Claudia, tengo a un agente del FBI aquí conmigo”, dijo. “El agente Bill Jeffreys. Está preocupado por una muchacha que encaja con la descripción de Sandy Wuttke. Ella podría estar en peligro”.

La voz de Claudia sonaba preocupada.

“¿Qué tipo de peligro?”, preguntó.

“Lamento decir esto”, dijo Bill. “Pero quizás fue secuestrada por el asesino en serie que ha estado en las noticias”.

“¿El hombre que está matando prostitutas?”, dijo Claudia con una voz temblorosa. “Pero eso no tiene sentido. Sandy no es realmente prostituta. Ella ha intercambiado sexo por aventones y comida un par de veces. Pero luego alguien la trajo aquí. Pero ha estado inquieta. No me sorprendió cuando se fue”.

“¿Ella llevaba una mochila?”, preguntó Bill.

“Sí, según las chicas que la vieron salir. Pero no puedo creer que haya sido secuestrada por el asesino. Tal vez se fue a casa. No hemos tenido tiempo para verificarlo. Estamos cortos de personal. Y hay demasiadas chicas”.

Bill tenía el presentimiento que la mujer estaba tratando de no creer lo peor.

“¿Podrías conseguirme información sobre su familia?”, preguntó.

Brenda parecía estar buscando en sus propios registros.

“Solo sé de su madre”, dijo Claudia. “Colleen Wuttke. Ella no tiene teléfono. Podría enviar a alguien a su casa”.

“Gracias, pero creo que debo irme”, dijo Bill. “Envía todo lo que tengas de ella al FBI local. Brenda, anota su dirección para mí”.

Bill agradeció a ambas mujeres, y la llamada terminó. Luego, armado con la dirección de la madre de Sandra, abandonó el refugio.

Tenía sentimientos encontrados. Estaba agradecido que trabajadoras como estas estaban aquí para ayudar a Jilly y a otras jóvenes.

*“Pero ¿por qué existen tantas chicas así?”, se preguntaba. “¿Por qué es tan fácil para los depredadores encontrar presas?”.*

\*

Cuando Bill llegó a la dirección, vio que era un edificio deteriorado. Niños jugaban en la acera, y algunos jóvenes estaban sentados en los escalones frontales. Los chicos lo miraron con furia, pero luego alejaron la mirada a lo que los pasó y entró al edificio.

Las escaleras y pasillos oscuros eran iluminados solo por pequeñas ventanas en cada descansillo. El apartamento 4D quedaba al final del pasillo del cuarto piso.

Cuando tocó la puerta, oyó a alguien moviéndose adentro. Unos momentos después, una mujer abrió la puerta un poco y lo miró.

“Ah”, dijo con una especie de gruñido. “Yo esperaba... bueno, no te esperaba a ti. ¿Quién demonios eres tú?”, preguntó.

“¿Eres Colleen Wuttke?”, preguntó Bill.

“Sí. ¿Quién quiere saberlo?”.

Bill le mostró su placa por la abertura estrecha.

“Yo soy Bill Jeffreys, agente del FBI. Quisiera hablar contigo”.

Colleen Wuttke se veía indecisa entre abrir la puerta y cerrarla en su cara. Bill colocó su pie en la abertura.

“¿Está tu hija aquí? ¿Sandy?”.

“Para nada”.

“¿La estabas esperando?”, preguntó.

“No, esperaba a alguien más. Y no quiero hablar contigo. Pegaré un grito si intentas entrar aquí. Muchos grandotes viven aquí, y no les gustan los policías”.

Bill ciertamente no le tenía miedo a esos tipos, pero sus gritos no ayudarían en nada.

“No estoy aquí para arrestar a nadie”, dijo. “Solo necesito algo de información”.

La mujer dejó ir la puerta de repente y se echó para atrás. “¿Para qué me voy seguir engañando? A nadie le importarían mis gritos”.

Bill empujó la puerta, que chirrió al abrirse, suavemente. La mujer llevaba una bata. Se veía demacrada y débil, y su rostro estaba muy manchado. Bill reconoció inmediatamente las señales de una larga adicción a la metanfetamina.

Estudió su rostro y concluyó que no se parecía mucho a la chica de la foto. Pero supuso que sería rubia si se lavara el cabello.

Vio una sala con un sofá destartalado que obviamente servía también de cama, una mesa desvencijada, un hornillo y un fregadero. Una cortina que colgaba de una puerta estaba lo suficientemente abierta como para mostrar un baño raído. Una cama empotrada en la pared estaba llena de ropa.

La mujer lo miró mientras observaba. “Esto es todo lo que hay”, dijo.

Se echó en el sofá frente a él.

Bill dijo: “Tu hija estaba quedándose en uno de los refugios para niñas de la ciudad”.

“¿Ah sí?”.

“Sí, pero ella se escapó”.

“¿En serio?”.

Bill se dio cuenta que la mujer no era tan vieja como había pensado al principio. La metanfetamina había arruinado su aspecto, pero probablemente tenía unos treinta años. Debió haber tenido a su hija muy joven.

“¿Cuándo fue la última vez que viste a tu hija?”.

Su expresión se puso en blanco. Finalmente dijo: “No tengo ni idea”.

Con una mano jugaba con el borde de su bata, abriéndola un poco para mostrar sus piernas flacas. Bill se dio cuenta que estaba tratando de coquetear con él, y se sintió asqueado.

“¿Así que ella no te ha contactado recientemente?”.

“¿Por qué haría eso?”.

Bill no sabía qué decir en respuesta.

“Sandy nunca vendrá a casa”, dijo Colleen Wuttke.

Recogió un par de aretes de metal baratos de una mesa que quedaba al lado del sofá.

“Yo tuve un montón de estos, eran metálicos y tenían forma de flor. Los

conseguía baratos y a veces los vendía para tener un poco de dinero extra. Ella robó un montón de ellos de mi colección. Supongo que ya los vendió todos. No valen nada, pero no debía habérmelos robado. ¿Es por eso que la están buscando? ¿Robó otra cosa?”.

Bill estaba a punto de decirle la verdad, que Sandy podría estar en las garras de un asesino, pero sintió que sería inútil. No tenía sentido. A la mujer no le importaría que la vida de su hija estuviera en peligro.

Él le entregó una tarjeta.

“Lámame si se comunica contigo”, dijo.

“No te preocupes, eso haré”, dijo la mujer. Bill notó el sarcasmo en su voz.

Bill se sintió peor cuando bajó por las escaleras del edificio. Estaba acostumbrado a la fealdad, y estaba acostumbrado al asesinato. Pero también estaba acostumbrado a poder llevar la cuenta del número de víctimas involucradas. Ahora mismo, el mundo parecía estar plagado de víctimas, si no eran las del asesino, eran las de otros innumerables torturadores y abusadores.

Pero ahora no era el momento para dejar que sus sentimientos lo abrumaran. Riley estaría aquí pronto. Y si su corazonada era correcta, quizás estarían cerrando el caso esta misma noche.

## Capítulo Treinta y ocho

Riley se apresuró por el pasillo del edificio del FBI de Phoenix. Eran casi las ocho, y Bill había dicho que se encontrarían aquí. Recordó lo que él le había dicho por teléfono cuando todavía estaba en el avión.

*“Riley, tengo una idea”.*

Deseaba que él le hubiera dicho cuál era su idea, ya que había estado en vilo por horas. ¿Era posible que este caso fuera a terminar pronto, quizás en los próximos minutos?

Deseaba poder esperanzarse. Pero no había dormido mucho en su vuelo a Phoenix. Y la verdad era que no había podido descansar bien desde que fue despertada a las tres de la mañana el pasado viernes en Fredericksburg. Estaba demasiado cansada para esperanzarse.

Cuando llegó a la oficina, se sorprendió al ver que Bill no estaba solo.

Garrett Holbrook estaba sentado de brazos cruzados, mirando al horizonte. Todo el cuerpo de Riley se sacudió de sorpresa. Ahora ella entendía. Ahora sabía exactamente lo que Bill había estado pensando.

“¿Podemos comenzar?”, dijo Holbrook con un tono firme y frío. “¿Me pondrían decir de qué trata todo esto?”.

Bill miró a Riley y ella asintió. Era hora de hacerle unas preguntas.

“Iré directo al grano”, dijo Bill. “La agente Paige y yo necesitamos saber cuándo fue la última vez que viste a tu hermana viva”.

“Les dije eso cuando llegaron”, dijo con una voz lenta y taciturna. “Fue hace años. No recuerdo hace cuánto tiempo exactamente”.

Los nervios de Riley se pusieron de punta. Era mentira, y ella lo sabía por cómo lo estaba diciendo. Podía recordarlo, podía recordar la fecha y hora exacta.

Ella se acercó a él.

“Necesitamos la verdad, agente Holbrook”, dijo.

Siguió mirando al horizonte, pero se puso más pálido y sus ojos se tornaron vidriosos.

“No puedo creerlo”, dijo. “No puedo creer que las haya tomado tanto tiempo. ¿No he actuado lo suficientemente culpable?”.

De repente, dejó escapar un sollozo horrible.

“Porque soy culpable”, dijo.

Siguió sollozando y lágrimas brotaban de sus ojos. Su rostro estaba retorcido de angustia. Riley casi no podía creer que era el mismo hombre de antes.

Se calmó lo suficiente para poder hablar.

“Fue hace solo dos años. Esa fue la última vez que vi a Nancy. Ella vino a mi



casa. Estaba mal, consumiendo drogas y vendiendo su cuerpo. Quería mi ayuda. Me dijo que no tenía a nadie y que necesitaba un lugar donde quedarse. Dijo que podía ayudarla a dejar las drogas”.

Volvió a sollozar.

“Le dije que se fuera”.

Lloró por unos minutos y luego dijo: “¿Por qué? ¿Por qué hice eso? ¿Qué tenía que perder? Nunca me casé, no tengo hijos. Tenía una habitación en mi casa, espacio en mi vida. Fui egoísta. Me sentía a gusto con mi carrera y con mi vida de soltero despreocupada. Era mi media hermana, mucho más joven que yo, sentía que apenas la conocía. No quería esa responsabilidad. No quería ser molestado”.

Sus sollozos se fueron calmando poco a poco.

Riley dijo: “Por eso es que has estado tan distante con nosotros. Es por eso que te mantuviste al margen”.

Holbrook asintió con la cabeza.

“Sentía que me estaba cazando a mí mismo. Prácticamente la asesiné con mis propias manos”.

Bill se quedó boquiabierto y miró a Riley fijamente.

“Está diciendo la verdad”, pronunció silenciosamente.

Bill asintió, y luego le dio unas palmaditas en el hombro.

“Lo siento”, dijo. “Pero si tan solo nos hubieses dicho esto antes...”.

Holbrook echó la mano de Bill a un lado.

“Me iré a casa”, dijo Holbrook con un tono angustiado. Se levantó y tropezó hasta la puerta. Luego se volvió hacia Riley y Bill.

“Bueno, creo que pueden eliminarme como sospechoso”, dijo con una sonrisa de auto-aversión. “Tal vez eso es un progreso”.

Salió de la oficina. Bill y Riley se quedaron sentados por un momento en silencio estupefacto.

“Maldición”, murmuró Bill finalmente. “Estaba seguro, estaba tan seguro”.

“También desconfiaba de él”, dijo Riley. “Su comportamiento siempre fue extraño, y ahora sabemos por qué”.

Pero Riley estaba comenzando a entender algo. Esas palabras que Holbrook había dicho...

*“Nunca me casé, no tengo hijos”.*

Esas palabras importaban de alguna forma. Pero ¿por qué?

La intuición de Riley estaba a toda máquina, juntando datos que parecían irrelevantes. Estaban encajando como piezas de un rompecabezas, formando una imagen coherente.

Recordó las palabras de Hatcher...

*“Debes escuchar a tu papá”.*

¿Y qué era lo que tenía que escuchar? Ah sí, recordó todas esas palabras cínicas y odiosas de monstruos y locura y lo viles que él y Riley eran. Pero había algo más. ¿Qué era?

Luego las palabras le llegaron de golpe.

*“Nunca confíes en un hombre cuyos hijos no lo odien”.*

De repente estaba completamente dentro de la mente del asesino. Estaba viendo a su próxima víctima con sus ojos, una adolescente perdida y aterrorizada. Iba a matarla. Pero ella no era como las otras. Matarla no le daría ningún placer.

Aún así, iba a hacerlo. Tenía que hacerlo ahora mismo. Ya no podía seguirlo postergando.

Oyó la voz de Hatcher repitiendo una vez más...

*“Estás cerca”.*

Ella no sentía que estaba cerca. Negó con la cabeza miserablemente.

“Estamos estancándonos”, dijo.

Riley lo pensó por un momento.

“Quiero hablar con el Dr. Gordy”, dijo. “Solo nos dio uno de los nombres de su lista de sospechosos de robo de medicamentos. Necesitamos más nombres. Alguien fuera de lo común. Tengo la sensación que puede ser alguien más de esa lista. Alguien a quien no sospecharíamos. Este asunto del VIH es la única pista sólida que tenemos. Necesitamos agotarla”.

Marcó el número de teléfono que tenía del médico. Un servicio de contestación comenzó a recitar un mensaje. Riley finalizó la llamada sin dejar un mensaje.

“No tenemos tiempo para esperar que nos responda”, dijo. “Vamos a su casa ahora mismo”.

Bill la miró como si hubiera perdido la razón.

“Dios, Riley, es tarde. Parece que estuvieras aferrándote a lo que sea”.

*“Eso es exactamente lo que estoy haciendo”*, pensó Riley.

Pero eso no se lo dijo a Bill. Salió de la sala rápidamente, Bill justo detrás de ella.

## Capítulo Treinta y nueve

Cuando llegaron a la puerta principal del Dr. Poole, Riley tocó el timbre, pero nadie respondió durante mucho tiempo. Riley tocó el timbre de nuevo.

Finalmente, el altavoz al lado de la puerta cobró vida y oyeron la voz del médico.

“¿Quién es?”.

Bill respondió: “Doctor Gordy, somos los agentes Jeffreys y Paige. Bill y Riley. Hablamos ayer”.

La voz tartamudeó un poco, llena de confusión.

“Dios mío, no estaba esperándolos esta noche”, dijo. “¿Olvidé una cita? No creo haber anotado nada...”.

“Lamento molestarte, Dr. Gordy”, dijo Riley. “Es una emergencia. Trataremos de ir directo al grano”.

“¡Una emergencia! ¡Dios mío!”, dijo el médico. “Por supuesto, pasen”.

La puerta se abrió y Bill y Riley pasaron. Gordon Poole estaba totalmente vestido con tenis y ropa casual.

“Lo sentimos, ¿ibas a salir?”, preguntó Riley.

El médico se rio entre dientes. “¡A esta hora! ¡No, para nada! Ya no soy un pájaro nocturno. De hecho, pronto será mi hora de dormir”.

Riley se sentó en el sofá de la sala de estar. Bill se sentó en una silla cercana. El doctor permaneció de pie con sus manos en sus bolsillos.

“¿En qué puedo ayudarlos?”, preguntó.

“Dr. Gordy, el asesino secuestró a una adolescente”, dijo Riley. “Una fugitiva, es solo una niña. La secuestró ayer por la mañana. Esperábamos haberla encontrado ya. Y nos preocupa. No tenemos tiempo que perder. Me temo que estamos desesperados”.

“¡Ay, Dios!”, dijo el médico, mirando a Riley y a Bill con preocupación.

Riley continuó: “Como te dijimos cuando estuvimos aquí antes, creemos que el asesino puede ser seropositivo, así que podría estar robando medicamentos. Pero el nombre que nos diste no ayudó en nada. El hombre está de vacaciones en México. Necesitamos los nombres que no nos diste. Y cualquier otro que creas que sea posible. Por favor no retengas ninguna información debido a la preocupación que puedes sentir por un posible sospechoso. La vida de una chica pende de un hilo”.

El médico suspiró y se sentó en el sofá con Riley. Dijo: “Realmente odio tener que señalar a hombres inocentes de forma incriminatoria”.

“Necesitamos chequear todas las posibilidades lo más pronto posible”,

respondió Riley con urgencia. “Por eso es que estamos molestándote tan tarde”.

El Dr. Gordy frunció el ceño, perdido en sus pensamientos.

“Está bien”, dijo. “Si el asesino realmente está conectado con los robos, hay un número limitado de personas que podrían tener acceso a los medicamentos”.

Riley luchó contra la inutilidad que estaba sintiendo. “Un número limitado de personas” no sonaba nada específico.

“¿Sabes si alguna de esas personas son seropositivas?”.

“No sé cómo podría notarlo. Como probablemente sabes, el VIH es un virus que ataca el sistema inmunológico. Cuando las células del sistema inmune comienzan a fallar, el cuerpo es susceptible a una variedad de infecciones y enfermedades. En general, la persona tendrá síntomas parecidos a los de la influenza en uno o dos meses. El cansancio puede ser otro síntoma. Una erupción cutánea o dolor de garganta o dolores de cabeza pueden ser señales”.

Riley y Bill se miraron, ambos sintiéndose desalentados. Ambos sabían que no podían acusar a todas las personas que presentaran esos síntomas.

El doctor agregó: “Además, quizás no presente ninguno de esos síntomas. Estamos hablando de un hombre que está robándose la medicación que necesita, que seguramente está cuidándose. Las personas así quizás no presenten síntomas visibles en años”.

“Al menos puedes ayudarnos a achicar la lista”, dijo Riley. “Si conoces a alguien con esos síntomas que tenía acceso a los medicamentos robados, eso podría llevarnos por el camino correcto. No creo que puedan haber muchas personas”.

“Está bien”, dijo el Dr. Gordy a regañadientes. “Déjame pensarlo por un momento”.

Durante el silencio que siguió, Riley se quedó observando la sala. Se centró en las fotos familiares que estaban colgadas en una pared cercana. Las había admirado la última vez que habían visitado al Dr. Gordy. Había muchas fotos colgadas en filas, todas con niños felices y los parques o playas que estaban disfrutando, el pescado que habían capturado, los premios que se habían ganado.

El Dr. Gordy finalmente dijo: “Puedo darles dos nombres. Sus funciones les dan acceso a las medicinas, y he notado unos síntomas reveladores. Pero tengo que advertirles, me resulta muy difícil creer que estas personas sean culpables”.

“Sin duda lo tomaremos en cuenta”, dijo Bill firmemente.

La atención de Riley vagó mientras el Dr. Gordy compartió nombres e información de contacto con Bill, quien anotó todo. No pudo evitar mirar las fotos en la pared de nuevo. Los niños se veían tan felices. Riley se preguntaba por qué su madre se había ido y se los había llevado tan lejos.

Luego, por alguna razón, las palabras de su padre hicieron eco en su mente.

*“Estás enfrentándote a lo que la gente llama normal”.*

Sí, eso era. Las fotos seguían llamando su atención porque todo lo que mostraban era normal.

Se dio cuenta que Bill y el Dr. Gordy estaban mirándola, esperando algún comentario sobre lo que habían estado discutiendo.

“Lo siento, he pasado demasiadas horas en un avión hoy”, dijo Riley. “Estoy cansada y un poco descentrada”.

“Tenemos dos nombres más que investigar”, dijo Bill. “Le aseguré al Dr. Gordy que seremos muy cuidadosos antes de hacer acusaciones”.

“Ah, gracias”, dijo Riley.

Cuando miró al médico simpático, sintió como si su apariencia estaba cambiando ante sus ojos. Empezó a considerarlo, y su corazón comenzó a latir más fuertemente.

¿Podría ser este el asesino, sentado delante de ella? ¿Este médico perfectamente normal y elocuente? ¿En esta casa perfectamente normal? ¿Con su familia perfectamente normal? ¿Podía el mal disfrazarse tanto?

¿O definitivamente estaba perdiendo la razón?

Tenía que averiguarlo.

Intentó mantener su voz calmada y escoger las palabras adecuadas.

“No pude evitar admirar tus fotos de nuevo”, dijo. “Tus hijos se ven tan felices contigo. ¿Los ves a menudo?”.

Aún así, su voz tembló un poco.

Lo miró atentamente, y su corazón se detuvo cuando vio un destello de ira en el rostro del médico antes de decir con una sonrisa: “No tan a menudo como quisiera, obviamente. Pero la vida no siempre sigue el curso que queremos, ¿cierto?”.

Ahora Riley estaba estudiando al hombre con todos sus poderes de observación. No sabía bien el por qué, pero estaba empezando a sentir que algo andaba muy mal con este hombre sentado frente a ella.

“Espero que mi asesoramiento profesional haya ayudado”, dijo el Dr. Gordy como si quisiera concluir las cosas.

“Pues claro”, dijo Riley. “Y muchas gracias. Sentimos haberte molestado”, dijo, su corazón latiendo con fuerza, tratando de ingeniárselas para ver cómo podía postergar lo inevitable. “Ya nos vamos, para que puedas regresar a tu rutina”.

Luego comenzó a pensar para ver si se le ocurría algo.

“¿Podría usar tu baño antes de irnos?”, dijo.

Él vaciló, luego sonrió de mala gana.

“Claro, no hay problema”, dijo señalando por el pasillo. “El baño de visitas es

la primera puerta a la derecha en el pasillo”.

Riley se puso de pie y caminó apresuradamente hacia el pasillo. Podía sentir que tenía las palmas sudorosas.

¿Se había vuelto loca? ¿Estaba viendo cosas donde no había nada?

Riley asomó su cabeza en el baño de visitas que el Dr. Poole le había dicho que utilizara. Había un botiquín sobre el lavado y unas puertas y cajones de armarios. Pero buscar allí sería inútil. Poole no la habría dirigido aquí si había algo que pudiera encontrar.

“No tengo tiempo para mirar en todas partes”, pensó. “Espero tener suerte”.

Pasó por varias otras puertas y se dirigió a una grande y lujosa que quedaba al final del pasillo. Cuando la empujó, la puerta abrió a un gran dormitorio que estaba iluminado por dos lámparas elegantes.

Ella entró y cerró la puerta detrás de ella. Había puertas que probablemente conducían a closets, tres cajoneras y armarios de pie.

¿Por dónde debía empezar?

Fue a revisar una puerta abierta al otro lado de la habitación y encontró un baño privado. Prendió la luz antes de entrar. El baño era más grande que su propio dormitorio. Tenía todo lo necesario, además de un montón de espejos y decoración elegante. Tendría que rebuscar en un montón de cajones y gabinetes hasta que encontrara algo. Abrió un gabinete, observó lo que había adentro y luego abrió otro.

No había nada allí.

“Espero que él y Bill sigan hablando”, pensó.

\*

Bill anhelaba que Riley se diera prisa. Si la niña desaparecida todavía estaba viva, no tenían tiempo que perder. Y si no estaba viva, necesitaban atrapar al asesino antes que atacara de nuevo. Y ya el médico les había dicho lo que estaba dispuesto a decirles. Miró los cuadros en la pared, buscando un tema de conversación.

“Tú y tus hijos parecen disfrutar de la pesca”, dijo. “A mí también me gusta. La gente de Arizona está hecha. Tantos lagos, tantos lugares para pescar”.

“Sí, hay un montón de lagos aquí”, dijo el Dr. Poole. “Todos son artificiales. Productos de la ingeniería, de represar ríos y rellenar cañones. La mayoría de ellos también son embalses y son grandes sitios recreativos. El lago Mead es el embalse más grande de Estados Unidos. Compartimos ese con Nevada”.

“¿Qué tipo de peces contienen?”.

“El estado los abastece con trucha, robaleta, bagre, tilapia y distintos tipos de

róbalo. Una vez pesqué un gran róbalo”.

El Dr. Poole se veía un poco distraído y seguía mirando al pasillo.

“Envidio todo el tiempo que pasas con tus hijos”, dijo Bill. “Puedo ver en las fotos lo mucho que te aman”.

El Dr. Poole se encogió de hombros distraídamente.

“No pueden amarme más que yo los amo a ellos”, dijo.

“Sí, cualquier persona se daría cuenta de eso”.

Un silencio cayó, y algo brillante en el suelo captó la atención de Bill mientras observaba la sala. Estaba debajo de la mesa justo al lado de su silla, casi oculto en la alfombra afelpada.

Bill se levantó de su silla y se inclinó para verlo mejor. Lo recogió, queriendo ayudar al médico amable.

Era un arete de metal brillante, una baratija en forma de flor.

De repente recordó las palabras de Colleen Wuttke.

*“Yo tuve un montón de estos, eran metálicos y tenían forma de flor.*

Este era el arete de Colleen.

¿Qué estaba haciendo aquí?

Su corazón casi se salió de su pecho cuando todas las piezas del rompecabezas se unieron y finalmente entendió.

Pero justo cuando entró en cuenta y comenzó a buscar su arma, sintió un golpe en la parte de atrás de su cabeza.

Y luego todo se desvaneció.

## Capítulo Cuarenta

Riley no estaba encontrando nada útil y sabía que tenía que abandonar su búsqueda pronto. No tenía ninguna razón legal para estar hurgando en la casa del médico, lo único que tenía era su intuición. ¿Y si estaba equivocada? ¿Y si su mente paranoica se estaba centrando en el médico más respetable con el que la policía había trabajado?

Sintiendo que su tiempo estaba agotándose, casi entró en pánico cuando abrió un gabinete y escuchó un zumbido. Movi6 un mont6n de rollos de papel higi6nico a un lado.

Atr6s del gabinete hab6a un peque6o refrigerador. Ella abri6 su puerta y una luz se prendi6 adentro.

El mini refrigerador estaba lleno de grandes botellas blancas de pl6stico, no de frascos de medicamentos recetados. Tom6 una botella y verti6 enormes pastillas color rosa en su mano.

Era la medicina robada para el VIH. Estaba segura de ello. Estas botellas parec6an hab6an llegado directamente de un fabricante, y sab6a que algunos de estos medicamentos requer6an refrigeraci6n.

Su coraz6n lat6a fuertemente en su pecho, su mente tambale6ndose mientras todas las piezas comenzaban a colocarse en su sitio. Hab6a tenido raz6n, y su mente estaba dando vueltas de tantos pensamientos.

¿Por qu6 no hab6a sospechado de Poole durante su primera visita? ¿Por qu6 hab6a dejado que la engatusara hasta el punto en el que la hab6a agradado?

La respuesta era simple. Ella se hab6a dejado engañar por sabidur6a convencional. Era bien entendido entre los agentes del FBI que, a pesar de las historias de asesinos que se insertaban en las investigaciones policiales, esto suced6a muy poco. No se hab6a tomado la molestia de siquiera considerar la posibilidad.

Pero Shane Hatcher la hab6a considerado, bas6ndose 6nicamente en lo que le hab6a dicho sobre el Dr. Poole. Hatcher sab6a que Poole era el asesino. Sab6a que Riley ya hab6a conocido al asesino.

Record6 su sonrisa siniestra.

*“Est6s cerca”.*

Y ahora ten6a sentido. ¿Qu6 mejor manera de encubrir sus propios robos de medicamentos contra el VIH? La polic6a nunca sospechar6a al hombre que los ayudaba, un hombre con una excelente reputaci6n de honestidad e integridad.

Riley oy6 un sonido detr6s de ella, pero algo golpe6 su espalda antes de que pudiera moverse. Cay6 de bruces y se raj6 la cabeza con la parte superior del



gabinete. Sabía que tenía una rodilla en la espalda que la estaba sujetando. Luego la rodilla se movió a un lado y sus manos fueron atadas a su espalda. Sintió que algo había sido colocado sobre su rostro.

Se movió como loca y trató de voltearse. Pero luego vino otro empujón brutal, empujando su rostro contra el piso. Ahora estaba arrodillado sobre ella, con su peso en la parte baja de su espalda, manteniéndose a sí mismo fuera de su alcance. Él había hecho esto antes. Él sabía cómo hacerlo. Y era más fuerte de lo que parecía.

Riley trató de tomar aire mientras pateaba con locura. No podía ni inhalar ni exhalar. El plástico transparente se empañó delante de sus ojos. Estaba perdiendo el conocimiento. Varias imágenes pasaron por su mente. Esperaba encontrarse a sí misma en el infierno de la jaula de Peterson, viendo su rostro iluminado por la antorcha de propano. Pero en cambio vio el rostro de su padre. Su expresión era rígida. Sostenía un cuchillo en su rostro.

*“Déjame ayudarte a salir de esta”*, dijo.

¿Había venido a rescatarla? No, Riley sabía que estaba alucinando.

*“Déjame ayudarte a salir de esta”*, repitió su padre.

Y colocó el cuchillo debajo de su barbilla. Ella sabía lo que iba a hacer. Estaba a punto de destriparla desde su mandíbula a su entrepierna. Iba a despellejarla como una ardilla, quitarle la piel tranquila y elegantemente.

*“¿Dejaré que esto termine así?”*, pensó.

¿Dejaría que su padre le hiciera esto?

¿Dejaría que el Dr. Poole le hiciera esto?

¿Dejaría que este mundo oscuro de abuso y explotación le arrancara todo lo que ella era, lo que esperaba ser?

Riley trató de mantenerse despierta. Torció su cuerpo rápidamente. Sintió el peso de Poole ceder mientras caía a un lado. Sintió las cuerdas que ataban sus muñecas soltarse, y luego sus manos estaban libres.

Arrancó el plástico de su rostro y garganta y sus pulmones le dolieron a lo que aspiraron aire. Se puso de pie rápidamente y se dio la vuelta.

El Dr. Gordy estaba parado frente a ella, y tenía una pistola en ambas manos. Era la pistola de Bill.

Intentó hablar para preguntarle qué había hecho con Bill. Pero las palabras no podían salir de su garganta debido a lo que acababa de pasar.

Sostenía la pistola temblorosamente, podía notar a simple vista que jamás había disparado un arma. Pero no era menos peligroso que un hombre que iba al polígono de tiro todos los días a esta distancia.

Se lanzó sobre él, y él disparó. Pero disparó un poco tarde, y ella ya había desviado su brazo. Oyó la bala chocar contra el azulejo. La pistola se cayó de la

mano del médico y patinó en el piso.

Dio un paso atrás y le metió un puñetazo en su barriga. Se inclinó con un fuerte gemido. Le metió otro puñetazo en la cabeza. Su cabeza se estrelló contra el marco de la puerta, y él se deslizó al suelo.

Riley negó con la cabeza. La mano le dolía demasiado, pero no creía que estaba fracturada. Sacó sus esposas y esposo al médico a una barra de seguridad que había en la pared, segura que no iba a ir a ningún lado.

Recogió la pistola y se tambaleó del baño hasta el pasillo.

Ahora por fin podía gritar el nombre de Bill.

“¡Bill! ¡Bill!”.

No hubo respuesta.

La fuerza de Riley estaba volviendo. Corrió por el pasillo hasta llegar a la sala de estar. Bill estaba acostado en la alfombra, sangrando por una herida en la cabeza. Había un atizador para chimenea en la alfombra.

Riley se arrodilló sobre su compañero. Apenas parecía estar respirando y su pulso era débil. Sintió una oleada de dolor, de arrepentimiento, de culpa. ¿Y si moría? ¿Este hombre que había conocido mejor que nadie en el mundo?

Llamó a la línea de emergencia del FBI.

“Agente caído. Necesito una ambulancia.

“Listo”, dijo la persona en la línea. La voz en el teléfono verificó la dirección.

“Apúrense”, dijo Riley antes de colgar. Chequeó a Bill de nuevo, pero sabía que no debería tratar de moverlo. Tenía que esperar a la ambulancia.

Riley se puso de pie y observó la sala de estar. Sabía que, si la chica aún estaba viva, probablemente estaba en algún lugar de esta casa. Volvió al pasillo y comenzó a verificar puertas que había pasado cuando estaba buscando medicamentos. Una de ellas abría en un descansillo y unas escaleras que daban a otro piso.

Riley encendió una luz y bajó las escaleras rápidamente.

En el centro del sótano bien amueblado estaba una joven delgada, atada a una silla con cinta adhesiva. Había volcado la silla y estaba acostada de lado. Su boca no estaba amordazada, pero Riley podía notar por sus ojos que estaba muy sedada.

Riley se sintió eufórica. La muchacha estaba viva.

Corrió a Sandra Wuttke y comenzó a desatarla.

La chica parecía estar dándose cuenta de lo que estaba sucediendo. Comenzó a llorar.

“Él iba a matarme”, dijo.

Riley sostuvo a la chica en sus brazos y la meció.

“Ya todo está bien”, dijo. “Ya no podrá lastimarte más. Ya todo está bien”.

Riley sintió lágrimas rodando por su rostro. Esta chica era menor que April y su vida casi había llegado a su fin. De alguna manera, no pudo evitar sentirse como si estuviera abrazando a April, después de haber escapado de Peterson.

“Tenía una bolsa de plástico”, lloriqueó Sandra. “Me hubiera matado”.

Riley acarició su cabello.

“Eres una chica valiente”, dijo. “Vas a estar bien. Todo va a estar bien”.

Oyó las sirenas de la ambulancia y probablemente de un carro del FBI a la distancia.

Riley anhelaba que llegaran a tiempo para poder salvar a Bill.

## Capítulo Cuarenta y uno

Bill y Riley estaban terminando su reunión informativa con Brent Meredith en su oficina en Quántico. La cabeza de Bill aún estaba vendada, y había sufrido una conmoción cerebral leve, pero Riley podía decir que estaba bien. En definitiva, se sentía satisfecha con la conclusión del caso en Phoenix.

“Muy buen trabajo”, dijo Meredith. Luego, mirando a Riley con una pequeña sonrisa, agregó: “Hasta Morley pensó que habían hecho un buen trabajo”.

Riley le devolvió la pequeña sonrisa. Sí, Morley les había dado las gracias en la pista de Phoenix antes que tomaran su vuelo de regreso. Pero sus gracias no habían parecido muy sinceras. Había sido especialmente frío con Riley, pero esto no la había sorprendido en absoluto. Y definitivamente no podía culparlo.

Meredith giró la silla de oficina hacia adelante y hacia atrás. Riley reconoció esto como la señal del jefe que la reunión estaba llegando a su fin. Miró a Riley y negó con la cabeza un poco.

“Agente Paige, espero que me facilites las cosas en tu próximo caso. Tuve que cubrirte bastante. Y para la próxima, nuestro jet no es para tu uso personal”.

Ahora Riley se ruborizó un poco.

“Te debo una, señor”, dijo.

“Sí, me la debes”, dijo Meredith.

De hecho, sabía que era así. Si no fuera por Meredith, nunca podría haber vuelto al trabajo, o quizás hasta hubiese sido expulsada de la Oficina. ¿En qué había estado pensando, yéndose en medio de un caso?

Pero obviamente sabía en lo que había estado pensando. Había estado pensando en April. En ese momento, su hija le había importado más que su trabajo. ¿Aún se sentía así?

Sí, su hija seguía importándole más.

“*No soy mi padre después de todo*”, pensó.

Meredith le preguntó: “¿El segundo viaje, cuando visitaste Sing Sing, sí fue útil?”.

Riley consideró la pregunta por un momento. Hatcher definitivamente había identificado al asesino, aunque solo lo había dicho en acertijos. Aún así, la idea de tener que encontrarse con él nuevamente le parecía intolerable.

“No creo que vuelva a consultarlo”, dijo.

Meredith se levantó de su escritorio, una señal que la reunión había terminado.

Bill y Riley salieron del edificio. Se quedaron en silencio por unos momentos mientras caminaban. Gran parte del viaje de regreso lo habían pasado en

silencio.

“Puedo llevarte a casa”, dijo Bill.

“No te preocupes, mi carro está aquí”, dijo Riley. Había dejado su carro en Quántico cuando se habían ido para Phoenix. Sentía que eso había sido hace mucho tiempo.

“Tal vez pudiéramos irnos a tomar o a comer algo”, dijo Bill.

Riley no estaba segura qué era lo que Bill buscaba con eso. Después de su insinuación, ¿todavía estaba intentando algo con ella? Tal vez no. Tal vez realmente no quería nada más que unos momentos relajados con una amiga y colega.

Sea como sea, Riley realmente no estaba de ánimo.

“Trabajamos muy bien en Phoenix”, dijo ella. “Demos por terminado el día”.

“Está bien”, dijo Bill con ojos tristes.

Bill comenzó a alejarse.

Riley le habló de lejos. “Bill, me gusta trabajar contigo”.

Bill le respondió: “La sensación es mutua”.

Ella y Bill siguieron sus propios caminos. Riley le puso a pensar en cómo las cosas estaban realmente entre ellos mientras conducía a casa. Estaba contenta que ya las cosas habían vuelto a la normalidad con ellos como equipo. Pero aún había tensión entre ellos que no había sido resuelta.

La verdad era que Riley se preguntaba cómo se sentía acerca de los hombres en general. Sus experiencias en Phoenix la habían amargado. Los proxenetas como Jaybird y los ricos misóginos como Calvin Rabbe no le inspiraban mucha confianza. Tampoco Garrett Holbrook, que había estado tan encantado con su vida de soltero despreocupada que había abandonado a su propia hermana. Hasta Bill la había asqueado cuando se había excitado al ver a Riley vestida de prostituta.

“Quizás he terminado con los hombres para siempre”, pensó.

\*

Riley estaba relajada en la cubierta trasera de su casa, disfrutando de las vistas y sonidos del vecindario. Había rechazado la oferta de Gabriela de limonada fresca, optando por tomarse un refresco en vez. Tenía miedo que la limonada la recordara por mucho tiempo al asesino que la había engañado por completo al principio.

En su mente, aún podía oír las expresiones del Dr. Gordy, y todavía podía ver su rostro cuando él la había atacado.

Pero April y Crystal, la vecina, estaban tomándose la limonada de Gabriela.

Estaban sentadas en el patio viendo una película en la portátil de April. No dejaban de reírse y señalar la pantalla.

Incluso sin la limonada, el Dr. Gordy seguía apareciendo en la mente de Riley. Afortunadamente, el hombre estaba en la cárcel y el caso en su contra era sólido. Nunca estaría libre de nuevo. De hecho, Arizona tenía la pena de muerte para los condenados por homicidios múltiples, así que la arrogancia del Dr. Gordy llegaría a su final muy pronto.

Por desgracia, ni su encarcelamiento ni su muerte haría algo por las tres mujeres que había matado. Tal vez sería útil para las otras dos que había aterrorizado, y sin duda beneficiaría a las que nunca había tenido la oportunidad de capturar.

Riley se preguntó brevemente si Socorro había vuelto a la prostitución o había encontrado una mejor forma de mantener a sus hijos. Había organizaciones en Phoenix que la ayudarían a cambiar de vida si así quisiera hacerlo.

April subió las escaleras a la cubierta e interrumpió sus pensamientos. Se sirvió más limonada de la jarra que Gabriela había dejado sobre la mesa. Su amiga Crystal seguía abajo, pegada a la computadora.

“¿Estás pensando en tu caso?”, preguntó April.

Riley logró sonreír un poco. “Por favor no te preocupes por mí, amorcito. Vuelve a tu película”.

“Bueno, después de todo lo que hemos vivido juntas, puedes contarme”.

Luego April se encogió de hombros.

“Además, es una película estúpida”, dijo, sentándose junto a Riley.

Riley suspiró.

“No puedo evitar preguntarme qué sucederá con algunas de las personas que conocí. Especialmente con las chicas jóvenes”.

“¿Como la que rescataste del asesino?”.

“Sí. Al menos Sandy está de vuelta en el refugio”.

“Por lo que me dijiste, no creo que se le vuelva ocurrir fugarse”.

Riley no respondió. Esperaba que April tuviera razón. Pero April no había visto todo lo que ella había visto últimamente, los rostros desesperanzados de mujeres como Chrissy, que simplemente no podían comprender que existía una mejor vida, y las miradas perdidas de las chicas mucho más jóvenes que ya estaban empezando a perder toda esperanza. Se quedó en silencio por unos momentos.

“Hubo otra chica”, dijo Riley. “La llevé de una parada de camiones a un refugio. Su nombre es Jilly, y esta es la primera vez que le pasa algo bueno en su vida. Gracias a Dios que está recibiendo la mejor ayuda que cualquier persona pudiera darle. Jilly y Sandy necesitarán tiempo, pero al menos tendrán una

oportunidad, al menos tendrán una opción.

Podía escuchar las palabras de Shane Hatcher de nuevo.

*“Todo es cuestión de decisión”.*

Su decisión era que más nunca buscaría la ayuda de Hatcher. Era innegable que él la había ayudado en crímenes desconcertantes, pero sus consejos se derivaban de un lugar muy oscuro. No quería ir allí nunca más.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el sonido del timbre. Oyó a Gabriela contestar la puerta y decir: “Están en el patio”.

April se puso de pie para ver quién había venido.

Entonces miró a Riley con desánimo.

“Es Papá”, dijo con una voz poco emocional.

Riley sentía que quería abandonar la escena, pero no se movió. ¿Cómo se atrevía aparecer ahora, después de ignorar a April cuando más lo había necesitado?

Cuando Ryan salió a la cubierta, lo miró fríamente y dijo: “¿Qué diablos quieres?”.

Ryan puso un brazo alrededor de April y dijo, “Me alegra que estés bien, cariño”.

Se volvió a Riley y agregó, “Lo siento, Riley. Sé que me porté como un imbécil cuando me llamaste”.

Cuando Riley no respondió, él agregó: “Parece que solo quieres hablar conmigo cuando necesitas algo”.

Riley dijo: “Tu hija necesitaba algo”.

“Lo sé. Espero que puedan perdonarme”.

April se alejó y regresó al patio con Crystal.

Sin ser invitado, Ryan se dio la vuelta y se sentó frente a Riley. Riley estaba ignorándolo.

“Esta casa es muy bonita”, dijo. “Me alegro que salieran de ese cuchitril donde vivían antes”.

Riley sabía que estaba recordándole que tenía que darle las gracias por eso. Y era cierto. Había sido capaz de comprar esta casa adosada que ella, April y Gabriela amaban porque Ryan estaba siendo generoso con la manutención. Su ex marido no era tacaño con su dinero, solo consigo mismo.

“Sí”, dijo a regañadientes. “Estamos felices aquí. Ahora me es fácil llegar a Quántico y también le es fácil a Riley ir a la escuela”.

Riley finalmente lo miró a los ojos. Notó que Ryan se veía bien. Estaba igual de guapo.

Se inclinó hacia adelante y habló con seriedad. “Las extraño a ambas. Creo que debemos vernos más. Después de todo, estuvimos juntos durante mucho

tiempo. Seguimos siendo una familia”.

Riley no podía creer lo que le estaba diciendo.

“Qué pasó con...”. Riley no pudo recordar el nombre de la mujer con la que Ryan había estado saliendo.

“No fue igual con ella”.

Riley se quedó un poco boquiabierta.

“*Quiere volver conmigo*”, pensó Riley.

¿No tenía ninguna idea que no quería tener nada que ver con él?

“Bueno”, dijo, “estoy segura que encontrarás a la mujer perfecta algún día”.

Ahora Ryan se veía dolido. Pero Riley estaba decidida a no mostrarle compasión.

“Dices que seguimos siendo una familia”, dijo. “Pero nunca fuimos una familia, al menos no los tres. Nunca estuviste aquí”.

“Puedo cambiar”, dijo Ryan.

“Tienes que afrontar los hechos, Ryan. Nunca vas a cambiar. April y yo te dimos todas las oportunidades para que lo hicieras en todos estos años. No va a suceder”.

Sintió que su amargura se veía en su rostro.

Ryan miró el patio.

“Por lo visto estás disfrutando de tu libertad”, dijo.

Riley gimió. Así era él, reduciendo sus motivos a su propio nivel. Tenía demasiadas razones para no volver con él, pero él tenía que creer que esa era la más importante. Aún así, no estaba totalmente equivocado.

Ella dijo: “De hecho sí estoy disfrutando de mi libertad. Y tú no serás parte de ella”.

Antes de que Ryan pudiera responder, el timbre sonó de nuevo. En unos momentos apareció Gabriela, acompañado de su vecino Blaine Hildreth, el padre de Crystal.

Gabriela tenía los ojos brillantes. Incapaz de reprimir una risita, se volvió y se alejó rápidamente.

Blaine observó a Ryan y a Riley y se detuvo en seco.

“Ah”, dijo. “No quise interrumpir”.

“En realidad lo estás haciendo”, dijo Ryan bruscamente.

“*Dios mío*”, pensó Riley. “*¿Esto se convertirá en un concurso de hombría?*”.

Ryan era el más alto y el mejor vestido, con su ropa cara y casual. Pero a Riley no le parecía ni un poco atractivo en estos momentos. Blaine era más joven y se veía más animado, más comprometido con el mundo. Y, en este momento, estaba mostrando mejores modales.

“En realidad no estás interrumpiendo nada”, le dijo Riley a Blaine. “Ryan



estaba a punto de irse”.

Ryan la miró con furia, se veía totalmente derrotado. Sus ojos se inundaron de rabia. Pretendía intimidarla con esa mirada.

Sin embargo, ya Riley no se dejaría intimidar por nadie. Recordó cómo había desviado el golpe de su padre y finalmente se había defendido. Era algo que no podía olvidar, y esa memoria la hacía sentirse poderosa. Después de todos estos años, Ryan aún no tenía ni idea con quién estaba tratando, de lo que ella era capaz.

Ella sostuvo su mirada.

Repitió con una voz dominante: “¿Cierto, Ryan?”.

Riley estaba bastante segura que había captado el mensaje por la expresión de su rostro. Se puso de pie y se marchó sin decir otra palabra. Oyó la puerta principal cerrar tras él.

“Bueno, creo que acabo de conocer a tu ex”, dijo Blaine.

Riley se rio un poco. “Sí, ese era él”.

Blaine se rio también. “¿Cómo te fue en Arizona? ¿Alguna historia nueva que contar?”.

“Todavía no”, dijo. “Tengo que procesar bastantes cosas antes de poder hablar del tema”.

“Lo entiendo”.

Escuchaba risas de chicas en el patio. Riley estaba segura que las risas eran por todo lo que había pasado con los adultos.

Blaine se levantó y caminó hacia la baranda de la cubierta y llamó a Crystal.

“¡Allí estás! ¡Te he estado buscando por todas partes!”.

Crystal puso los ojos en blanco, sonriendo de oreja a oreja.

“Vamos, Papá. Qué excusa tan barata. Sabemos a quién viniste a ver”.

Blaine se ruborizó, estaba completamente avergonzado.

Riley estaba entretenida. Crystal tenía razón.

Por un segundo recordó las palabras de su padre.

*“Nunca confíes en un hombre cuyos hijos no lo odien”.*

Ella sonrió por dentro. Suponía que esto significa que Blaine era digno de confianza.

Blaine se volteó hacia ella aún claramente avergonzado. Luego respiró profundamente y dijo: “Ahora que estás de vuelta, me preguntaba si querías que los cuatro fuéramos a cenar en El Grill”.

Riley sonrió, esta vez por fuera. Nadie la había invitado a salir en mucho tiempo. Se sentía bien. Y estar con Blaine, aunque apenas lo conocía, también se sentía bien.

“Me encantaría”, dijo.

**¡YA DISPONIBLE!**



**UNA VEZ ATRAÍDO**

**(Un Misterio De Riley Paige—Libro #4)**

“¡Una obra maestra del género de thriller y misterio! “El autor hizo un buen trabajo desarrollando a los personajes con un lado psicológico. Los describe tan bien que sientes que estás en sus mentes, sigues sus temores y te alegras por sus éxitos. La trama es muy inteligente y el libro te mantendrá entretenido de principio a fin. Este libro te mantendrá pasando páginas hasta bien entrada la noche debido a sus giros inesperados.

--Opiniones de libros y películas, Roberto Mattos (Una vez desaparecido)

UNA VEZ ATRAÍDO es el libro #4 de la serie exitosa de misterio de Riley Paige, que comienza con UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1), ¡una descarga gratuita con más de 500 opiniones de cinco estrellas!

Mujeres están apareciendo muertas en un tramo de carretera en Delaware. Algunas desaparecen por un periodo de tiempo inexplicable, mientras que otras están apareciendo muertas, sus cadáveres exhibidos de formas extrañas y misteriosas. Cuando se descubre un patrón, al FBI le queda claro que un retorcido asesino en serie está a la caza, atrayendo a chicas en conspiraciones sinuosas. Y él no dejará de matar jamás.

El FBI, queriendo resolver el caso desesperadamente, urge a la agente especial Riley Paige a tomar el caso. Pero la brillante Riley por fin Ha encontrado la paz en su vida familiar y está determinada a ayudar a su hija April a volver a la normalidad. Sin embargo, cuando los asesinatos se vuelven demasiado perturbadores, y cuando su ex compañero Bill se lo ruega, Riley finalmente se da

cuenta que no puede negarse.

La caza de Riley la lleva a un mundo inquietante de autoestopistas, vagabundos y mujeres que no preocupan a nadie. Cuando descubre que varias mujeres aún están vivas y que está a tiempo para salvarlas, se da cuenta que no se rendirá por nada. Se obsesiona tanto con el caso que casi la lleva al borde del abismo. Sin embargo, Riley se da cuenta que su propia vida se está cayendo a pedazos, y que su mente frágil apenas puede manejar la tensión. En una frenética carrera contra el tiempo, tendrá que sumergirse en las profundidades de la mente del asesino para salvar a estas mujeres, y para salvarse a sí misma, del colapso.

Un thriller psicológico oscuro con suspenso emocionante, *UNA VEZ ATRAÍDO* es el libro #4 de una nueva serie fascinante—con un nuevo personaje querido—que te dejará pasando páginas hasta bien entrada la noche.

El Libro #5 en la serie de Riley Paige estará disponible pronto.



**[UNA VEZ ATRAÍDO](#)**  
**(Un Misterio De Riley Paige—Libro #4)**

## **Blake Pierce**

Blake Pierce es el autor de la serie exitosa de misterio de RILEY PAIGE, que incluye los thriller de suspenso y misterio UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1), UNA VEZ TOMADO (Libro #2) y UNA VEZ ANHELADO (Libro #3). Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio de MACKENZIE WHITE.

Una Vez Desaparecido (Libro #1), que cuenta con más de 100 opiniones de cinco estrellas, ¡está disponible como una [descarga gratuita en Amazon!](#)

Blake Pierce es un ávido lector y fan de toda la vida de los géneros de misterio y los thriller. A Blake le encanta comunicarse con sus lectores, así que por favor no dudes en visitar su sitio web [www.blakepierceauthor.com](http://www.blakepierceauthor.com) para saber más y mantenerte en contacto.

## **LIBROS POR BLAKE PIERCE**

### **SERIE DE MISTERIO DE RILEY PAIGE**

UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1)

UNA VEZ TOMADO (Libro #2)

UNA VEZ ANHELADO (Libro #3)

UNA VEZ ATRAÍDO (Libro #4)

### **SERIE DE MISTERIO DE MACKENZIE WHITE**

ANTES QUE ASESINE (Libro #1)

### **SERIE DE MISTERIO DE AVERY BLACK**

UNA RAZÓN PARA MATAR (Libro #1)